

# LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

Antología general



SELECCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

*Milada Bazant*



Colección Letras  
*Clásicos Mexiquenses*

Laura Méndez de Cuenca

Antología general



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricioli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,  
Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Secretario Ejecutivo*

Alfredo Barrera Baca



EL COLEGIO MEXIQUENSE, A. C.

*Presidente*

César Camacho Quiroz

*Secretario General*

José Antonio Álvarez Lobato

*Coordinador de Investigación*

Raymundo César Martínez García

# Laura Méndez de Cuenca

Antología general

SELECCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

*Mílada Bazant*

**FOEM**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



---

M860.809 Laura Méndez de Cuenca. Antología General / Selección, introducción  
L377 y notas Mílada Bazant. — Toluca de Lerdo, Estado de México:  
Secretaría de Cultura y Turismo: El Colegio Mexiquense, A. C., 2021.

336 pp. — (Colección Letras. Clásicos Mexiquenses)

ISBN (GEM): 978-607-490-341-6

ISBN (CMQ): 978-607-8509-74-4

1. Méndez de Cuenca, Laura, 1853-1928 — Crítica e interpretación. 2.  
Autoras mexicanas — Siglo XIX — Historia y crítica. 3. Literatura mexicana  
— Siglo XIX — Historia y crítica. I. Bazant, Mílada, introducción y notas.

---

*Laura Méndez de Cuenca. Antología general*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo

del Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, A. C., 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50100,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

D. R. © El Colegio Mexiquense, A. C.

Ex hacienda Santa Cruz de los Patos s/n,  
colonia Cerro del Murciélago,  
C. P. 51350, Zinacantepec,  
Estado de México  
Correo electrónico: [ventas@cmq.edu.mx](mailto:ventas@cmq.edu.mx)  
[www.cmq.edu.mx](http://www.cmq.edu.mx)

ISBN (GEM): 978-607-490-341-6

ISBN (CMQ): 978-607-8509-74-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/09/21

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio  
o procedimiento, sin la autorización de los titulares del derecho patrimonial.







# Introducción

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA fue una mujer extraordinaria, controvertida, polémica, precursora e impulsora del feminismo. Gracias a su disciplina, compromiso y amor al conocimiento pudo llevar a la cumbre una carrera magisterial, pedagógica y literaria fuera de serie. Laura anticipó la figura de la escritora profesional,<sup>1</sup> ya que durante toda su vida vivió de la escritura e imaginó a la futura habitante de la utópica y secular casa mexicana creada por ella en *El hogar mexicano* como poseedora de un estudio o biblioteca que se orienta al “cuarto propio”, reclamado por Virginia Woolf muchos años después.<sup>2</sup> En aquel moderno manual, texto escolar para niñas y jovencitas, Laura escribió que la “cabeza de familia podía ser hombre o *mujer*”, concepto provocador y revolucionario.

<sup>1</sup> Raúl Cáceres Careño, Estudio introductorio “Con versar sobre prosas”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. II, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011, p. 437.

<sup>2</sup> Leticia Romero Chumacero, Estudio introductorio “El hogar mexicano según una escritora cosmopolita”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. III, p. 251.

Por su talento literario, Méndez de Cuenca fue llamada la “segunda Sor Juana de México”,<sup>3</sup> y también “la Pardo Bazán de México”.<sup>4</sup> Gracias a su incansable curiosidad intelectual logró sobreponerse a todas las desgracias personales y sociales que la abrumaron constantemente. Debido a su fuerte temperamento, a su libertad sexual y a la manera de asumir la viudez con independencia económica, fue calificada como varonil: “La señora viuda de Cuenca no sólo es una poetisa sino una escritora llena de bríos, de audacias, de fortalezas masculinas”;<sup>5</sup> “reúne en su figura la gallardía varonil con la gracia femenina; extraña mezcla que, en este caso, viene a demostrar que es posible lo increíble”;<sup>6</sup> “sus artículos están llenos de suspicacia varonil”;<sup>7</sup> es una “poetisa máscula”.<sup>8</sup> En dos palabras: no se concebía que una mujer pudiese tener tanto talento.

Su época fue ardua, escribió su amiga Guadalupe Gutiérrez de Joseph, quien solía recitar las poesías de Laura en las fiestas hispánicas en San Luis, Missouri, cuando ambas vivían en aquella ciudad, y tuvo que

enfrentarse sola contra la sátira y la incomprensión de un mundo que no le concedía a la mujer otra actuación que la limitada al hogar. La pobreza fue su buena amiga y en su seno se rodeaba con todas las maravillas de su imaginación exuberante

<sup>3</sup> Adalberto Esteva, *Antología nacional*, París, Librería de la Vda. de Charles Bouret, 1910, p. 371.

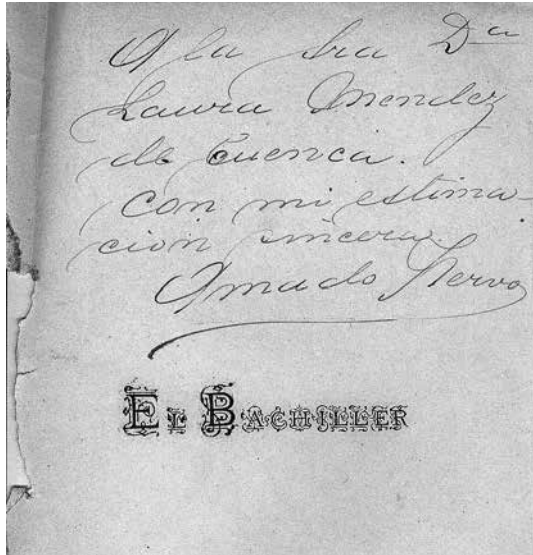
<sup>4</sup> Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz. Hombres y cosas*, Valencia, Sempere y Compañía, 1909, pp. 47-48.

<sup>5</sup> Manuel Caballero, *Revista Azul*, 21 de abril de 1907.

<sup>6</sup> Porfirio Parra, *El Diario del Hogar*, 19 de julio de 1902.

<sup>7</sup> Julio Sesto, *loc. cit.*

<sup>8</sup> *Revista de Revistas*, 18 de noviembre de 1917.



Dedicatoria de *El Bachiller* de Amado Nervo a Laura.

y magnífica y lograba aislarse en su torre de marfil de la sordidez y angustias que la perseguían.<sup>9</sup>

Con sus ahorros amasados durante años, la escritora construyó una casa propia, enorme mérito para cualquier persona de esos tiempos y su torre de marfil era su biblioteca, la cual, de acuerdo con su amigo mexiquense Aurelio Venegas, estaba dotada de “tratados escolares, moderna metodología de variada literatura y de fecunda historia”.<sup>10</sup> Tenía libros dedicados de los grandes literatos de entonces: Altamirano, Juan de Dios Peza, Manuel José Othón y otros de la época de oro de

<sup>9</sup> Guadalupe Gutiérrez de Joseph, “Mujeres de México, Laura Méndez de Cuenca: alma infatigable trabajadora del ideal”, *Nuestra Ciudad*, mayo de 1930, pp. 45-46.

<sup>10</sup> *El Universal*, 29 de noviembre de 1928.

la cultura en México, todos amigos de Laura y de sus amores Manuel Acuña y Agustín Cuenca.

Infancia es destino, dice el psicólogo español Santiago Ramírez, y acaso las vivencias que Laura experimentó durante sus primeros años tuvieron un impacto indeleble en su personalidad. Cuando nació, el 18 de agosto de 1853 en la hacienda de Tamariz, municipio de Ayapango, se libraban los pronunciamientos, las guerras entre liberales y conservadores iniciadas desde la independencia de México. El ambiente de tensión estaría merodeando su niñez y su familia viviría en constante zozobra, razón por la cual se trasladaría eventualmente a Ciudad de México, alentada por el abuelo materno, el francés Emilio Lefort, quien tenía la pastelería más afamada. Desde la infancia, Laura fue precoz y rebelde, taciturna y depresiva, atributos que preocuparon a sus padres, Ramón Méndez y Clara Lefort, quienes no pudieron entenderla a cabalidad, de tal suerte que, ya en su juventud, ella y su hermana Rosa habrían de formar un hogar propio, hecho totalmente reprochable en sociedad.

Amén del estado permanente de guerra, por otra parte, la exuberante naturaleza de aquella región del Estado de México, con los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, los cielos ultramarinos, las noches estrelladas, los extensos campos de maíz y trigo y los bosques azules habrían de despertar en ella el amor y la admiración a la naturaleza, presente en su literatura:

Vengo yo del país de las flores,  
las áureas montañas;  
del país de las tardes azules  
y noches de plata;



El volcán Iztaccíhuatl visto desde Tlalmanalco, hacia 1890.

del país de los héroes sin nombre,  
la tierra sagrada.<sup>11</sup>

\* \* \*

He dividido la presentación de cada uno de los géneros de la obra de Méndez de Cuenca; en ellos menciono algunos datos biográficos para relacionarlos con el contexto histórico, que oscilaba y transitaba entre el pasado tradicional y religioso y ese presente moderno, liberal, progresista y secular.

<sup>11</sup> "Tristezas", *Segundo Almanaque de Arte y Letras*, febrero de 1896.

## Poesía

Si profundizamos en la vida cotidiana de los habitantes de la Nueva España durante tres siglos y desde la Independencia hasta la República Restaurada en 1867 podemos advertir cómo la religión permeaba, profundamente, bajo formas, matices y horarios distintos, el quehacer cotidiano de los mexicanos. En ciudades y pueblos, la mayoría de los habitantes asistía diariamente a una o varias misas, los niños acudían a las escuelas oficiales y particulares donde la materia más importante era la religión, las fiestas religiosas eran motivo de festejo y regocijo y en los distintos gobiernos las figuras eclesiásticas influían con su poder social y económico para mantener o derrocar gobernantes. En esa atmósfera vivió Laura: bajo las costumbres católicas arraigadas de su familia, de los amigos de sus padres y de la tierra que la vio nacer y crecer.

La victoria definitiva de los liberales el 15 de julio de 1867, bajo el perseverante mando de Benito Juárez, marcó un parteaguas en la historia de México. Dividió al Estado de la Iglesia. Los liberales habían sido capaces de vencer no sólo al enemigo interno, a los conservadores, sino al emperador Maximiliano, quien había gobernado México, con el apoyo de Napoleón III y de los conservadores, de 1864 a 1867. Empezaría entonces, en julio de 1867, el largo viacrucis para consolidar un programa de gobierno sustentado en las Leyes de Reforma, integradas en 1873 a la Constitución de 1857.

El 2 de diciembre de ese año Juárez publicó la revolucionaria ley de instrucción pública, misma que cambiaría el paradigma educativo y establecería los cimientos sobre los cuales, en las siguientes décadas, se levantaría el edificio de la escuela moderna mexicana gratuita y obligatoria, laica y uniforme.

Por primera vez en la historia, hombres y mujeres tendrían el derecho a asistir a las mismas escuelas primarias, medias y superiores y a aprender las mismas asignaturas. En todos los niveles educativos se prohibió la enseñanza de la religión. Ya no se explicaría el mundo a través de la fe sino desde una base científica; la razón desplazaba a la memoria. La enseñanza de la religión dependería, de ahí en adelante, de la decisión de las familias, que tendrían la libertad de enviar a sus hijos a escuelas católicas privadas.

Contra las ideas familiares, Laura abrazó con fervor el liberalismo y asistió a las recién creadas instituciones liberales, como el Conservatorio y la Escuela de Artes y Oficios, en las cuales aprendería gramática, química, inglés, francés, pedagogía, estética, historia y oficios como telegrafía e imprenta. Conoció a los grandes pensadores y literatos de entonces —algunos de los cuales fueron sus maestros—, como Justo Sierra, Guillermo Prieto, Enrique de Olavarría y Ferrari, Juan de Dios Peza, al padre intelectual de todos, Ignacio Manuel Altamirano y al poeta de quien se enamoró perdidamente: Manuel Acuña. Para cuando esto ocurría, Laura y su hermana Rosa, madre soltera de dos niños, vivían juntas.

Laura le confesó su maternidad a su amado en abril de 1873, justo cuando el poeta conoció a la mujer que le quitaría el sueño a él y le arrancara suspiros a toda una generación de literatos: Rosario de la Peña. Ya fuera por Rosario o por la depresión que el poeta padecía consuetudinariamente —nadie lo sabe a ciencia cierta—, Manuel simplemente no pudo o no quiso comprometerse con la madre de su hijo. Agustín F. Cuenca, hombre de ideas liberales y poeta, amigo íntimo de Acuña, le ofreció a Laura el techo y cobijo que tanto necesitaba. Ahí nació, en el hogar de Cuenca, en octubre del mismo





Fotografía de Manuel Acuña (J. Ballezá y Compañía, *México, su evolución social*, t. I, vol. 2, México, Sucesor, Editor, 1902, p. 628).



Fotografía de Agustín F. Cuenca (Fernando Tola de Habich, *Museo Literario*, México, Premiá, 1984, p. 194).

año, Manuel Acuña Méndez. No sabemos cuántas veces Manuel habrá visitado a su hijo, y si acaso lo hizo, no representó el suficiente estímulo para no quitarse la vida el 6 de diciembre. Su muerte devastó no sólo a Laura y a Agustín, sino al mundo cultural de Ciudad de México, que se volcó a despedir al poeta con una pompa de dimensiones apoteóticas. Pero el destino le traería a Laura un golpe aún más brutal: la muerte de su bebé el 17 de enero de 1874.

El dolor quedará indeleble en la vida de la artista como una marca de agua sobre el papel de sus escritos, principalmente en su poesía temprana. Sobre todo, las primeras poesías publicadas entre 1874 y 1875 van a estar dedicadas a ese primer grande y profundo dolor con el que se quería morir también, letras que hablan del desaliento por el amor de su vida y el amor a su hijo. En la primera, “Cineraria”:

... así también en el erial del mundo,  
 sin fe y sin ilusión,  
 con la mirada siempre en el abismo  
 y el alma en el dolor,  
 perdida entre las zarzas que a mi paso  
 el destino arrojó,  
 vago al azar con la esperanza muerta  
 y muerto el corazón.

En marzo de 1874, en “A\*\*\*\*” la romántica Laura rememora a Manuel:

La noche de la duda  
 se extiende en lontananza,

la losa de un sepulcro  
se ha abierto entre los dos;  
ya es hora de que entierres  
bajo ella tu esperanza,  
que adores en la muerte  
la dicha que se alcanza,  
en nombre de este poema  
de la desgracia: ¡Adiós!

Al año siguiente, en febrero de 1875, publica “Bañada en lágrimas”, dedicada a su hijo muerto:

Aún recuerdo la aurora de aquel día  
en que la luz de la esperanza mía  
se enlutó con las sombras del pesar;  
cintilaban las últimas estrellas;  
tú, desmayado y pálido como ellas,  
te morías mirándome llorar.

Hija de su época, Laura expresa en estas desgarradoras poesías la honda tristeza desde un modo romántico en estrofas precisas y regulares que van a iluminar su estilo a partir de un extraordinario sentido del ritmo y una eufónica rima. Lo que es un hecho histórico extraordinario es que ambos poetas, Laura y Manuel, publicaron sus poesías en los periódicos, es decir, revelaron al público lector su diálogo poético de amor y de profundo dolor.

Después de la muerte de Manuel, Laura tuvo con Agustín, su amante y después marido, siete hijos más; sin embargo, sólo dos, Alicia y Horacio, llegarían a la edad adulta. Y aunque los decesos de infantes abrumaban a la gran mayoría de la pobla-

ción pues el concepto de higiene como lo conocemos hoy en día no existía, ni tampoco las medicinas de patente ni los antibióticos, y ello ocasionaba que más de la mitad de los niños muriera antes de los cinco años de vida, la pérdida de tantos hijos más la inestabilidad laboral y económica de la pareja quebró a Laura física y psicológicamente.

Pablo Mora, investigador de la poesía de Laura, divide ésta en dos momentos: el primero surge en la década de los años setenta del siglo XIX hasta 1884, año clave en que la escritora enviuda; el segundo, a partir de ese mismo año y que se prolonga hasta su muerte en 1928. A pesar de grandes interludios en su actividad lírica (de 1875 a 1884 y de 1906 y 1915), la poesía será una clave literaria que estará presente en su creación durante toda su vida y donde hallará una de sus más altas expresiones como artista. Tempranamente, desde 1878, algunas plumas masculinas reconocieron su talento literario. Su maestro de teatro en el Conservatorio, Enrique Olavarría y Ferrari, escribió: Laura “figura como una de las glorias de su sexo en su patria, envidiable corona que entreteje a las que ya le habían acordado sus virtudes y su ilustración”.<sup>12</sup> Y el positivista ortodoxo Porfirio Parra: “En el grupo bien pequeño por cierto y por desgracia del feminismo letrado, destácanse marcadamente los perfiles enérgicos, bien acabados de Laura Méndez de Cuenca”.<sup>13</sup>

Dentro del contexto de las poetas mexicanas del siglo XIX, tales como Isabel Prieto de Landázuri, Josefa Murillo, Esther Tapia de Castellanos y María Enriqueta Camarillo, entre muchas otras, escribe Pablo Mora,

<sup>12</sup> *Poesías líricas mejicanas*, Madrid, 1919.

<sup>13</sup> *Jueves de El Mundo*, 12 de junio de 1902.

Laura Méndez de Cuenca representa un caso realmente sobresaliente... por la forma como, bajo ejes temáticos centrales y recurrentes, fue retroalimentando una obra poética, a la que supo introducir aspectos de raigambre clásica y romántica a la vez, sin sujetarse a un romanticismo amanerado, a un clasicismo rígido y frío, o a un modernismo de léxico afectado y un artificio desmedido.<sup>14</sup>

No en vano José Emilio Pacheco la llamó “la primera poetisa mexicana”, aquel lugar que le correspondía desde principios del siglo xx: Laura “ocupa el primer puesto entre las poetisas mexicanas”.<sup>15</sup>

Precisamente enfocándose en dichos ejes temáticos, Mora señala que en la obra de Laura el corazón es “el metal de la poesía”. Se trata de encontrarle una sustancia férrea y maleable al mismo tiempo a un corazón “destrozado”, inclusive la autora usa la palabra “como metal y el verso como cautín”: “No sé qué tigre se atrevió sañudo / a hacer mi pobre corazón pedazos” (“Esperanza”, 1874). Años después, durante su segunda época poética, el tema no se ha agotado, su trabajo en cambio deslumbra con uno de los poemas más significativos y conocidos dentro de su obra. El título es justamente “¡Oh, corazón...!” (1886): “Cesa ya, corazón, tu lucha fiera / y que la luz al pensamiento acuda / ... Vives, para ser barro, demasiado, / y para ser verdad, vives muy poco”.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Pablo Mora, Estudio introductorio “Laura Méndez de Cuenca: pasión y destino en la poesía mexicana”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. II, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011, p. 5.

<sup>15</sup> *El Tiempo Ilustrado*, 1 de mayo de 1904.

<sup>16</sup> Pablo Mora, *op. cit.*, p. 8.

De acuerdo con la peruana Clorinda Matto de Turner, “¡Oh, corazón...!” le bastaría a la artista para ser poeta de primer orden y Carlos G. Amézaga, quien lo internacionalizaría al publicarlo en *Poetas mexicanos* en Buenos Aires en 1896, señalaba con toda precisión que el poema era ya entonces “producto de una literatura muy avanzada (...) ¿cuál es el poeta que ha hecho del corazón una pintura más valiente y extraordinaria?”.<sup>17</sup>

Los temas principales de la poeta, como en la obra de los grandes artistas de todos los tiempos, apunta Mora, son la muerte, el desengaño, el dolor, la orfandad, la soledad y la dramática condición humana. Volverá a ellos una y otra vez e irán ingresando a su vocabulario poético otros más; a partir de su experiencia de vida en Estados Unidos o de su estadía en Europa, su escritura va añadiendo nuevos motivos de inspiración y formas metafóricamente renovadas. Mora encuentra en Méndez imágenes parecidas a las que utilizaron Manuel José Othón y Salvador Díaz Mirón,<sup>18</sup> a quienes conocería desde sus tiempos de juventud, cuando vivió con Agustín F. Cuenca, ya para entonces su esposo, en Veracruz y Orizaba. Fue precisamente en Orizaba cuando Agustín, siendo asesor del gobernador Apolinar Castillo, empezó a sentirse tan enfermo que la pareja regresó con urgencia a vivir a Ciudad de México, donde el poeta finalmente murió de hepatitis en 1884. Con el alma desgarrada, Laura escribió uno de los más bellos cantos de amor, “¡Ayer!”, en el cual da luz sobre sus sentimientos hacia Agustín. Añoró aquellos años vividos con él y le agradeció “el silencio” ante sus quebrantos, su sufrimiento y el rechazo de la sociedad:

<sup>17</sup> Clorinda Matto de Turner, “Las obreras del pensamiento”, en *Boreales, miniaturas y porcelanas*, Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1902, p. 258.

<sup>18</sup> P. Mora, *op. cit.*, p. 10.

Íbamos juntos por la agreste loma;  
cual se oculta en su nido la paloma  
tímida y blanca, la ciudad envuelta  
en la movable sombra del follaje  
a sabroso descanso convidaba.  
La noche de diamantes se prendía;  
el acre olor de tierra sembradía  
no ha mucho removido, me embriagaba  
de aromas tropicales, nos traía  
de la chicharra el grito destemplado,  
en los rubios maizales, los cocuyos  
emulaban la luz de las estrellas;  
mi suelto andar no daba con tus huellas,  
buscando apoyo entre los brazos tuyos...  
y te quise, mi bien, porque callaste,  
y te quise, tal vez porque guardaste  
para ti solo el peso del dolor...

Laura supo traducir las vivencias de aquellos años de amores trágicos en palabras de amor sensual con la gala y el estilo propios de un clasicismo impecable.

En 1894, cuando vivía en San Francisco con sus dos hijos, publicó en la prestigiosa *Revista Azul* un poema que llama la atención por su exuberancia imaginativa, “Cuarto menguante”. De acuerdo con Mora, este poema es ejemplar por sus “decasílabos perfectos en el cual ensaya formas parnasianas a través del clasicismo en texturas y rimas”.<sup>19</sup> Su potencia literaria es evidente en esos versos que nos transportan a una exótica experiencia sensible, en el contexto de una acogedora atmósfera de encaje,

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 15.

tules y, tal como describe la poesía: “calado biombo de laca”, en la cual “arde la sangre, quema el deseo / y avergonzado corre el amor”. Como su título indica, y haciendo un símil con la fase de la luna en cuarto menguante, cuando se produce una merma en la iluminación, así presenta Laura la atmósfera de la poesía misma, que aumenta en intensidad gracias a la introducción de claves alegóricas, cromáticas y sensuales. Bajo mi punto de vista, “Cuarto menguante” es una poesía emblemática que encarna estilos románticos, modernos y sublimes, aquello que encarnó, en vivo y a todo color, su autora.

En contraste, la preocupación por el tema de lo social llevó a la poeta a retratar asuntos de mayor intensidad en el orden de un género que también le hacía hervir la sangre: la injusticia social y la esclavitud de obreros y trabajadores. En poesías como “El esclavo” (1900) y “Los cavadores” (1902), señala Mora, se va a reflejar con toda nitidez y belleza la situación de soledad y desamparo a que está sujeta la condición humana.<sup>20</sup> Es de subrayarse que incluso en plena Revolución Méndez de Cuenca escribiría, en 1916, “Al pasar el regimiento”, un poema cuya *cadencia* en verso libre es tan extraordinaria por su evocación sonora que, en verdad, el lector percibe la uniformidad rítmica de los cascos de la cabalgata. Tina Escaja afirma que la autora parece utilizar “la innovadora técnica cinematográfica de extraordinaria incidencia en el México finisecular y de principios de siglo”:<sup>21</sup>

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>21</sup> Tina Escaja, “Guardad la lira y deshojad violetas: La estética disidente de Laura Méndez de Cuenca”, en Tina Escaja, *Delmira Agustini y el Modernismo. Nuevas propuestas de género*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000, pp. 150-151.



Cabalgando, cabalgando, cabalgando,  
los soldados amarillos pasan mi puerta  
como épicas visiones  
que evocan la Edad Media.

Caballeros en caballos poderosos,  
en escuálidos rocines de palestra,  
caballeros en mulas,  
caballeros en yeguas,  
en toda suerte de caballerías, caballeros,  
se apresuran a la pelea...

La escritora alaba el regimiento de Carranza “parado y tendido” frente a su puerta. Para entonces Laura, en 1916, vivía en Veracruz en la casa de su sobrino Arturo Beteta Méndez, hijo de su hermana Rosa. Arturo se había instalado en el puerto y trabajaba como editor del periódico de filiación carrancista *El Pueblo*, al tiempo que Carranza había establecido su gobierno ahí. Tía y sobrino tenían afinidades sorprendentes en poesía, periodismo y cultura.

A Díaz Mirón la maestra le dedicaría su última poesía, reconocida como uno de los más excelsos epitafios que existen en la lírica mexicana, de título “Pasa un poeta”. La escribió unos meses antes de su propia muerte. En el texto denuncia con mordacidad la hipocresía del medio socioliterario<sup>22</sup> integrado por “desconocidos” que “no entendieron nada”: “La gente del duelo en ruedo formada / era mayormente de desconocidos / que de tu alto espíritu no entendieron nada; / sus pésa-mes eran conceptos mentidos”.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 151.

## Cuentos

Después de vivir seis años en San Francisco, Laura se sentía como pez en el agua. Salió de México “impulsada por uno de sus arranques varoniles, que en mucho la distinguen... y sin hablar una palabra de inglés”.<sup>23</sup> En realidad salió de México por las habladurías en torno a sus amantes y a su actitud de mujer liberada: “unas veces por lo que hice y otras por lo que hubiera podido hacer, siempre he tenido el poco envidiable privilegio de ser traída en las peores lenguas de mis caritativos paisanos”.<sup>24</sup>

Ya viuda, se tituló de maestra, un mérito enorme pues sólo 10% de los maestros en el país ostentaban título, y empezó a dar clases; sin embargo, con el tiempo le dio tal agotamiento físico y psicológico que se quebró y ya no pudo asistir a la escuela. El doctor diagnosticó su padecimiento como histeria, enfermedad común en las mujeres, sobre todo de clase media y alta, que era parecida a lo que hoy se conoce como fibromialgia. Pienso que en su caso se trató de *surmenage* o estrés. Luego enfermó de tifo al sobrevenir una terrible epidemia que se dispersaba por oleadas, producida por una bacteria que se aloja en el piojo o pulga de la rata y que era sumamente contagiosa. No tenía cura; dependía del sistema inmunológico de cada persona y de su fortaleza física y anímica. Dividía familias porque nadie quería estar junto al infectado. A todo ello se sumaba una atmósfera social abrumadora que condenaba a Laura por sus pecados y su ilícito pasado con amantes e hijos ilegítimos.

Sin embargo, por otra parte, la viudez le permitió la autonomía y la libertad que deseaba y que quizá no hubiese podido

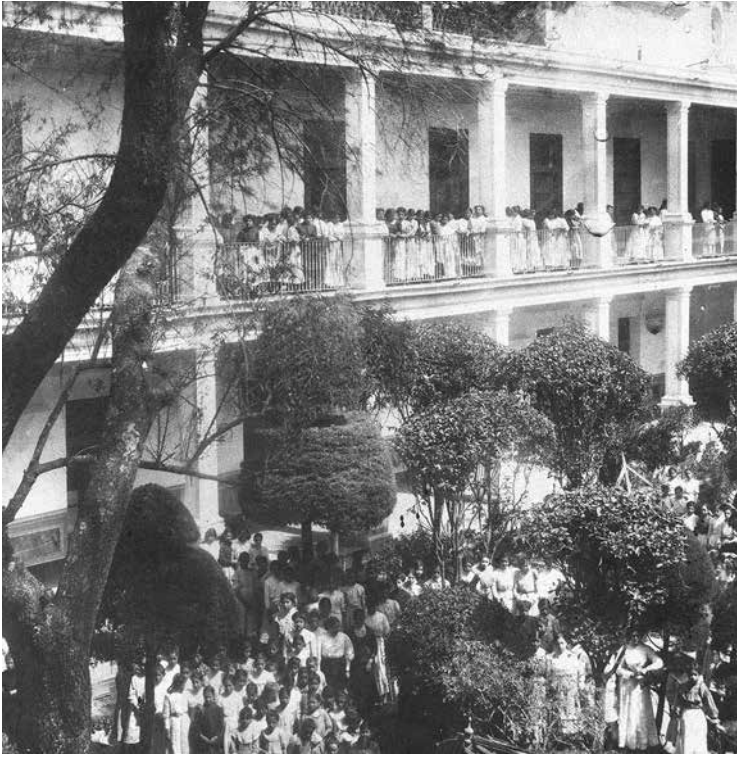
<sup>23</sup> Porfirio Parra, *Jueves de El Mundo*, 12 de junio de 1902.

<sup>24</sup> Carta del 25 de octubre de 1897 a Enrique Olavarría y Ferrari, AHUNAM, Colecciones Mexicanas. Españoles en México. Siglo XIX, C. 8, E 1, D II, reg. 531, folio 234.

tener de haber estado casada o soltera. Simplemente, no era correcto para la moral de entonces que las mujeres solteras o casadas trabajasen por su cuenta o estudiaran algo más allá de lo necesario para agradar a su marido, cuidar a sus hijos y cumplir con los cánones que marcaba la sociedad tradicional: bordar, tocar el piano y asistir a reuniones en beneficio de las clases menesterosas. Juárez abrió la brecha, pero pasaron años antes de que las mujeres de clase media como Laura pudieran salir del cascarón doméstico. La maestra fue una mujer excepcional y su genialidad se orienta no sólo a su extraordinaria y multifacética obra, sino a haber vivido una vida congruente con sus principios y llegar a ser económicamente autosuficiente.

Aunque el clima y la manera de ser de los estadounidenses no acabaron de agradarle del todo, al cabo de un tiempo la maestra parecía estar “hecha” al estilo norteamericano. Las mujeres trabajaban al parejo de los hombres y podían tener una vida libre, emprendiendo la actividad que desearan. La escritora vivió en varias casitas con sus dos hijos, que pasaron su niñez y adolescencia en San Francisco: Alicia, irascible y caprichosa, había logrado titularse de maestra y Horacio, débil y falto de iniciativa, trabajaba como impresor en la publicación que había fundado su madre, *Revista Hispano-Americana*. Los dos, a su modo, sacaban de balance a su madre, que era una mujer todo trabajo y esfuerzo. Laura vivió en San Francisco nueve años impartiendo clases de español a norteamericanas copetudas y escribiendo poesía, cuento y ensayo, textos que enviaba a México para ser publicados en *El Imparcial*.

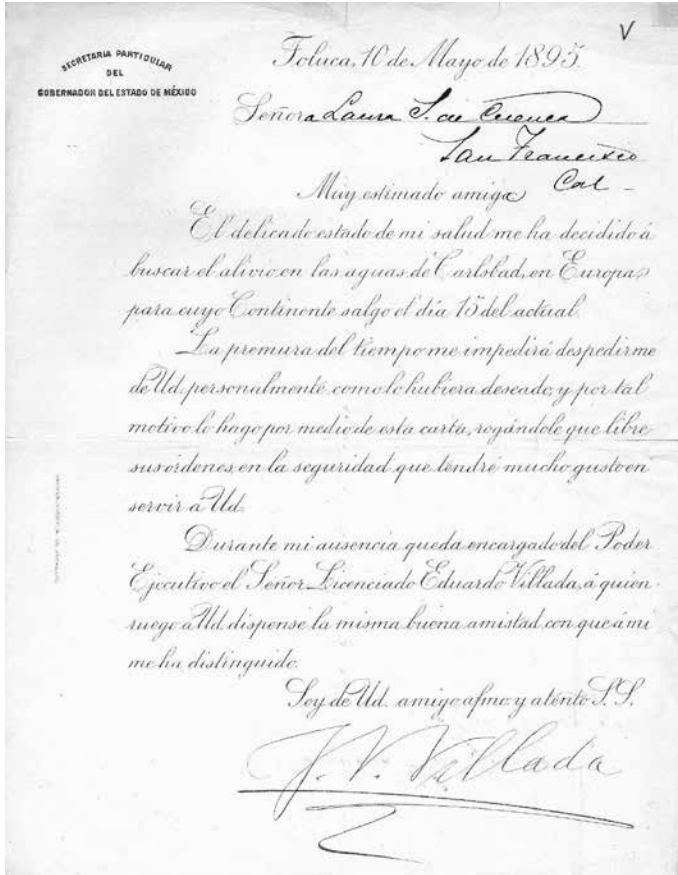
De regreso en su país, en 1898, Méndez de Cuenca fue invitada por el gobernador del Estado de México, José Vicente Villada, a dirigir la Escuela Normal para Señoritas de Toluca. Amigos desde su juventud, Villada admiraba a la profesora por



Escuela Normal para Profesoras y de Artes y Oficios, antiguo Convento del Carmen, formalmente llamado “El Asilo” (Margarita García Luna, *Toluca en el porfiriato*, Toluca, GEM, 1985, p. 199).

sus conocimientos en pedagogía y por su alma de mujer brava y moderna.

Los 45 cuentos que escribió Laura, de acuerdo con Lilia Granillo, especialista en literatura femenina del siglo XIX, transitan dejando atrás el segundo romanticismo mexicano y son un compendio de costumbrismo, naturalismo y modernismo decimonónicos, con atisbos de escenas impresionistas de la sociedad urbana mexicana y el cosmopolitismo incipiente del



Carta de José Vicente Villada, gobernador del Estado de México, a Laura.

siglo xx.<sup>25</sup> Laura se propone captar el horizonte histórico del momento y da cuenta de las preocupaciones sociales y

<sup>25</sup> Lilia Granillo, Estudio introductorio "Laura, la mujer más culta del país: la mejor escritora, el mejor cuento", en Milada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. II, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011, p. 218.

personales que la abruman. Protagonistas y temas, contextos y tramas, dan testimonio de los males sociales que derivan del oscurantismo y la superstición, y, sobre todo, de los amores fallidos, ya que ninguna pareja logra ser feliz. Méndez de Cuenca retrata figuras femeninas que viven consecuencias funestas por su ignorancia, sometimiento y abandono; y sobre las figuras masculinas asesta la denuncia sin concesión debido a su singular pereza, su característico abuso, violencia, crueldad y cinismo. Sin duda, ella busca delatar en sus cuentos la realidad social que vive, especialmente los valores egoístas, mezquinos y ruines de los seres humanos, hombres y mujeres. Cuenta para educar, recalca Granillo, “persigue un fin moral”, redime el trabajo honrado y reclama la justicia social.<sup>26</sup>

Laura escribió su primer cuento en 1889 y el último en 1910. En este año logró publicar una recopilación de ellos, *Simplezas* (que bien podría llamarse *Complejidades*, por las complejidades de sus personajes y dramas), en la librería de Paul Ollendorff en París, hecho que constituía todo un mérito pues tal casa editorial publicaba obras de escritores afamados, como Colette. De acuerdo con la teoría de la recepción literaria, “lector privilegiado, institución literaria”, la publicación de un libro sería un signo de madurez escritural, de aceptación de la calidad poética dictaminada por el editor.<sup>27</sup> Con *Simplezas* la autora cerraría con broche de oro su carrera narrativa.

Esta veintena de años, vividos en su mayoría en el exterior, serán los más intensos y fértiles intelectualmente; su impronta

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 221-224.

<sup>27</sup> Lilia Granillo y Esther Hernández Palacios, “De reinas del hogar y de la patria a escritoras profesionales. La edad de oro de las poetisas mexicanas”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 135.

cultural, cosmopolita y nacionalista, se verá reflejada en su narrativa crítica y de “óptima calidad”. Como bien lo expresa Óscar Mata, experto en la narrativa breve mexicana del siglo xix, Méndez de Cuenca “no desperdicia una sola palabra”.<sup>28</sup> La creación de imágenes y de argumentos, de anécdotas y atmósferas, el dominio para embellecer el texto con metáforas y símiles, la recreación de escenas y situaciones introduciendo suspenso e intriga, convierten a la cuentista Laura en una de las “más destacadas escritoras de México a lo largo de su historia”.<sup>29</sup> Por su parte, Leonor Llach, quien conoció a la profesora, escribió que sus cuentos son de “estilo fácil, llenos de ironía... se asoma a la tragedia pero no se complace en ella. Sus palabras son convincentes; dice las cosas con claridad y con energía”.<sup>30</sup>

Los relatos de Laura nos abren una ventana realista a la vida finisecular del siglo xix y los albores del xx, a las buenas y malas costumbres sociales, a la vida laboral, a la miseria humana; nos introduce a algunas maravillas modernas del mundo, como el tren (“La curva”), los barcos (“El corpiño azul”), los espectáculos (“El cinematógrafo”, “La tanda”) y los rituales sociales (“El señor de las amapolas”); nos presenta el retrato de protagonistas mezquinos y mediocres (“Casto Porragas”, “El ridículo Santelices”); no escatima en ridiculizar a las altas esferas políticas (“Ese bribón a Yucatán”, “El pantalón

<sup>28</sup> Óscar Mata, “Laura Méndez de Cuenca, novelista de fin del siglo xix”, en Manuel F. Medina et al. *Jornadas Metropolitanas de Estudios Culturales*, 2003, México/Estados Unidos, Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad de Kentucky-Universidad de Arizona, 2003, p. 130.

<sup>29</sup> Pablo Mora, “Laura Méndez de Cuenca: Escritura y destino entre siglos (xix-xx)”, en *Laura Méndez de Cuenca. Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 15.

<sup>30</sup> Leonor Llach, “Tres escritoras mexicanas”, *El Libro y el Pueblo*, 4 de abril de 1934.

claro”) ni a algunas emergentes, como los policías (“El cuico”) y los soldados (“La tamalada del coronel”).<sup>31</sup>

Podemos reconocer algunos rasgos biográficos de su abuelo en “El cerdo de engorda”:

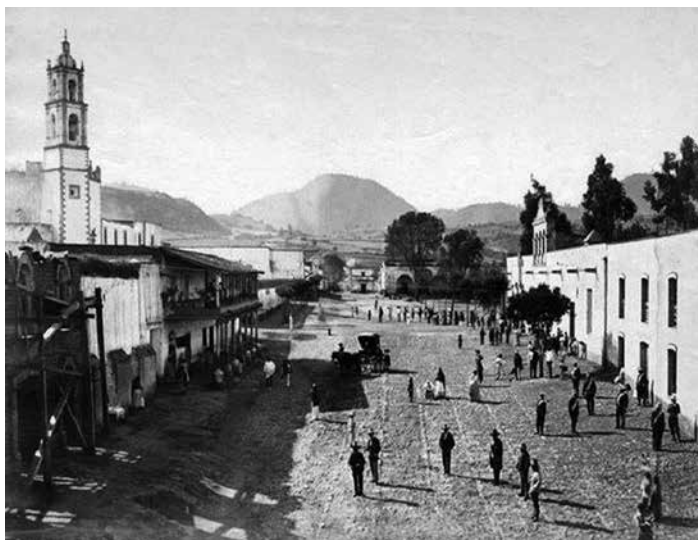
Para esa hora, los pasteles calientes olían a sabroso y antojadizo. Cosme los acomodaba, sobre una servilleta albeando, en una gran bandeja charolada que se ajustaba luego, a él, en la cabeza, cuando ya despojado del vestido pringoso de trabajo se ponía otro limpito, que completaba ancho y blanquísimo delantal[;]

de su propia experiencia fallida en el amor en “La confesión de Alma”, en el cual la autora concluye que “el amor no es ciego sino imbécil”; del desgarrador remordimiento por haber sido una madre demasiado opresiva y fuerte en “La Venta del Chivo Prieto”, que escribió el año en que murió su hijo: “Es sólo un recuerdo. Pero ¿qué de tragedias no desfilan, en un minuto, por la angosta faja de una frente que recuerda?”; de las infidelidades y el divorcio en “El corpiño azul”:

Hasta que por fin el marido, en un rato de mal humor había escrito la carta aquella larga y precisa que dio por resultado el maldito viaje. Mr. Smith hablaba formalmente de divorcio en su misiva, aunque él mismo sabía que todo ello no era sino jarabe de pico. ¡Como si el divorcio se hubiera hecho para los maridos enamorados de su costilla hasta el embrutecimiento!

<sup>31</sup> Lilia Granillo, Estudio introductorio, en Mílada Bazant (coord.), *Laura... Su herencia cultural*, t. II, p. 221.





Calle principal de Tlalmanalco, aproximadamente en 1890.

Asimismo podemos ver que en sus crónicas de viaje refiere aspectos de su ambiente familiar y de su permanente estado de ánimo, como en “La neurastenia”:

Sin motivo se me llenaban los ojos de agua. Unas veces me atosigaba el dolor por las flores pisadas, por los animales sacrificados a la utilidad común, por la materia inconsciente de su existir... Otras ocasiones, se apoderaba de mi ser lo sombrío y me animaba espíritu destructor[;]

y en “¿Quién fue don Gumersindo Morlote?...” hay remembranzas del núcleo familiar cuando niña:

Para mí Tlalmanalco era bien poca cosa entonces, y como desde aquella época no lo he vuelto a ver, lo describo tal cual vive

en mis recuerdos: un pedazo de río corriendo, al sesgo, por una plazuela cerrada por casas de aspecto bien menguado; unos cuantos árboles de follaje oscuro y triste y, como única alegría, la luna retratándose en la corriente límpida... Tenía yo cuatro años cumplidos y como mi muñeca de hule tenía también colorado el vestido, la similitud de color con el de la rueda fue lo único que me hizo fijar en ella la atención. También cuando volteaba, contando sus chorros, aprendí las primeras nociones del número.

Como bien dice Mario Vargas Llosa, “la raíz de todas las historias es la experiencia de quien las inventa, lo vivido es la fuente que irriga las ficciones”;<sup>32</sup> así, de tal modo, Laura retrata a su hija fuera de sus cabales, a varios de sus contemporáneos, maestros y médicos, incluyendo a sus seres queridos, como Manuel Acuña y Agustín F. Cuenca, en su novela *El espejo de Amarilis*, en la cual denuncia incluso las corruptelas de la burocracia educativa, los atavismos culturales y pinta con extraordinaria nitidez los abismos sociales entre ricos y pobres, las costumbres en la ciudad y en el campo, además de las fiestas, las calles, las comidas y las creencias.

## Crónicas de viaje

Con plena fama y gloria personal y profesional, y estando dispuesta a enfrentar nuevos retos, la profesora Méndez llegó en 1906 al país de sus sueños: Alemania. Orden, paz, eficiencia, puntualidad, limpieza, higiene y amor al trabajo y al progreso, era la utopía social de Laura hecha realidad. Con algunos

<sup>32</sup> Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011, p. 23.

interludios por viajes a México, Laura se estableció en Berlín hasta julio de 1910 con su amiga del alma, Aurora, estudiosa de los trabajos manuales de las escuelas, y su hija Alicia. Si bien en el aspecto intelectual y laboral esos fueron sus años más plenos, en términos personales la vida de Laura siempre estuvo ensombrecida por el devenir de sus hijos y por su propio temperamento inconforme e irascible que se volvió tan “agrio” y “difícil en la vejez”.<sup>33</sup> Pese al impulso que les dio, ninguno de sus hijos pudo salir adelante en forma duradera; no fueron afectos al estudio ni al trabajo. Después de varios años, Horacio, finalmente, gracias a la influencia de la maestra, se integró como impresor en el periódico *El Imparcial*. Cuando parecía haberse encarrilado surgió un brote de tifo en Ciudad de México en 1902 que atacaba, como todas las enfermedades, a los más débiles, y Horacio murió mientras Laura estaba en San Luis, Missouri, estudiando el sistema educativo del kindergarten. Su amiga Guadalupe Gutiérrez de Joseph rememoró aquel dolor de la escritora mientras su hijo agonizaba en México: “y ella vivía esas horas lentas a tres mil millas de distancia, midiendo los minutos por la angustia de su corazón, temiendo y anhelando la fatal noticia que le llegó cruda y terrible como mazazo final”.<sup>34</sup>

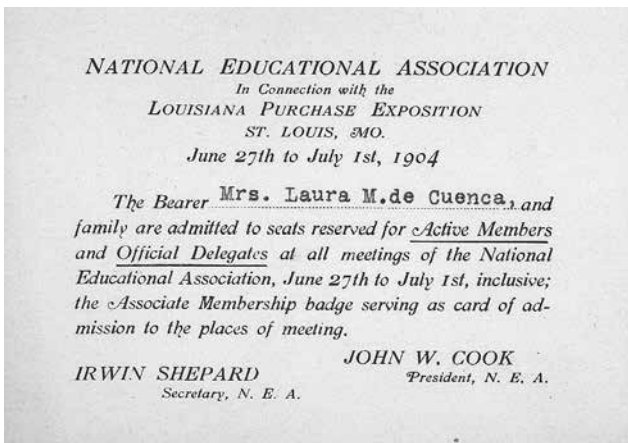
La biografía de Alicia conlleva toda una historia de médicos y padecimientos nerviosos graves pues, según quedó registrado en la historia oral de la familia, ella intentó suicidarse arrojándose de una ventana. Afortunadamente para su madre, aquello no fue cierto y Alicia murió de neumonía en 1937, nueve años después que Laura. Cuando la maestra regresó a

<sup>33</sup> Llach, *art. cit.*

<sup>34</sup> G. Gutiérrez de Joseph, *art. cit.*



Uno de los paseos más famosos en Berlín: la avenida Unter den Linden (Lothar Papendorf, *Berlin in Alten Ansichtskarten*, Würzburg, Weidlich Verlag, 2001, p. 19).



Tarjeta de admisión expedida por la National Educational Association a Laura, representante de México en las reuniones del Congreso de Educación, en San Luis, Missouri.

México de San Francisco en 1899, su hija se quedó hospedada con una maestra de arte, amiga de Laura, Vesta Bradbury, y posteriormente trabajó como guía de turistas de mujeres estadounidenses en México. Sin embargo, no se encaminó en esa ocupación que parecía amena y divertida, y la cual además le retribuía buenos ingresos, por lo que nuevamente regresó al seno materno.

En Berlín, de 1906 a 1910, las tres mujeres, Laura, Aurora y Alicia, pudieron convivir un tiempo en relativa paz. Laura se ocupaba de sus múltiples quehaceres visitando escuelas y escribiendo mientras Aurora lidiaba con Alicia sobrellevando la carga doméstica. De acuerdo con cierta correspondencia, la convivencia del triángulo de mujeres pudo salir adelante gracias al bolsillo de Laura —a quien Aurora llamaba “Ley”, estableciendo claramente, con esta palabra, quién mandaba en aquel hogar— y a la paciencia de su amiga; no obstante, la mala relación entre madre e hija llegó a tal punto que Aurora generosamente propuso llevarse a Alicia a París un tiempo con el objetivo de que tomase un curso de arte.<sup>35</sup>

Pese a los contratiempos familiares, que debieron ser muy desgastantes, Laura nunca perdió el entusiasmo de asumir con entrega, pasión y compromiso los nuevos retos que emprendía en su vida. En Berlín se dio a la tarea de aprender “el monstruo alemán”, impartía clases de español, como representante de México asistía a congresos de educación, mutualismo e higiene y, prioritariamente, cumplía con tesón la tarea de mandar al gobierno mexicano informes pedagógicos de los planteles

<sup>35</sup> Carta de Laura a Ezequiel A. Chávez, AHUNAM, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, agosto 23, 1908.

escolares que visitaba, pues con ese encargo había sido enviada: estudiar el sistema educativo germano.

Europa le abrió el camino del éxtasis intelectual y cultural. Prototipo de una mujer culta, sensible y moderna de su tiempo, Laura quedó admirada de la belleza del mundo antiguo, con sus catedrales y sus pueblos medievales, y también de los adelantos modernos: el ferrocarril, la luz eléctrica, los nuevos caminos, las fábricas y, en general, las obras de infraestructura:

Mientras examinaba yo la construcción, ni como el arquitecto ni como el arqueólogo sino a la manera descuidada del curioso que sólo busca novedades en que recrearse... A ella [la Torre de Londres] nos encaminamos ahora para dar comienzo a nuestras inquisiciones en el interior de la gran ciudad.<sup>36</sup>

El hábito cotidiano de hacer los espacios urbanos propios era un comportamiento netamente moderno. Tal cual lo describe Charles Baudelaire en *El pintor de la vida moderna*, el ser humano moderno es sensible, vibra y se deleita ante lo que ve: la vida universal en constante movimiento. El ser moderno es capaz de transmitir esa vida que envuelve el aspecto y sentimiento de una época. La modernización de las ciudades también impuso cambios en las mentes y almas de sus ciudadanos.<sup>37</sup> La palabra clave es la secularización, que se entiende por la desaparición de los valores, creencias y comportamientos que se consideran propios de la religión. El hombre moderno entiende el mundo por lo que le dicta la razón y no la fe; ello

<sup>36</sup> "Londres a vista de pájaro", *El Imparcial*, 29 de septiembre de 1907.

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 2003, pp. 129-173.

representa una ruptura con el pasado y la toma de conciencia de una nueva mentalidad y percepción del entorno. No en balde se decía que el siglo XIX trajo consigo la muerte de Dios.

En términos literarios, lo moderno es una tendencia a la renovación de temas y formas. En este aspecto, en sus crónicas de viaje Laura nos asombra por su exuberancia imaginativa, belleza literaria y crítica ilustrada;<sup>38</sup> siempre está consciente de su entorno social y escribe, así, por ejemplo, que la clase media es la que genera los cambios en la historia:

La clase media es ese grupo de hombres y mujeres desatisfechos con el destino, disgustados del reparto desigual de la loca suerte; la clase media es esa agrupación tumultuosa que husmea por igual en el espacio y en la cabaña; que envidia el bienestar de los magnates y la paz de los labriegos; y escrutando, averiguando e inquiriendo, jamás se está queda. A su constante ir y venir deben las compañías de ferrocarriles y vapores los pingües dividendos que se reparten; por sus derroches engordan los que viven de la propina; con sus sacrificios alientan el arte, estimulan la ciencia y dan empuje al general progreso del mundo.<sup>39</sup>

Las crónicas empiezan en 1895 en San Francisco, California, y terminan en 1910 en Berlín; en total suman 118 y la gran mayoría fue enviada desde Europa para ser publicada en *El Imparcial*. Laura viajaba de un lugar a otro en tranvía, barco, ferrocarril, tren subterráneo y simón. Una vez que llegaba al lugar deseado, “auxiliada por un mapa y un ejemplar de geografía

<sup>38</sup> Roberto Sánchez Sánchez, Estudio introductorio a las crónicas de viaje “Salve, viajera de lontananza”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura... Su herencia cultural*, t. III, pp. 399-422.

<sup>39</sup> “Casos y cosas”, *El Imparcial*, 12 de enero de 1908.



Carta de Rafael Reyes Spíndola, director de *El Imparcial*, a Laura.

ilustrada”,<sup>40</sup> la profesora era una tenaz e inagotable caminante, se había convertido en toda la extensión de la palabra en una mujer moderna. Laura testimonia en sus textos de viajes, con elegante pátina, visión nostálgica y contrastante, toda clase de paisajes, retratos e imágenes.

<sup>40</sup> “Pequeña travesía”, *El Imparcial*, 22 de septiembre de 1907.



Soñadora de una sociedad justa y democrática, sana y educada, la escritora compara las realidades norteamericana y europea con la mexicana, que siempre está presente en su mirada erudita, como en “Características de los pueblos”, desde Berlín:

Donde nosotros ponemos una pulquería,  
Alemania establece una librería.

Este dístico, que por su elegancia y sonoridad parece brotado del cacumen de un poeta decadentista, se me acaba de ocurrir, mientras atravieso la ciudad, en sabroso mangoneo. Ando lentamente y me detengo en examinar los libros, expuestos en apretadas filas, en los escaparates de las librerías. Abundan éstas como en México las cantinas...



Laura subiendo al Tepozteco, en diciembre de 1905.



Laura y amigos en el Tepozteco, diciembre de 1905.

Y es justamente en el ejercicio de comparación que se pregunta por qué los mexicanos tenemos que ser así: incultos, sucios, faltos de educación y de disciplina.

He incluido en el apartado de Ensayos tres de éstos que versan sobre las necesidades que Laura tenía por más urgentes en México: educación, aseo y alimentación. De acuerdo con su criterio, el “decantado” progreso del Porfiriato no se veía más que en las piedras, en los jardines y en los parques porque la gente rica, pobre y clasemediera hablaba con peladeces; los de huarache y calzón de manta apestaban a mugre y los enlevitados a perfume; y en los hábitos alimenticios, las fritangas y el pulque invadían los estómagos enfermos de la gran mayoría de la población. La autora concluye que la riqueza no va necesariamente de la mano con la limpieza ni con los buenos hábitos sino con la cultura cívica.

## Feminismo

Laura Méndez de Cuenca no fue ni la primera feminista ni quizás la más combativa. Pero fue la más congruente, la más honesta, la que vivió una vida “libre”, sin ataduras ni convenciones sociales; la que trabajó como escritora y maestra durante toda su vida para lograr ser autosuficiente. La que luchó contra el yugo masculino:

Porque, téngase bien entendido que, en el concepto del hombre, el ángel del hogar de sus sueños ha de ser una bestia de reata, sin individualismo, ni responsabilidad ni nada. Su criterio ha de ser el del señor su padre, el señor su hermano, el señor su esposo, o el señor su hijo; sus luces, cuando las luces le entren en la mente, deben ser reflejos de las del varón...<sup>41</sup>

Ese ángel del hogar se había cansado “de la humillante dependencia masculina en que ha vivido siglos, porque la han nulificado intelectualmente”<sup>42</sup> y quería “tener derecho a la verdadera vida. A la intelectual que es la luz y no a la del topo a que se le ha condenado”.<sup>43</sup>

Frances E. W. Harper vaticinó, en ocasión del discurso inaugural de la Exposición Universal de Chicago en 1893, que se estaba viviendo “el umbral de la era de la mujer”.<sup>44</sup> En efecto, en Estados Unidos y en algunos países de Europa sí se podía vislumbrar que el mundo de la mujer estaba transformándose a

<sup>41</sup> “El decantado feminismo”, *El Imparcial*, 17 de noviembre de 1907.

<sup>42</sup> “La mujer progresa”, *Jalisco Libre*, 14 de febrero de 1908.

<sup>43</sup> “El decantado feminismo”, *art. cit.*

<sup>44</sup> Leslie W. Lewis, “Towards a New Colored Consciousness”, Ann L. Ardis and Leslie W. Lewis, *Women’s Experience of Modernity, 1875-1945*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 2003, p. 31.

pasos agigantados. Charlotte Perkins Gilman en San Francisco y Clara Zetkin en Berlín reprocharon el ambiente opresivo de las mujeres en el hogar y lucharon para que pudiesen participar en el mundo del trabajo como maestras, comerciantes, obreras y profesionistas. Otras asociaciones feministas las ayudaron a conseguir trabajo, alojamiento y comida.<sup>45</sup> Muchas se preocuparon por que las mujeres tuvieran derecho al voto y se asimilaran a la sociedad como ciudadanas y participantes en la política.<sup>46</sup> Otras más buscaban la sensibilización y democratización de las mujeres profesionistas para que ayudaran a sus congéneres;<sup>47</sup> y también lucharon para que no hubiera diferencias raciales entre blancas y afroamericanas.<sup>48</sup> Así, tanto en Estados Unidos como en Europa, los movimientos feministas estaban en franca ebullición. Si bien Laura no se involucró directamente en estos movimientos, vivió y trabajó de acuerdo con los principios feministas emergentes, mismos que influyeron para que, desde la escritura, la maestra insistiera en que la mujer mexicana pudiese liberarse “de vivir humillada en la esfera servil que se le tenía como jaula, donde sus alas se estropeaban al menor impulso de vuelo”.<sup>49</sup> Sentirse libre, trabajar al parejo de los hombres y sin chismes sobre su libertad sexual fueron circunstancias favorables para que Laura viviese casi dos décadas fuera de México.

Después de una estancia de un año en San Luis, Missouri, la escritora llegó a México a fines de 1904 y en febrero del

<sup>45</sup> Lauren Abel, “The California Plan”, Mílada Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mexican Feminist, 1853-1928*, Tucson, The University of Arizona Press, 2018, p. 78.

<sup>46</sup> Rita Felski, “Afterword”, Ann L. Ardis..., *op. cit.*, p. 297.

<sup>47</sup> Francesca Sawaya, “The Authority of Experience. Jane Addams and Hull-House”, Ann L. Ardis..., *op. cit.*, p. 51.

<sup>48</sup> Leslie W. Lewis, *op. cit.*, p. 35.

<sup>49</sup> “La mujer mexicana y su evolución”, *El Mundo Ilustrado*, 1 de enero de 1906.

siguiente año se unió a un grupo de mujeres “para formar una sociedad feminista, que tiene por objeto el perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mujer; el cultivo de las ciencias, las bellas artes y la industria y además el auxilio mutuo de los miembros de dicha sociedad”. La escritora Mateana Murguía de Aveleyra le dio la bienvenida en *La Mujer Mexicana*, el periódico que expresaba la ideología del grupo:

La señora de Cuenca (...) ha vencido numerosos obstáculos; pero su espíritu investigador, su constancia, su aplicación y su entusiasmo, rompiendo las trabas de la rutina y los diques de añejas puerilidades, la han hecho salir vencedora de las grandes pruebas a que voluntariamente se ha sometido con el heroísmo y el afán de las almas superiores.<sup>50</sup>

Precisamente fue el grupo de mujeres de la Sociedad Protectora —del que formaban parte Matilde Montoya, la primera médica en obtener ese grado en el país, Columba Rivera y Guadalupe Sánchez, eventualmente tituladas como doctoras, María Asunción Sandoval de Zarco, la primera abogada, la maestra Dolores Correa Zapata y otras más— el que apreció su valía de mujer emancipada y votó para que a partir de febrero de 1905 Laura fuese nombrada como presidenta. Las ideas feministas variaban de país a país y de grupo a grupo. No todas las mujeres abanderaban las mismas ideas. Romero Chumacero apunta que la escritora y sus colegas de *La Mujer Mexicana*

no contemplaban el sufragio dentro de su base de reivindicaciones, porque en el México católico, patriarcal, fuertemente

<sup>50</sup> *La Mujer Mexicana*, febrero de 1905.

jerarquizado y organizado alrededor del núcleo familiar, era más trascendente apelar a algo distinto y tan elemental como ineludible: el acceso a la educación y al trabajo remunerado.<sup>51</sup>

Si bien Laura apelaba a que la mujer tuviera “derecho a la verdadera vida”, a la del estudio y del trabajo, estaba en desacuerdo con el feminismo radical estadounidense que “la emancipaba enteramente”:

En vez de americanizar a la mujer mexicana, emancipándola enteramente, estoy porque se la instruya liberalmente, se la habilite para luchar por su pan, cuando soltera, mal casada o viuda, necesite ganarlo para sí o para los suyos; no creo que debamos arrancarla del hogar, como aquí se ha hecho, pues ni ella es feliz en medio de tanta libertad ni siente por ello gratitud hacia el hombre que se la ha otorgado, sino odio profundísimo...<sup>52</sup>

Para la maestra, el feminismo debía entenderse como el equilibrio entre las responsabilidades del hogar, del estudio y del trabajo, la coexistencia —de acuerdo con Rita Felski— entre el “ángel del hogar” y la nueva mujer moderna,<sup>53</sup> la mancuerna compatible que las mujeres han desarrollado durante el siglo xx y primeras décadas del siglo xxi.

<sup>51</sup> Leticia Romero Chumacero, Estudio introductorio “Un impulso de solidaridad: el feminismo de Laura Méndez de Cuenca”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. III, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011, p. 197.

<sup>52</sup> Informe pedagógico del kindergarten de San Luis, Missouri, p. 124.

<sup>53</sup> Rita Felski propone que los estudios de las mujeres contemplen cómo la figura femenina del pasado convive en la del presente (en lugar de estudiar a las mujeres en distintas etapas), “Afterword”, Ann L. Ardis..., *Women’s experience...*, p. 294.

Fue durante su estancia en Berlín cuando Laura escribió la mayor parte de sus artículos feministas. El gobierno mexicano la había enviado a estudiar el sistema educativo alemán con la idea de poder implantar en México aquello que pudiese adaptarse al sistema educativo moderno, en vías de exploración y consolidación. La educación alemana, como en general la del mundo occidental, incluyendo México, había cambiado radicalmente; en la mayoría de los países se había implantado el método objetivo de Pestalozzi que pretendía, con base en la observación, manipulación y análisis de los objetos, desarrollar las capacidades intelectuales de los educandos. El método objetivo fue la base para concebir el andamiaje de la enseñanza y habría de producir, de acuerdo con Laura, una generación “bien distinta” a la de sus tiempos. Habría de dar las mismas facilidades educativas a hombres y mujeres.

La profesora apostaba por una formación integral que favoreciera su desarrollo educativo e intelectual, su autonomía económica y su convicción feminista. Las palabras “respeto” y “justicia” estaban en sus postulados. Respeto y justicia en lo relacionado con las justas remuneraciones por el trabajo desempeñado. Además, la superación traía consigo ventajas para el sexo fuerte: el hombre sería más feliz si pudiese compartir con su cara mitad “el sentimiento y la virtud, lo mismo que la ciencia y el arte”.<sup>54</sup>

Sin embargo, la “cara mitad” respondió con desgano, indiferencia e incluso aversión a que la mujer compartiera con él los espacios públicos que le pertenecían desde hacía siglos. Pero no había marcha atrás, “la evolución feminista en México se está realizando cabal: en su porte la mujer es más firme; en

<sup>54</sup> “El decantado feminismo”, *art. cit.*

su conducta, menos débil; en sus resoluciones se gobierna por el buen sentido y las dicta y las sostiene con energía”.<sup>55</sup> Durante la Revolución mexicana, le habrá dado gusto a la profesora que mujeres como Hermila Galindo lucharan por el voto femenino y que Galindo editara *La Mujer Mexicana*, vehículo reivindicador de los derechos de la mujer. Por otra parte, se habrá sentido orgullosa de que el Congreso Feminista de Yucatán, llevado a cabo en 1916, reconociera a tres pioneras feministas en México: Rita Cetina, de Yucatán, Laura Méndez de Cuenca y Dolores Correa Zapata. Para entonces la incansable Laura, todavía trabajando como docente, había ingresado como alumna *regular*, es decir, pagó la cuota requerida para tener derecho a examen, en la Escuela de Altos Estudios (Facultad de Filosofía y Letras) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Uno de sus maestros, Francisco Monterde, se sorprendió de que fuera su alumna y se arrepintió de no haber conversado con ella sobre su vida literaria de antaño:

Se sentaba siempre en la primera fila... y asistía con tanta puntualidad... Era una señora de cabello cano que ocultaba bajo el sombrero de moda entonces, pues vestía, de acuerdo con las primeras modas del feminismo, una chaqueta casi masculina, y se tocaba, por lo menos en los meses en que fue mi alumna, con un sombrero de carrete... La apariencia de Laura Méndez era la de una mujer ya emancipada...<sup>56</sup>

<sup>55</sup> “La mujer mexicana y su evolución”, *art. cit.*

<sup>56</sup> “Conferencia pronunciada por Francisco Monterde en el año de 1977”, en Manuel Acuña, *Cumbres de la poesía mexicana, siglos XIX y XX*, vol. 1, México, DDF, 1977, pp. 20-23.



## Epílogo

Su último trabajo en la Universidad, en 1923, fue para su maestro de sánscrito, Heramba L. Gupta. Con el afán de tratar de entender la existencia humana, durante los últimos años de su vida Laura se inclinó hacia el conocimiento de las filosofías orientales. En aquel ensayo la escritora se inspiró en la poesía “Luna nueva”, de Rabindranath Tagore, en la cual “hablaba el niño”. Acaso Laura se acordaba de Horacio:

Si estás despierta pensando en tu hijito hasta las altas horas de la noche, te cantaré desde las estrellas: duerme, madre, duerme.

Bajaré en los dispersos rayos de la luna hasta tu cama y descansaré en tu seno mientras duermes.

Seré un sueño y me deslizaré en las profundidades de tu dormir, al través de tus párpados entreabiertos; y cuando tú despiertes y mires azorada a tu alrededor huiré a las tinieblas.

Por extraño y trágico que pueda parecer, pues así fue su deseo, Laura está enterrada con su hijo Horacio en el mismo sepulcro en la Rotonda de los Hombres Ilustres en el Panteón Municipal de Toluca: “Como una flor tronchada la feliz soñadora / por los mundos del alma continuó su odisea”.<sup>57</sup>

<sup>57</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La abuelita sueña”, *La pasión a solas*, selección, prólogo y notas de Raúl Cáceres Careño, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 2003, p. 89.

# POESÍA



Fotografía de Laura Méndez de Cuenca (Archivo personal de Carlos Beteta de la Garza).



## CINERARIA<sup>58</sup>

Cual vaga en el desierto el caminante,  
tostado por el sol,  
y a la gárrula sombra de las palmas  
que mece el aquilón  
busca, con sed que la fatiga enciende,  
asilo bienhechor;  
cual parda golondrina, cuyo nido  
el tiempo destruyó,  
se alza al espacio abandonando al viento  
su lánguida canción,  
y busca desolado a sus polluelos,  
trovadores de amor,  
revolando del lecho a la ventana,  
del árbol al torreón;  
cual nave que entregada a los rigores  
del Noto bramador  
zozobra envuelta en encrespadas olas,  
sin rumbo ni timón,  
sin más luz que la luz de los relámpagos,  
sin más norte que Dios;

<sup>58</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, año XXIII, t. 56, núm. 10644, 1 de marzo de 1874, p. 3. Publicado de forma anónima, con la firma \*\*\*.

así también en el erial del mundo,  
sin fe y sin ilusión,  
con la mirada siempre en el abismo  
y el alma en el dolor,  
perdida entre las zarzas que a mi paso  
el destino arrojó,  
vago al azar con la esperanza muerta  
y muerto el corazón;  
así también en orfandad sombría  
abandonada estoy,  
y así, desde la cuna hasta el sepulcro,  
desde la nada a Dios,  
es una sombra para mí la dicha,  
mentira la ilusión,  
fantasma del delirio la esperanza,  
iverdad sólo dolor!  
En el cáliz de hiel de la existencia  
donde mi fe expiró  
sólo encontré las flores que la muerte  
cultiva en el panteón,  
flores que en la mañana abren su broche  
y mueren con el sol;  
ni una estrella, ni un pájaro doliente  
por mi cielo cruzó,  
y en el Getsemaní de mis ensueños  
es mi única oración  
suspiro tras suspiro que sin tregua,  
mi pecho en su dolor,  
lanza al sol, y sin hallar un eco  
vuelven al corazón;  
las lágrimas que ruedan de mis ojos,

trémulas sin rumor,  
son los ayes del alma que agoniza,  
sus confidencias son;  
¡ay, sólo las recoge entre sus alas  
silencio aterrador...!  
Si es triste en el invierno de la vida,  
bajo negro crespón,  
ver las flores del alma deshojadas,  
sin néctar ni color,  
¡qué sentirá mi espíritu, que tiene,  
presa de la aflicción,  
de sus flores de abril cambiado el oasis  
en páramo sin sol...!  
Nunca en el cielo oscuro del mañana  
un iris veré yo,  
nunca en las ruinas de mi hogar desierto  
brotará alguna flor;  
pero entre las tinieblas con que cubre  
la duda al corazón,  
fingimiento que burle a mi destino,  
que ahogue mi dolor,  
haré de mis recuerdos una aurora,  
de mi amargura un sol,  
y en la noche sin astros de mi vida,  
de cada sombra un dios.

*Febrero, 1874*

A \*\*\*\*<sup>59</sup>

Adiós!<sup>60</sup> es necesario  
que deje yo tu nido,  
las aves de tu huerto,  
las rosas en botón.  
Adiós! es necesario  
que el viento del olvido  
arrastre entre sus olas  
el lúgubre gemido  
que lanza, al separarnos,  
mi pobre corazón.

Ya ves tú que es preciso,  
ya ves tú que la suerte  
separa nuestras almas  
con fúnebre capuz;  
ya ves que es infinita  
la pena de no verte,  
vivir siempre llorando  
la angustia de perderte  
con la alma enamorada  
delante de una cruz.

<sup>59</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, año XXIII, t. 56, núm. 10672, 29 de marzo de 1874, p. 2, col. 5; Laura Méndez de Cuenca, "Adiós", en José María Vigil (pról.), *Poetisas mexicanas siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Antología*, estudio preliminar de Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velásquez [Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1893], UNAM, edición facsimilar, México, 1977, p. 89-90.

<sup>60</sup> 1893: sustituye signo de admiración por dos puntos en los vv. 1 y 5; además, la autora convierte los hemistiquios en versos alejandrinos.

Después de tanta dicha,  
 después de tanto beso,<sup>61</sup>  
 es fuerza que me aleje  
 de tu bendito hogar;  
 tú sabes cuánto sufro  
 y que al pensar en eso  
 mi corazón se rompe  
 de amor en el exceso,  
 y en mi dolor supremo  
 no puedo ni llorar.

¡Y yo que vi en mis sueños  
 el ángel del destino  
 mostrándome una estrella,  
 sol de oro en el zafir;<sup>62</sup>  
 volviendo todas blancas  
 las sombras de mi sino,  
 de nardos y violetas  
 regando mi camino,  
 y dándole a mi cielo<sup>63</sup>  
 la luz del porvenir!

Soñaba que en tus brazos,  
 de dicha estremecida,  
 mis labios recogían  
 tus lágrimas de amor;  
 que tuya era mi alma,

<sup>61</sup> 1893: *Después de tantas dichas y plácido embeleso por Después de tanta dicha, / después de tanto beso,*

<sup>62</sup> 1893: *de amor en el zafir por sol de oro en el zafir.*

<sup>63</sup> 1893: *γ abriendo a mi existencia por γ dándole a mi cielo*



que tuya era mi vida,  
dulcísimo imposible  
tu eterna despedida,  
quimérica fantasma  
la sombra del dolor.

Soñé que en el santuario  
donde te adora el alma,  
era tu boca un nido  
de amores para mí;  
y en el altar augusto  
de nuestra santa calma  
cambiaba yo, sonriendo,<sup>64</sup>  
mi ensangrentada palma  
por pájaros y flores  
y besos para ti.

¡Qué hermoso era el delirio  
de mi alma soñadora!  
¡Qué bello el panorama  
que creaba mi ilusión!<sup>65</sup>  
Un mundo de delicias  
gozar hora tras hora,  
y entre crespones blancos  
y ráfagas de aurora,  
la cuna de nuestro hijo  
como una bendición.

<sup>64</sup> 1893: *cambiaba sonriendo* por *cambiaba yo, sonriendo*,

<sup>65</sup> 1893: *alzado en mi ilusión!* por *que creaba mi ilusión!*

¡Las flores de la dicha  
ya ruedan deshojadas!  
¡Está ya hecha pedazos  
la copa del placer...!  
En pos de la ventura  
buscaron tus miradas  
del libro de mi vida  
las hojas ignoradas,  
y...<sup>66</sup> alzose ante tus ojos  
la sombra del ayer.

La noche de la duda  
se extiende en lontananza,  
la losa de un sepulcro  
se ha abierto entre los dos;  
ya es hora de que entierres  
bajo ella tu esperanza,  
que adores en la muerte  
la dicha que se alcanza,  
en nombre de este poema  
de la desgracia: ¡Adiós!

<sup>66</sup> 1893: quita puntos suspensivos.

ESPERANZA<sup>67</sup>

A M\*\*\*

Mírame desde el astro que iluminas  
llorar el alma que con tu alma pierdo;  
mírame de mi hogar entre las ruinas,  
temblando de pasión a tu recuerdo.

Mira mi corazón agonizando  
en la horrorosa pena en que le hundiste;  
¡ay! es muy triste suspirar soñando  
con el beso de un alma que no existe.

Aún me parece en mi delirio verte;  
y ante el ensueño de tu amor bendito  
para el dolor inmenso de perderte  
es una estrecha cárcel lo infinito.

Yo no sé dónde estás, ni sé quién pudo  
¡cruel! arrebatarte de mis brazos;  
no sé qué tigre se atrevió sañudo  
a hacer mi pobre corazón pedazos.

Vivir sin ti ¡qué soledad, Dios mío!  
Y sin que el alma a su dolor sucumba,  
el cielo de mi vida está sombrío  
y regada de lágrimas tu tumba.

<sup>67</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, año XXIII, t. 56, núm. 10698, 26 de abril de 1874, p. 3. El poema es una honra por la muerte de Manuel Acuña, fue publicado anónimamente con la firma \*\*\*.

Me habla mi corazón, y lo que dice  
torpe traduce sollozante rima;  
me habla de tu cariño y te bendice,  
me habla de tu desgracia y te sublima.

Sin ti mi porvenir es caos profundo  
donde nunca se encienden las estrellas,  
y voy sin más orgullo por el mundo  
que ver toda la luz que hay en tus huellas.

Ya toco de la vida la pendiente;  
y si halla un cielo de ventura y calma  
quien siempre en su desgracia fue creyente,  
allí donde tú estás espera mi alma.

### BAÑADA EN LÁGRIMAS<sup>68</sup>

*A mi hijo muerto*

Si la muerte es oriente de otra vida,  
si al emprender la lúgubre partida  
el alma se despierta a la ilusión...  
Si el *más allá* que el pensamiento alcanza  
es un canto de amor y esperanza,  
¿por qué tiene tan triste introducción?

<sup>68</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de febrero de 1875, p. 3; con el mismo título y variantes en *El Reproductor*, año IX, núm. 81, 19 de octubre de 1884, p. 2.

Si es cierto que la vida en este mundo  
es el paso fugaz y vagabundo  
del hombre en pos de un<sup>69</sup> infinito bien,  
¿por qué si un ser de nuestro hogar se aleja,  
si rompe sus cadenas y nos deja,  
por qué nos rompe el corazón también?

Eso pensaba yo aquella noche<sup>70</sup>  
cuando al cerrar su perfumado broche  
las flores en tu fosa fui a regar.  
Volví a mi hogar doliente y solitario,  
lloré mucho, y del alma en el santuario  
la noche en el dolor sentí flotar.

¡Mi hogar yacía en tenebrosa calma!<sup>71</sup>  
Tu bendito cadáver y el de<sup>72</sup> mi alma  
quedaron reposando en el panteón;<sup>73</sup>  
como otras veces, la argentada luna  
llenó de luz mi alcoba y tu cuna<sup>74</sup>  
bañaba<sup>75</sup> en llanto el virginal crespón.

Si hay una pena igual a la que siente  
la madre cuando busca al hijo ausente,  
¿pero ausente, con una ausencia así!  
Si hay un dolor terrible, agudo, eterno,

<sup>69</sup> 1884: *del por un*

<sup>70</sup> 1884: *Así pensé en aquella triste noche por Eso pensaba yo aquella noche*

<sup>71</sup> 1884: *Mi hogar estaba en tenebrosa calma; por ¡Mi hogar yacía en tenebrosa calma!*

<sup>72</sup> 1884: *quita el de*

<sup>73</sup> 1884: *quedáronse en el triste panteón por quedaron reposando en el panteón;*

<sup>74</sup> 1884: *y de tu cuna por y tu cuna*

<sup>75</sup> 1884: *bañado por bañaba*

que cambia<sup>76</sup> la existencia en un infierno...  
 ¡Ése fue entonces el que yo sentí!

Aún recuerdo la aurora de aquel día  
 en que la luz de la esperanza mía  
 se enlutó con las sombras del pesar;  
 cintilaban las últimas estrellas;  
 tú, desmayado y pálido como ellas,  
 te morías<sup>77</sup> mirándome llorar.

Poco después en el humilde nido  
 que mi amor maternal hubo fingido<sup>78</sup>  
 para dormirte y arrullarte allí,  
 emblema del dolor de los dolores,  
 tú estabas entre lágrimas y flores,  
 y yo... ¡Con tu cadáver y sin ti!<sup>79</sup>

La inmensa soledad que nos cercaba,  
 el cirio funeral que chispeaba,  
 de tu lecho la<sup>80</sup> muerte junto al pie;  
 las rosas deshojadas y marchitas,  
 tus heladas y blancas manecitas  
 que tantas veces con pasión<sup>81</sup> besé...

El mezquino consuelo con que el mundo  
 fingiendo comprender mi mal profundo,

<sup>76</sup> 1884: trueque por cambia

<sup>77</sup> 1884: espirabas por te morías

<sup>78</sup> 1884: por el cuidado maternal construido por que mi amor maternal hubo fingido

<sup>79</sup> 1884: con tu cadáver y sin ti por ¡Con tu cadáver y sin ti!

<sup>80</sup> 1884: de por la

<sup>81</sup> 1884: amor por pasión

fue mis íntimas penas a insultar;  
la lejana y abierta sepultura,  
todo ese horrible cuadro de amargura  
ante mi vista<sup>82</sup> se alza sin cesar...

Expiraste...<sup>83</sup> tristísima y suave,  
dulce como el arpegio de una ave,  
te arrullaba del alma la oración;  
y yo esperaba en mi amoroso empeño  
que despertaras del solemne sueño  
que suspende el latir del corazón.

¡Vana ilusión! ¡Quimérica esperanza!<sup>84</sup>  
¡Siempre soñando en<sup>85</sup> lo que no se alcanza,  
siempre deseando<sup>86</sup> lo que no será!  
¡La vida así es interminable lucha<sup>87</sup>  
entre la fe en el<sup>88</sup> corazón, que es mucha,  
y lo imposible que a extinguirla va!

Sombra es no más el pensamiento mío,  
que se alza y agita en el vacío<sup>89</sup>  
y envuelve el corazón en su capuz;  
me ha encarcelado en su crueldad la suerte.<sup>90</sup>

<sup>82</sup> 1884: *mis ojos por mi vista*

<sup>83</sup> 1884: *Espiraste por Expiraste*

<sup>84</sup> 1884: no aparecen los signos de admiración

<sup>85</sup> 1884: no aparece *en*

<sup>86</sup> 1884: *anhelando por deseando*

<sup>87</sup> 1884: *¡Ay, que en la vida interminable lucha por ¡La vida así es interminable lucha*

<sup>88</sup> 1884: *del corazón por en el corazón*

<sup>89</sup> 1884: *que se forma y se agita en el vacío por que se alza y agita en el vacío*

<sup>90</sup> 1884: *¡Cómo me estrecha en su rigor la suerte por me ha encarcelado en su crueldad la suerte.*

¿Cuándo el dolor inmenso de no verte<sup>91</sup>  
me arrastrará a dormir bajo tu cruz?<sup>92</sup>

En la noche sin fin en que vegeto  
mi existencia no tiene más objeto  
que tu dulce recuerdo bendecir;  
mi dicha en tu sepulcro<sup>93</sup> se derrumba,  
mi hogar se ha convertido en una tumba.<sup>94</sup>  
¿Qué puedo esperar ya<sup>95</sup> del porvenir?

*México, 1875*

## INFORTUNIO<sup>96</sup>

*A mi madre*

... En ese triste día.  
En esa hora de llanto  
fatídica y sombría,  
en que fuiste la enviada del destino  
para lanzarme al paramal camino  
de una vida de angustia y agonía;  
algo como la noche  
de la orfandad se proyectó en mi cielo,

<sup>91</sup> 1884: *Cuando el dolor, inmenso de perderte por ¿Cuándo el dolor inmenso de no verte*

<sup>92</sup> 1884: *me arrastrará a dormir junto a tu cruz! por me arrastrará a dormir bajo tu cruz?*

<sup>93</sup> 1884: *ante tu ausencia por en tu sepulcro*

<sup>94</sup> 1884: *convertido mi hogar en una tumba por mi hogar se ha convertido en una tumba.*

<sup>95</sup> 1884: *no aparece ya*

<sup>96</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, 17 de marzo de 1875, p. 2. Poema dedicado a Elisa Clara Lefort, de ascendencia francesa, con la firma L\*\*\*\*.



el anatema coronó mis sienes  
y fue el sol de mi vida un sol de duelo:  
se alzó la tempestad de los dolores  
en torno de mi cuna solitaria,  
y la canción que me arrulló de niña  
fue el grito de la triste procelaria;  
traspuso el sol el monte,  
y cuando en el Oriente  
sobre el azul apareció la luna,  
ni de tu hogar se suspendió mi cuna,  
ni posaste tus labios en mi frente.

¡Qué lentos y tediosos  
resbalaron mis años infantiles;  
auroras apagadas  
al punto de brillar fueron mis sueños;  
siempre mis ilusiones destrozadas;  
sin rumbo al porvenir mi aciaga estrella;  
mi fe en las sombras del dolor perdida!  
¡Qué soledad aquélla!  
¡Qué horas tan negras las de aquella vida!  
Buscaba en la quietud de mi aislamiento  
con la alma de una madre y la de un niño;  
y a solas —devorando  
toda la hiel de los tormentos que hacen  
derramar tantas lágrimas al hombre—  
tu nombre entre sollozos repetía  
bañando con mis lágrimas tu nombre.

Y en esas tristes horas  
buscaba las caricias con que premia

la madre al inocente  
niño que forma la mitad de su alma,  
cuando al morir el día  
le presenta acabada la tarea  
por la que tantos besos le ofrecía;  
su voz tan amorosa  
que cuando silenciosa  
la noche tiende su enlutado velo,  
le enseña a murmurar una plegaria  
al borde de una tumba solitaria,  
o al brotar las estrellas en el cielo...  
buscaba la embriaguez de su ternura,  
de sus palabras la canción sublime,  
su llanto idolatrado  
que nunca agota el maternal empeño,  
y hasta el divino beso enamorado  
con que cierra sus párpados el sueño.  
Todo eso yo buscaba, y entretanto,  
brotando de mis horas de agonía,  
se alzó la inmensa noche del quebranto,  
y envuelta en las tinieblas de su manto  
sentí que toda mi alma se moría.

Más tarde, cuando un mundo de ilusiones  
se forjó mi ardorosa fantasía  
y el terrible huracán de las pasiones  
mi pecho estremecía;  
cuando allá en lontananza  
me señalaba el ángel del destino  
del mundo el impetuoso torbellino  
a la indecisa luz de la esperanza;

cuando la rosa del amor temprana  
brotó en mi alma de hielo,  
y vi un rayo de sol en mi ventana  
y un iris en mi cielo;  
creía que para siempre se extinguía  
ese germen de angustia  
que desde niña fecundó en mi pecho;  
que mi cabeza doblegada y mustia,  
altiva se alzaría,  
y brotaron entonces de mis ojos  
lágrimas de alegría...  
Creí que era bastante  
tanto martirio y sufrimiento tanto,  
que era mi porvenir todo ventura,  
que era mi última pena esa amargura,  
que era mi última lágrima ese llanto;  
y dije adiós a mi aflicción postrera  
y de mi inmensa dicha en el exceso,  
busqué ioh, madre! tu sombra en mi carrera,  
esperando que tú, por vez primera,  
coronaras mi dicha con tu beso.  
¡Fue vana mi esperanza!  
Y hoy que mi corazón yace enterrado  
bajo la losa de un dolor eterno;  
hoy que el rudo quebranto  
dentro de mi alma impera,  
tú... ¡ni una lágrima siquiera  
has vertido en el cáliz de mi llanto!  
y lucho aún contra el destino impío,  
y lucho aún contra la infausta suerte,  
y en la tiniebla del dolor sombrío,

como consuelo al infortunio mío  
sólo hallo la esperanza de la muerte.

No existes para mí; tendió la ausencia  
entre las dos su sombra aborrecida,  
nubló con sus tinieblas tu conciencia  
y oscureció los astros de mi vida;  
abrió en mi corazón a tu recuerdo  
un sepulcro sombrío;  
y... olvidarte quisiera; pero en mi alma  
cuando mi dicha muere y se derrumba,  
la cruz de mis dolores infinitos  
se alza otra vez a señalar tu tumba.

Triste es el porvenir; en lontananza  
la negra esfinge del pesar asoma  
y se pierde entre brumas la esperanza;  
y pues la primavera de mi vida  
ya se ha cambiado en árida existencia  
sin tus dulces caricias ni tu abrigo,  
de mi amor y mis besos en abono,  
yo en lágrimas bañada te bendigo,  
y en nombre de mi llanto te perdono.

¡OH, CORAZÓN...!<sup>97</sup>

¡Oh, corazón!, ¿qué vales ni qué puedes  
de este vivir en el artero abismo,  
si presa tú de las mundanas redes<sup>98</sup>  
eres siervo y señor a un tiempo mismo?

¿Quién a tu ley su vanidad no humilla?  
¿A quién, si ruegas, tu humildad no mueve?  
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?  
¿Guardas lo eterno, o lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia  
entre el yo pensador y el sentimiento?  
¿Al pensamiento guardas obediencia,  
o dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente  
si tu latir a otro latir responde?  
¿Dónde guardas del odio la serpiente,  
la torpe envidia y la ambición en dónde?

Yo no lo sé; mas la virtud y el vicio  
juntos te inspiran por extraño modo:

<sup>97</sup> *La República Literaria* (Guadalajara), 9 de septiembre de 1883, pp. 298-299. Después aparece en *La Prensa*, 27 de abril de 1884, p. 3; en *La Época*, núm. 211, 13 de julio de 1884; en *La Patria Ilustrada*, 6 de septiembre de 1886, pp. 421-422; en *El Diario del Hogar*, año V, núm. 301, 2 de septiembre de 1886, p. 2; con el mismo título, finalmente, en *Revista Azul*, t. II, núm. 11, México, 1895, p. 176. Aquí tomamos la versión de 1886 y la de 1895.

<sup>98</sup> 1895: *si siendo presa de mundanas redes por si presa tú de las mundanas redes*

si abnegado, capaz del sacrificio;  
réprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso enfrena;  
múltiple forma a tu capricho mudas:  
tétrico en Hamlet, triste en Magdalena,  
sublime en Jesucristo, real<sup>99</sup> en Judas.

Amas el mundo y sueñas con el cielo,  
tremenda lucha en que tu ser exhalas;  
así el ave: nacida para el vuelo  
calienta el nido en que plegó sus alas.<sup>100</sup>

Ruedas a veces a la cripta muda  
de beatífica fe sublime ejemplo,  
y otras, roído por sangrienta duda,  
mártir espiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo;  
ya deleite sensual de amante pena;  
ora fe y religión, ora ateísmo,  
dogma que salva y<sup>101</sup> duda que condena.

Penumbra o claridad, verdad o mito,  
vives, palpitas, gozas y padeces;  
por el amor confiesas lo Infinito,  
y aceptas el Infierno si aborreces.

<sup>99</sup> 1895: *vil* por *real*

<sup>100</sup> 1895: *fabrica un nido en que plegar las alas por calienta el nido en que plegó sus alas.*

<sup>101</sup> 1895: *o* por *γ*

¡Qué batallar con la pasión a solas!  
¡Qué fiera lid a solas con la idea!  
¡Qué dejar en el ara en que te inmolas  
carne que abrasa y sangre que caldea!

¡Qué vida tan inquieta la del mundo!  
¡Qué promesa tan dulce la del cielo!  
La Muerte... ¡qué misterio tan profundo!  
La Nada... ¡qué terrible desconsuelo!

Cesa<sup>102</sup> ya, corazón, tu lucha fiera  
y que la luz al pensamiento acuda.  
Si eres fango no más, ¿por qué *se espera?*<sup>103</sup>  
Si eres obra de Dios, ¿por qué *se duda?*<sup>104</sup>

¡Misterio nada más!... ¿Y quién osado  
pretende conocerte?... ¡Pobre loco!  
Vives, para ser barro, demasiado,  
y para ser *verdad*,<sup>105</sup> vives muy poco.

*San Francisco de California, 1894*<sup>106</sup>

<sup>102</sup> 1895: Cese por Cesa

<sup>103</sup> 1895: en cursivas.

<sup>104</sup> 1895: en cursivas.

<sup>105</sup> 1895: en cursivas.

<sup>106</sup> 1895: agrega lugar y fecha.

¡AYER!<sup>107</sup>

[fragmento de un poema]

Íbamos juntos por la agreste loma;  
 cual se oculta en su nido la paloma  
 tímida y blanca, la ciudad envuelta  
 en la movable sombra del follaje  
 a sabroso descanso convidaba.  
 La noche de diamantes se prendía;  
 el acre olor de tierra sembradía  
 no ha mucho removido, me embriagaba  
 de aromas tropicales, nos traía  
 de la chicharra el grito destemplado,  
 en los rubios maizales, los cocuyos  
 emulaban la luz de las estrellas;  
 mi suelto andar no daba con tus huellas,  
 buscando apoyo entre los brazos tuyos.

¡Regia noche de pompa funeraria!  
 Muda, doliente, lánguida plegaria  
 clavó tus ojos húmedos y tristes  
 del cielo azul en el zafiro intenso.  
 ¿Qué le dijiste en tu pesar inmenso?  
 ¿Cuál fue la confianza cariñosa  
 que salió de tu alma  
 sin quebrantar el sello de tus labios?  
 ¿Temiste darme con tu queja agravios?  
 ¡Ay no!, ifuese la calma  
 por siempre de mi pecho, vida mía!

<sup>107</sup> *La Juventud Literaria*, t. II, núm. 22, 27 de mayo de 1888, p. 175.



Si el viento refrescante  
no trajo hasta mi oído  
tu acento quejumbroso y comprimido  
cual deseaba mi ansiedad amante;  
grave, gentil, temblando cual las hojas  
próximas a caer del tronco añoso,  
cuánto de afán, altivo y concentrado,  
cuántas de tus congojas  
reveló al corazón enamorado  
tu púdico silencio misterioso.  
Y te quise, mi bien, porque callaste,  
y te quise, tal vez porque guardaste  
para ti solo el peso del dolor;  
y la piedad que tu silencio invoca  
es hoy fuego voraz que me sofoca,  
besos que se atropellan en mi boca,  
deleites, sufrimientos: es amor.

1888

#### CUARTO MENGUANTE<sup>108</sup>

*A Manuel Larrañaga Portugal*

Azota el viento la callejuela;  
junto a la cuna la esposa vela,  
entretendida con su labor;

<sup>108</sup> *Revista Azul*, t. I, núm. 15, 5 de agosto de 1894, pp. 218-219. Manuel Larrañaga Portugal, poeta, colaborador de la *Revista Azul*.

y al otro extremo del gabinete,  
puesto de codos en el bufete,  
con su fastidio lucha el señor.

Ella recuerda su vida toda:  
la incomparable noche de boda,  
la fugitiva luna de miel;  
mas él se aburre de aquella calma,  
de aquella vida quieta del alma.  
Ella suspira; bosteza él.

En lo futuro triste e incierto  
ella se abisma: ve a su hijo muerto  
o mendigando por la ciudad;  
y al contemplarle durmiendo en gracia,  
piensa en lo inmenso de la desgracia  
que lleva a costas la humanidad.

Deja él vagando su fantasía  
por otros mundos, y se extasía  
en lo que en sueños mira entre sí:  
con el concurso del pensamiento  
se torna un héroe, se forja un cuento,  
y se disipa su tedio así.

Un saloncito pequeño y grato:  
la alcoba oculta por un retrato  
que aclama a veces su antigüedad,  
en el aspecto de la persona,  
en su apostura y en la tizona  
que lleva al cinto con gravedad.

En el calado biombo de laca,  
esbelta grulla su cuerpo saca  
por entre arbustos de rosa-té;  
y mariposas de canutillo  
liban los mirtos de gusanillo  
en los cojines del canapé.

Junto al dorado tibor de China  
cuelgan los paños de la cortina  
abierta en gajos ante el balcón;  
y frente al piano de media cola  
ensaya un aire de barcarola  
la impura reina de esa mansión.

Su cabellera baja ondulante  
sobre la falda lisa y brillante  
de vaporosa túnica azul;  
y dos calandrias juntan el pico  
en el paisaje de su abanico  
de concha nácar y leve tul.

Sobre su seno, como un tesoro  
preso en cadena de esmalte de oro,  
luce la dama pardo reptil;  
y cuando el bicho la cosquillea,  
tiembla de espanto, ríe y arquea  
su cuello blanco como el marfil.

—Siguen los sueños color de rosa.—  
En la morada de aquella diosa  
vese a sí propio nuestro don Juan,

desenvolviendo las rubias yemas  
de un ramillete de crisantemas  
que ella deshoja sobre el diván;

o ya apurando sorbos de moca,  
mientras al piano su dama toca  
una sonata de Rubinstein,  
y por el humo del rico habano  
dama, bujía, banqueta y piano  
como entre nubes sus ojos ven.

Por fin el sueño baja a la estancia:  
ruedan las flores ya sin fragancia,  
sube a los ojos blando sopor;  
y en lo más grato del cabeceo  
arde la sangre, quema el deseo,  
y avergonzado corre el amor.

El tiempo vuela; y a breve rato  
gira la puerta con el retrato  
del caballero del espadín;  
del novilunio la luz escasa  
entra a la alcoba, cual tenue gasa,  
por la ancha reja que da al jardín.

Piafan, al peso de media noche,  
los impacientes potros del coche  
que al amo espera frente al portal;  
y en la penumbra, y en el misterio,  
los acres goces del adulterio  
gastan la dulce fe conyugal.

El viento azota la callejuela;  
junto a la cuna la esposa vela,  
entretendida con su labor;  
y al otro extremo del gabinete,  
puesto de codos en el bufete,  
por otros mundos vaga el señor.

*San Francisco de California, 1894*

### LOS CAVADORES<sup>109</sup>

Cavando un rico avariento  
para enterrar su tesoro,  
amontona, ciento a ciento,  
las piedras del pavimento  
junto a los tejos de oro.

Con febril agitación  
rompe el macizo terrón;  
enjúgase el sudor frío  
y dice en su corazón:  
“voy a enterrar lo que es mío”.

A media cuadra distante,  
de la sombra en el misterio,  
con un cadáver delante,  
otro excava jadeante  
un hoyo en el cementerio.

<sup>109</sup> *El Entreacto*, 3.<sup>a</sup> época, núm. 44, 16 de febrero de 1902, p. 4.

De su faz rugosa y triste  
corre el llanto como río;  
y exclama en tono sombrío  
al dar la última palada:  
“voy a enterrar lo que es mío”.

Cuando emparejan el suelo  
que sus tesoros encierra,  
miran los dos con anhelo:  
iel uno, a la muda tierra;  
el otro, al callado cielo!

*San Luis, Missouri, octubre 1901*

#### PASA UN POETA<sup>110</sup>

*En el ocaso de Salvador Díaz Mirón*

Luego te pusieron la lira enlutada  
en los dedos flacos; tus ojos hundidos  
cerraron sobre una lágrima estancada  
cuando el corazón paró sus latidos.

Sobre la flexible seda abullonada  
de la caja negra, tus miembros tundidos  
por el ansia agónica recia y dilatada,  
descansan cual pájaros en su árbol dormidos.

<sup>110</sup> *Revista de Revistas*, año XVIII, núm. 947, 24 de junio de 1928, p. 37. Salvador Díaz Mirón (1853-1928), poeta veracruzano fallecido el 12 de junio; último poema de Laura Méndez de Cuenca, muerta el 1 de noviembre de 1928.

Del lecho vacío, la estancia callada  
de ruegos al cielo, blasfemias, quejidos,  
es la responsable la llaga enconada  
que se esconde, ¡hipócrita!, bajo tus vestidos.

La gente del duelo en ruedo formada  
era mayormente de desconocidos  
que de tu alto espíritu no entendieron nada;  
sus pésames eran conceptos mentidos.

La más elegante carroza traslada  
hasta un cementerio tus restos podridos;  
y hasta el hoyo oscuro de tierra mojada,  
no te dejan rezos, lloros y gemidos.

De los editores la voraz parvada  
ávida recoge los cantos perdidos,  
que en los arrebatos de tu alma extasiada  
rompieron de tajo tus locos sentidos.

¡Tus versos! La música, la alegre alborada  
de los años mozos, de los años idos,  
los que te dictaron la ilusión dorada,  
las visiones mágicas, los porqués no oídos  
por el poder único que pobló la nada  
de gracia y belleza, sonrisas y nidos.

Llegas a la cumbre en una jornada.  
Tu nombre aparece en libros pulidos  
de papel ligero y pasta cromada,

con notas, postillas y elogios nutridos,  
que te hacen héroe de la temporada.

Ya no manan dulce licor tus sentidos,  
ya no hay esplendores en tu vida alada,  
ya no hay recordanza de arpegios dormidos.  
Alumbra tu vuelo la noche estrellada,  
a espacios remotos jamás conocidos.

¡Un poeta pasa!

¡Un poeta pasa! Cantos desprendidos  
de tu lira bajan, en áurea cascada.  
Y suenan, y suenan, y suenan diluidos  
en una silente estela borrada  
como la que dejan los barcos hundidos.

*12 de junio de 1928*

### LA ABUELITA SUEÑA<sup>III</sup>

Vine yo de una tierra donde viven las hadas.  
Colgando de su pico por una cinta azul,  
me trajo una cigüeña a merced de sus alas  
por entre el polvo de oro de los rayos de luz.  
Y la mirada glauca de mis ojos fulgía  
como de una esmeralda las facetas.

<sup>III</sup> Laura Méndez de Cuenca, *La pasión a solas*, selección, prólogo y notas de Raúl Cáceres Careno, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 3.<sup>a</sup> ed., 2003, p. 89.



—¡Tú! ¿Tú viniste por los aires y sin anteojos negros?  
(*Está ida. Devuélvele su juicio, buen Jesús.*)

Rubia como las dulces flores del tamarindo,  
la madeja sedosa de rizado cabello  
flotando por mis gráciles hombros y por mi erguido  
cuello, por acercárame, la enmarañaba el viento.  
Me cantaban los pájaros su canción peregrina;  
me tenían envidia las estrellas del cielo.

(*Me da pena la pobre abuelita. ¡Qué lástima  
que de un tiempo a esta parte haya perdido el seso!*)

En busca de amapolas con que tejer guirnaldas,  
vagué por los sembrados, vagué por las laderas,  
como una mariposa, como una golondrina,  
escapando las zarzas, despreciando las piedras.

(*Abuelita delira. La triste encadenada  
desde que la conozco a su silla de ruedas,  
se pasa horas y horas como estatua de carne,  
sin levantar un dedo, sin mover una pierna.*)

En un baile de trajes, ¡iqué baile, no lo olvido!,  
con mi vestido blanco y con graciosa cesta  
de mimbre, fui regando de flores el camino,  
contenta de mi vida: ¡yo era la Primavera!  
Y a aquél que fue mi esposo, ante el altar más tarde  
con mi mano de nieve le arrojé una gardenia.

Y por el haz de nudos de la trémula mano  
se deslizó el rosario. Doblando la cabeza  
como una flor tronchada la feliz soñadora  
por los mundos del alma continuó su odisea.

*(Se ha quedado dormida. Se ha quedado dormida.  
¡Está ya de remate la pobrecita abuela!)*



# CUENTOS



Fotografía de Laura Méndez de Cuenca (Instituto de Investigaciones Bibliográficas/UNAM, Hemeroteca Nacional, México).



## La confesión de Alma<sup>112</sup>

VIERNES... DÍA DE AHORCADO. Pero aquel viernes, cinco de febrero, nos despachamos con el cucharón. A nombre de las leyes del Estado, habíamos mandado al cadalso a cuatro víctimas: un verdadero festín de carne humana. La vindicta pública debió sentirse ahíta; nosotros lo estábamos también, ipues, ya lo creo! Largas crónicas, abundantes ilustraciones, mucho teje-manaje reporteril y luego una tirada fabulosa: la mar de periódicos. Aunque he de decirlo sin que me quede nada adentro: no eran los infelices sacrificados los que nos daban contingente aquel día; los crímenes que les costaban la existencia habían sido explotados a su debido tiempo, algunos de los cuales dieron tanto que decir cuando andaba el cuento por la Corte que nada nos quedó por desmentir el día de la ejecución. Uno, sin embargo, estaba bastante fresquito y nuevo, y aún se le podía sacar jugo.

Era este caso el de un pescador griego que, enamorado de su esposa hasta la locura, le había disparado dos tiros a boca de jarro, al punto que ella acababa de pedir dinero para casarse con su amante y, valiéndose de testigos falsos, acusaba al marido de cruel. La desdichada había caído redonda en medio del arroyo de donde nunca debería haber salido; y el futuro cónyuge, que al punto no alcanzó a ver de qué medios se servía la divina Providencia para protegerle, entregó al delincuente a la justicia.

<sup>112</sup> *El Mundo Ilustrado*, t. I, núm. 17, 26 de abril de 1896, pp. 257-260.

Acabada la labor periodística del día, pasé la mirada por mi libro de memorias: “Representación de Julius Cesar en el Bablecín, por la Compañía Wordes y James, primera función de la temporada, concierto en el Metropolitan Hall”, con estreno de artistas laureados en academias particulares y música plagiada con arreglo a las leyes de Estados Unidos: la romanza de Martha, “La flor” y un vals de Juventino Rosas que a la sazón andaba de teatro en teatro cubierto por una firma norteamericana. Repasando el memorándum hasta el fin, hallé esta línea: “Recepción ordinaria en casa de la señora de Stevenson”. ¿Para qué era saber más?

Llegué allá cuando estaban al caer las nueve de la noche. En el centro, todavía los chiquillos ofrecían por un níquel la correspondencia del tranvía y la novena edición de un diario de la tarde con *all about the execution*, es decir, la descripción menuda de nuestro salvaje atracón de la mañana.

El viento del sudoeste barría la ciudad de abajo arriba y arremolinaba a mis pies hojas secas y basuras que chirriaban, anunciando un temporal próximo y violento.

La luna se ahogaba entre la bruma y parecía surgir trabajosamente del fondo del mar desvanecido, en medio del cual brillaban débilmente las luces de los vapores anclados, y como en segundo término las de los pueblos que bordeaban las costas vecinas. En mitad de la bahía, como un fantasma lúgubre, alzábase el Monte Diablo; escueto y solitario peñón donde suelen posarse las gaviotas. Buen rato llevaban las nubes de estar arremolinándose sobre las mesetas del lomerío, hasta que por fin acabaron de borrar en el cielo la luna; en el horizonte, el mar y a mi alrededor, la ciudad entera con las torres góticas de sus iglesias cristianas y los dombos bizantinos de sus magníficas sinagogas. Hacía frío húmedo, y la atmósfera pesaba sobre mi

ánimo rebajado por el recuerdo del cuádruple homicidio que no me había sido posible apartar de la memoria, teniendo en imposible tensión mis nervios todos.

Compadezco a los que no hayan asistido a los teatros de la señora de Stevenson, mujer incomparable por su hermosura y su talento, y distinguida por su gusto exquisito y su elegancia. Más de una vez he adivinado una promesa en sus ojos negros que centellean bajo los arcos triunfales de sus cejas de hebrea, un tanto respingaditas hacia las sienes; y en su busto airoso y su cabeza erguida y morena he creído ver a aquella judía por cuya mano sacrificó Jacob catorce años de libertad.

La señora de Stevenson era judía de raza, de religión y de costumbres. Su doctrina era amar lo justo, hacer lo bueno y no desear al prójimo más que lo que para ella misma hubiera deseado; de ahí que no daba cabida al chismorreo femenino ni se compadecía al vecino arrancándole a tiras el honor y el pellejo. La sencillez artística de la señora de Stevenson era más bien en ella un símbolo de la verdadera mujer israelita.

A mi llegada, la adorable señora me presentó a las personas que eran para mí desconocidas en la reunión: los recién admitidos a los viernes, que voy a presentar a los que por estas líneas pasaron su curiosa mirada.

Uno de ellos, M. J. Chapell, era un viejo verde a quien de vista y de oídas había yo conocido en parajes que no viene a cuento nombrar aquí; y la otra, la señorita Bertha Wilson, solterona de treinta y cinco, seca, desgarrada, bonita de facciones, aunque algo bizca del ojo izquierdo. Gastaba espejuelos de varilla dorada; sombrero y camisa de hombre, con chaleco y corbata de ídem en los días lluviosos; pero en los plácidos y asoleados solía llevar una boina con plumas de gallo puestas al sesgo, y sólo en ocasiones muy solemnes usaba prendas de



vestir de corte elegante y propias de su sexo. Deleitaba *miss* Wilson por su instrucción, y la claridad de su inteligencia le permitía discernir sobre cualquier otro asunto por complicado que fuese.

No hacía ella ascos a discusión alguna, pues de todas sabía salir siempre pavoneándose y con la frente ceñida del laurel del talento. Estas victorias continuas halagaban su amor propio femenino y la orillaban, a menudo, a promover cuestiones arduas donde lucirse; porque palabra que ella estaba bien segura de lucirse sacando todo el partido que le era dable de una sociedad como la nuestra, en la que un hermoso perro o un caballo de alzada son tenidos como cosa de más valía que una mujer bella y de corazón bien puesto.

La concurrencia no era mucha ni estable; desocupábanse los asientos con frecuencia para ser de nuevo invadidos por gente recién llegada; no cesaba la campanilla en su repiqueteo estridente que nos alteraba los nervios; ni la moza francesa guapa y bonita, con delantal blanco y toquilla de encajes rizados, que estaba de guardia en el vestíbulo, dejaba de acarrear en azafate dorado tarjetas anunciando a la señora de la casa los nombres, categorías y empleos de cada una de las visitas.

El ajetreo de entrantes y salientes nos obligaba a los íntimos a compartir con la ama la tarea de los honores; sin que pudiéramos meter baza en cierta conversación amena y sabrosa con que la señorita Wilson entretenía a unas cuantas personas en un rincón del estrado, donde los leños que crujían en la chimenea echaban rojizos resplandores dibujando sobre los arabescos de la alfombra siluetas temblorosas e informes.

Cada uno de los que llegaban había de hablar por turno de las calamidades que se nos habían echado encima: la invasión de los chinos que nos tenía arruinados; la amenaza de que los

japoneses nos arrebataran el pan de la boca apoderándose de las industrias locales; el aumento de la criminalidad en los últimos tiempos; nuestras cinco mil cantinas, la baja de la plata; todo, todo lo habíamos agotado ya, dándole mil vueltas y vistiéndolo de mil colores; pero nadie osaba tocar el tema del día en que versaba un clérigo encopetado y dos damas de la buena sociedad.

Eso sí que había sido para los periodistas el vellocino de oro; pero ¡bien nos guardaríamos de pregonarlo!

Nadie, por supuesto, se había revolcado en el fango de que los periódicos están llenos: cada una de las apreciables damas de la reunión y los caballeros todos pasaban por alto aquellas inmundicias, y no faltó quien se manifestara resuelto a borrarse del *Examiner* si persistía en publicar los pormenores del clerical proceso. El señor Chapell era de este parecer y a su dictamen se adhirieron los contertulios todos.

¡Qué cosas alcanzábamos, Señor mío; pero si qué cosas! Ayer una mujer descuartizada flotando en pedazos en la bahía, un crimen cometido para ocultar otro más inicuo y repugnante que coser a un hombre a puñaladas; luego, el doble parricidio cometido por un joven de buena casa, impaciente por heredar a sus viejos padres; después, las dos muchachas ultrajadas y estranguladas en un templo protestante; y ahora... ¡Ah, bien empleada estaba esa horca que segaba, los más de los viernes, estos campos cubiertos de maleza!

Sin leer las atrocidades que nosotros los noticieros exhumábamos para mantener en los periódicos el escándalo, damas y caballeros lo sabían todo. Porque, es claro, aquello flotaba en el aire; nadie podía taparse los oídos cuando los papeleros voceaban los sucesos del día, ni esa cosa de amordazar al crítico

que conducía el ascensor, ni tampoco había para qué sacarle el bulto al vecino que nos encaraba preguntándonos:

—¿Pero, ha visto usted cosa igual? Yo estoy horrorizado.

A lo que la vecina agregaba:

—Esto me enferma: no quiero ni pensar en ello. Figúrese usted que ella tomaba morfina a carretadas y él era una cosa atroz.

Y con todo este que te fue y que te vino, no había modo de ignorar lo que oyó el juez ni lo que se negó a declarar el acusado, ni la suma más o menos larga que los defensores habían depositado en el banco para sobornar a los jurados.

Pero tales conversaciones, como he dicho ya, no se tenían en casa de la señora de Stevenson sino en diálogos muy cortados y a espaldas de la dueña de la casa. ¡Buena estaba la señora de Stevenson para consentir que su salón se enlodase con tales porquerías! Entre un caballero que llega y dos amigas que se retiran, un pisaverde de veintitantos años que se despepitaba por imitar la apostura gallarda de Oscar Wilde puso el dedo en la llaga, trayendo a colación el proceso del ministro y comparsa y relató en un santiamén, casi textualmente, el cuestionario de la audiencia de aquella mañana, a lo cual *miss Wilson* dio feliz solución antes que la señora de Stevenson volviese a ocupar su puesto en el estrado.

La conversación, hábilmente guiada por Bertha, cambió del espinoso rumbo de la chismografía callejera al despejado y limpio de la legislación penal; campo amplísimo en que la inteligente dama expresó hermosas utopías que todos tragamos saboreándolas como una delicada golosina. Desde Licurgo hasta Lombroso, pasaron en desfile por aquel pico de oro legisladores y filósofos; y los casos y las pruebas de la inutilidad de la pena de muerte se menudearon en forma más o

menos anecdótica, siempre conmovedores, patéticos y llenos de interés. Una señora histérica se emocionó a tal grado que hubo que darle a oler sales, pues no había dejado de hacer pucheros durante la peroración, y nos anunció que no tardaría en desmayarse.

Nadie había mencionado a los ahorcados de aquel día; los que yo había visto subir a la trampa, y luego, con el gorro negro, caer.

Instigado por el mozalbete petulante que se obcecó en interrogarme, exclamé sin pensar casi en lo que decía:

—¡Qué valor, qué serenidad, qué sangre fría! Sobre todo, la del inglés; ése sí que supo enseñarnos a morir.

*Miss Wilson* me paró el golpe interrumpiendo:

—¡Oh! La flema británica..., los ingleses son máquinas que comen: desventaja que no los recomienda en los tiempos que corren, económicamente hablando, por supuesto. Por lo demás, ya hemos visto que son conquistadores y tercios por añadidura. Poseen la mitad del mundo y corren en pos de la otra mitad para conquistarla a mordiscos, si es que pueden hacerlo con la boca cerrada y sin ajarse el traje de etiqueta.

—No están fuera de la humanidad —replicó la señora de Stevenson—. Me los figuro tan capaces del heroísmo y del crimen como a los demás hombres. Eso que por característico no tienen en los pueblos, entiendo que es más bien influencia de clima y de medio ambiente que de educación y de raza. Trasplantad a los hombres como a los vegetales y tendréis otras especies modificadas por la asimilación de elementos extraños a su naturaleza. El inglés de las islas británicas no tiene nada en común con el inglés de las colonias, como el colono de América en nada se asemeja al colono de India. Una misma bandera, una misma patria; pero eso no es más que

convencionalismo puro; vamos, que nadie quiere dar su brazo a torcer en aquello del patriotismo. En este país cosmopolita todos los hombres se adaptan al medio en que viven, y por lo mismo, marchan unidos al programa y a la riqueza por el mismo camino: economía y trabajo.

—Yo no digo que no —respondió *miss* Wilson—, pero se dan casos que desmienten la regla. Bueno... las excepciones, es claro; pero lo que no tiene quite es darse uno de boca contra una excepción. Cierto es que a este estercolero del mundo nos vienen unas muestras... Deberíamos vivir en constante exhibición.

—Vamos, me dirán ustedes que los alemanes son filósofos, músicos, poetas. En una palabra, ¿hay por acá esos sabios que nos dejan con la boca abierta cuando la emprenden con las ciencias exactas? Díganme dónde están los lienzos de nuestros pintores, dónde nuestros escultores, dónde nuestros músicos, dónde nuestras obras docentes. Y contamos los alemanes por millones; pero éstos, como los criollos, abren surcos a máquina, y lo propio hacen el italiano y el francés, el holandés y el sueco.

—Tenemos poder absorbente —agregó el señor Chapell— y damos con la hospitalidad al extranjero nuestro ejemplo de honradez y trabajo, imprimiéndole nuestro sello inmortal de grandes y libres.

—Pues, con todo, a Inglaterra nada se le da, y sus súbditos siguen tan campantes con sus ideas monárquicas, su ambición de oro para apuntalar sus viejos castillos señoriales que ya se desmoronan... Y tienen, como siempre, la misma flema, y... hasta aquella limonadita que corre por sus venas... ¡Ah, qué rico refresco si pudiéramos beberles la sangre!

Mr. Chapell, tan circunspecto como nunca lo estaba en los sitios donde yo lo había conocido, se sentía ya con el cerebro exhausto; el obligado tema de la temperatura y las plagas sociales le había vaciado el magín; mas no queriendo darse por vencido, se aventuró a terciar en la conversación para sacar a relucir lo que quedaba inédito de su literatura, pepenada en diarios y revistas, únicos impresos en que podía pisotear los frutos del saber, a solas, en su cuarto de célibe. Por fin dijo entre dos suspiros:

—¡Ay, señores, los ingleses tienen mucha suerte en América: se llevan nuestro oro y nuestras mujeres ricas! Incontables son los nobles arruinados que se han alzado con el matrimonio, cuando menos medio millonaje... Y la verdad es que, en buen derecho, las herederas nos deberían pertenecer a nosotros, los de casa. ¡Ay, si, si...!

Y cerró los ojos sin concluir la frase, como lo hacía en el salón de fumar del club cuando se desquijarraba por tirar humo de un habano contrahecho, apurando muy pulcramente a medios vasos botella tras botella de whisky de la marca más prestigiada en el mercado.

—Ellas no tienen la culpa; en todo caso, dan su hermosura, sus millones y tal vez su felicidad por maridos como el príncipe de... el conde de... y lord... —Aquí George Wallace, el gomoso lampiño que pretendía parecerse a Oscar Wilde, acariciándose la barba sedaña y empolvada de velutina mentó dos o tres títulos europeos que todos conocíamos por sus escándalos en la ciudad, añadiendo:

—Nosotros trabajamos hasta en la vejez y esos señores ingleses nos acechan como pirañas y nos roban a cara descubierta.

—¡Exageración, exageración! ¡Qué han de hacer los pobres si nosotros los amamos de veras? ¡Pues no, sino que

nos habían de rechazar con millones y todo! Pero el hecho es que los ingleses no tienen corazón o si lo tienen lo guardan en el arca mientras vuelven de América. Vaya una prueba al canto: ¿Se acuerda usted de Alma Hyer, querida mía?

—Sí que me acuerdo. No era hermosa en verdad, muy lejos de ello, pero generosa y noble y abnegada hasta más no se pueda. No he vuelto a verla desde que, para casarme, salí de la oficina de Mr. Holmes donde ambas éramos tenedoras de libros. Más de doce años ya. Salí para Europa y a mi regreso muchas amigas nos visitaron; en cuanto a Alma, como si se la hubiese tragado la tierra.

—¡Oh!, la pobre vive al sur de la ciudad con unos parientes y lleva los libros en una licorería de los suburbios. Viene poco al centro y rara vez paga visitas.

—¿Es infeliz?

—No sabría decirlo: hace mucho ya que no habla de eso; pero encontró en su camino algo que... Vaya, sigan ustedes y decidan después. Vale que no se trata de ningún secreto, porque él o lo dijo todo o permitió que la gente se lo leyera en la frente, que no en el corazón, pues lo que es el corazón...

—¿Qué fue, pues, Bertha?

—Alma, usted lo ha dicho, no era hermosa ni de fisonomía atrayente. Tímida, por lo general, y reservada, a veces tenía osadías que pasmaban, porque, ante todo, ser sincera y enseñar hasta la última celdilla de su cerebro y el más recóndito pliegue de su corazón era para ella como un deber. En eso estuvo la equivocación. De ser recelosa e hipócrita, al menos nadie habría sabido el suceso; pero ¡vayan ustedes a fiarse de la discreción de un hombre cuando la vanidad está de por medio!

—¿Cómo fue que Alma conoció a Mr. Reginald Morton? Creo que en casa de una amiga, en el campo, durante unas

vacaciones. Él era empleado en un banco y, como la mayor parte de los empleados en los bancos, era inglés. Guapísimo, amiga mía, lo mejor de lo mejor, como decimos por acá; inteligente, hermoso y fino hasta la cortesía más refinada; frío como todo el hielo que cae durante un siglo en la vieja Albión.

"Pasada la estación campestre, cada uno fue regresando a la ciudad a ocupar su nuevo puesto en la dura banqueta de la lúgubre oficina, y a pasarse las horas alegres del día trazando números sin fin en los librotos de par en par abiertos bajo esos focos eléctricos que despedazan las retinas.

"Al principio las visitas de Morton a *miss* Hyer fueron bastante escasas; uno y otro solían encontrarse camino del restaurante, a la hora de almorzar; se sonreían y cada cual a su negocio, murmurando un adiós soltado de prisa y con suma indiferencia.

"Él, en realidad, no tenía tiempo de que disponer para sí propio: a las labores del banco, con ser de una monotonía exasperante, había que sacrificarles todas las horas de luz. Para las de la noche quedaban el ejercicio, la gimnasia, la natación y, si sobraba el tiempo, el club, el teatro, los amigos, la sociedad, en fin, y la vida.

"Para las existencias que se deslizan en el ocio y en los placeres, a la acariciadora luz de un sol rojo y fecundo, cuando se bebe a pasto aire bien oxigenado, ni los ejercicios corporales ni las excursiones campestres son de rigor para reparar el vigor orgánico; pero entre nosotros el trabajo es potro a que estamos condenados a perpetuidad y éste nos aniquila. ¡Y ya saben ustedes lo que podemos esperar del sol de San Francisco! Me río yo de los calabozos de la Edad Media cuando me cortan la respiración el tufo de los caloríficos a vapor y el aire infecto de los almacenes subterráneos.



”Resumidas las habituales tareas, *miss* Hyer y Morton se fueron estrechando sin saber cómo hasta llegar a ser amigos íntimos. ¡Sobre que no había noche de Dios en que el inglés dejara de pasar una hora al lado de su amiga, con éste o con el otro pretexto! Alma, aunque tenía padres, se lamentaba de ser sola en el mundo: divorciados aquéllos desde muchos años atrás, habían vuelto a contraer nupcias —primero ella que él— y ambos formaban separadamente hogar en diferentes pueblos del país. La hija única se halló pues independiente, o por mejor decir, abandonada a los diecisiete años; y desde esa época desempeñaba la plaza de tenedora de libros en la misma casa de comercio, viviendo en pupilaje con unos viejos parientes de regular pasar que atendieron a la desamparada criatura con paternal solicitud.

”En casa de esas buenas gentes fue donde Reginald Morton y Alma Hyer leyeron juntos en los mismos libros y presenciaron a través del mismo vidrio de la ventana los atrevimientos de las dinastías de gorriones que se cruzaban en la banqueta con los transeúntes o jugaban a las escondidillas entre las ramas de las acacias alineadas al frente de la calle. Morton, con toda la dignidad de los hombres de su alcurnia, se desmoronaba en amables pero frías atenciones por la dama, abriendo, tal vez sin querer, en el corazón de la infeliz un surco desmedido. Así corrieron los meses de tres años hasta que por fin Alma llegó a caer en la cuenta de que llevaba estampada la imagen de Morton en los corpúsculos de su ser, y que ya era tarde para oponerse a que él se adueñase de todo su albedrío si así le venía en voluntad hacerlo.

”A decir verdad, no era la primera ocasión que Alma se inclinaba al concierto de otro ser; pero sus sensaciones habían hasta entonces sido muy pasajeras, porque en su corazón noble

y afectuoso no era bastante la reciprocidad en el amor; sentía como una imperiosa necesidad de rendirse plenamente a un hombre superior en quien resaltaran cualidades morales que ella se habría esforzado en imbuirse. Abrigaba un anhelo de perfeccionamiento del que nunca llegaba a satisfacerse, pues a medida que su espíritu iba elevándose, a la callandita, nuevos deseos de mayor progreso la asaltaban, quedando siempre el ideal flotando ante sus ojos, pero lejos, muy lejos del alcance humano.

”Con todo, no se dejaba arrastrar por el viejo camino del idealismo erótico; dábase clara cuenta de lo que era el amor, de sus fines y de sus goces rápidos, no admitiendo el matrimonio como medio sino como punto de término; y para ello creía preciso que el compañero que se elige para compartir la existencia fuese tal que al mitigarse los ardores sensuales por la posesión o por la huida de la juventud pudiera perdurar la noble estimación y el respeto mutuos como únicos y verdaderos lazos de la familia. Si los atractivos en Alma eran tan insignificantes que escaparan a la observación más sutil, mujer más ingenua y bondadosa no hubiera podido crear Dios. Su gran espíritu remachado de energía y su corazón, abierto y anheloso por inspirar una vehemente pasión, no quedaban escondidos ni a los ojos de aquellos obcecados en encontrar sólo miserias y borrones en el alma humana.

”Dos o tres veces Alma había probado las mieles del amor, pronto diluidas en excesos imaginativos y agotadas después por no hallar el ideal soñado. Adorar admirando, ennoblecerse, dignificarse, sentirse impulsada hacia el bien, eso, eso era el mito tras del cual su afán corría sin darle alcance; no cabían en su espíritu recto ni el pensamiento venal ni el sensualismo impuro, sino como un mero accidente de la vida a dúo entre

las especies, siendo la cabal unión psíquica y la armonía moral el punto donde ella estribaba la razón y la dicha de vivir. Mas la voluptuosa sensación de la reciprocidad en el concepto del amor era reclamada como su estimulante para el sacrificio y como un lenitivo para el malestar que en los organismos intactos van dejando las ansias carnales no satisfechas.

”En la Antigüedad, *miss Hyer* hubiera hallado su ideal en el gladiador, como en el guerrero en la Edad Media o en el hombre docto en los tiempos modernos; pero en estos días angustiosos de un siglo que presume de haberlo alcanzado todo, cuando ella había cumplido más de treinta años en soledad contemplativa y sentía esterilizarse en el aislamiento lo mejor y más maduro de su existencia, no hubiera podido rendir su voluntad sino ante un hombre valioso de veras; un escogido del Señor, de esos que comprenden los dolores humanos y los alivian y los consuelan. ¡Qué refrigeradora alegría la de compadecer a la pobre humanidad, enferma de la carcoma del desaliento!

”Y aquí vuelvo a decir que en eso estuvo el mal. El amor, más que ciego es imbécil; así que *Alma* creyó encontrar el ideal soñado en *Reginald Morton*, y lo peor fue que nunca llegó a comprender qué lejos estaba el inglés de aquellos nobles sentimientos. Aunque tácitamente fue conformando su débil albedrío al de su amigo, llegó un día en que ella se aventuró a hacer una minuciosa inquisición en el fondo de su pecho, y encontró en él muy acurrucadito al flemático mozo, hecho un dueño y señor de todo su ser. ¡Y qué día tan triste el de tales indagaciones! Llovía menudamente, y el viento quejumbroso con que empezaban a inaugurarse las tempestades del invierno hacía retemblar los cristales de la ventana con monótono tic-tac, y a través del rayado oblicuo de la lluvia se veían flotar tristemente los lazos de un fúnebre moño que, fijo en

el exterior de la puerta de una casa vecina, anunciaba la presencia de un cadáver de cuerpo presente. Personas de rostros afligidos entraban y salían de la casa del difunto; muchas llevaban artísticas piezas de flores figurando lirios, anclas, coronas o cruces. En una que representaba una losa sepulcral había figurada con *daffodils*, esas florecillas que sólo viven tres semanas, la siguiente inscripción: '¡Hijo mío!'. Aquel hijo de veinte años, arrebatado por la consunción, era el único de una pobre viuda, que se miraba en el pedazo de sus entrañas. En un rincón del pórtico, el perro del que había traspasado los umbrales de la vida dormitaba arrinconado y a ratos lanzaba aullidos lastimeros. Era la hora de ponerse el sol, pero ¡ay! el sol no había aparecido por el cielo en los últimos tres días.

"Durante la velada, Alma creyó descubrir en su amigo no sé qué de tierno en que jamás había reparado antes. Atraía en verdad la amabilidad cadenciosa de Morton, aún a los caracteres más agrios, había nacido para seducir corazones, y sin esforzarse avasallaba. Alma se había dado por vencida y gozaba en su esclavitud. La lectura de esa noche fue en su mayor parte consagrada a Tennyson, el poeta favorito de Morton quien recitaba dulcemente:

*Nay, dearest, teach me how to hope  
Or tell me how to die.*

"Y, ¡oh contraste!, la tristeza de aquella tarde sin sol, crepúsculo luminoso en que la muerte visitaba las cercanías, en el corazón de Alma resonaba una música misteriosa, una bandada de pájaros que saludaban la llegada de la diosa primavera. ¡Qué importan todos los dolores de la vida a un corazón repleto de amor! Gratas fueron desde entonces las veladas del

invierno cerca del fuego alegre, discutiendo acaloradamente o comentando un buen libro, del que quedaba siempre un punto a consultar para la noche siguiente. A veces las controversias eran sociales o religiosas, gastándose en ellas más sentimentalismo que erudición. Alma se complacía en quedar vencida por su inteligente adversario, el cual se manifestaba adorable en su comedimiento y pulcritud aristocrática, aunque siempre glacial sin afectación.

”La dulzura y la cortesía tranquila y correctísima de Reginald enfermaban de frío, si se estaba en capacidad de no dejarse arrebatar por sus encantos personales y se le juzgaba serenamente desde un punto de vista exento de preocupaciones.

”Sucedió que una tarde de Cuaresma, al ponerse el sol radiante y magnífico en la inmensidad del océano, los dos amigos frente a la ventana, encuadrada en clemátides trepadoras, veían acostarse al astro lleno de majestad, como un verdadero rey de la Creación. Las campanas de un lejano templo católico mandaban sus melancólicos sonidos, a través de la calma de la tarde, hasta aquella casita encaramada en la meseta de una loma, nido en la actualidad de purísimas y blancas ilusiones. Reginald cerró súbitamente el libro y dijo:

”—¿Qué significa ese doliente son en las iglesias romanas?

”—Esas campanas convocan a los fieles a rezar el rosario y a confesar sus pecados.

”—¡Confesar...! ¿Y de qué sirve el confesar? ¿Qué puede importar a un desconocido lo que hacemos o lo que sentimos?

”—Eso, amigo mío, paganamente hablando, sirve de gran consuelo. Confesar es aliviar el pecho de un dolor que corroe; es compartir con otro la carga que nos abruma, es pedir a la experiencia un consejo; es suplicar a una voz amiga que nos

acaricie y nos consuele... ¡Tristes de aquellos que no hallan en el mundo un hombro donde reclinar la cabeza y llorar a mares!

—Pues, paganamente hablando, eso puede tenerse fuera del templo, sin oír toques lúgubres que inundan de tristeza. La intervención de los extraños en secretos de familia, juzgo que destruyen el hogar. Suponga usted que marido y mujer confiesan con el mismo sacerdote que ambos se enteran de lo más recóndito; ¿qué queda, pues, de la santidad del hogar?

—Si los secretos de los dos no son delitos, nada tienen que confiar al sacerdote; si lo son, ¿dónde está la santidad violada? Donde hay adulterio no hay hogar, donde hay engaño no existen sino la miseria y el pecado. Un confesor es un amigo y nada más.

—Pues bien, todo aquel que tiene amigos puede confesar y ser confesado. ¿Usted ha confesado alguna vez?

—¿En el templo?... Sí.

—¿Y en el seno de un amigo?

—Jamás he creído encontrar uno a quien decirle cara a cara mis faltas sin cometer espanto.

—¿Muchas iniquidades, Alma?

—Quizá. O muchas desdichas.

—A ver: yo soy su amigo y estoy dispuesto a oírla en confesión...

—¿Y a consolar y a perdonar también?

—A consolar y perdonar también.

—Desdichas, una sola: amar mucho.

—¿Y las iniquidades, Alma?

—Una sola también: decírselo a usted.

—Amar... ¿a quién? La confesión entera...

—Y franca y leal. A usted... —Un rayo que repentinamente hubiera rasgado el azul del cielo en clarísima noche de

luna no habría causado en la naturaleza asombro igual al que la irreflexiva confesión de Alma en el orgullo de Morton, quien, no obstante la tirantez de la situación, olió el embarazo con su habitual sangre fría. Mantúvose sereno y sonriente por algunos instantes; luego se levantó rítmicamente y en el más dulce tono respondió:

—Pues olvídeme usted, señorita. ¿Cuánto tiempo necesita usted para olvidarme?

”Fue un latigazo descargado en carne viva. Ella al pronto quedó muda; después balbució una excusa, y, ya con la fiebre de la vergüenza, rompió a hablar con la locuacidad del delirio. ¡Qué sarta de tonterías echó por aquella boca sin freno de la razón! Habló la desdichada de un hilo, llegando a pensar que hasta los gorrioncitos que tan ricamente picoteaban las azules clemátides de la ventana se estarían burlando de ella a más y mejor. El sol continuó hundiéndose en una hoguera de nubes de escarlata y dejó al desaparecer una mancha negra. ¡Escarlata y negro, colores que simbolizaban su vergüenza y el dolor inacabable que se le echaba encima con aniquiladora pesantez!

”Pígalión en presencia del corazón de mármol de Galatea tenía al menos el derecho de reducirla a polvo; pero la pobre mujer qué podía hacer ante aquella roca, ¡qué derecho tenía para amar ni para confiar el inmenso amor que había sido su regocijo y su alegría durante tantos meses!

”A no ser por los largos y silenciosos pasos con que el inglés medía la estancia, se le hubiera creído una estatua soberbia por su actitud arrogante y majestuosa. ¡Era el león acribillado por la furia de los insectos!

”Lo que siguió no puede describirse sin que la garganta rompa en sollozos: Morton, con frases muy pulidas, dio tres o cuatro evasivas a las explicaciones de Alma; frases de esas que

no matan, porque la vergüenza y el dolor no matan nunca si a su auxilio no acuden la ruptura de una arteria o el aniquilamiento de una víscera.

”La despedida fue seca y lacónica. Reginald salió y ella no tuvo ni el desahogo de anegarse en lágrimas; las cobardes se habían evaporado de los ojos irritados y reseco. Cuando se halló en su cama para buscar en el benéfico sueño el reparador descanso de que tanto necesitaba, destrenzó sus cabellos para arreglárselos como tenía costumbre hacerlo para dormir, y por la primera vez vio con horror entre la negra mata algunos mechones blancos. Ahora lo comprendía todo.

”Las grandes crisis traen consigo reacciones imponentes. Para Alma, desde la terrible confesión, días y noches fueron sorbos de hiel que apurar sin descanso. El dolor no se conforma con ser insaciable, tiene que ser cruel, revolcarse en su presa; y si a veces se hace más llevadero es para apretar en su tremendo rigor después. Y a todo esto hay que añadir la buena porción del ridículo con que se flagela al desgraciado cuyo infortunio no depende de una calamidad, de esas que afectan al común. Se deploran en colectividad los estragos de una guerra o de una peste; se compadece al que pierde un deudo querido o a quien por fuerza de la fatalidad cae agobiado por dolencias físicas; pero ¿qué puede esperar aquél cuya felicidad estriba en un mero detalle que para los otros nada significa? Un corazón que late sin querer, y que sin saber por qué se inclina bajo la mirada magnífica de un ser a quien se le es completamente indiferente, no es acontecimiento que por vulgar interés a alguien, y sin embargo, ¿de qué vulgaridades no están hechas la felicidad y la desgracia?

”Bien comprendió Alma que lo mejor era poner fin a su trato con el inglés; pero el *qué dirán*, ese eterno censor, la



detuvo. Las visitas de Morton fueron menos frecuentes y siempre ceremoniosas y tirantes; aunque muy cohibida, ella aceptó la vergüenza como castigo de su indiscreción y adoptó para recibir a su amigo la reserva tardía que pudo haberla salvado del sonrojo. ¡Tiempos aquellos en que la confianza ingenua y la estimación respetuosa presidieron las veladas en la noche de invierno! Todo parecía decir adiós en contorno de aquella mujer desolada e inmensamente triste.

”Después de aquella inolvidable tarde de Cuaresma, Alma recibió a Reginald como una docena de veces. Cada día más amable y dulce, se arqueaba el mozo entre las damas, dispuesto a todo servicio, pronto a proteger a los débiles y enclenques seres que no recibieron de la naturaleza privilegios afectivos y a quienes la sociedad exige energías imposibles.

”Venida la estación veraniega, Alma rehusó el permiso de dos semanas de vacaciones que anualmente sus patronos le concedían. La verdad es que no se sentía mal; por el contrario, la sacudida de corazón a cabeza la había arrojado a una atonía profunda, de la cual le parecía imposible quedar libre; había en cambio mejorado en sistema: ganaba en carnes de día en día y en color era más uniforme. Ni el más ligero achaque que rebajara su fuerza vital sustrayéndola siquiera por breve tiempo a aquella congoja inacabable. Abatido el cuerpo por la dolencia, no tendría vigor para sentir ni en el torcedor del recuerdo, ni en el incentivo de lo imposible, ni en el bochorno de la vergüenza. Una calentura... ¡Qué alegría! ¡Qué cosa más sabrosa que el delirio para endulzarse la boca con un nombre querido que no se puede pronunciar en estado de razón sin inspirar lástima y desprecio!

”Resuelta a no salir de la ciudad, esperaba que su amigo viniera a despedirse para ir al verano, y así fue... Una noche,

serena en lo que cabía y bastante plácida, el amigo vino a pedir a la señorita sus órdenes y a recibir su adiós. Era ordinariamente tan amable que ante sus correctísimos modales desaparecía toda la pena en que Alma quedaba sumida al ausentarse él. Inspiraba confianza por su suavidad y parecía como si mares de indulgencia le brotaran por los poros y le impulsaran a regar sobre los pecadores el refrigerante rocío del perdón. A esta flexibilidad insinuante obedeció la ingenua confesión de Alma, y también que todos sus propósitos de reserva se fuesen a pique en presencia del inglés.

—Me marcho dentro de cuatro días. Si puedo hacer algo por usted.

—A Cloverdale, como siempre ¿eh? Ay, el tiempo está hermosísimo allá, según escriben.

—Señorita, salgo el dieciocho para la América Central.

—¡Ah!...

Y no dijo más, su lengua estropajosa ensayó en vano una frase de parabién, pero por fin aquélla no quiso o no pudo salir; resultó esta tontería:

—¡Lo siento en el alma!

O Morton no la oyó o tuvo la generosidad de absolverla de la indiscreción.

Se habló después de muchas cosas: de la fiebre amarilla que devasta aquellas tierras caldeadas por el sol de los trópicos; de cómo librarse de la plaga de los mosquitos, y otras más. ¿Que el café era una riqueza? Seguro; el porvenir de Centroamérica, como por aquí se estila decir. ¡Ah!, y las jaulas aquellas para desembarcar en Guatemala, ¡qué miedo causaría verse suspendido en ellas, a muchos pies sobre el mar! Un apretón de manos y adiós. Alma no faltaría a bordo el día de la partida;

puesto que había renunciado a las vacaciones, fácil le sería obtener un día de asueto.

”Volando llegó el temido dieciocho, día bochornoso en que el mercurio subió hasta ochenta y dos grados. El calor animaba y convertía en locuaces hasta a las personas más serias y perezosas en el hablar. Miss Hyer llegó a bordo del *City of Sydney* muy de mañanita: quería ser la primera en verlo todo. Sentada en la banca de la borda, con la cara vuelta al mar, se entretuvo largo rato siguiendo el vuelo rampante de las gaviotas que se cortaban el camino en varias direcciones. Había reventazón, y a alguna distancia el agua estaba gruesa y espumosa remedando un vellón; eso que llamamos *whitecaps*, que da mareos cuando se fija mucho la vista. Cuando menos lo pensaba, Alma se vio rodeada de un mundo de gente, algunos dispuestos a partir, y los más, acompañantes de los viajeros que iban a decirles adiós. Los que salían eran en gran número cosecheros hispanoamericanos, muchos de ellos hombres bastos y rudos que después de haber gastado grandes sumas en parrandeos volvían al hogar para llegar a tiempo de levantar por sí mismos la nueva cosecha, proponiéndose volver a las andadas el año venidero. Iban cargados de grandes paquetes de golosinas y chucherías compradas a última hora. La carga de exportación parecía no tener fin: icómo aturdían con su rechinado las carretillas del alijo sin dejar oír los encargos y recomendaciones de los que se quedaban y las promesas y reiteras de cariño de los que iban a marchar!

”Morton y sus amigos —los que debían marchar también— habían recibido como regalo hermosos ramilletes, muchos de los cuales les fueron ofrecidos a bordo por los donantes en persona. Más de dos horas tardó en zarpar el vapor y durante ese tiempo no faltaron ni charla festiva ni palabras que sabían

a gloria: promesas hechas de corazón como para amortiguar un poco el escozor de la despedida. Cuando se dio el toque a despejo, fue una de besos y de abrazos que emocionaban. ¡Ay, quién sabía a cuántos de los que se marchaban les detendría la muerte en el camino!

”Reginald había dividido atenciones exquisitas y dedicado cumplimientos entre todas las amigas que le acompañaban a la sazón y para todas tuvo un estrecho apretón de manos y un voto sincero por su dichoso porvenir. Pocos momentos conversó a solas con Alma, manifestándole cuánto placer le causaría hacer algo en servicio suyo. Díjole también cómo había logrado, por la mediación de un compatriota pudiente, el puesto de tenedor de libros en una hacienda de café donde iba a tener que sepultarse en vida. ¡Qué aburrimientos y qué tristezas le esperaban! ¿Volver a San Francisco? Ni por pienso. Nada tenía él que hacer aquí donde no dejaba familia. Escribir a los amigos, eso sí, pero regresar no era cosa que entrara en sus planes futuros. Si le iba mal pasaría a una colonia británica en América o regresaría a Europa. Llegó la hora fatal. Millares de gentes dejaban a diario el puerto para jamás volver, y Alma itan fresca! Pero ahora la ausencia de un solo ser le hacía añicos el corazón. Reginald le tendió la mano y Alma dejó caer la suya, desmayada y yerta, soltando la última necesidad:

”—¡Ay, cuánto me duele que se vaya usted para siempre...!

”El inglés nada dijo y se separaron los dos cuando las últimas valijas del correo desaparecieron por la escotilla de la bodega. El gentío todo comenzó a descender y a poco se vio desprender el vapor, arrollando sus cables, con el capitán en la torre, majestuoso y magnífico como un rey del océano.

”Morton, de pie junto a la borda, se dejó llevar sin una lágrima, sin un suspiro, sin una mirada siquiera para su compa-

ñera de tres años. ¡Y yo no estaba allí para ofrecer mi hombro a la infeliz y suplicarle que llorara a mares!

—¿Y no se ha sabido más de Morton? —preguntó la señora de Stevenson muy emocionada.

—Sí, se ha casado hace dos meses con la hija mayor de su patrón.

—Y para esos hombres no hay una horca... —exclamé indignado.

—No —respondió *miss* Wilson apaciblemente—, para esos hay una “finca de café” que acompaña la mano de la desposada.

—¿Y Reginald Morton...?

—Ha recibido la suya, ipues no faltaba más...!

*San Francisco de California, abril de 1896.*

## La Venta del Chivo Prieto<sup>113</sup>

*A don Aurelio J. Venegas*

NINGUNO QUE LEA LO SUCEDIDO que voy a referir podrá poner en duda su veracidad: para inventarlo sería menester haber sido engendrado pantera y nacido hombre por verdadero capricho de la suerte.

Ahora mismo, al trazar estas líneas, siento el doloroso estremecimiento del verdugo, al ensayar el nudo corredizo, la víspera de una ejecución. ¿Por qué, pues, las escribo? Porque como no se trata de componer una novela, sino de narrar un hecho, y no falta quien diga que decir la verdad es el mejor medio de contribuir a hacer bien, quiero yo prestar mi contingente al servicio común; y así me lo tome Dios en cuenta, cuando me ajuste las que pendientes tenemos, a la hora de estacar la zalea.

Es sólo un recuerdo. Pero ¿qué de tragedias no desfilan, en un minuto, por la angosta faja de una frente que recuerda?

No espero que tú, lector amigo, hayas oído mentar a Las Palmas, lugarejo risueño y florido de la costa de oriente. Dicho nombre es pura invención, sugerida a mi mente por la media docena de cocoteros que se miden en lozanía con otras tantas ceibas de retorcido tronco y hojas barnizadas como vitela que dan sombra a la plaza única del lugar.

Desde un cerro de mármol oscuro, por muchos años ignorado, y todavía por explotar, se abarca con la vista el enjalbegado caserío: parvada de gaviotas desparramadas por el triple par de riberas de tres alegres riachuelos, ocupadísimos en

<sup>113</sup> *Simplezas*, 1910, pp. 3-43.

precipitarse uno en otro, formando sendas y espumosas cataratas. Allí, entre platanares y cafetos, guanábanas y pomarrosas, la dulce brisa de los trópicos canta al amanecer y arrulla a la puesta del sol.

Los palmeños (pido carta de naturalización para mi adjetivo, por parecerme de tan buena cepa como los de tártaro, asirio y otros) eran agricultores rudimentarios como los cananitas, y de ello ofrecían buena muestra sus toscos aperos de labranza. Mineros no lo eran por el forro: odiaban ese ramo de la industria, como al pecado mortal, por creerle causante de que muchas naciones antiguas y modernas, de pueblos poderosos, hubiesen pasado a convertirse en colonias de esclavos.

Los grandes países jamás intentan la civilización de los pueblos que luchan por la vida en un suelo estéril y falto de riqueza. No es mía esta opinión, sino de los palmeños, quienes sabían o decían saber, por tradición, la historia del mundo. De boca en boca habían oído decir que unos tales llamados fenicios, que florecieron en tiempos del rey que rabió, trasegaron, en época lejana, las montañas de todos los lugares a donde sus atrevidas naves los condujeron, hasta dejarlas convertidas en embudos.

Por la misma pícara tradición sabían los palmeños que las artimañas de esos señores fenicios, propagadas entre otros pueblos, se transmitieron con mala semilla de generación en generación, llegando a producir, en nuestros días, una abundosa cosecha de buscadores de oro, sólo igual a la de microbios en un pantano.

De sus profundos conocimientos de la historia de las conquistas del mundo venía el tesón con que los palmeños acostumbraban poner la cruz a todo lo que oliese a extranjis,

y ni respondían al impertinente catecismo de los transeúntes, ni menos los invitaban a pernoctar en el lugar, y, por lo mismo, tampoco consentían que se fabricase en su recinto ni buen hotel, ni pobre mesón, ni menguada hostería. Y como los viajeros fuesen mal mirados cuando cruzaban por las calles fisgando todo, cual si quisieran llevarse de ello el retrato en los ojos, las riquezas del suelo eran vigiladas noche y día; por lo que los vagabundos extranjeros que acertaban a pasar por allí tenían que seguirse de largo, con su cansancio auestas, y lo que digo del cansancio quede entendido igualmente del hambre y la sed. En que ningún forastero había de pasar la noche en Las Palmas, los palmeños todos estaban acordes.

El judas de la comunidad lo fue Severiana, o la Severiana, como solían llamar allí a una gachupina de pelo en pecho, pizpireta, graciosa, de corta estatura y ojos muy decidores; oriunda de Burgos, donde un peón caminero la había recogido del lecho de su madre moribunda.

Huérfana, había crecido a la merced de Dios, como los cardos del monte: erizada, fuerte, salvaje. Al cumplir catorce años, el peón la puso a servicio en una familia de alemanes que no tardaron en emigrar a América llevando consigo a la rapaza.

Se establecieron en Cuba.

Cuando la resaca deja sobre las costas del golfo de México los organismos podridos en que abunda, muchas Severianas desembarcan en Veracruz, muchas vergüenzas nos encienden las mejillas, mucho lodo nos salpica. En una de esas marejadas, la Seve de mi cuento, como la llamaban familiarmente en el lugar, quedó arrojada en las arenas de nuestro primer puerto, en días aciagos para la nación. Fue en tiempo de la guerra con los americanos.



Por aquellos días, un rico heredero del estado se prendó de la recién llegada con ardor tal que, sin distingos ni reparos, por conquistarla, dio al traste con su hacienda y botó al demonio el respeto social, el decoro y cuanto Lucifer puede requerir de un mozo insensato. Descendió, grada a grada, la escala entera, siendo su mentecata final la de mudar de nombre, y con otro supuesto se unió en matrimonio a Severiana. Él se hizo nombrar Desiderio.

Desde el día de la boda, Desiderio, como todo pobre diablo que pierde los estribos por las hembras desalmadas, se dejó gobernar por su mujer, y así, obedeciendo él y mandando ella, aparecieron los dos en Las Palmas, donde sentaron sus reales: de prendera ella, de parásito él.

A poco, por el oficio que desempeñaba, le aplicaron el apodo de *Mercadela*, el cual alternaba con el de *la Seve*.

Después de varios años de residencia en Las Palmas, llegó el matrimonio a poseer algunos centenares de pesos, arrancados por medio de la usura a los palmeños, quienes ya no tenían siquiera cara en que persignarse. Este dinero ensangrentado y empapado en lágrimas, pudriéndose en la hucha, un día de recuento puso en la sesera de Severiana la idea de establecer en el lugar lo que los palmeños más detestaban: un mesón. Pero alzándole pelo al proyecto, por el riesgo que semejante cosa aparejaba, la Seve, como quien quiere vivir en paz y morir en su cama, mejoró su plan determinándose a no llevarlo a cabo en el recinto de la aldea, sino en las afueras, rematando para el efecto un cacho de tierra labrantía que le habían ofrecido por salir de él.

Y así se realizó.

Verificada la operación, la prestamista fue a recibirse de la finca y sus anexos, examinándolo todo con minuciosidad

de agiotista. Los terrenos, por abandono de su dueño, habían sido invadidos por la hierba; la casa empezaba a desmoronarse, clareada como lo estaba por las balas norteamericanas, las mismas que habían echado por tierra, acribillado y sin vida, al amo de aquel predio.

Pagada la mezquina suma que a Severiana le dio licencia de sacar de un hoyo su avaricia siempre en creciente, se puso mano a la reedificación.

Los herederos del patriota, antes que pensar en deshacerse del montón de gloriosas ruinas empapadas en la sangre de un valiente, habían abandonado el solar a las rudezas del tiempo. El esqueleto de la casa solariega daba pavor: montones de piedras aquí, brechas allá, matorrales y triste parietaria por todas partes. Con todo, sin moratorias ni regateos, entregaron a la prestamista la casa paterna, como antes, sin resistencia, se habían ya dejado arrancar por la brava hembra a tiras el pellejo.

No tardó la Seve en trasladarse a su nueva habitación. A su mandato y bajo la égida de su ojo avizor, dos peones de esos que en el lugar llaman barateros dieron comienzo a reparar la vivienda. Se resanaron las paredes, se cerraron brechas, se cegaron fosos; de palitroques se armó una gran cerca, rodeando la casa, y, en pocos días, con su sala, su cocina, su bodega, su corralón y su cuadra, quedó levantada en pie, al borde del camino real:

#### LA VENTA DEL CHIVO PRIETO

El nuevo trato prendió, como le prendía a Severiana todo lo que inventaba. La usurera determinó entonces añadir dos habitaciones en el piso alto, para hospedaje de viajeros

acomodados, con la perversa intención de darles en el chollo a los palmeños, que tanto odiaban a los huéspedes.

Uno de los mencionados cuartos del piso alto llegó a cumplido fin; pero el otro se quedó a medias, por haber empezado de nuevo el diablo de la avaricia a hacer comezón en las entrañas de la Mercadela. De ahí que permanecieran al descubierto, para sécula sin fin, las pilas de adobe y el andamiaje tendido precisamente sobre un cobertizo de tablas de tripa, que había sido menester levantar a uno de los costados de la casa, para sombrear las caballerías.

Ajuareada la casa con mesas de oyamel y bancas de lo mismo, patizambas, en las que por obligación hacían sube y baja quienes en ella se sentaran, se abrió la venta al público.

Al principio escaseó la parroquia. Apenas llegaba por ahí uno que otro sediento, buscando a remojarse el gahnate, y pasaba de largo; o tal cual hambreado que no conseguía calmar su necesidad con el trozo de queso rancio, la tira de cecina asada, como cuero de dura, y el zoquete de pan enmohecido en que ni los ratones hubieran podido meter diente; pero, a la larga, era de verse la reata de bestias de carga que, como rosario, llegaban aguijoneadas por sus fieles verdugos, los arrieros, pujando bajo el peso del carbón de madroño, las vasi-  
jas de barro o las frutas tropicales.

Para la Mercadela era rato de inacabable recreo ver cómo caía despatarrada, haciendo ridículas piruetas, alguna víctima de la banca coja. Soltaba el trapo a reír y era el cuento de nunca acabar, pues hasta lloraba de la risa.

Sobre la puerta frontera, abierta precisamente en medio de la sala, un pintor de ollita había firmado el enorme cartel en que, en combinación, unas letras y la figura de un macho

cabrío expresaban el nombre de la venta, y a entrambos lados del rótulo sendos letreros decían:

PASTURAS, POSADA PARA ARRIEROS,  
 CORRAL PARA CARROS Y BESTIAS.  
 CENAS, FORTAS COMPUESTAS, PUCHAS,  
 RODEOS, QUESO Y AGUARDIENTE.  
 PAJA Y CEBADA.

En letras de otro carácter, encerrada entre manecillas y admiraciones, remataba cada lista la siguiente advertencia:

¡¡NO SE FÍA!!

Dale que dale aparejando acémilas y ensillando caballerías, Desiderio, el mentecato que había tomado por esposa a la usurera, vio transcurrir los días de varios años contemplando la salida del sol, bañándose en las rosadas tintas de la aurora o en el ropaje gris de la tarde, al ponerse el astro. Indiferente a los cuadros bellos de la naturaleza, atendía solamente a cercenar en el pesebre el forraje, pues al dedillo sabía que como diese a las mulas la mitad siquiera de la pastura cobrada en el mostrador, o no mojase la paja, o se le pasara mezclar serrín con la cebada, tendría que habérselas con su costilla.

Cierto es que Desiderio se había hecho más bestia que las bestias que alimentaba. Cediendo a los instintos sensuales, había consentido en voluntaria degeneración y permanecía indiferente a todo, excepto al cariño de su hijo, único fruto de aquella monstruosa unión.

Desiderio era manso en presencia de su mujer; no osando levantar los ojos cuando la Severiana amanecía de mal talante,

prefería escabullirse por los rincones. De que a ella le diera por refunfuñar, ya andaba el mandria del marido con pisadas de gato. Cerraba las puertas con tiento y hablaba quedo para no provocar a la fiera, temeroso de que el *niño*, el hijo de los dos, se despertara con el griterío de la riña.

El niño era ya un mocetón fornido, a quien decían Máximo; amábanlo los dos con vehemencia y se disputaban sus caricias, causándose mutuamente celos. Máximo era una cadena de flores enlazando dos fieras salvajes.

Digan lo que quieran los sabios y discutan cuanto gusten y manden echándose por la cabeza sus tratados de fisiología y psicología, de biología y sociología, por razones inexplicables a la ciencia, era Máximo tan cabal de alma como de cuerpo. Ustedes lo creerán o no, pero, sea dicho con perdón de la ciencia, en la que delego la tarea de descubrir los porqués, haciendo la vista gorda a la maliciosa sonrisa que adivino en los labios del lector, he de declarar sin rodeos que Máximo era un santo. En generosidad y abnegación no había quien le arrebatara la palma; y si del colegio de Puebla, donde sus padres lo pusieron a educar, sacó amplios conocimientos y modales atildados, no perdió por ello ni la sencillez rústica ni el aire franco de quien crece apartado de los centros sociales.

Acabada la escuela, Máximo tornó al hogar, si así puede llamarse al cubil de dos fieras, y desde entonces la usurera se convirtió en idólatra de su hijo. Para Severiana, él lo llenaba todo: ideal, amor, deber, religión, patria.

Porque Máximo había nacido en México, la Mercadela fusiló, desde su ventana, a más de un francés fugitivo, cuando la guerra de Intervención, pues quería que la patria de su hijo estuviese limpia de invasores. Porque Máximo escapara de las fiebres primaverales que diezman a los niños en las tierras del

trópico, aquella bestia humana había doblado las rodillas, con verdadera humildad, y pedido a la Virgen salud para el pequeño, ofreciendo, como muestra de gratitud, el mejor collar de perlas que tenía. Para que Máximo disfrutara de holgura y de todo aquello que se puede comprar con dinero, la usurera había corrido de sol a sol por las aldeas cercanas vendiendo chácharas, prestando a rédito, despojando de lo suyo a todo bicho viviente, sin que la ruindad de estos hechos le dejase la más angosta sombra en la conciencia.

De los goces, el más inofensivo es soñar, y a ése se entregaba con ardor la Mercadela en ausencia de su hijo. Soñaba verle rico, poderoso, ocupando alto puesto en la Administración del país; siempre mimado, siempre venturoso, aunque célibe, porque eso no, la celosa madre no capitularía jamás con que le arrebatasen el amor de su Máximo.

Pero turbaba sus sueños un malestar constante. El presentimiento de un infortunio inesperado amargaba el alma de la prestamista, y durante las momentáneas ausencias del mozo, a quien no dejaba en paz ni a sol ni a sombra, de miedo de que algún accidente le aconteciese, a la infeliz se le ponía el cuerpo crespado de horror. Niño, le había preservado del aire, de los rigores del sol, de las pedradas de los otros chicos, de la palmeta del maestro y de la corrección paternal; cuando mozo, le cubrió de amuletos, le llenó de reliquias, le colgó del cuello escapularios y medallas, y ni en los días de mayor afán dejó de encomendarse a todos los santos para que le conservaran al hijo ileso.

Por no concitarse la desestimación de su Máximo, la Mercadela se refrenaba cuanto podía en su presencia, y no conociéndola tal como era de villana, el hijo veneraba tanto a la

madre que sin vacilación habría arrancado la lengua al osado que se atreviese a cualquier desmán en contra de Severiana.

Mirándose los dos el uno en los ojos del otro, habían hecho vida de familia dos años largos, desde que el mozo regresó del colegio.

Máximo se aburría. Allá en Las Palmas no tenía amigos de su clase ni sociedad culta que sustituyese la de los camaradas de escuela, quienes, una vez terminados los estudios, se habían marchado a sus hogares respectivos, aquí y allí diseminados por el país. Severiana no permitía a su hijo labrar la tierra por que no se le estropeasen las manos; ni le permitía dedicarse a ocupación alguna en la ciudad por no volver a separarse de él. Como saliera el joven de los dominios de la venta, siquiera fuese por breves instantes, ya andaba la Seve con el credo en la boca, aturdiendo a la corte celestial con padrenuestros y ave-marías, y no había santo popular que se la pasara sin su lámpara de aceite o vela de cera, a cambio del milagro de devolver al muchacho sano y salvo a los brazos de la madre.

De mimos estaba Máximo hasta la coronilla: la vida ociosa le causaba tedio, amortiguado solamente por la consideración de que todo su malestar provenía de la ternura, quizá exagerada, de Severiana.

Un día llegó por fin en que Máximo determinó romper con la monotonía de su existencia. Sacando Dios sabe de dónde energía largo tiempo contenida, en tres o cuatro frases breves declaró a la madre su emancipación.

A la Seve se le vino el mundo auestas, pero la flaqueza maternal le ató la lengua, las manos, la voluntad y todo. Máximo se salió con la suya. Empezó a salir a caza o a la pesca de bagre, acostumbrándose pronto a permanecer ausente lo más del día. Hizo amigos en la ciudad. A veces andaba con

ellos fandanguando con la guitarra, al pie de las ventanas de las muchachas de Las Palmas; otras, se paseaba por el campo, a solas, trepando las montañas, encaramándose en los árboles más altos, o seguía por la vereda estrecha, a lo largo de los puentes de hierro del ferrocarril, para contemplar grandiosos panoramas. A medida que las correrías se prolongaban, Máximo ganaba fuerzas, y su sangre, antes abatida por la inacción, recobró de nuevo su vigor.

Pero la inquietud de la prestamista aumentaba en proporción del alejamiento de su hijo, a cuyo derredor veía ella peligros continuamente.

Rezaba sin cesar. Encendía velas a la Virgen para que librase a Máximo de ladrones imaginarios, de asesinos que jamás habían pensado en arrancarle la vida, de fieras que no existían. En su imaginación forjaba precipicios que no se aparecían por Las Palmas, en varias leguas a la redonda, y bestias que sólo han vivido en el Apocalipsis. Las horas que Máximo pasaba fuera de la venta marcaban siglos en el corazón de la Seve, sobresaltada siempre y en continua tensión nerviosa.

Amaneció un día de feria en Las Palmas. La Mercadela, de pie, hecha estatua, con los brazos en jarra, en la puerta de la venta, miraba desfilar el cordón de gente endomingada y la cáfila de bestias cargadas de toda suerte de mercaderías, de ésas que componen el regocijo y el tráfico de los pueblos en días de mercado.

Pensando en que Máximo, que ahora dormía quietamente en el piso alto, se empeñaría más tarde en ir al pueblo, lugar de cita de truhanes, jugadores y rateros, y que como mozo de pasiones violentas que era volaría al peligro desafortadamente, ansioso de los goces de la juventud, la Mercadela sintió calorfrío. La muerte, en acecho constante, podría venir de un



momento a otro y segar en flor aquel arbusto lozano que sombreaba el corazón de una madre amorosa. Se tragaría la descarnada aquella tierna existencia henchida de promesas, aquella cabeza poblada de sueños. ¡Ay!, no podía imaginarse Severiana de dónde sacaría ella el valor para tentar y sentir helado el corazoncito virginal de su hijo, ya palpitante a los primeros latidos del amor.

La pobre mujer se echó a temblar sintiendo que se le ponía la carne de gallina. ¿Qué sería para ella la vida sin su Máximo? ¿Para qué habría entonces esquilado, robado y exprimido sin misericordia a los pobres de todas las aldeas del contorno? ¿Por quién ayudaba ella sin chistar a la ruda labor del campo, ahorrando el miserable jornal del peón, y se desencuadraba en el grosero servicio de la venta, y aguantaba la presencia de Desiderio, el maridazo, que era, como quien dice, lo que más odiaba Severiana, desentendiéndose de que a sus pies había depuesto él su fortuna y su vergüenza?

Ahogada en lágrimas se entró en la sala.

Sentados en el banco bailarín almorzaban a la sazón dos arrieros, cuyas piruetas no la movieron a risa. Recatándose la infeliz detrás del mostrador, como para ocultar un acto vergonzoso, púsose a murmurar avemarías al tiempo que desgranaba las cuentas del rosario.

Desiderio, mientras tanto, en el corral, de pie junto de un hoyo recién abierto, acababa de desenterrar un chivo en barbacoa que debía llevar a la feria poco más tarde.

Máximo, que desde la ventana veía a Desiderio en su faena, le gritó, preguntando:

—Padre: ¿hay mucho alboroto por allá? Avísame de lo que veas, pues esta noche quiero ir a darme una vueltecita.

El hombre asintió, expresándolo a su hijo con un movimiento de cabeza. En tanto, la madre, que todo lo había oído, sintió otro vuelco en el corazón y de nuevo se le llenaron de lágrimas los ojos.

Había sonado ya en Las Palmas la plegaria de las ánimas, ahogada entre los repiques de las cuatro esquilas que el pueblo poseía y el restallido de millares de cohetes. Máximo, de pie contra la ventana, inclinó con respeto la cabeza en presencia de la Seve, tras recibir su bendición, cual solía siempre, antes de salir de casa. La ventera se deshacía en llanto que su hijo secaba a besos, cuando no se le agotaba a ella, pues ya no tenía lágrimas que llorar.

En medio de bendiciones, hipidos y sollozos entrecortados, la Mercadela decía:

—Que te cuides, niño, que no pesques un tabardillo, ni te dejes desplumar en la ruleta. Mira cómo no te pillan la capa los rateros. Vamos, dame otro beso, chiquitín, y otro más. Cuidado con olvidarse de mis encargos. Conque, vamos a ver: no excederse ni en comer ni en beber; no andar a picos pardos; no meterse en callejones ni andurriales, y, sobre todo, nada de reñir, por nadita del mundo, ¡eh! Por nada, pichón, ¿me entiendes? Es mejor que no te apersones por donde se juega, pero si por desgracia fueres y te va mal, que no se te suba la sangre a la cabeza. Vuelve a casa en seguida.

—Madre, mejor no me esperes en la noche, porque puede ser que me quede allá, en la casa de los compadres.

—Bueno, bueno. ¿Sabes? Sí, sí, mucho mejor es que no tearriesgues a medianoche a los peligros del camino. La Petra te quiere bien, y en su casa no ha de faltarte nada. Dios te lleve con bien, vida mía, Dios te bendiga. Conque diviértete prudentemente y adiós.

Otra explosión de besos cortó las bendiciones de los labios de la Seve, y el mozo, al fin, se alejó de la venta silbando una danza popular.

Sentada a la puerta de su casa se estuvo la mujer largo rato, pensativa, y tan callada que nadie hubiera sospechado que de sus labios brotaban plegarias inéditas que sólo las madres saben inventar, y en cuya eficacia hasta los hombres más incrédulos, mientras son hijos, tienen fe.

El rumor de fuertes pisadas sacó a la devota de sus rezos. Alzó la cara y sus ojos de avara descubrieron, en el instante, la presa que al agiotista mantiene siempre en perpetuo acecho.

El dueño de aquellos pasos, saliendo de un tirón de las tinieblas en que momentáneamente le había sumido la rápida ocultación de la luna, espantó de la mente de Severiana la oración por el hijo ausente. Hasta se le pasó de la memoria que era madre.

La venta estaba mezquinamente alumbrada, destacándose la luz del cuarto de Máximo, bastante esclarecido por una vela de cera y la lámpara del Santísimo.

El hombre de los pasos era mozo también, y apuesto y guapo. Traía bien visibles un par de talegas que, por el peso, parecían abundantemente provistas. Era administrador de un rancho no lejano, quien por estar recién llegado de España, su patria, y aún no familiarizado con aquellos contornos, se había extraviado en el camino de la ciudad, de donde venía del cobro de una libranza para la *raya* de los peones. Perdido en los campos y en posesión de una fuerte suma de dinero que no era suya, había pasado muy mal rato y todavía, al acercarse a la venta, no las tenía todas consigo.

Recobrado del susto, a medida que iba acercándose a lugar poblado, empezó a sentir ligera la responsabilidad que antes le había pesado como una montaña, y empezó a divagar.

Andando hacia la venta, le vino a la memoria el recuerdo de su aldea, allá en España, se acordó de la anciana madre que había quedado, en el hogar, rezando por él; pensaba en la novia que le había prometido aguardarlo hasta la vuelta. Gozaba imaginándose el día del regreso, cuando hallaría brazos abiertos que le ciñesen el cuello, manos que se alzarían a bendecirle, labios que oprimiesen los suyos con ternura. ¡Cuántas preguntas le harían alternadas con apretados besos, y qué alegría la de él al responder a todo y narrar sus aventuras de viaje, sus tristezas de ausente, sus esperanzas de repatriación siempre ennegrecidas por la nostalgia! Le parecía ver a las dos mujeres queridas que allá, al otro lado del océano, pronunciaban, con el alma entera, su vulgarzote nombre, Remigio, bañándolo de lágrimas.

Llegó por fin.

Remigio pidió a la ventera habitación en que pasar la noche, alegando que temía ser sorprendido y robado por los muchos haraganes que la feria de Las Palmas había atraído.

A la Severiana, otro que no hubiera sido el forastero le habría leído la codicia en los ojos. Valiéndose de la suspicacia truhanesca que acostumbraba como arma defensiva, se hizo de muchísimos papeles y rehusó de plano el hospedaje. Pero Remigio, apretado por la necesidad, insistió en su demanda, alargándose hasta ofrecer generosa recompensa que, no sin pocos ruegos, le fue aceptada.

Servida que le fue, en la sala, la mezquina colación que la Mercadela tenía siempre lista para los viajeros, Desiderio, guiando escalera arriba y echando luz hacia delante, de la palmatoria que

en la mano llevaba, condujo a Remigio a su habitación. Era ésta la estancia que ocupaba Máximo en el piso alto.

Desiderio arregló el lecho con sábanas limpias y se marchó, emparejando la puerta al salir.

Sin causa aparente, el forastero empezó a mostrarse inquieto. Apenas se quedó a solas, le entró cierto reconcomio inexplicable que en vano trató de someter a análisis racional. Por estar siempre soñoliento y cansado del trabajo del campo, en tierra tropical, no había escrito ni a la madre ni a la novia con la frecuencia que les prometió al partir. Eso ya merecía castigo, y como tal tomaba él la inquietud que le molestaba, refiriéndola a gritos de conciencia. Luego le pareció haber leído no sé qué aviesa intención en los ojos de la ventera, cuando le había aquélla alargado un zoquete de pan más duro que un guijarro para acompañar la cena. Entonces ya no pensó en dormir, sino en poner a buen recaudo el dinero que traía.

Temeroso de que le venciera el sueño, ínter se resolvía al partido que tomar, acomodó las talegas debajo de la almohada. Se quitó las botas para descansar los pies, se persignó con reverencia y se echó vestido sobre el lecho.

Empezó a cabecear. La lámpara rechinaba paveseando, al contacto del agua con la llama, pues ya empezaba a faltarle aceite. La luz de la luna, atenuada por la presencia de sutiles nubes, se filtraba débilmente en la habitación.

Remigio dormitó un poco. No descansaba, sobresaltado como estaba y pensado en sueños qué haría. El rumor de las hojas, agitadas por la brisa de la noche, era bastante a hacerle sacudir nerviosamente, y le espantaba el chirrido de los insectos nocturnos. El cansancio se había enseñoreado de sus huesos y por momentos le bajaba a los párpados más y más pesado el sopor.

De repente algo le hizo saltar y se despertó muy azorado. El macizo andar de toscas plantas se dejó oír, ascendiendo por la escalera. Entonces el durmiente se incorporó. Por las hendiduras de la puerta penetró débil reflejo de claridad que parecía atenuada a ratos, como si de intento la ocultasen. Los pasos se detuvieron y el aliento comprimido de alguien que no osaba respirar se advirtió claramente detrás de la puerta.

A éstas, Remigio se santiguó una vez más. Creyendo llegada su última hora, envió en hondo suspiro el último adiós a la madre y a la prometida, allá en España, y encomendó el espíritu al Señor. Tuvo de pronto ánimo para pedir auxilio, mas, convencido de que los de casa eran sus agresores y el gritar podía agravar su situación, se tuvo quedo y alargó el oído. Nada. Silencio profundo. Luego los mismos pasos sordos descendiendo hasta perderse en la distancia, extinguidos a poco en la apacible calma de la noche.

Remigio respiró: estaba salvado. Dijo en su corazón el avermaría, y, obedeciendo al instinto poderoso de la vida, calzose con rapidez, recobró sus talegas y ganó la ventana en dos trancos.

Por el andamio descendió el caedizo, y, de éste, saltó al camino real con la ligereza que el miedo consentía. Cayó de rodillas, porque del susto se le doblaron las corvas al saltar.

Viéndose a salvo, luego que se repuso del terror, espoleado por el miedo de que lo persiguiesen y alcanzasen, echó a correr desatinadamente a campo traviesa, sin volver el rostro hacia atrás.

Por la carrera, o por el miedo, el fugitivo no vio que otro hombre, un ladrón quizá, trepaba por el mismo tejado al mismo andamio que acababa de servirle a él de escalera y penetraba quietamente en la habitación de donde venía huyendo él aterrado.

El que escapaba desapareció a poco entre la sombría arboleda donde no llegaba jamás la claridad de la luna; el que se introdujo en la estancia se acostó sin ruido, acurrucándose bajo las sábanas como un pájaro en su nido, y cerró los ojos al sueño. Perdida la mente en deleitosos pensamientos y con el corazón regocijado por gratas memorias, no advirtió el desorden del lecho.

¿Qué había sucedido entretanto en la venta? Nada de extraordinario. Severiana, tentada por las talegas de dinero, determinó en un instante robar a su huésped. Una vez más el vil abridor de todas las puertas indujo a la mujer a olvidarse de su hijo, y la empujó hasta el crimen.

Se ha de decir, en esclarecimiento de la verdad, que la usurera, ladrona y todo, jamás había pensado en matar. Pero sobre la idea del delito surgió la ambición; el deseo de que Máximo se convirtiera en rico, que viviese como un potentado, dichosísimo de estar apegado al amor de su madre y viajando en compañía de ella como gran señor. Con el contenido de las talegas y lo que la mujer tenía enterrado en un hoyo, en la trastienda, habría lo suficiente para que Máximo viese colmados sus deseos.

En un periquete Severiana formó su plan de ataque y lo comunicó a su marido, de quien necesitaba para realizarlo, no como quien busca a entenderse con un cómplice, sino cual manda a un esclavo en cuya obediencia se confía.

La oyó Desiderio, con calma al parecer, pero cuando la Seve acabó de hablar, miró a su marido con despreciativa insolencia. Era la primera vez de su vida que se atrevía a tanto. Díjole resuelto:

—Yo no he matado nunca. ¿Por qué habría de hacerlo ahora?

—Te desprecio —respondió la Mercadela hecha un energúmeno.

—Mira: tú me has hecho robar muchas veces, y he robado porque tú lo querías, mas sin tener ni inclinación ni voluntad; sabes que soy fuerte, que en llegado el caso pondría de rodillas a un toro, cogiéndolo por las astas, cuando me diera la gana, y que puedo arrancar de cuajo, de un solo tirón, un arbusto recio; sabes que no soy un bruto, sino que, cegado por la pasión que me inspiras, me he degradado, me he envilecido, bajando hasta ti, desde mi esfera social respetada y respetable, como baja el rayo de sol a revolcarse en la charca inmunda. En cambio de ti, de tu persona que me enloquece, y de ese hijo amado de que me hiciste padre, te he dado todo, porque todo lo he perdido por ti: educación, familia, fortuna. Sí, todo, todo. Por amarte, mis padres me desposeyeron de mis bienes, dejándome sin herencia; por seguirte, me vi obligado a cambiar de nombre, porque se me hizo cargo arrastrar a tus pies el del hombre honrado que me lo dio con la existencia; sabes que por haberme enlazado a ti, con legítimos lazos, mi madre me borró de su corazón y se fue a la tumba sin volver a verme. Pues bien, todavía estoy loco por ti, todavía robo y me revuelco en la inmundicia por agradarte; pero matar, ni por ti ni por nadie. ¿Entiendes?

—Eres un miserable y te desprecio. Para lo que yo necesito de tu amor... Huiré de esta casa con mi hijo, con mi Máximo, cualquier día de estos, dejándote solo. Solo, ¿lo entiendes?

—No mataré.

—¡Cobarde!

La mujer calló, pero lo que sus labios no articularon dijeronlo sus ojos de réprobo.

Desiderio, indignado, se adelantó hacia la puerta, donde la Seve estaba recargada. Ligera como el pájaro al que, por



intentar cogerlo, le rozan las alas, escapó la Mercadela del alcance de su marido, repitiendo con ira:

—¡Cobarde, cobarde!

—¿Huirías arrastrando a Máximo a seguirte? No, mujer, no; ni lo digas.

Temblando y bajando aún más la voz, enronquecida por la emoción, agregó el miserable:

—¿Y qué haríamos del difunto?

—¡Bah! Te ahogas en un vaso de agua: echémosle en el hoyo del corral. Cuando de cada casa ha salido un chivo en barbacoa, ¿quién se extrañaría de ver, en un corral, un montón de tierra removida? ¿No estamos en días de feria?

—Bueno, dame un puñal. ¿Acaso tenemos puñal? ¡Si jamás hemos sido asesinos!

—Mira, mira: el cuchillo de la cocina tiene la hoja angosta, pero está acabado de afilar. Ayer precisamente... Pero dale bien y de firme; en la mera chapa del alma. ¿Entiendes? Una cosa a medias nos comprometería.

—Sí, sí, le buscaré el corazón, aunque sea al tanteo, porque el cuarto está a oscuras. Sin duda apagó la lámpara, para descansar mejor.

—Así me gusta; animoso, bravo. Toma la linterna sorda... Aquí está el cuchillo: ¡mira qué punta tiene! Sube con tiento.

Desiderio empezó a ascender. A medida que ganaba en altura, la razón se le entraba por la cabeza, alejando la idea del crimen. Llegó hasta la puerta de la alcoba; pegó el oído a la hendidura, pero nada oyó. “Sin duda, duerme —se dijo para sí—; yo no digo que no mataría a un hombre despierto, a uno que me hubiera ofendido, a un rival que me disputara a esta infame mujer que me empuja al crimen, a esta fiera que amo todavía como el primer momento que la vi, pero a un hombre

dormido, que además es extranjero y se recoge a mi techo y confía en mí... ¡Oh!, matar así nomás, a un hombre indefenso, no, no, jamás. Horrible, horrible, horrible”.

Y empezó a descender sin guardarse de hacer ruido.

Abajo esperaba la usurera con el alma en un hilo. Desiderio le mostró su debilidad, refiriéndole las consideraciones que le habían pasado por la mente. Entonces dio principio entre los esposos una riña tremenda: increpaciones, insultos soeces, bajezas de todas suertes. ¡Qué de secretos se descubrieron! Ambos a dos se arrebataban las palabras, subiendo el diapasón de la voz sin proponérselo, y entre el murmullo de las recriminaciones conyugales se perdió el eco de las pisadas del fugitivo huésped, de Remigio que se alejaba a todo correr, y el eco de otros pasos vigorosos, los de un hombre que se encaramaba por el caedizo hacia el estribo del andamiaje, y se colaba discretamente en la habitación que había estado a punto de ser teatro de un crimen.

El que entró se arrojó en el lecho sin desvestirse, se arropó y, cubriéndose la cara con el embozo, siguió gozando en sueños con el recuerdo del baile de donde venía, de la verbenas donde había pasado horas de deleite y de amor. No tuvo tiempo de pensar en la sorpresa que se llevarían sus padres cuando le viesan allí, muy de mañana, porque el sueño le retozaba en los párpados. Muy pronto se quedó como piedra.

Abajo había dado fin el altercado. La bestia humana, sobreponiéndose de nuevo a su miserable cómplice, le empujó a subir por segunda vez, armado de cuchillo y linterna.

El menguado no había podido soportar la idea de ser abandonado por los dos únicos seres que le hacían tolerable la vida de abyección.

Con mucho tiento, abrió Desiderio la puerta; deslizándose, avanzó hasta el lecho y escuchó. La respiración sosegada del durmiente levantaba el embozo de las cobijas, con movimiento rítmico, marcando el lugar del corazón.

La lámpara, falta de aceite, se había extinguido por completo, y apenas la escasa claridad que permitía la luna dejaba entrever los objetos que ahí había.

Desiderio contempló el bulto de la víctima, midió el golpe, y levantando y blandiendo el cuchillo, lo sepultó con hercúlea mano en el pecho del infeliz.

Quedo, muy quedo, llamó a su mujer el asesino, y los dos procedieron a bajar el cadáver, chorreando sangre, para arrojarlo al hoyo del corral. En el mismo sitio donde poco antes había estado el chivo en barbacoa, le echaron sin preces y sin lágrimas. Iba Desiderio a empezar a trasegar la tierra cuando a Severiana le vino al magín otra idea perversa: despojar al muerto.

—Aguarda —dijo al hombre—, ¿si llevara al cuello alguna joya por donde pudieran descubrirnos?

—¿Quieres decir que registremos el cuerpo?

—Claro. ¿Hemos de ser tan bestias que le enterremos con las alhajas de valor?

—Haz lo que quieras.

Severiana arrancó la sábana del rostro del muerto. La luna, bogando en todo su esplendor por el cielo enteramente despejado en aquel instante, descendió indiscreta y amorosa a besar los labios de Máximo que la muerte había sorprendido sonriendo en sueños.

*Saint Louis, Missouri, diciembre 24 de 1902.*

## La tanda<sup>114</sup>

TODOS LOS MARTES, entre las cigarreras de las fábricas de El Moro se celebraba una famosísima tanda de a cuarenta pesos, lo cual era ocasión de inusitado movimiento y alegría. La tanda venía a ser, o a querer decir, el turno que tocaba a las torcedoras para recibir, de una vez, la suma colectada por ellas mismas a mínima prorrata cotidiana durante cuarenta semanas. Se verificaba poniendo cada una de las cuarenta mujeres un real diario en una alcancía. Se lo arrancaban del miserable jornal como quien se arranca una tira de pellejo.

El trabajo se les distribuía por *tareas*. La tarea las ocupaba medio día justo, recibiendo por ella dos reales y medio, que no alcanzaban a contentar ningún estómago, por parco que fuese. Mujer había que no se daba abasto para despachar sus dos tareas en la fábrica, y se llevaba el resto por concluir a casa, donde continuaba para ella, muchas veces hasta media noche, la amarga faena del día. Otras, más fuertes y con suma agilidad en los dedos, dejaban, al retirarse, su labor cumplida; pero ganosas de hacer algo más de los cinco reales, se llevaban consigo otra tarea, o cuando menos media, que traían a la fábrica convertida en haces de cigarrillos a la mañana siguiente.

De éstas era doña Pilar. Había crecido en la fábrica, cosida a las faldas de su madre, que también había sido estanquera y aprendido desde tierna edad. Y como ni el poco tiempo que duró casada dejó de torcer, porque al marido lo agarró la leva, a los veinte días de la boda, y se lo llevaron a matar en una

<sup>114</sup> *Simplezas*, 1910, pp. 259-267.

pelotera de puros y mochos, no tuvo doña Pilar ocasión de que se le agarrotaran los dedos por la falta de práctica. Sus treguas de descanso eran nones y no llegaban a tres: una sola, cuando nació la niña, la hija única: Margarita. Entonces sí que habían sido tres meses de estar acostadita en su cama dura y numerada de hospital, con la peritonitis y otras consecuencias de la maternidad, en combinación con la miseria y los golpes de la fortuna.

Fue durante la cuarentena cuando vino el parte de los caídos en qué sé yo qué escaramuza, figurando en la lista de las bajas del regimiento el esposo y el padre. Pero doña Pilar no lo supo porque ni ella ni las almas caritativas que le habían llevado la noticia sabían leer ni entendían de partes de batallas. Así se ahorró doña Pilar un dolor violento; pues el de aguardar, llena de esperanzas, la vuelta del soldado, lo escondió largo tiempo en el corazón.

El tiempo cura y el trabajo disipa la tristeza. Los dos cumplieron divinamente su obra en la cigarrera, en tanto que Margarita crecía, despertando en el alma inculta de su madre nuevas y más delicadas emociones.

La chiquilla no creció en la fábrica de cigarros. Al cuidado de una vecina cariñosa con cuyas hijitas jugaba de ordinario, gente menos palurda que doña Pilar, adquirió Margarita modales que no suelen tener los niños de talleres o factorías. Fue con sus amiguitas a una escuela de silabario, catecismo y dechado, de a real por semana; y cuando llegó a esa edad en que la mujer, aunque en la pila la hayan nombrado Chucha o Trinidad, siente ella que se llama Primavera, Alegría, Gloria, entró en el Conservatorio, a aprender declamación, en compañía de otras chicas que habían sido ya sus condiscípulas.

Margarita no quería ser torcedora. Para redimirse del oficio único a que la empujaban las circunstancias del medio y la necesidad de cooperar en la adquisición del pan de cada día, determinó hacerse artista. —Poniéndose en lo peor —decía a su madre—, una mala cómica gana más que una buena cigarrera. Siendo honrada puede tener mejor asociación que la del estanco. Además, para el teatro tengo disposiciones, y sueño con los aplausos del público. ¿Por qué no he de llegar a buena actriz?

Doña Pilar, que veía el sol en los ojos de su hija, decía a todo amén. Con escrúpulos de madre, había ido alguna vez a hablar con el director del Conservatorio y los maestros de Margarita. Tanto el señor Bablot como el doctor Peredo le habían asegurado que la niña tenía ingenio, gracia, y una voz, ¡vamos!, que no había instrumento musical a qué compararla.

A los temores de la cigarrera, de que Margarita, con el roce de la gente de tablas, se echase a perder, Peredo añadía que con sus buenos principios y la vigilancia constante de la madre eso no sería posible. Recordaba a doña Pilar, o por lo menos intentaba recordarle, muchos casos de jóvenes decentes que habían pisado el escenario sin menoscabar su virtud; citábale una retahíla de nombres que ella jamás había oído mentar. A fuerza de repetírselos mucho, la torcedora se aprendió el de Soledad Cordero; y por la reverencia con que el doctor lo pronunciaba, la madre convino en consentir que Margarita siguiera el camino del arte. Quizá sería ella también otra Soledad Cordero.

Margarita era con frecuencia designada en el Conservatorio para recitar versos de los poetas célebres en esos días; y también leía discursos largos y pesados que le encargaban en las fiestas gordas, a los cuales el buen modo de decir, la expresión,

el tono dulce de la voz y la belleza y juventud de la recitadora quitaban mucho del aburrimiento. ¡Cuánto debieron agradecer a Margarita los autores de esos mamarrachos que el público no les hubiese arrojado por la cabeza los cojines de las butacas!

Con la cabeza llena de sueños, de coronas y laureles, Margarita sentía la pobreza de su condición social, rayana en miseria, ligera como un ramo de flores. Esperaba confiada y valerosa en el porvenir.

Su primera esperanza, en algo concreto, era en la tanda. Cuando le llegara a doña Pilar el turno de los cuarenta pesos, además de que muchas necesidades domésticas iban a remediarse, la futura Soledad Cordero tendría un vestido blanco que su madre le había prometido y algunos ejemplares de comedias. Sobre todo las de Bretón. Debía estrenarse en el teatro con *la Marcela*.

Un sábado por la tarde, Margarita regaba las macetas en el corredor, bañado todavía de melancólica luz crepuscular, cuando la acometió una congoja, después un golpe de sangre y por último un desmayo. Las amiguitas de la vecindad le prestaron cuidados, mientras doña Pilar regresó de la fábrica a la hora acostumbrada. Como loca corrió la infeliz en busca de un médico; pero esos ministros de la ciencia, que no suelen salir a curar a desconocidos sin preguntar más que el catecismo, no acudieron al lecho de Margarita. Alguno prometió ir a la media hora, pero todo quedó en jarabe de pico.

La habitación de la cigarrera, un cuartucho angosto que parecía cerbatana, estuvo tres días con sus noches como piña; pues el vecino que no acudía con el linimento o la taza de manzanilla traía una imagen de santo milagroso o alguna vela bendita. Por fin, entre varias mujeres iniciaron la colecta para la visita del médico, y se consiguió que uno viniese a

recetar la extremaunción. Era un caso de tisis galopante, dijo, y se marchó.

La maestra de la fábrica trajo el miércoles temprano a doña Pilar los cuarenta pesos de la tanda que le había tocado la víspera. Las vecinas cosieron a toda prisa el vestido blanco, y, en vez de comedias, compraron muchas flores con que cubrieron el sepulcro de Margarita.



## El cuico<sup>115</sup>

AMANECIÓ DIOS LLOVIENDO TRISTEMENTE. El chaparrón de la víspera había aguado la serenata del Zócalo, igual que el desfile de enlutadas y enlutados que en Viernes Santo suelen afluir por las calles, desde la puesta del sol, para ir a la iglesia.

El plenilunio, anunciado en el calendario de Galván con los epítetos de sereno y brillante, resultó una burla meteorológica, y de órdago fue el chasco de los fieles católicos que se pusieron los mejores trapos para ir al pésame. Un trastorno barométrico repentino, en el litoral del golfo, trajo desde Veracruz hasta la capital truenos, relámpagos y goterones gordos y tupidos que hicieron correr a las gentes por bandadas en busca de refugios. Luego que tundió la tormenta, millares de devotos salidos de la Catedral, donde ya les habían dado con las puertas en la cara, y millares de indiferentes que no acostumbraban visitar templos pero sí asistían regularmente a refo-cilar el ánimo con los danzones con que solía la banda militar en turno dar fin a las serenatas, se precipitaron hacia los portales para guarecerse del agua. En el de Agustinos, una mujer del pueblo dijo a un hombre que insistía en acompañarla:

—Está usted perdiendo el tiempo; pues lo que es yo, ni lo quiero ni nunca lo he querido. Lo mejor es que se vaya a dar buen ejemplo a su familia. Tiene usted una santa por mujer, y su hijo es un modelo de... ¡ja, ja, ja!

La risotada encendió al hombre en coraje; quería saber de qué era modelo su hijo, pero la bribona que había soltado

<sup>115</sup> *El Imparcial*, Ilustración Popular, t. I, núm. 42, 19 de abril de 1908, pp. 4-5.

aquella injuria se aprovechó del desorden y la apretura que provocó un pelotón de recién venidos al portal para escabullirse y sacar el bulto a su perseguidor.

—Me las pagarás —gruñó él entre dientes y se perdió también, arrastrado por la avalancha humana.

El Sábado de Gloria, no menos ahogado que el Viernes Santo, prometía pocos judas de quema y, por consiguiente, poca animación; pero a eso de las nueve y media el sol rasgó las nubes y, como por ensalmo, los vengadores de la muerte y pasión del Divino Maestro apresuradamente tendieron cuerdas de balcón a balcón y en los cruceros de las calles, suspendiendo de ellas judas de todos tamaños y atavíos, con sendas dotaciones de cohetes. Hombres, mujeres y muchachos iban aglomerándose, principalmente donde los traidores que iban a ser quemados tenían montadas al pescuezo sartas de chorizos y rosarios de tortas de pan.

En Tacubaya, el gentío no era menor; no se podía dar un paso a inmediaciones de la parroquia, y el vocerío era mayormente expresión del alegre regocijo callejero. Diálogos abundaban también.

—Sí, sí, madre: no hay otra como usted para guisar sabroso. Y si yo comiera de estas manos todos los días, no anduviera mi estómago tan dado a la trampa. Esa plaza, ese bodegón me están llevando a las boqueadas.

—Y todo por tu mala cabeza, todo por querer que tu padre se haga a tu modo, en vez de que tú sigas el suyo. A los viejos, Antonio, ni se los cambia ni se los manda, y tu padre es así: testarudo, voluntarioso. Además, como ya estoy vieja, y hace harto tiempo que nos casamos, se ha cansado de mí y anda con otra mujer. Pero eso ha sido su perra maña muchos años y ya ni me importa. Si no me pegara tanto...

—Eso, eso es lo que a mí me desespera, lo que no puedo sufrir. ¡Aguantar yo que en mi presencia se le pegue a una mujer? ¡Qué capaz! ¡Ahora, cuando se trata de usted, de mi misma madre! ¡Que yo me acuerdo de la última vez que le dio a usted en la cabeza con el mango de la escoba, y quería seguir luego con el metlapil! No, madre; no crea que yo pueda volver a ver eso. Si no hubiera sido mi padre...

—Dios nos ampare de que hubieras levantado la mano contra él. Hiciste bien en irte, por lo pronto. Pero ahora que han pasado ya tres meses y tu padre casi no hace pie en casa, habías de volver. Me siento tan sola... Desde que anda metido con la Bizca, puedo asegurarte que tu padre no se ha quedado en la casa tres noches seguidas. Viene a comer, eso sí; pero la cena se me queda las más veces. ¿No te digo que estoy muy sola?

—¡Ay, madre! ¡Qué pena! Pero vea usted, yo conozco mi genio, que es muy malo, y en una de éstas de mi papá no me puedo contener y le falto al respeto.

—¡Jesús nos favorezca! Entonces es mejor que yo venga a verte y te traiga un bocadito de vez en cuando, ya que tanto te gustan mis guisos. Lo malo es que te hayas venido hasta Tacubaya, pues me queda lejos. Si estuvieras como al principio, en La Merced...

—Mejor que no. Precisamente busqué a que me pasaran aquí, porque en La Merced seguido me encontraba con mi padre y esa... señora: la Bizca. Y sobre la cólera que me daba el verlos juntos, mi padre, que iba siempre jalado, me decía al pasar: “¿Qué tal te va de cuico?”, o “Adiós, cuico; recados a la familia”. Yo sentía que me encendían un cohete, y pensé: lo mejor es que pida mi pase fuera de México.

—En eso hiciste bien. Vamos, come ahora; ¿dónde te tiendo la mesa?

—Venga usted conmigo al zaguán de enfrente de la Alameda. Los patrones de la casa me permiten almorzar allí, los más días. No dicen nada, con tal de que no se les ensucie el suelo. Vamos andando.

El diálogo precedente era sostenido por una mujer como de cuarenta años de edad, fornida y bien presentada, y un gendarme, al parecer muy mozo. Era bastante galán y de modales pulidos. Vestía ella naguas y rebozo muy limpios, y el de la policía, uniforme de gala.

Juntos anduvieron, en plática animada, la distancia de una cuadra, entrando luego en el portal de una casa solariega.

En el suelo pelado extendió la mujer una servilleta blanquísima, que tenía más de labor calada que de tela; sobre ella distribuyó algunas ollas y cazuelas con viandas, que fue sacando de una canasta, de las que subía incitante olor. El gendarme se hizo alfombra de un periódico que llevaba en la mano y medio sentado y medio echado sobre un codo, se puso a devorar los manjares bienolientes como si en ocho días no hubiera probado bocado.

Ínter el mozo aplacaba el goloso apetito, la madre refería sus cuitas matrimoniales de los últimos tres meses: palizas, prolongadas ausencias, amenazas de muerte, y luego la Bizca, tan injuriosa y tan malhablada, que la ponía hecha un trapo siempre que la encontraba por la tortillería o por la tienda. Lo bueno era que ya un antiguo amante de la odiosa rival le andaba otra vez haciendo la rueda, y si se la llevaba del barrio no tendría más encuentros peligrosos. Hasta pudiera ser que el marido volviera a casa decepcionado y tal vez arrepentido. Ella no le tenía ya voluntad, pero, ansiosa de paz, cejaría en todo y no tendría para él ni queja ni reproches. ¡Qué había de ser una mujer casada!

El polizonte comía en silencio a la vez que meditaba en las desavenencias domésticas con cuyo relato la madre le había avivado el recuerdo de los disgustos frecuentes con su padre, los cuales lo habían empujado a dejar la casa; antes que ser mal hijo y faltar al respeto al autor de sus días, era mejor ausentarse y no volverle a ver. Y como lo quiso, lo hizo.

Antonio Espinosa —se decía— no nació para ser cualquiera. Hombre de bien había de ser, o si no dos varas y media de tierra lo harían bueno: morir joven no era la mayor desgracia del hombre. Fuese sin despedida, pero a la madre, para librarla de aflicción, la hizo advertir del paso que daba por medio de un vecino; y también le pidió su bendición y la hizo prometer que iría a verle frecuentemente dondequiera que estuviese. La madre asintió a todo.

Una vez en la calle, Antonio Espinosa no sabía qué partido tomar para ganarse la subsistencia. A la sombra del hogar, ayudaba al padre en su oficio de carpintero, ocupación que al gendarme no le atraía, por su mezquina retribución. Antonio estaba seguro de que un buen artesano podría medrar a costa del oficio; pero también conocía que su padre, aunque se hacía llamar maestro, de aprendiz chapucero no pasaría, y mal puede enseñarse a otro, oficio que no se sabe. Así, padre e hijo, para llevarse un bocado a la boca, hacían arandelas, tapaderas de tinaja, cuchareros y tablillas para picar recaudo, todo ello de medio mogote y como Dios les daba a entender. Cumplida la tarea del día, la madre salía al mercado a vender los artículos de carpintería, y regresaba con el importe de ellos convertidos en provisiones para la amanezca.

Mientras Antonio, que era muy leído, ocupaba los ocios de la noche en leer novelas que un vecino le prestaba, de las que se venden por entregas, el padre corría la tuna con

mujeres de la cáscara amarga. Volvía a casa borracho y sacudía el polvo a su mujer, sin agregar pretexto para la solfa. Ella se echaba a llorar, en tanto que al hijo, ante tamaña injusticia, se le escapaba el corazón.

—Yo no puedo aguantar esto —gritaba exasperado—; me largo y me largo. —Y se largó.

En su vida las había visto tan gordas. Vacilando sobre si entrar de oficial de carpintero, con lo poco que del oficio sabía, o ponerse a mozo de servicio en casa acomodada, la noticia de que iba a haber aumento de gendarmes puso fin a sus titubeos. Con la ayuda del vecino de marras dio los pasos convincentes a obtener un puesto en la policía, y en el ínter su protector lo atendió también en aquello de la bucólica y le regaló con una tirada de consejos pertinentes a la futura posición social.

Antonio Espinosa tomó a pecho el honor profesional y se hizo propósito de ennoblecer el cargo de gendarme. ¿Por qué había de sentirse rebajado cuando los chicos de la vecindad le habían gritado soplón una mañana que acertó a pasar por su antigua casa conduciendo a una rata a la comisaría? Que su propio padre le llamase cuico, cada vez que se lo había al paso, no era razón para mirar con desprecio un puesto que las condiciones sociales habían creado y la sociedad misma cuidaba de conservar para tener aseguradas hacienda y vida. Vamos a ver, si se suprimiera la policía y en vez de un gendarme se encontrasen los agredidos y los robados con un guardacantón en cada esquina, ¿qué sucedería? Que los vecinos volverían a armarse como en tiempos pasados; que nadie dormiría pacíficamente, y que, en defensa del caudal, cada uno esgrimiría las armas que tuviese sobre el delincuente real o imaginario, haciendo desmoche humano cuando le diera la real gana o su fantasía le presentara moros con tranchete.

Embaulando la sabrosa comida, el gendarme pensaba en la dignidad de su cargo. Él, con su complexión robusta, su ligereza en el andar, sus brazos de acero y aquella mirada escrutadora y pronta a la observación, era más capaz de guardián del orden que de aprendiz de carpintero. Para manejar el escoplo requeríase cierta finura de que sus toscas manos carecían; para fabricar utensilios domésticos era menester combinar la práctica de ejecución con las reglas del maestro, en quien la ímproba labor de muchas generaciones de industriales había llegado a inculcar cierta maña y habilidad que al presente constituyen la técnica del oficio, y sin cuyo conocimiento, transmitido por quien lo posee a derechas, no se puede ser artesano, sino aprendiz chapucero...

Antonio Espinosa, mientras su madre recogía las cazuelas y el mantel en la canasta que llevaba, se esperezó para desentumirse, pues la incómoda postura y la frialdad de las losas del zaguán le comprimían los nervios. Anduvo algunos pasos, se estiró, se golpeó los miembros buscando activar la circulación de la sangre, y cuando se sintió rehecho y fuerte adelantó contento hacia la calle. Con qué satisfacción, a medida que madre e hijo caminaban por las calzadas de la Alameda, el guardián comparaba su musculatura de hierro y la propia fuerza física con la traza de los enclenques que hacían ruedo a las pulquerías por abrirse, cuando apuntaran los repiques de la Gloria. Veía también con desdeñosa lástima a tanto catrín raquíptico cuya fachenda movía a risa más que otra cosa. ¿Por qué había de compadecer a los que se extenuaban y daban su vigor a los vicios, como podrían dar su hacienda a los pobres? Pobres diablos encanijados y entecos, de cuyos huesos y músculos elevados, en montón, a la quinta potencia, no podría sacar el Hacedor un hombre sano.

Llevando bizarramente la mano izquierda sobre la empuñadura del chuzo que del cinto colgaba, mientras que con la diestra estrechaba el cuello de la madre, dijo algo, como si respondiese a una interpelación que le hubiesen susurrado al oído:

—Porque yo velo, se echan ustedes descuidados en sus camas; porque yo rondo, se pasan las horas al pie de una ventana, disfrutando los goces del amor; porque yo vigilo, desaparecen de las casas los caballetes erizados de puntas de vidrio, y a las rejas suceden portones trabajados a torno.

Antonio Espinosa, de las novelas patibularias que habían sido, desde la corta edad, medio de instrucción y objeto de recreo, sacaba palabras pulidas, cuyo significado no siempre acertaba correctamente; pero ya que hablara, ya que pensara nada más, la expresión de sus ideas revestíase del vocabulario de los héroes de Pérez Escrich y don Manuel Payno.

Comenzaron a sonar las diez. A los primeros toques del reloj, las campanas de las iglesias fueron echadas a vuelo, y el restallido de los cohetes fue la exhortación a la jácara y el desorden. Chillaban los mirones a más no poder, celebrando con desvergüenza y silbidos las amputaciones que la pólvora ocasionaba en los miembros de los Iscariotes. Al caer, hecha una flama todavía, una víscera de cartón, precipitábanse sobre ella cien manos ansiosas para desmenuzarla cien aún más, no cejando en la destructora tarea, hasta que el último fragmento quedaba pisoteado en el fango o se escapaba entre los dedos, tornado en humo.

De una cuerda tendida entre la panadería principal y una tienda de abarrotes pendían, de tamaño natural, un clérigo, un gendarme y una mujer, que por las trazas parecía de la vida airada. Al verlos bailar por la quema, un lépero de calzonera ceñida y sombrero chapeteado gritó:



—Ahora sí que se amolaron los Enemigos del Alma.

El concurso vecino rio la ocurrencia, y observando un chusco que Antonio Espinosa se personaba por allí, vociferó con malicia:

—Miren al cuico cómo se le achicharrona la asadura.

Otros muchos corearon:

—¡Que asen a los cuicos!

El gendarme, mosqueado con los que le querían tomar el pelo, hubiera querido desaparecer por los aires para mostrar a aquellos montoneros la superioridad que sobre todos tenía, pero a falta de alas con que remontar el vuelo hizo valer sus ojos, que de lince los tenía, y entresacando del gentío a un mozalbete, que era de los ya roncós en fuerza de gritar, le dijo:

—Oye, tú, el de la camisa color de rosa y sombrero de petate, ¿ya no te acuerdas del cuico a quien llamaste ayer para que aprendiera a tu amo porque le estaba dando a tu hermano de patadas? ¿Ya no te acuerdas de que el cuico no se dejó sobornar ni por cinco, ni diez, ni cincuenta pesos que tu amo ofrecía por que lo dejara en paz y se hiciera pato? ¿Has olvidado que el cuico lo dejó con su dinero en la mano y lo llevó a la comisaría, diciendo: “A mí no me compran ni con las minas del rosario cuando hay delito que perseguir”?

El aludido, queriendo tener la fiesta en paz con el gendarme, que públicamente le enrostraba su ingratitud, no contestó palabra. Repartiendo codazos a derecha e izquierda, en breve escurrió el bulto.

Viéndolo desaparecer, Antonio Espinosa, todavía arrebatado por los nervios, dirigiéndose a la madre, continuó:

—Si yo no fuera un hombre de bien habría tenido un buen pico de ese roto, porque tiene dinero, y ya me daba hasta quinientos pesos porque le dejara escapar. Con el tacón le abrió

la frente al muchacho, y casi le desbarató las narices a patadas. Pero yo no me vendo. Y, sobre todo, al hombre que ofende a una mujer lo arresto yo, aunque sea mi mismo padre.

—Calla, hijo, por Dios. ¡Qué barbaridad!

—Pues así se lo dije al roto cuando le aventé la mano con su propio billete.

Fenecidos los judas y apagado el último son de las campanas repicadoras, la multitud empezó a circular por las lodosas aceras y las mucho más enfangadas calles y plazas. Las carretas, cargadas con barriles panzones de pulque, se arrastraban dificultosamente, pues las mulas de tiro, aunque adornadas con espejos en las orejas, collares de rosas y banderitas amarradas en las guarniciones, por flacas y escuálidas no podían más. Los atavíos no hacían sino estorbarlas.

—¡Qué compuestos van los carros del pulque de la Gloria! —observó la madre de Antonio.

—Sí, sí; hoy es día muy pesado para la policía; así que esta tarde, que me toca el turno, ya me puedo componer. ¡Habrà tanto borracho!

—¡Quiera Dios que no! Mañana vuelvo a ver cómo te fue. Ahora, adiós. Aquí viene ya el tren.

La locomotora que venía de Mixcoac se detuvo bufando, y tras de breve parada siguió su marcha a la capital.

Antonio contestó agitando la mano al saludo de la autora de sus días, que más parecía bendición hecha al disimulo, y se alejó de la Alameda.

A las dos de la tarde entró en servicio por el rumbo del Puente de la Morena, lugar no muy poblado pero sí concurrido por la gente pasajera, por la vecindad a tres sitios de suyo siempre frecuentados: la estación del ferrocarril, la parroquia y la comisaría. La tarde pasó sin incidente alguno; el tiempo

se había serenado desde medio día, preparando una magnífica puesta de sol. Luego salieron la luna, en su segunda noche después de la llena, y toda la pedrería matizada que suele decorar el cielo de México cuando no reina la estación pluviosa.

A eso de las nueve el silbato con que es costumbre llamar a la policía se hizo sonar con insistencia. Antonio escuchó en su corazón: “¡Auxilio, auxilio!”. Fuese a donde el pito sonaba, y encontró que el portero de una casa de vecindad hacía ya a otro gendarme la relación del triste suceso.

—Pues si le digo a usted que apenas tuve tiempo de jalar la puerta y correr en la armella el candado que la mujer había dejado en la otra hoja, abierto, colgado y con la llave pegada. Si no ando tan listo, el hombre me ensarta también a mí, porque está furioso. Oiga, oiga nomás cómo golpea la puerta con las patas.

—Veremos, veremos si me quiere ensartar a mí también —dijo con vanidoso desprecio el gendarme.

Aludiendo luego a Antonio Espinosa, añadió:

—Ahora ya somos dos. Lo que debemos hacer es apostarnos uno a cada lado de la puerta: yo, pronto a desarmar, cara a cara, al asesino, que de seguro se me vendrá encima con el puñal, y mientras forcejeo con él, usted, 17, con el mecate del pozo que nos dará aquí el portero, le echa una lazada por detrás para afianzarle los brazos. ¿Estamos?

El 17, que lo era Antonio, pues dicho número lo llevaba en el kepí, se preparó a hacer lo que su compañero indicaba, y guiados por el portero, quien los había provisto de lo que pedían, se acercaron a la destartada covacha donde se acababa de cometer el crimen. Mientras los tres, capitaneando un séquito de curiosos, atravesaba el patio, el portero aclaraba a los de la policía muchas cosas que ellos preguntaron: que

la mujer era vecina de dos días y desconocida de los demás inquilinos; que la víspera había venido a México, poco antes de cerrarse el zaguán, y un hombre muy plantado, de pantalonera de pana, chaqueta, tilma de colores y jarano de palma había entrado con ella; que juntos salieron para ir a la misa de Gloria, al caer las diez. El portero no supo decir si, entre los dos, había habido palabras; él sólo recordaba que a los diez minutos de entrados en el cuarto la mujer lanzó un ¡ay!, tan doloroso y tan profundo, que atrajo al vecindario entero. Cuando se presentaron los primeros curiosos en el lugar del crimen, la víctima yacía muda en el suelo, revolcada en su propia sangre, mientras el asesino tornado un energúmeno, dejando de asestar puñaladas en el cuerpo de la mujer, blandiendo el cuchillo, amenazó a los recién llegados. Como locos se echaron éstos a correr. Iba la fiera a escapar, mas el portero le cerró el paso, tirando de la hoja de la puerta, que había quedado entornada, y pasando por la armella el candado que de la armella de la otra hoja pendía. Entretanto, los chicos de la vecindad corrieron en solicitud de la justicia.

No se veía luz por las rendijas de la puerta: o el asesino la había apagado intencionalmente con la esperanza de vencer en la lucha que con los gendarmes presentía, y de escapar, sin ser visto, o al intentar la víctima huir los golpes de su verdugo, volcando el candelero por tierra, alguno de los dos la había extinguido. Tampoco se escuchaba rumor alguno: probablemente el matador, cambiando su plan de defensa, luego que sintió pasos dejó de golpear la puerta a puntapiés, y se tuvo lo más quedo que pudo, a fin de que sus perseguidores no se apercibieran de la defensa.

El 17, secundando las instrucciones de su compañero, se plantó en guardia, con la reata enarbolada, como se le había

dicho; el otro polizonte se envolvió el brazo izquierdo con su capote, para formarse una rodela, y amartillando la pistola con la derecha dijo al portero:

—¡Abra, amigo!

No aparece con menos furia la bestia en el coso, cuando corren la puerta del toril, que el desalmado en presencia de los que le buscaban. Blandió el puñal, e iba a descargar el tremendo golpe sobre el pecho del gendarme cuando el 17, haciendo gala de su fuerza hercúlea, se le echó encima por la espalda; lo domeñó y lo sujetó con la cuerda del pozo. El desahogo de desvergüenza de la fiera arrancó en Antonio Espinosa un sollozo. En el matador había reconocido a su propio padre.

—He despachado a la Bizca —vociferaba—, pero todavía tengo alma para los cuicos, y si de ésta escapo... ya lo verán.

Solicitados por los vecinos, a quienes mucho divertían estos lances de tragedia, el comisario y dos adscritos, precediendo a los cargadores de la camilla, se dejaron ver a la dulce claridad de la luna.

## Heroína de miedo<sup>116</sup>

A CASIMIRA LE AMANECIÓ EL GALLO SUELTO el Domingo de Resurrección. El gruñido con que correspondió el saludo matinal del amo, el ceño adusto que le puso cuando aquél le mandó que le entregase pronto el chocolate, y, por último, el silencio en que se encerró a todas las preguntas de la señora, era buena muestra de que la cocinera, ordinariamente festiva y locuaz, estaba ese día de moña tuerta.

Había razón. Casimira, aunque de origen humilde y baja condición de criada de servicio, tenía nervios como todo el mundo; y aunque, en aquellos tiempos, no se conocían de nombre la neurastenia y la neurosis, dichas plagas abominables existían, mostrándose, solamente, por sus resultados: *mal humor*, *moña tuerta*, *catoche*, etc. ¡Qué de variada no es la cáfila de frases para dar a entender que una persona está con poca gana de que le hablen y se metan con ella! Tanto don Pedro Ordóñez como su mujer, doña María Antonia, se hacían cruces de lo que le pasaría a la cocinera; y ambos la miraban solamente con el rabo del ojo, porque la respetaban y amaban, a la vez que temían hacerla enojar.

Casimira había criado a don Pedro en sus brazos; lo trataba de tú a tú, y lo regañaba, sin parar mientes, cuando lo creía justo: “Que andas siempre corriendo y te fatigas; que sales de sopetón a la ventana, cuando estás pegado a la vela; que te quitas el sombrero en el aire”. La cocinera no entendía que su amo ya no era Periquito, el que se pellizcaba las narices,

<sup>116</sup> *Simplezas*, 1910, pp. 141-154.

sino un mocetón de veintidós años, recién casado, y con empleo de escribiente de a cincuenta pesos en el gobierno del Distrito. Cuatro meses hacía que don Pedro había dicho a la fámula: —Casimira, en tus manos pongo a mi esposa y mi casa: tú sabrás cuidar de todo lo que es mío. María Antonia, como jovencita que es, no tiene experiencia; pero es dócil y se dejará guiar de tus consejos. Que me la cuides, como me cuidaste a mí, ¿eh?

María Antonia, acostumbrada a que la juzgasen humilde, y sabedora de que la mansedumbre y la irresponsabilidad eran el galardón a que debía aspirar la mujer, se mostraba sumisa en todo. Acataba con respeto las órdenes del marido, como con respeto había obedecido fielmente las de sus padres; pero en su interior la joven esposa se rebelaba contra el papel de borrego que el sexo le imponía. Pensaba humillante que la mujer fuese inferior al hombre e irresponsable de sus acciones. A lo menos, ella veía, en su propio pensamiento, una irradiación sobrenatural, y sentía tener alas en vez de brazos. Alas, sí; pero cortadas y entumidas. ¡Ay! si se las dejaran crecer, ¡qué lejos y qué rápida volaría! María Antonia esperaba pronto verse con un hijo en los brazos, antes de cumplir diez y siete primaveras. Al hijo sí que lo enseñaría a ser responsable y libre, aunque fuera del mismo sexo inferior y apocado que a ella le había tocado en suerte.

El mal humor de Casimira no tenía una causa, sino un rosario de causas. A una mujer de orden y costumbres decentes, como ella decía ser, no le puede gustar que la lleven a ver camorras de léperos, que acababan siempre con sangre. Don Pedro, quien, como todo buen casado, durante la luna de miel condescendía con los deseos de su mujer, aunque éstos fueran contra las propias convicciones, había consentido en ir el

Sábado de Gloria a Santa Anita, haciendo que la criada vieja los acompañara; como para que los años y la experiencia de la cocinera prestasen sombra al joven matrimonio. ¿Y qué había pasado? Lo de siempre: indecencias, exceso de embriaguez y cuchilladas. Esto, tras el sermón de pésame de la víspera, tan elocuente y conmovedor; esto, dos días después del horrendo asesinato de don Juan de Dios Cañedo, en el Hotel de la Gran Sociedad, mientras que un huracán inusitado arroja las chispas del incendio, de carrocería a carrocería, por las calles de Nuevo México: esto era bastante a sacar de quicio el sistema nervioso mejor equilibrado.

Casimira continuó amordazada hasta la hora de salir al mandado. Se podía barrer la casa y fregar los trastes con el pico cerrado; pero no salir a la calle sin avisar a la señora para que atrancara bien el zaguán, tanto más cuanto que tenía que quedarse sola por un par de horas.

La cocinera, haciéndose violencia, al bajar la escalera ese día, dijo: —Ahora, niña, enciérrese usted bien con llave y tranca, no sea que se vaya a meter alguno y le tuerza a usted el pescuezo. Luego no podrán echarme a mí la culpa.

Era la vivienda de don Pedro Ordóñez una de esas de la plazuela de las Vizcaínas, llamadas accesorias “de taza y plato”. Formaba parte del Colegio de la Paz, al cual daban renta; pero quedaban de éste completamente incomunicadas y aisladas entre sí. El nombre de “taza y plato” les venía por estar compuestas de dos partes; la una encima de la otra: el plato contenía el zaguán y la escalera; la taza, una sala minúscula, una recámara menor todavía y la cocina, donde apenas cabía la cocinera. En la sala de los Ordóñez ocupaba puesto principal una mesa tortuga, adornada con floreros y muñecos de porcelana de Dresde, unos vestidos de corte y otros de aldeanos. Tres



veces al día quitaba Casimira los cacharos de la mesa y la carpeta de China bordada a colores vivos, para extender el mantel y poner el servicio de desayuno, comida y cena. Durante esta cotidiana tarea acostumbraba la buena mujer advertir a su señora de los peligros del mundo, ilustrando con mil consejas y ejemplos los hechos nefandos de que quería librarla. —El niño me la ha entregado a usted —decía—, y yo me creo obligada de prevenirla de todo lo malo para que no se crea usted del mundo y se cuide; porque el Enemigo nos acecha por todas partes, para perdersnos.

En sus filípicas a María Antonia, Casimira repetía verbalmente trozos enteros de los sermones a que con frecuencia asistía en la vecina iglesia de las Vizcaínas.

María Antonia oía a su criada con sumiso respeto, más por sus años que por sus conocimientos y experiencia. Ella no conocía el miedo ni de vista. No podía figurarse cómo pudiera existir quien causara mal a otro, sólo por complacencia. “¿Quién me ha de hacer daño a mí, sin que le provoque y le ofenda?”, pensaba la inocente criatura. Pero, no obstante su parecer optimista, obedecía fielmente a los consejos de la sirvienta.

Estaba a punto de sonar la oración cuando Casimira entró de la compra de la tarde, *toda encandilada*, como ella decía siempre que no distinguía claramente los objetos. Por lo mismo, no echó de ver que, junto a la puerta de la accesoria, había un bulto agazapado, el cual se escurrió dejando el paso libre a la fámula. Llamó ésta al zaguán, dando tres veces con la palma de la mano, como era la señal convenida; y antes de que María Antonia bajara a abrir, don Pedro se personó. Ambos se cambiaron palabras de salutación y hablaron de bagatelas. En éstas, se abrió la puerta, cerrándose instantáneamente tras de amo y criada.

A la cena, que era muy frugal en la casa de Ordóñez, seguía una escena de mimos entre marido y mujer, con la que don Pedro acostumbraba endulzar a su cara esposa la soledad en que solía dejarla noche a noche, mientras él iba a desaburrirse en alguna tertulia de amigos o en el café. —Voy a saludar a mi madre —decía—. La pobrecita me tenía como único compañero, por la noche; pues ya sabes que papá es algo trasnochador. Desde que me casé, se le hace muy triste la soledad. Tú me tienes siempre por tuyo, picarona; mientras que ella, la pobre...

Don Pedro se iba primero a la casa de la *pobre*, a la cual decía invariablemente: —Vengo a darte las buenas noches y un beso; porque *ésa* es muy miedosa y se ha quedado solita. Te manda recados —y se iba a sus entretenimientos sin acordarse más de la picarona *esa* sino hasta que daban las diez.

María Antonia esperaba, noche a noche, a su marido en el balcón, ya echada de codos, ya sentada en una silla de costura. Entretenía el tiempo haciendo recuerdos de ayer, pues su corta edad no le había permitido almacenar recuerdos lejanos. Fantaseaba. Veíase en el amplio corredor de la casa de vecindad, donde había crecido y era todavía morada de sus padres, rodeada de sus hermanitos menores y tal o cual amiga de infancia, jugando a la momita, o cantando canciones románticas al compás de la guitarra, o echando ojeadas al patio, a ver si columbraba a *aquél*. Aquél era ya su esposo: don Pedro Ordóñez.

Persuadida de que su felicidad era completa, y esperando ya al hijo que encarnara el amor conyugal, ya no satisfecho con anhelos platónicos, María Antonia no se daba cuenta de la melancolía que la asaltaba al volver los ojos hacia atrás, a los primeros años de su vida. No sabía a qué atribuir esa sensación

de encarcelamiento que la estrechaba en el nuevo hogar. Era algo así como si la hubiera descoyuntado y quebrantádole los huesos; como si le hubieran hecho en la cabeza un agujero y echádole, por él, la mar de telarañas. Para no llorar, cuando sentía todo esto, la joven esposa cantaba canción tras canción hasta que llegaba don Pedro. Entonces bajaban del brazo, ella y Casimira, a abrir la puerta y hacer al amo de la casa una recepción afable de bienvenida.

Esa noche María Antonia se sentía muy cansada; los huesos le dolían; los pies, que habían dado en hincharse últimamente, parecían querer reventarle.

Entre canción y canción, María Antonia, pensando descansar sus pies, calzándolos con las zapatillas de levantarse, fue a buscarlas a su buró. Al agacharse para cogerlas vio, a la media luz que permitía la delgada vela de sebo, un par de pies, toscos y descalzos, asomando debajo de la cama. De terror, contuvo el grito que le subió a la garganta. Se agachó aún más, vio que los ordinarios pies pendían de un par de piernas cubiertas de calzón blanco, y que éstas correspondían a un hombre que, echado boca abajo, estaba agazapado, en acecho, debajo de la cama. Empuñaba enorme cuchillo. Era un ladrón, preparado al crimen.

María Antonia recordó que esa misma tarde Casimira le había dicho que no dejara de mirar jamás dentro de la tinaja antes de acostarse; pues en ella solían esconderse los ladrones cuando preparaban un buen golpe. A la pobre muchacha se le quería escapar el corazón. Su primer pensamiento fue pedir auxilio, huir a la calle con su criada; pero, madurando su dictamen y sacando del miedo mismo el valor que se necesita para ser héroe, empezó a tararear una canción enderezada a la luna, de las muchas de esta suerte que eran boga de la época.

Se calzó las zapatillas sin precipitación y volvió a su puesto, en la silla costurera, sin dar muestras de haber visto al facineroso.

Más de dos horas duró la espera; las que María Antonia contó con las pulsaciones de su corazón y el latido de sus sienes no caben en un siglo. Sentía la lengua estropajosa y la garganta reseca y dolorida.

Cuando, a la exigua claridad del farol de la esquina, cuya candileja, alimentada con aceite de manteca, empezaba a parpadear, distinguió la esposa la silueta de Ordóñez, las lágrimas se le agolparon a los ojos; pero todavía tuvo el valor de no dejarlas asomar y reprimir la emoción que la ahogaba. Mirando hacia abajo, gritó clara y distintamente: —¡Ah! ¡Ya estás aquí, Perico? Aguarda, que ya bajo a abrirte. Casimira, la llave, que ya está ahí el señor. Vamos pronto, porque el pobre parece estar muy cansado.

Ama y criada bajaron, apoyada la una en el brazo de la otra, como ordinariamente lo hacían. Casimira abrió la puerta. Antes de dar paso a don Pedro, María Antonia arrastró fuera de la casa a la cocinera. En pocas palabras refirió lo que ocurría. Don Pedro cerró la casa dejando al asesino en ella, y mientras las mujeres corrieron a la esquina a pedir auxilio del guarda, el marido se quedó de atalaya, al pie del balcón, para cortar el vuelo al asesino, caso de que intentase la fuga descolgándose por él.

—El valor del miedo es el que tiene mérito —decía María Antonia a Casimira cuando la cocinera le recordaba el episodio del ladrón—. No es valiente el que desafía el peligro por desprecio a la muerte; sino el que, temiéndola, la confronta y la vence. ¡Yo te digo, Casimira, que siento alas en vez de brazos y me creo capaz de empresas muy grandes! ¡Pero tú no me conoces, no me conoces! ¡Ay, si yo me decidiera a hacer lo que soy capaz...!

## El cerdo de engorda<sup>117</sup>

DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN, como de sus mayores, los Borbones, había heredado Cosme, el pastelero, el labio colgante, el apego al trabajo y la actividad. Era incansable. No se conformaba con allegarse el pan de cada día. Le parecía cosa ruin el no contar más que con las veinticuatro horas siguientes de su tranquilidad. Él era de los de alcancía bien repleta; capaz de sacar de un apuro a su dueño, caso de accidente, enfermedad o fiesta de compromiso; porque ¿quién le aseguraba que no lo convidasen, inesperadamente, de padrino de bautismo o casamiento?

Pero si en lo trabajador Cosme se parecía a sus ascendientes, se diferenciaba de ellos en el oficio que había escogido para ganarse la subsistencia. El padre fue zapatero, el abuelo, sastre, y el bisabuelo, talabartero. Todos gustaron de ocupaciones que los tenían sentados, hora tras hora; en tanto que Cosme, no pudiendo estarse quieto cinco minutos, optó por el oficio de pastelero. “A lo menos —pensaba—, esto es más de hombre y permite a uno tener la sangre en movimiento”.

Desde que Dios encendía su sol de fuego, en la ardiente ciudad de Las Palmas, gloria tropical, regada por tres ríos, exuberante y próspera, Cosme, en su accesoria letra M de la plaza principal, daba vueltas y vueltas. Limpiaba y cargaba de leña el horno; cernía harina, paloteaba masa; untaba de grasa moldes de hojalata, que ora representaban forma de corazón, ora de piña, o de flor o de rueda. Sacaba, a la puerta, sus tablas copiosas

<sup>117</sup> *Simplezas*, 1910, pp. 195-206.

de pasteles en blanco, a que se oreara la masa, mientras, en el horno, crujía la leña y de su boca salían llamaradas crepitantes.

Hasta las diez y media de la mañana concluía la tarea, empezada al amanecer. Para esa hora, los pasteles calientes olían a sabroso y antojadizo. Cosme los acomodaba, sobre una servilleta albeando, en una gran bandeja charolada que se ajustaba luego, a él, en la cabeza, cuando ya despojado del vestido pringoso de trabajo se ponía otro limpio, que completaba ancho y blanquísimo delantal. Se preparaba entonces a salir.

Hecho un catrín se creía Cosme cuando pasaba pregonando su mercancía por las estrechas calles de Las Palmas, tan calladas y quietas que la hierba crecía entre las juntas de las baldosas por falta de tránsito. Cosme no usaba sombrero más que los domingos por la tarde, que, en vez de pasteles, vendía helados en un puesto de la plaza principal. Pero a mañana y tarde se plantaba la bandeja de los pasteles sobre la cabeza monda, no sin peinarla cuidadosamente, empomadándose los cabellos y partiéndoselos en dos bandas, con su raya en medio.

Cosme era soltero y vivía solo. Enamorado fiel de una criada de casa principal, donde le compraban diariamente regular cantidad de pasteles, por ser numerosa la familia; hacía Cosme depósitos en oro, en la alcancía de marras, con objeto de poner un obrador grande, antes de ir a pedir la mano a su novia. “Buena pamplina es —pensaba él— casarse antes de tener qué ofrecer a la mujer”.

Para apresurar la fortuna, Cosme compró, en el mercado, un cerdo apenas salido de lechón, con el objeto de engordarlo. En seis meses estaba él seguro de sacar veinticinco veces la cantidad que había pagado por el animalito. Después de éste, engordaría otro, y otros, que lo sacasen pronto a rico, permitiéndole establecerse, con decoro, en Las Palmas. Cosme,

seguro de llegar a tener la mejor pastelería de la ciudad, veía siempre el porvenir color de oro.

¡Lástima grande que la azotehuela perteneciente a la accesoria fuese tan reducida de espacio, no permitiendo que Cosme engordara dos cerdos a la vez! Uno bastaba a destruir la azotehuela, haciendo cuanta fechoría le dictaba su instinto. Arrancaba, a mordidas, el salitre de la humedad, desperfeccionando el friso en la pared; escarbaba, a dos patas, el pavimento; volcaba la tinaja del agua, convirtiendo en fango la tierra del pavimento. En el concepto de Cosme, era aquel cerdo un bicho de mala índole, que no estimaba la abundante y buena pitanza que se le servía.

A menudo, cuando volvía el pastelero a casa, encontraba que el marrano había reventado la sogá que lo ataba del cuello contra una estaca, fuertemente enclavada en medio de la azotehuela. Se ocupaba el animal en arañar la puerta de la habitación. Cosme lo castigaba entonces, azotándolo, con el cabo de la sogá, la cual remataba, en el extremo, con grueso y apretado nudo. Temía el pastelero, y no sin razón, que el animal le causara disgustos con el dueño de la casa, de quien se decía que acostumbraba hacerse pagar, de los vecinos, hasta la desclichada de la pared que ocasionaba una alcayata.

El primer viernes de Cuaresma salió Cosme muy campante y airoso, con su mandil de helados, y con la bandeja de los pasteles posada, con donaire, sobre la cabeza. Iba a hacer una entrega de empanadas de vigilia a la cantina de Las Palmas, donde se emborrachaban los aristócratas más copetudos, personajes de la administración. Es de advertir que, en Las Palmas, los mozos de las familias más distinguidas se dedicaban al toreo de afición, y concertaban, en la cantina, sus corridas, encierros y jaripeos. Cosme llevaba, dentro del magín, los

sueños de la lechera; así, se le notaba el júbilo en los ojos, y hasta su voz parecía regocijada cuando pregonaba, con grito agudo, la mercancía: *¡Aquí va el pastelero! ¡Pastelitos y empanadas de leche! ¡Empanadas de carne y de vigilia! ¡Ah! ¡A los pasteles calientes!* El corazón le decía que había de ser rico. Se pintaba en la fantasía a su persona muy peripuesta, delante del mostrador de la gran pastelería que había de poner, precisamente enfrente de la cantina, donde hacían cuartel general los rotos.

El día fue próspero para el pastelero: acabó su venta más temprano que de costumbre, dejando a muchos de sus parroquianos a medias mieles. No le quedó qué vender, pues el marchante, que ordinariamente le compraba un real de mostachones, ahora quería dos; en vez de cincuenta almohaditas, le pedían ciento, y panqués y volovanes, a manos llenas. Cosme iba repitiendo a los que le asediaban: “Ya no hay”. Y prometía, para el siguiente día, dejar a todos sus marchantes contentos.

Volvió a casa a dejar la bandeja y el dinero de la venta. Lo encerró bajo siete llaves, poniéndolo, primero, en una bolsa; la bolsa en una almohada; ésta, en una caja, con candado de letras, cuyo cierre formaba el nombre del pastelero: Cosme. Por último, la caja desaparecía, detrás de un rimero de mandiles, en el fondo del ropero. A todo guardó chapa inglesa de doble vuelta.

Prendido el llavero del cinturón por medio de una cadena, se lo escondió Cosme, después, en una bolsita pequeña y alta que en el pantalón traía con ese único objeto. Era hombre prevenido. Luego se marchó a sus correrías.

Serían las nueve y media de la noche cuando volvió a recogerse, algo tururú, con las copas de mezcal que sus amigos habían sacado de la alacena, juntamente con bizcochitos de los que fabricaban las monjas enclaustradas. Todo para agasajarle.



Él era sobrio, y no bebía sino de cuando en cuando, y eso, en ocasión de alguna solemnidad. Lo que es monas no se había puesto sino una en la vida: el 5 de mayo, cuando corrieron los zuavos en Puebla, o mejor dicho, cuando llegó la noticia a Las Palmas y repicaron en la parroquia, y sacaron los vecinos unos vítores con cañas verales, echando muchos cohetes. Sobre esa única mona habían pasado ya diez años, los cuales trajeron a Cosme su bigote recio y su barba cerrada.

La alegría de haber hablado con sus amigos de su querida Dulcinea y confiado sus proyectos matrimoniales, para cuando lo de la soñada pastelería grande tomara cuerpo, y la confusión mental, producida por las libaciones del tequila, hicieron que Cosme se olvidara del cerdo ayuno, y amarrado con cuerda nueva y fuerte, en el reducido espacio de la azotehuela. Tampoco oyó, durante el primer sueño, siempre macizo y sabroso, que el animal escarbaba en el suelo con furia, y gruñía, amenizándose con su propia música, el ahondamiento de un hoyo que se había impuesto como tarea nocturna para disipar el hambre.

Al cabo de media noche, Cosme percibió ruido, y se albrezó creyendo que se le hubieran metido ladrones. Paró el oído. Poco tardó en convencerse de lo que ocurría al abrir la puerta interior y distinguir, a la escasa claridad de la vela que llevaba en la mano, el socavón que el cerdo había hecho con las cuatro patas. Se había caído y sumido en él, quedando suspendido del cuello y a punto de ahorcarse con la soga de que estaba sujeto.

El pastelero perdió su buen humor, en vista del estrago. En vez de hacer ahorros, iba a tener que ocupar un peón que rellenara el hoyo, y eso le costaría medio jornal.

Cortó con su cuchillo de labrar las masas el dogal que oprimía el cuello del cerdo, y luego, con la soga doblada,

dio buena tunda al animal, dejándolo, en castigo, que pasara la noche en el hoyo, pues a buen seguro que su gordura no le permitiese salir, de él, sin ayuda. Cosme volvió a su cama, cogiendo bien pronto el sueño.

Con el alba se levantó, como de ordinario, para dar principio a la acostumbrada faena. Temeroso de que el animal se desmejorara, falto de alimento, y por la incómoda postura en que lo había dejado pasar la noche, fue su primera diligencia llevarle una ración de salvado y habas, y sacarlo del hoyo.

El cerdo no había descansado de escarbar. Abierta, a sus pies, una verdadera mina, en ella se había enterrado.

No poco trabajo tuvo el pastelero para poner en libertad al animal, habiendo tenido que lazarlo y valerse de una maroma que improvisó con dos trancas, para sacarlo en peso. Cuando, después de una hora de trabajo y fatiga, el cerdo quedó atado en un ángulo de la azotehuela, contra una estaca más fuerte, Cosme, al medir con la mirada la profundidad de la excavación, vio asombrado, en el fondo, la boca de una olla gruesa, enterrada y tapada con una cazuela. Bajó al hoyo de un salto, destapó la olla y encontró en ella sesenta mil pesos en onzas españolas y algunas alhajas antiguas. Ese día la accesoria permaneció a piedra y lodo, y los parroquianos, chasqueados, se la pasaron sin pasteles.

Mucho antes de que la gran pastelería de don Cosme se estrenara, con música, en la plaza principal, éste, todavía en la accesoria, convidó a sus amigos para corresponder al obsequio que le habían hecho en días pasados. La fiesta fue a lo grande: matanza de cerdo, salazón de carne y embutido de morcillas, longanizas y chorizos aromáticos y especiados.

Tal fue el paradero final del *autor* de una fortuna a quien Las Palmas deben esa pastelería con mesas de mármol, a las

cuales se sientan, por la tarde, las muchachas a tomar helados y dejarse hacer el oso, mientras en el kiosko de la plaza toca danzas habaneras la banda del regimiento de guarnición.

## El pantalón claro<sup>118</sup>

CUANDO ARROJÓ LA COLILLA del último cigarro de gorra, tomó Luciano la determinación de abandonar sus estudios para ponerse a trabajar, porque en verdad no era perezoso.

—Destriparé —decía— y me colocaré en cualquier oficina donde poder ganar siquiera para una cajetilla de cigarros, eso de fumar siempre de mogollón es muy cargante.

Luciano había aprendido a fumar con el ejemplo de sus padres, quienes eran fumadores empedernidos; pero, no queriendo fomentar vicios, como solían ellos decir, ni le daban al hijo un cigarro, ni dinero con que comprarlo. La munificencia paternal hacia el estudiante se extendía al alojamiento, plata y una muda semanal, amén del par de botines y el traje de casimir, cuando ya los en uso no podían más. En cuanto a gastos de bolsillo, el de Luciano jamás se había puesto en contacto con un centavo.

Se hizo empleado del gobierno del Distrito valiéndose de su busca incesante, de su verba audaz y agudez de ingenio bien manifestada. Pero, a los pocos días de escritorio, Luciano midió la disposición que tendría que recorrer en vida vegetativa para llegar a donde sus sueños le tiraban, y dejando la curul, como punto de mira, en su propio sitio. Luciano se desvió de la curva que le conduciría a él sabe Dios cuándo, siguiendo otro más corto y preciso: el periodismo de aldea. Con un saco de mano, por todo su mezquino guardarropa, Luciano abandonó la capital, su residencia de estudiante, apareciendo en su pueblo nativo dos

<sup>118</sup> *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4463, 6 de diciembre de 1908, p. 14.

semanas más tarde como uno de los redactores de *El Lucifer*. Esto ya era otra cosa. Entre párrafo y editorial se fumaba, se bebía ajeno y se hablaba mal de todo bicho viviente.

Aunque por su población y extensión llevaba el nombre de ciudad, en lo que Luciano había trasladado su domicilio no era, realmente, sino pueblo grande, atrasado, sin movimiento en el comercio, ni energía vital. Industria no la había, y la agricultura era tan rudimentaria que a no ser porque la tierra fértil de la comarca daba de sí, naturalmente, con prodigalidad, habría sido aquella la tierra del hambre.

Luciano encontró el vivir trabajoso en el nuevo medio en que se había colocado, más trabajoso cuanto que su espíritu se había abierto de par en par a la ambición, y el camino del medro se le prolongaba considerablemente.

En vez de capitular con la suerte y de hacerse más tenaz en la lucha noble contra la adversidad, Luciano se tornó en irónico y acre, apático en el trabajo, suelto en lengua hasta la procacidad, sobre todo contra hombres solos; en presencia de la mujer, se miraba bastante, haciendo el hipócrita tan lúcida-mente como un verdadero actor.

Lo que desesperaba al exestudiante era no poder presentarse en sociedad hecho un figurín, pues la mezquina indumentaria le impedía cortejar a las muchachas ricas de la localidad, que, aunque zafias y rancheras, se tenían por aristócratas, descendiendo como era verdad de la extinguida nobleza española, cuyos bienes poseían y gozaban, dejando los títulos apolillarse en las gavetas. Cuando Luciano escribía en la redacción ameneradas crónicas sociales, en que enumeraba los nombres femeninos de la ciudad, realzados por adjetivos adulantes, sus colegas le cogían del pelo, de lo cual se desquitaba él soltando la viperina lengua, como el azote de Dios.

Hería a mansalva. Abusaba de amigos y parientes, sacrificándoles sin vacilación a un chiste vulgar. Sin que el rubor le encendiera las mejillas ni la vergüenza de un origen bastardo le royese el corazón. Había dicho una vez entre amigos que él no tenía parecido alguno con su progenitor, sino que era el vivo retrato del confesor de su madre. Por milagro, las lenguas viperinas, que no se cansaron de repetir guasonamente el chiste, jamás llegaron al oído de la respetable y honrada mujer a quien tocó en suerte dar a luz aquel engendro del mal.

Sucedió que, en llegando las fiestas de Navidad, muy regocijadas y vistosas en aquella ciudad levítica, se dio un baile en la rica mansión urbana de uno de los más pudientes hacendados. La casa, por su extensión, era un verdadero palacio; por su decorado y mueblaje, lo mejor que se conocía en esa época, en cincuenta leguas a la redonda. Se sabía que *El Lucifer* sacaba los domingos las crónicas de los bailes que metían ruido y, por lo mismo, queriendo el anfitrión que el ambigú por él preparado para sus amigos sonara por todo el litoral, hizo convidar a los principales de la redacción.

Luciano sacó con este motivo sus trapos domingueros, consistentes en pantalón de almendra, levita cruzada y corbata de seda negra. Como fuese, el chaleco no se podía ver, por llevar la levita bien cerrada. Había dejado en manos de un sirviente el fieltro apabullado para que se lo tuviesen en el guardarropa, digo el fieltro mondo y lirondo, pues ningún gabán lo acompañaba, por no haberlo gastado todavía el flamante periodista, no obstante lo avanzado de la estación fría.

El hacendado era viudo. Su única hija, Carlota, muy joven, inexperta, y con la casquivería de su edad, y su ningún cultivo intelectual, fue comisionada por su padre para hacer los honores de la casa. Creíase ella muy competente, por

acostumbrar aconsejarse en toda ocasión de las señoras más reconocidas en el lugar como damas de sociedad.

Carlota juzgaba a su padre como desconocedor de la etiqueta, y lo tildaba de campechanote, mientras ella se esmeraba en ser puntillosa contra la incorrección social. En tanto que el viejo acogía en sus salones, palmeándoles sobre los hombros, al huésped pobre lo mismo que al pesado, su única heredera retrataba en sus pupilas a todo recién llegado antes de darle la bienvenida. Con su sagacidad de mujer, pronto notó que Luciano vestía mal, chocándole sobremanera que su traje todo no fuese negro. Fingió no haberlo visto para no mostrar el desagrado que le originaba aquel desacato a la costumbre social.

Pasadas varias piezas que Carlota había bailado con este y con el otro, Luciano, con un malévolo plan de matrimonio, que le transformara en rico, bulléndole en el cerebro, se acercó galanamente a la joven, y al ofrecerle el brazo le dijo:

—Señorita, ¿me hace usted el honor de bailar conmigo la danza que sigue?

Carlota miró al periodista de arriba abajo y, sin malicia ni agresión, le contestó como la cosa más natural del mundo:

—Tiene usted pantalón claro.

Esta negativa rotunda en que no formó parte el monosílabo no, cayó en el corazón del exestudiante como una carga de dinamita. Su amor propio estaba hecho pedazos. Bailó con varias jóvenes, menos exigentes, todas las piezas que se tocaron, sin dejar una; y al retirarse, casi al amanecer, se despidió con humildad, sonriente y agradecido. Bajo el frío, la venganza surgía como la lava en el volcán.

Al siguiente día apareció en *El Lucifer* una crónica del baile, excesivamente adulante, en la cual la fama de Carlota como

bella, elegante y distinguida se estableció definitivamente en el lugar.

Corrieron quince años, Luciano firmemente siguió la senda que se había trazado en la carrera política, llegando a la meta deseada: la curul. Tenía afición por la oratoria y ciertas tendencias disolventes; así es que sus aspiraciones se vieron colmadas cuando, en discursos estrepitosos y sobrecargados de retórica, pedía la extinción de esto y de lo otro y de lo de más allá. Sus proyectos de aniquilamiento de los principios morales más rudimentarios varias veces eran aplaudidos por las galerías, varios secundados por los demás diputados y salidos de la Cámara con bien. Algunas de sus proposiciones, con todo, fueron de tal modo crudas que poco faltó para que el presidente del Congreso le ordenase callar y largarse, si hubiera sido posible.

Luciano, despellejando con su sátira a todo el mundo, lo mismo en los corrillos de la Cámara, en el pórtico de los teatros, en la tabaquería de Plateros y en torno a la mesa de redacción, había ganado muchos amigos. Él los divertía a costa del honor del prójimo, y tenía el poder de imponérselos, con la fuerza persuasiva de un catedrático que explica la lección del día por medio de sofismas. Entre los amigos, algunos, los más jóvenes, llegaron a titularlo maestro, y eran de su disipación verdaderos y aplicados discípulos.

Sucedió que el estreno de una fábrica de hilados llevó a Luciano a su tierra natal. Tres días duraron los festejos, durante los cuales el diputado supo, muchas veces sin inquirir, el paradero de varios conocidos. Supo que Carlota, después de una carrera de venalidad y coquetismo, que le había dejado soltera, se dedicaba al presente a vestir santos, con todas las reglas del arte. Se había hecho beata.



Ya no era hermosa. La transparencia límpida de su cutis había desaparecido bajo la capa caliza y mercurial de los ungüentos amarillentos, y se le alargaba a medida que se le comían las encías. Los ojos, opacos ordinariamente, se animaban de tiempo en tiempo, y le brillaban febrilmente cuando le apuntaba algún síntoma de histeria. Su cuerpo de jamona no tendía a la obesidad, sino que se secaba con los ayunos repetidos, el arrodillamiento largo y la rebelión de los nervios.

Canas prematuras aparecían en los antes sedosos cabellos de la beata, ahora descuidados y sujetos, en la coronilla, con nudo desgarbado. El vestido de negro, especie de sotana de marino, que la asaba en el verano y no la calentaba en invierno, por ser bastante rala la tela, era todo lo que sus recursos limitados le permitían vestir, desde que su padre había derrochado su vasto caudal en fandangos y bureos. El pobre viejo, por dar gusto a su hija y asegurarle un novio de campanillas, había dado al traste con todo.

Para Carlota, en los días de su grandeza, no había habido bastantes príncipes ni reyes que la merecieran para esposa. A cualquier proposición, recibían los galanes en respuesta alguna invectiva, con tal desprecio pronunciada que más los lastimaba la entonación y el modo de decir, que el desaire que las palabras expresaban. Porque el hacendado jamás sospechó que a los hijos deben los padres educación, principios, algo más que trapos, lecciones de piano y fiestas. Así, cuando padre e hija se vieron empobrecidos y obligados a vivir de la mínima renta de una casita, se pusieron a amar a Dios, consagrándosele por el resto de la vida, y a odiar al prójimo con toda el alma. El prójimo se llamaban los usureros, los acreedores, los gorriones que hacen la vista gorda al caído que los mantuvo con hartura; los novios que se baten en retirada, los amigos de ocasión, y,

por último, la cáfila de indiferentes que pasan junto del pobre sin fijarse ni en su insignificancia ni en las cualidades que a nadie suelen faltar.

La vida de modestia y santidad con que padre e hija iban ganando el cielo corrió en dulce quietud tres años, hasta el día en que Luciano asistió a la bendición de la fábrica de hilados y se enteró del paradero de Carlota. Cuando un antiguo redactor de *El Lucifer*, metido ahora en una empresa de alumbrado y potencia eléctricos, y podrido en pesos, enteró al diputado del desastre del hacendado, aquél sonrió. Oyó el cuento hasta el fin, sin hacer preguntas ni comentarios, mas como era cada día más erudito, se acomodó bien en el corazón esta frase: “La venganza es el placer de los dioses”. ¡Vaya si él saboreaba ese placer!

El amigo de Luciano y excolega en *El Lucifer* era uno de los que más le admiraban, y con devoción de neófito le seguía en la senda literaria. Se llamaba Cándido Rubio. Sus tres haciendas bien administradas por él mismo, con la ayuda de sumisos y leales parientes, y la importante plaza social de gerente de la compañía de luz eléctrica, no le compensaban de los desastres literarios, que escritos en prosa y verso, ya fuesen calzados con su firma, ya con diversos seudónimos, iban derechito al cesto de papeles rotos, en todas las redacciones, sin mayor explicación.

Una vez sola le habían dirigido una carta aludiendo a cierto artículo, y eso en la sección del periódico llamada “Correspondencia con los lectores”, que suele correr a cargo de un chistoso de oficio, digamos el payaso de la redacción, el cual empuña el látigo y flagela a principiantes y aficionados en letras, sin ver dónde cae el ramalazo, ni qué hondo desgarrar el honor de las víctimas. En su carta había llamado el *clown*

a Cándido grandísimo bruto, aconsejándole, finalmente, que hiciera zapatos.

Luciano había consolado a su amigo con cariñosas frases, después de haber aplaudido el vapuleo en la redacción. Cándido, que por serlo de veras no sospechaba la perfidia del diputado, le estaba agradecido y le envidiaba, aunque sin malicia, su estro, sus facultades creadoras, no la reputación ni el nombre, a cuya grandeza y fama él sinceramente contribuía con sus elogios hiperbólicos. Por otra parte, no siguió el consejo del crítico: en vez de zapatos, se dedicó a hacer su fortuna limpia y bien cimentada en el desarrollo del país. Para sus adentros, el diputado codiciaba el caudal espléndido; aprovechando las ocasiones que se le ofrecían de gozar parte de él, comilonas, festejos y otras gollerías. Después de que el industrial iba a México, lo que sucedía frecuentemente, se desquitaba de la promoción de una fortuna igual. Para conservar la amistad de Cándido, que tales gangas aparejaba, Luciano hacía cuanto era posible por que la admiración literaria que su amigo le dispensaba aumentara continuamente.

En estas condiciones, el diputado periodista, al saber que Carlota permanecía y había salido del estado de merecer, al ocurrir la ruina de su padre, lejos de sentir compasión por ella, pensó en la ruin venganza. Era el momento de ajustar cuentas con la beata excoqueta que le había lanzado el insulto aquél: —Tiene usted pantalón claro.

Acabando Luciano de estrechar diez, veinte, cincuenta manos de los convidados, que le habían aplaudido su elegante brindis, eran las pesadas horas de la ingestión de una comida de banquete. Cándido, por quedarse a solas con su amigo, a compartir con él la ovación de que había sido objeto, hubiera dado cualquier cosa. Comprendiéndolo el periodista, se dijo para sí:

he aquí el momento. Tomó en brazo a Cándido y lo condujo afectuosamente al jardín.

Nada esclarece mejor la mente ni ablanda el sentimiento como una buena digestión de sobremesa: se piensa y se ama hondo. La comida bien sazonada y deglutida con buenos tragos de vino añejo, de las mejores marcas europeas, avivando el cariño del industrial hacia el diputado y la severidad de éste, preparó un cúmulo de circunstancias que torcerían la corriente de la vida del hacendado empobrecido y de su hija. ¡Qué lejos estaba la resignada Carlota, la modesta organizadora de la Guardia del Corazón de María, del horizonte en que los nubarrones que la alcanzarían con la inclemente severidad de todas las borrascas se levantaban ahora en rizados copos de humo que partían de la extremidad de dos cigarros!

Entre bocanada y bocanada, Luciano preguntó a Cándido con socarronería, mientras le daba golpecitos de mano en un hombro:

—¿Serías capaz de sacarme de un apuro, pero de un apuro grande, en que me hiciera falta tu abnegación, tu afecto, tu confianza en mí?

—Luciano —dijo el otro, mostrándose dolido—, ¿puedes dudar de mi amistad? Pide. Mi casa, mi capital, mi persona, todo lo pongo a tus órdenes.

—Dime, antes de todo: ¿tienes fe en mí?

—Ciega. Un hombre que por su propio esfuerzo llega a la posición que tú ostentas merece que no se dude de su capacidad mental.

—Bien. Ahora, otra pregunta. Pero respóndeme con la mano en el corazón, ¿amas a alguna mujer?

—Con franqueza te diré que jamás he querido a ninguna lo bastante para desposarme en matrimonio. He tenido mis

aventuras, por supuesto, porque un san Francisco no lo soy; pero me ha gustado ser discreto, y como jamás he difamado a una mujer ni la he puesto a discusión, aunque no me la echo de galán, conozco que el bello sexo me dispensa respeto. Si fuera casquivano, me atrevería a decir que las muchachas me quieren bien. Pero creo que soy incasable, y tienen razón. Oye, ¿a qué viene todo esto?

—Necesito que enamores a Carlota.

—¿Yo? ¿Estás loco? ¿Meterme en líos con una coqueta que ni por su dinero, cuando su padre estaba reventando en cargas de oro, hubo quien cargara con ella? ¡Lindo papel haría yo de don Juan de una beata!

—No eres mi amigo. Paciencia. Se fue quien lo dijo. Dime: ¿y qué tal costearía aquí una cría de ganado? Hay buenas pasturas, a lo que veo, y agua en abundancia. ¿Crees que costearía?

—Pero ¿por qué diablos se te ocurre que yo enamore a Carlota? Vamos. Me da que pensar.

—Hombre, olvida eso, por favor. Yo me vanagloriaba de tu cariño: llegué a imaginar que tú serías el único amigo que me ayudaría a realizar una empresa en que he meditado quince años. ¡Ah!, quince años de pensar y esperar en vano. Pero dejemos eso y echémoslo al olvido: donde se echan las derrotas, las quiebras, las carreras malogradas, las empresas fallidas. Hablemos seriamente de la nueva que al presente me ocupa: una cría de ganado. Deseo cimentarme fuera de la capital y casarme. Pronto me saldrán al copete las canas que ya tengo por debajo. Mira.

El diputado quitose el sombrero, y pasándose los dedos entre el cabello, para revolverlo, dejó que Cándido viese un centenar de hebras blancas.

—No me vengas ahora con ganados. Fuiste verdadero amigo y eso lo sabes bien. Si es menester para tus planes que enamore yo a Carlota, desde mañana me tendrás velando a Nuestro Amo para ganarle el corazón, pues ya no está ella para flores ni paseadas por la calle. Pero, dime: ¿qué hago después con esa beata? Supongo que no me pedirás que la haga mi esposa. Habla, ¿qué planes tienes?

—Si eres mi amigo de veras, el primer sacrificio que te exijo, es decir, que exijo a tu amistad, es la discreción. No me preguntes nada, ni trates de inquirir nada, hasta el final de la obra. Te garantizo que Carlota misma se desligará de ti oportunamente, sin que te veas obligado a escuchar en su compañía la epístola de san Pablo. Pero, mira, si te causa repugnancia obrar a ciegas, si desconfías de mí, dejémoslo. Prefiero conservar el don de la amistad.

—No, nunca daré motivo para que dudes de la mía. Haré lo que me pide tu deseo; primero la corte en toda regla y luego me conformaré con las calabazas que ella me dé. Te prevengo, y no porque me lo agradezcas, que si he de recibir calabazas, aunque sean de solterona, me va a saber a rejalgar.

—En cuanto a eso no temas. Las calabazas se las darás tú; así es que tu amor propio quedará incólume. No me preguntes por qué. Fíate de mi talento y de mi palabra de caballero. No saldrás desairado en la empresa.

El trato quedó cerrado después de brava discusión.

Dos meses empleó Cándido en persuadir a Carlota de que su belleza no estaba marchita aún. En efecto: como la planta en plena floración, olvidada un día cálido del rocío del cielo, revive con la lluvia saludable, así la hija del hacendado sintió rejuvenecerse en espíritu, arder la sangre, palpitar gozoso el corazón, cuando las transparentes alas de Cupido pasaron rozándole la

frente. Se le figuraba que la habían volteado al revés, dejándole dentro la tez reseca con la fina marca de una incipiente pata de gallo y el color paliducho de la anemia, mientras que la nueva vida con su cortejo de ilusiones le sacaba a la cara el tinte del rubor, a los ojos el brillo, a las facciones la expresión amable de las criaturas que se deleitan en el amor.

En la alacena fueron arrumbados los trapos negros, el cordel mortificante que se ceñía la joven de treinta años, y hasta un cilicio a que la había condenado el confesor por pecados abominables. En la ventana aparecieron, de la noche a la mañana, macetas de claveles disciplinadas y geranios de olor que se bañaban de sol durante el día y daban por la noche su aroma a una Julieta envuelta en batista que esperaba al Romeo de capa española y hongo calado, quien antes de acercarse a la reja de su amada hacía que el sereno, mediante una propina, apagase las luces del farol cercano. ¡Ah, si hubiera sido posible apagar también el fanal de la luna, cuántas lenguas largas se habrían enmohecido en aquellos días en que se guiaba la falta de acontecimientos escandalosos! No, pues lo que es sin robos, duelos, raptos y adulterios de que den cuenta los directores de tertulias, en casa de sus íntimos, no se puede permanecer en una ciudad rabona que carece de espectáculos públicos.

Todos los amoríos siguen el curso regular: cortejo, trato más o menos íntimo, alternado de tempestades y bonanza, y calabazas o casaca. Los de Carlota y Cándido marchaban rumbo al altar, término feliz y anhelado por la novia; temido del pretendiente, quien ya se veía en capilla con el nudo corredizo en el cuello. Los preparativos para la boda eran ya indispensables y Cándido no veía cómo salir del compromiso, pues por ningún lado se presentaba el diputado a cumplir con su palabra de honor. ¡Palabra de honor! Qué hermosa sería esta frase cuando

por primera vez salió de los labios de alguno que tenía honor y sabía estimarlo; ahora sólo es expresión hecha de cajón de la cual usan indistintamente el tahúr, el fullero, el falsificador y el Juan Lanas.

A sostener la fuerza del honor susodicho, llegó el periodista el día menos pensado. Cándido se quedó de una pieza. Declaró a Luciano, cuando se lo permitió el torbellino de la confusión, haber llegado a dudar de él.

Los dos amigos sostuvieron larga y secreta entrevista, de la cual nada se pudo traslucir. Lo que el pueblo grande (que no era otra cosa la llamada ciudad) repitió, de extremo a extremo, fue que Cándido había sido llamado por el telégrafo a la casa de un tío moribundo, a quien debía heredar, para oír sus últimos consejos. Naturalmente, la boda tendría que aplazarse por tres o cuatro meses. Se supo de la partida del industrial, quien comisionó a su amigo para que durante la corta ausencia asistiera a Carlota y a su padre con lo que fuese necesario.

La obra perversa de Luciano, comenzada con manos postizas, continuó con la propia, resultando una obra maestra de ruindad. Valiéndose de la casquivanería inocente de la beata, en cuyo cerebro ninguna alma piadosa había encendido luz, y en cuyo corazón el impulso moral fue sofocado por la vanidad en los primeros días de la infancia; valiéndose de la elocuencia de oropel, a cuya eficacia debía los altos puestos de que gozaba, Luciano sedujo el alma de Carlota. Cruel, muy cruel, rastrero, muy rastrero, inmundo, muy inmundo, fue el procedimiento con que atrajo hacia el suyo, bajo y vil, el extraviado corazón de la pobre mujer. Fuera de sí, con los nervios en rebeldía, pocas insinuaciones, escasos ruegos fueron menester para que la víctima se arrojara en brazos miserables.



Cuando avergonzada y sollozando se dio cuenta la infeliz de su caída, en la calle de en medio, sólo acertó a decir al seductor:

—Nos casaremos pronto, como me has prometido, ¿verdad?

—Señorita, usted no puede casarse conmigo, porque, entérese usted, yo solamente uso pantalón claro.

Al decir esto alargó una pierna mostrando los pantalones color flor de romero que intencionalmente se había puesto; hizo luego ademán de sacudirse, como quien desea apartar de sí una alimaña, y se alejó de la casa de Carlota con aire de gallo victorioso que acaba de picotear la cresta a una gallina rebelde.

Antes de partir, Luciano, en el cuarto del hotel, escribió a Cándido los pormenores de su venganza, lo cual le ocupó hasta cerca del amanecer. Rasgueaba con el entusiasmo de un poeta novel, que se imagina a la Fama esperándolo corona en mano. Pero si en vez de escrita la relación de sus hazañas, la hubiera hecho de viva voz a Cándido, éste habría marchado al patíbulo y aquél al cementerio, cosido a puñaladas. Tal fue el sentir del candoroso industrial cuando leyó la villana confesión de su amigo. Él, a quien todos aplaudían declarándolo talentoso, heraldo de la civilización moderna, hombre del día; él, a quien Cándido mismo había admirado y amado, no era más que un rufián, repetidor de palabras ajenas, destituido de sentimiento.

Ni Cándido trató de tener explicaciones con su fingida novia, para recoger su palabra de casamiento, ni la miserable criatura buscó a pedírselas, como que las razones del rompimiento de ambos las coreaban en el teatro los calaveras y en las puertas de la parroquia y en las avenidas de la alameda. ¡Quién no sabía en la ciudad las aventuras de la beata!

Alguna vez Cándido tropezó con la infeliz, que iba camino de la iglesia. De nuevo vestía ropas negras, de nuevo se cubría la cabeza con el manto a mañana y tarde, y se colgaba al cuello la cinta azul de las Hijas de María. Su rostro, ajado por la pintura y los afeites durante veinticinco años, ya no era tentación: surcábanlo en todas direcciones pequeñas arrugas, que servían de fondo a la pata de gallo. Los ojos le brillaban más febricitantes que en la otra ocasión que se había apartado del mundo. Reparando en su exprometido, bajó la mirada al suelo; tratabilló como si sintiera guijarros debajo de los pies, y el mismo golpe de sangre que le aceleraba las pulsaciones del corazón le bañó, con su ola rojiza, la cara macilenta.

El industrial, que desde aquella aventura había dado de mano sus aficiones literarias y su afición a los emborronadores de cuartillas, cuando se sentaba por la noche en su butaca de reposo a olvidarse de cifras numéricas y combinaciones de especulación sentía frecuentemente pesada la soledad del egoísta, que confunde el sensualismo con el amor, y lo compra hecho y a la medida en cualquier callejuela. A menudo, el insomnio lo atormentaba; se revolvía en el lecho como desesperado, y cuando por el balcón abierto a medias el viento nocturno le traía los lloriqueos de los chicos de un matrimonio de la casa de enfrente, que los tenía a montones, le saltaba el corazón y se le humedecían los ojos, acordándose de Carlota.

Ella y él eran dos seres inútiles y estériles. ¿Quién tenía la culpa? El azar, las circunstancias, el *modus vivendi* de la época y del país, la idiosincrasia de un tipo de raza peculiar. “No pudo ser, no pudo ser”, murmuraba irritado y haciendo esfuerzos por bostezar, fingiéndose soñoliento.

Mientras tanto, Luciano continuaba en la capital, recogiendo triunfos en la tribuna. Se hizo flaco y un poco seco,

siendo más visible su apariencia de palo ensebado por la ticsura afectada que tenía al andar, para darse paquete. Saludaba con protección a los que le sobrepasaban su hacienda o prerrogativa social, y de los inferiores en estas ventajas, sólo los que de algo le servían o le adulaban le merecían una sonrisa forzada o un lejano saludo de mano. Pero bien sentado, y a perpetuidad, en su escaño del Congreso, Luciano se reía de todo y de todos, empujándole el ahínco de llamar la atención hasta presentar a la Cámara proyectos de ley nunca soñados por los padres conscriptos. El que lo ocupó a raíz de su cumplida y sabrosa venganza, que así llamaba él a su proceder con la hija del hacendado, consistía en la abolición del matrimonio, sustituyéndolo con el amor.

## El baile de cuelga<sup>119</sup>

DESDE LA MUERTE DE DON HERMENEGILDO MUJICA, doña Macaria, su viuda, se puso a administrar los bienes que le dejó el finado, sin atenerse a parientes o amigos, sin solicitar consejos de abogado, porque, como ella decía muy bien, no necesitaba vejigas para nadar.

En manos de la Mujica, la tienda siguió su marcha regular por algún tiempo, entrando luego en una época de bonanza. Doña Macaria importó artículos nuevos, apenas conocidos en la lejana capital, y los introdujo en el comercio del pueblito. El resultado pecuniario fue tan lisonjero que la viuda tomó la resolución de educar para damas a sus cuatro hijas, empezando a dar por consiguiente los pasos necesarios. Los primeros fueron encaminados a dar aspecto decente a la habitación, aumentando sus muebles, reparando otros y cambiando la indumentaria de los santos que, encerrados en capelos, habían distribuido en todos los cuartos de la casa, por otra con usos de elegante. Completando el ajuar de la casa, llegó de México un piano vertical, alto como un ropero, con sus cortinillas de seda de color solferino y copete de lira con algunos remates dorados. En aquellos tiempos un piano se llamaba clavicordio y al maestro que enseñaba a las jóvenes casaderas a tocar el instrumento se le contaba como verdadero tenorio en las pequeñas localidades.

Doña Macaria, una vez que hubo dado, si no término, tregua a las mejoras de la tienda y casa, apartó a sus hijas del

<sup>119</sup> *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4463, 7 de diciembre de 1908, p. 4.

mostrador, prohibiéndoles severamente que se apersonaran por la trastienda. En adelante, entradas y salidas no habría más que por el zaguán. Para que la ayudasen en el despacho, tomó a su servicio dos mocetonas del pueblo vecino, alegando que las muchachas fuereñas no tienen pretensiones y saben conformarse con salarios más cortos que los dependientes de profesión. Sobre todo —decía—, los hombres son siempre un peligro cuando se es viuda con cuatro hijas casaderas.

La educación de las niñas requería gastos de consideración, pero eran indispensables, y la Mujica, comprendiéndolo así, se determinó a hacerlos sin que le doliera la bolsa. Vino de México una maestra de labores, bordadora en fino muy recomendada, que deshilaba, calaba y tejía randas de aguja con singular primor. Con las albas y sobrepellices que de sus manos habían salido —contaba a sus amigas doña Macaria— se podría engalanar un arzobispo. Para que las niñas se hicieran mujeres en toda forma, la madre propuso a la cocinera francesa de la vecina fábrica de aguardiente; para cantar y tocar el clavicordio, se les puso un profesor local que había aprendido en Europa, y finalmente Silvio Pozal, un exbarítono de la época que dirigía en la capital un tal Zanini, fue designado para dar las lecciones de baile. Con los ribetes de arte coreográfico se completaba en aquel entonces la educación femenil, quedando cualquier chica apta para el matrimonio y la institución de la familia.

En cada asignatura progresaban las niñas rápidamente, pues en poco tiempo pudieron encargarse de la cocina en días de santo, bordaban y cosían diferentes prendas que regalaron, o al padrino o al confesor, y cantaban con dulce voz avemarías, los viernes, en el rosario de la parroquia, y nocturnos y romanzas, a diario, en las tertulias caseras. De las cuatro criaturas el pueblo estaba orgulloso, tomándolas como un prodigio.

Aurora, la mayor de las Mujica, al cabo de los tres años que había comprendido el curso de su educación, rayana ella en los veinte años de edad, manifestó notable habilidad en el baile, habiéndose dado con tesón al arte coreográfico, que le costaba trabajo tenerse queda cinco minutos. Para sus adentros, Aurora se decía que ni en la cocina, ni en el bordado, ni en la música, descollaba sobre sus hermanas, quienes de veras se aplicaban a estos tres ramos de la educación femenil en boga. La mayor de las Mujica, cuando preparaba algún manjar sin ayuda de vecinas, no obstante de operar receta en mano, lo quemaba inevitablemente o lo dejaba crudo. Sus verdaderos conocimientos musicales se limitaban a cantar en coro, perdiéndose su voz en la de las demás concertistas, y en cuanto a ligereza de manos, basta decir que el clavicordio jamás se sintió aporreado sin compasión como cuando la niña mayor de la casa le dejaba caer sus toscos dedos en el teclado. En labores era menos su torpeza, pero aunque las puntadas no le salieran mal, tenía el defecto de la inconstancia con el trabajo. La obra en que ponía las manos tenía que ser terminada invariablemente por las hermanas o la maestra, pues que Aurora jamás le daba fin. El remate de una labor cualquiera nunca llegó a salir de sus manos, porque le daban flojera las últimas puntadas.

Bailar: he aquí para lo que la primogénita de los Mujica había venido al mundo. Como pasara por la calle algún músico de acordeón o arpa (entonces ni se platicaban los organistas italianos de cilindro o pianola), aunque estuviera la joven en el estrado, con el señor cura de visita, o el prefecto del pueblo, los pies le empezaban a brincar; una buena noticia le producía en las piernas el tirón de la cuerda del titiritero sobre el negrito o don Simón.

Cuando trataba de andar señorilmente, cual convenía a su edad, sexo y posición social, sacudía las caderas sin darse cuenta, y no le paraban las manos, las cuales, durante la conversación más corta y lacónica, le entraban a la cara a quienquiera que platicase con ella.

Un día sucedió que Aurora, a pesar de ser tan estrepitosa, inquieta y superficial, tuvo un novio serio que la quisiese para esposa. Fue el gachupín de la tienda de La Purísima; un don Homobono Peláez, rico, trabajador y de miras muy altas, dentro del círculo de honradez en que había encerrado su ambición. Don Homobono pidió a doña Macaria la mano de Aurora, con lo cual puso en fuga a todos los enamorados ociosos de la Mujica, especialmente al maestro de baile, con quien ella se daba más vuelo y coqueteaba más.

De pronto, con la novedad del noviazgo, Aurora no sintió pesadumbre del cambio de medio ambiente, pero al cabo de algunos meses ya se le hacía cruz la sequedad de don Homobono y le daba la carga al diablo. Con alguna conformidad había dado de mano las visitas; las salidas a la ventana, con harta frecuencia; pero renunciar a los bailes era más amargo que una copa de hiel. ¡Si la perspectiva del matrimonio que la tornaría en la mujer más rica del pueblo no fuese tan halagadora!

Llegó el cumpleaños de la joven, y don Homobono, sin rodeos ni insinuaciones directas, preguntole qué deseaba que él le diera de cuelga. Aurora respondió sin vacilaciones que apetecía bailar sobre todas las cosas, y el baile quedó resuelto. Todo, absolutamente todo, corría a cargo del gachupín, y todo, naturalmente a su cuenta. La niña no tendría que hacer otra cosa que arreglar su traje y adiestrar sus pies. Con esto no hay para qué decir que mientras la costurera iba armando pieza a pieza un vestido azul, espejo y copia fiel de un figurín del *Correo*

de *Ultramar*, Aurora pasaba de la mazurca al vals, de éste a las figuras de las cuadrillas.

El día del santo, la sala brillaba con el fulgor del cobre recién atizado de los múltiples candeleros; los almendrones de la araña central, limpios y relucientes, descomponían en rayos irisados los últimos toques del sol que se adelantaba a su ocaso. Aurora y sus hermanas se prendieron y engalanaron consagrando dos buenas horas al tocador, y mientras se abrochaban joyas y se prendían flores oyeron desde sus alcobas el ajeteo de la gente de servicio dando la última mano a la casa para ponerla de recepción. Mozos entraban y salían trayendo cajas de dulces y pasteles encargados expresamente a México, así como los botes en que un repostero, venido de la capital, iba a preparar la nieve de zapote y de mamey.

A las nueve, la casa de los Mujica parecía un palacio de hadas por su refulgencia y pulcritud; las niñas, vaporosas como querubines, esperaban impacientes a sus amistades; larga espera. A eso de las diez, don Homobono, hecho un veinticuatro, se presentó en el portón. Congratuló a su prometida ofreciéndole un ramo de rosas y mandó que entrasen los músicos que venían tras él.

Cuando un rasguño de bandolones y bajo anunció la primera varsoviana, Aurora, algo inquieta, preguntó a su prometido:

—¿Y los invitados, a qué hora vendrán?

—Los convidados somos doña Macaria y yo. ¿Para qué hacen falta los extraños en las reuniones de familia? Ahora, niñas, a bailar. Tú con Pepita, la Chata con Andrea y yo con tu mamá.

Viendo que la viuda no estaba presente, don Homobono arrebató la silla que al lado tenía, y abrazándose a ella empezó a dar alrededor del salón los pasos rítmicos que indicaba la varsoviana.



El baile acabó con un ataque de nervios que acometió a Aurora, quien hasta la fecha no ha olvidado la ocurrencia. A menudo la refiere a sus sobrinos. Cuando peina sus venerables canas y frota sus gotosos pies con aceite alcanforado, las lágrimas le vienen a los ojos, como empujadas por tristes recuerdos. En su mente sólo están fijos una palma y una corona.

Don Homobono, abuelo de larga chiquillada y podrido en pesos, se pasea diariamente dos horas a pie por la Alameda en las primeras horas de la mañana. Se siente vigoroso y joven a pesar de sus setenta, y preocupado con sus últimos negocios ha llegado a olvidar a la bulliciosa y alegre Aurora.

## La curva<sup>120</sup>

PARA SILVERIO MADARIAGA, tener cinco dedos en cada mano era el don más digno de agradecimiento con que la Providencia había favorecido al hombre. ¡Cinco dedos ágiles, cinco dedos diestros en el manejo de herramientas e instrumentos para varios oficios! En su concepto, el hombre no necesitaba, para ser rico y feliz, más que los dichosos cinco dedos y una voluntad inquebrantable y decidida de trabajar.

Con sus gallardos veinte años, Silverio se encontró enfrente del porvenir en una vasta llanura de la Alta California, cuyo suelo fértil no producía sino lo que la naturaleza da en frutos silvestres. Jamás azadón o arado habían roto los terrenos del suelo virgen, oculto entre malezas. Allí se levantaban los cuatro paredones que, desde tiempo inmemorial, habían servido de hogar a los ascendientes de Silverio. Allí se revolcaban a su sabor un par de cerdos y media docena de gallinas, único patrimonio del joven mexicano, cuyo padre y cuyo abuelo, aquél en la cuna todavía y éste encorvado sobre el surco, habían cambiado de nacionalidad allá por el año de 47, así como el borrico cambia de roncal: sin darse cuenta.

Lo único que no escapó a la observación incipiente de aquellos dos imbéciles conquistados, o traspasados, o vendidos, fue que ya no llegaban misioneros por aquellas tierras, a sembrarlas y cultivarlas, recompensando a los que ayudasen a la labranza con raciones de pozole y fanegas de maíz; ya no había rosarios gloriosos, ni procesiones cantando el Alabado,

<sup>120</sup> *Simplezas*, 1910, pp. 209-219.

sino capataces bruscos a la cabeza de la peonada, quienes hablaban una lengua ruda e incomprensible, exigían tareas largas y pagaban con monedas de oro luciente el jornal, sin que los jornaleros estuvieran obligados a gastar su salario en ninguna *tienda de raya*.

Por el resto de su vida, el abuelo y el padre de Silverio vivieron en la misma casuca, al lado del chiquero, donde, con regularidad, se sucedían anualmente generaciones de cerdos y gallinas. Ni el abuelo medró, ni el padre hizo otra cosa que sostener miserablemente a la mujer y a los hijos, a quienes legó, al morir, el terruño fértil, escondido y olvidado de la industria agrícola.

Convencidos los hermanos mayores de Silverio de que la tierra heredada de su padre no daría de comer a cinco de familia, mayormente si contraían matrimonio, uno tras otro emigraron a las minas dejando a la madre con el chico de quince años, en quienes de buena gana renunciaban la herencia paterna.

Madre e hijo continuaron la vida precaria que la suerte les había dado, hasta que Silverio, al cumplir veinte años de edad, abrió los ojos, y enterándose de su mísera condición, se propuso salir de ella por cualquier medio. Entonces fue cuando comprendió el valor de los cinco dedos que en cada mano tenía y se dijo: “Silverio, a trabajar”.

¡Trabajo, trabajo!... Bonita palabra; en los oídos del mozo resonaba armoniosa, y repercutía en su corazón como sinónimo de bienestar, y hasta de riqueza. Desmontando árboles y plantando, en su lugar, cereales y legumbres que pudieran tener salida en el mercado, con el tiempo y mediante Dios, se allegaría una fortuna. Pero no había que dejarlo para mañana.

Silverio puso manos a la obra. Abatió los árboles. Convirtió el ramaje seco en combustible; las ramas gruesas, en leña que vender; y, del tronco, sacó buenas tozas que realizó entre los fabricantes de muebles corrientes, obteniendo buenas ganancias. Su labor había sido premiada con creces.

No entró jamás la pereza en la casa del honrado agricultor; tampoco tuvieron cabida el despilfarro ni el vicio. En cambio, la ignorancia y su gemela, la rutina, vivían con Silverio a la pata llana, siendo inspiradoras de todos sus planes, obstáculo de sus buenas obras y oscuridad de su porvenir.

Así como el sol encontraba diariamente a Silverio azadón en mano o unciendo los bueyes para conducir al campo el arado, la luna no le vio de otro modo que echado a la bartola, en la puerta de la cabaña, en las noches cálidas, o junto a la lumbre, en el invierno, tostando cacahuets que él y la madre se comían después, amenizando la velada en sabrosa plática alrededor de la hornilla. ¿De qué hablaban? Del tiempo y sus accidentes; de si la cosecha de don Pedro el mexicano fue menos abundante que la del gringo Brown; de si se logró el maíz mejor que el trigo. A veces, los sucesos ruidosos de la comarca daban asunto para variar la conversación. Del mercado solía traer Silverio, a su madre, algunas noticias, que no siempre eran placenteras: robos, asaltos o linchamientos, especialmente de mexicanos. El gobierno conquistador les atribuía la responsabilidad de todo lo malo que en el país se hacía. Tal cual vez Silverio era portador de buenas nuevas.

El producto de las economías de madre e hijo iba invariablemente a una olla enterrada, en medio de la cabaña, a medio metro de profundidad. El trabajo de sacar la tierra de la excavación cada vez que guardaban dinero en la olla no disgustaba a ninguno de los dos. Era entretenimiento en las largas noches

invernales. A veces, sin tener que añadir al depósito un centavo más, madre e hijo regocijábanse en desenterrar la olla, para contar y recontar la suma que contenía. Esta ocupación los desaburría de los ocios nocturnos, apenas las horas de luz iban disminuyendo.

De cuando en cuando, Silverio y su madre, sin ser mordaces, se ocupaban en comentar y discutir la vida y milagros de sus amistades y conocidos. Que si éste había comprado una segadora de maquinaria que quitaba a diez hombres el pan; que si aquél se casaba con una rica para desposeer al suegro de su hacienda; que patatín, que patatán. Hacían hincapié, cuando se les deslizaba la lengua, en algunos casos, que había presenciado la comarca, de americanos pobres que se casaban con herederas mexicanas, y llegaban a hacerse dueños de todo el caudal de la familia de la mujer, dejando a aquélla por puertas.

Cuando Silverio juzgó tener lo suficiente para fabricar una buena casa, consultó con la madre y, luego, con la almohada. Ambas le dieron su aquiescencia. No fue palacio, en verdad; pero sí una vivienda amplia y hermosa, de dos pisos, en medio de un jardín lozano, desde cuyas altas ventanas se contemplaban las tierras de labor, el soto, el riachuelo bullicioso, y, más allá, el camino real, a cuyo extremo pasaba cruzándolo la locomotora rechinante y renegrida, con rapidez vertiginosa. En medio del jardín hizo abrir Silverio un pozo artesiano. Él mismo le formó, de sólida piedra, un brocal rústico. Bien aplinado y pulido en el interior, servía de recipiente al agua saltadora, mientras que por fuera las piedras ajustaban como si estuvieran en equilibrio, permitiendo crecer, en las juntas, millares de florecitas amarillas que parecían estrellas.

Concluida la casa, la madre aconsejó a Silverio que le buscase inquilino, pues no estando ellos acostumbrados a tanta

comodidad, había de serles molesta una gran vivienda. Además, la renta les ayudaría mejor al crecimiento del caudal.

Silverio, que había soñado con poseer una buena casa para establecer en ella su hogar definitivo, fundando una familia a que llamar suya, no más, se sintió de pronto desanimado. Tenía treinta y dos años de edad. Quería casarse; pero, como afortunadamente le faltaba novia, determinó aguardar un poco más, por no disgustar a su madre.

Alquilaron la casa a un *mister* Wilson, con su esposa y dos pequeños hijos. Parecía muy hombre de bien. Estaba muy contento de haberse trasladado a aquel paraje fértil y grato: aunque, en tiempo de aguas, se le hacía cuesta arriba tener que chapotear lodo, desde la parada del ferrocarril, en una estación de bandera, distante seis millas, hasta la entrada de la casa.

Pero el *mister* no se achiquitó: con un buen par de botas de hule, impermeable y paraguas, se simplificó las molestias. Iba a su trabajo a un pueblo, a dos horas de ferrocarril, y regresaba bien provisto de paquetes de comestibles y bebidas, libros, con que amenizar las veladas, y el periódico del día. Éste no le faltaba jamás en cualquiera de los bolsillos del sobretodo.

Mr. Wilson estimaba las buenas prendas de Silverio y su madre. Se asociaba con ellos y les daba palique, para reconocer sus facultades intelectuales, al mismo tiempo que para ganar información respecto de la vida y costumbres de los mexicanos. Él, en verdad, no los despreciaba ni malquería como sus demás paisanos. Los compadecía y procuraba ayudarlos en lo posible.

Con frecuencia invitaba a Silverio a venir a la tertulia doméstica; y mientras que la esposa del americano se ocupaba en algún tejido, y la madre del agricultor devanaba madejas de estambre que la señora le encomendaba, los hombres llevaban

la palabra, se preguntaban y se respondían lo que a cada uno importaba, dándose a conocer recíprocamente uno del otro.

Con frecuencia el yanqui leía el periódico, explicando las noticias que creía de interés para los mexicanos. Pero Silverio no mostraba ninguno por cuanto atañía al país que era su patria de adopción. No se dolía tampoco de las desdichas de la patria a que había cesado de pertenecer. Su mente estaba fija en lo futuro, pero en el suyo propio. Casarse, formar una familia en la casa de su pertenencia, ser trabajador y honrado hasta morir, era su constante afán. ¿Qué le importaban a él los sucesos políticos, la evolución social, el progreso del mundo?

Cierta ocasión, el *mister* le picó la cresta con lo de su ignorancia mexicana; y cuando le vio medio molesto y con las orejas coloradas, para mostrarle la buena voluntad que le tenía, se ofreció de su maestro de escuela.

—Cómprese un silabario, y yo lo enseño a leer, para que se divierta con los cuentos y chistes del periódico, ya que lo demás no le importa —le dijo.

—Ya está viejo Juan para cabrero —respondió el agricultor—. A mí deme usted un carro, una yunta, un zapapico; pero el periódico, maldita la gracia que me da ni para lo que me sirve.

De lectura no se habló más en todo el invierno. Una tarde de primavera, Wilson llegó a su casa muy festejoso con el periódico en la mano. Habló largamente con su mujer, durante la comida, participando ella, poco después, de la alegría de Wilson. En la noche, Silverio y su madre acompañaron a sus inquilinos en la corta velada de la estación florida. El americano leyó el periódico como ordinariamente lo hacía, escogiendo las noticias más comprensibles y de interés general. Explicándose, dijo:

—El ferrocarril va a pasar más cerca de su casa; así, ya no gastará mucho en huaraches, don Silverio, sino que le dará algo a ganar a la compañía. ¿No es verdad?

—Mire, señor, que mientras tenga pies y fuerzas con que menearlos, así entre el ferrocarril en el patio de mi casa, no le daré un centavo a su dueño. Uno está más entero y macizo cuando anda, ¿sabe usted?

El gringo se alzó de hombros.

Hablaron luego del porvenir. El gringo apuntó que había visto a Silverio muy inclinado a la hija de un barretero que ganaba un buen jornal, y se lo bebía de whisky todo entero. Disertó largamente sobre las cualidades de la muchacha, aconsejando por aconsejar a Silverio que se casara con ella. Éste replicó:

—Tomás es rico, y no daría su hija a un pobre. Si tuviera yo ocho mil pesos para deslumbrar a ese ambicioso, ya vería usted a la Eulalia salir de la iglesia colgada de mi brazo.

—¡Ocho mil pesos! ¡Dos veces el valor de tu casa con los diez acres de terreno! ¡Vaya! O sería loco el que te los diera, o sería muy buen amigo tuyo —dijo Wilson, como si le costara mucho trabajo pensar sobre el asunto.

Tras de corto silencio, añadió:

—Por verte feliz y establecido, te regalaría los ocho mil pesos gustoso; pero, amigo, soy pobre también. Quiero ayudarte, sin embargo. ¿Me venderás la casa y tierras en diez mil dólares?

—¿Vender las tierras donde nací?

—Con diez mil pesos puedes comprar el rancho de allá arriba en el monte, y hacer los gastos de la boda. Lo que un hombre a tu edad debe hacer es establecer su hogar: es decir, crear familia. ¿No crees que es triste llegar a la vejez en soledad



y morir en aislamiento como todos los egoístas? Mientras estés sin blanca, Tomás no te dará su hija; y para cuando tus economías monten a diez mil pesos contantes y sonantes, ya estarás hecho un Matusalén.

“Por supuesto, no creas que me empeño en que sigas mi dictamen: haz lo que te acomode. Lo que sí deseo es que te decidas pronto a aceptar el trato que te propongo, o a rechazarlo de plano, porque yo he resuelto gastar diez mil dólares en una finca de campo. O me quedo con la tuya, o me busco otra más cerca de la estación. Mis pies no son tan ágiles como los tuyos: se niegan a tragar leguas. Verdaderamente esta casa es cara. Si no fuera porque mi mujer le ha cobrado ley, ya me habría marchado de aquí. En fin, que si no me vendes la casa, me veré precisado a comprar un *buggy* para complacer a Mrs. Wilson”.

—Déjeme usted hablar con mi madre antes de arreglarnos, Mr. Wilson.

Por la noche, madre e hijo hablaron largamente del asunto. Silverio se había entusiasmado por lo del casorio; pero disimulaba, por no disgustar a la madre. La conocía por celosa e intolerante con cualquiera otra mujer.

La anciana prefería, por el momento, tener que haberse las con la temida nuera, con tal de no ver la casa vacía. Sin la renta por varios meses, y con la obligación de asear y ventilar la casa hasta que Silverio encontrase otro inquilino, tanto ella como su hijo tendrían infinidad de molestias. Sentía la señora los achaques de la vejez, y habiendo disfrutado de relativa comodidad durante los últimos años, sin quererlo empezaba a hacerse repelona y egoísta.

Aconsejó a Silverio que no dejase ir al marchante y que ajustase la boda. Pudiera ser que Tomás, que estaba podrido en pesos, regalara algo a la muchacha el día del casamiento.

Silverio afectó indiferencia al oír parecer tan de su gusto, y se le llenó de alegría el corazón.

Cerrado el trato, el *mister* se quedó con la casa de Silverio, a quien entregó, en lucientes monedas de oro, la suma estipulada. Aun le ayudó a gestionar la compra del rancho del monte. Fue también padrino de la boda, y regaló a la novia algunas chácharas de oro de escaso valor.

Todavía no acababa la tornaboda, ni la desazón del descontento turbaba el corazón de la reciente suegra, cuando Silverio, una tarde soleada y diáfana, oteó desde la altura media del camino que conducía al campo su antigua y querida cabaña. Notó que la estaban derribando; y sintió los golpes de barreta en todo su ser. Con los ojos anegados en lágrimas, permaneció largo rato en contemplación de aquella obra inicua y destructora. Le pareció que los componentes de todo su ser se disgregaban y desaparecían dispersos por el espacio.

Descendió otra vez. Se encaminó a buscar a Wilson para preguntarle por qué había hecho aquello. No comprendía cómo uno que se le vendía por amigo era capaz de arrasar, ante sus ojos, la cabaña que lo había visto nacer.

Por el soto y hacia la margen del riachuelo encontró grupos de americanos atareados en la nivelación del terreno. Miraban unos por el teodolito; trazaban rayas otros en un plano; y algunos peones, acaudillados y armados de pala o zapapico, recibían instrucciones de un capataz.

Las mediciones avanzaban. En observación, Silverio fue siguiendo a los hombres hasta su antigua casa, viéndolos plantar el teodolito a cincuenta metros del zaguán. Mr. Wilson hablaba

con otros vecinos y con los principales de los medidores, a quienes el capataz se dirigía llamándoles ingenieros. Tan entretenido estaba, que no reparó en Silverio, de pie junto a él.

Oyó la plática de los americanos el pobre agricultor; se enteró de que la compañía del ferrocarril había dispuesto alargarse hasta aquellos olvidados campos, cuya fertilidad merecía fáciles comunicaciones. Ensanchando una curva, las pingües cosechas de la región podrían ser exportadas por el ferrocarril. Ya no saldrían en carretas a los mercados limítrofes, ni se pudrirían en las trojes. Los terrenos subirían de precio una barbaridad. Lo que los americanos debían hacer era comprarlo todo; el río, el valle, el monte, seguros de que, a vuelta de cinco años, cada palmo de tierra valdría diez veces su precio actual.

—Yo —decía el *mister*— no doy, al presente, la casa y los catorce acres de tierra de labor ni por el doble ni por el triple de lo que acabo de pagar por ella. Dentro de cinco años vendrán a rogarme que la venda en cien mil pesos. La *curva*, la *curva*, amigos, será nuestra fortuna.

Silverio se alejó con la cabeza hundida y los ojos turbios de llanto. No comprendió sino muy tarde que en los tiempos que corren, cinco dedos en cada mano sirven bien poco si no los gobierna una cabeza inteligente.

Ya está machucho el buen agricultor. No obstante la rudeza de su mente inculta, hace esfuerzos por dominar el sueño y el aburrimiento que le causa oír, a su hijita Andrea, repetir su lección de deletreo, noche con noche.

—¡Ah! —se dice cuando lo acometen los bostezos—, si yo hubiera entendido lo que significa una *curva*, a estas horas el bodoque de Wilson no sería el que se sentara, en el balcón de mi casa, a ver esas otras que la rodean, tan hermosas y ricas;

no sería él el que se pasea en automóvil por los lugares que quiere, sino el hijo de mi madre.

“¡Lástima de ser viejo e inútil con todo y los cinco dedos que me dio Dios en cada mano, y que no han dejado de voltear la tierra!”.

Y promete a Andrea una muñeca muy bonita, el día que sepa leer de corrido.

## El corpiño azul<sup>121</sup>

CAMILA SE APARTÓ DE LA BORDA para que dos hombres de la tripulación, a quienes ella y otros pasajeros estorbaban, encajasen en los candeleros la balayala, pues era el momento de zarpar. Soltaron los cabos, resopló la potente maquinaria y el *Colima* empezó a zarandearse sobre las aguas. El silbato lanzó un sonido corto y estridente que hizo huir azoradas a un centenar de gaviotas.

Camila permaneció largo tiempo de pie, indiferente a los suspiros, besos y adioses que, en interminable tiroteo, se cambiaban los que iban a partir y los amigos y parientes que los despedían desde el muelle. Ensimismada en tristes pensamientos, no devolvía los saludos que, agitando las manos, le enviaban sus dos acompañantes; sólo con la mirada en ellos fija y estrechando contra el corazón el ramillete de rosas de la Francia, que ellos le habían regalado a bordo, acertaba a expresar la pena de aquel viaje tan contrario a sus deseos.

Viró el buque para entrar de lleno en la bahía, y la viajera, acercando a sus labios el ramillete, mandó a sus amigos el adiós postrero. Eso se lo decía a gritos el corazón. Y luego, cuando al salir el vapor de la bocana vio Camila ante sí la inmensidad de aquel océano, sereno y tranquilo como un estanque, le pareció que se le ofrecía, en él, la calma de la tumba. ¡Ay!, ella no quería morir. Su anhelo consistía en permanecer en San Francisco, con su cuñada y el esposo de ésta, con quienes había compartido su hogar casi doce meses.

<sup>121</sup> *El Imparcial*, t. XXVII, núm. 4781, 21 de octubre de 1909, p. 4.

El velo de lágrimas que nublaba sus ojos no le permitió ver las que su cuñada se había enjugado al alejarse del muelle. Adivinaba las palabras de consuelo que su marido le diría, prometiéndole insistir en que Mr. Johnson se persuadiera de que era crueldad exponer la salud de Camila, de ella misma, a los rigores de un clima tropical. ¡Qué poca fe tenía la viajera en que Mr. Johnson cejara y le permitiese regresar a la patria, mientras él amasaba la fortuna en los bosques de la América Central! ¡Una fortuna para los dos!

Gladys, la hermana de Mr. Johnson, era para su cuñada como una hermanita mayor; llena de prudencia y bondad. A su juicio sometía Camila todos sus proyectos, los cuales eran muchos; sobre la vida futura de ella y Mr. Smith, el marido que ahora la esperaba en los campos de Guatemala, donde sembrarían café y explotarían maderas finas, languidecía de soledad y de nostalgia. Y Gladys decidía de todo con cordura, caminando en todo las dos mujeres acordes, y embelleciendo con sus alegrías el hogar del que Camila ahora se alejaba para volver ¡sabe Dios cuándo!

En tanto que los Johnson se habían alejado del muelle cabizbajos y sin articular palabra de regreso a la ciudad, Camila se encaraba con el gran océano, y lo maldecía como si él tuviera la culpa de muchas cosas. Vamos a ver: ¿qué participación había tenido el pobre charco en el divorcio de la madre de la quejosa, en el divorcio de la abuela también, en el de los dos tíos y otras parientas lejanas? ¿Qué más ni qué menos había puesto él en el rapto de la repetida viajera para casarse con Mr. Smith, rapto innecesario y escandaloso, puesto que siendo ella mayor de edad y libre como el aire pudo haber salido a la alcaldía, a toda luz, del brazo del presunto, en vez

de desaparecer con él de un *pic nic* en Sausalito que ella misma había organizado con tan indecoroso objeto?

Ese mismo mar que tan injustamente increpaba le había traído de la lejana tierra tropical el marido, largo tiempo solicitado: el marido rico, en perspectiva de serlo más. El buen Smith, el trabajador Smith, que le había prometido envolverla en sedas y tisú, recamarla en piedras preciosas y pasearla de arriba abajo por el mundo entero, en cambio de compartir con él el hogar aislado en un plantío de cafetos. Del mar injustamente aborrecido venían regularmente a San Francisco aquellos costales reventando de grano que a poco se convertirían en oro para que aquella satisficiera su loca vanidad. El mar se alargaba salobre y amargo, en presencia de Camila, a medida que crecía su dolor, y otro océano salobre y amargo también enturbiaba sus ojos azareados. ¡Cuánto lloró la pobre mujer durante la monótona travesía del barco hasta el litoral mexicano, donde empezó a sentirse extranjera la infeliz, y más y más abandonada y olvidada de la civilización!

Echada en su silla de a bordo, leyendo por distraer su tedio y su pesar, pasó Camila la semana entera. Las paradas del buque en los puertos de tránsito, si eran entretenimiento para la mayoría de los viajeros, acentuaban más el disgusto de la señora de Smith, a quien cada poblacho se le parecía el temido y mil veces odiado a donde iba ella a sepultar su juventud y su hermosura.

Cuánto había resistido aquella marcha precipitada; hoy, que la enfermedad de tal o cual deudo; mañana, que tener que comparecer en la corte de justicia como testigo ante el divorcio de la madre; luego, por ayudar a los Johnson en algunas labores oficinescas; y el día de partir al lado del esposo solitario y comido por la tristeza de la expatriación no llegaba.

Hasta que por fin el marido, en un rato de mal humor, había escrito la carta aquella larga y precisa que dio por resultado el maldito viaje. Mr. Smith hablaba formalmente de divorcio en su misiva, aunque él mismo sabía que todo ello no era sino jarabe de pico. ¡Como si el divorcio se hubiera hecho para los maridos enamorados de su costilla hasta el embrutecimiento! Amenazaba Smith con dejar sus dólares en tierra centroamericana, capitalizados, y casarse con mujer del país, que le formara hogar, que le hiciera padre de numerosa prole y compartiera con él tristezas y alegrías. Pero, para sus adentros, él mismo se repetía: jarabe de pico. Camila era y sería siempre su adoración, aunque le hubiese jurado que si en el mes inmediato no iba a juntarse con él olvidaría hasta el santo de su nombre.

Camila, aconsejada por la señora Johnson, se determinó a embarcarse a los siete días. Las vísperas del viaje varias amigas de la Smith la acompañaron en la velada, en la cual hubo canto y música de violín y mandolina. Camila cantó, es verdad, pero con el mismo aliento de quien canta el *De profundis* ante el cuerpo presente de un ser amado. Se disculpó de sus amistades disimulando la tristeza que la carcomía, o disculpándose, asegurando que por la civilización de su país sentía ella la misma atracción que los orientales que se aferran con temeridad a las ciudades antiguas y a las costumbres viejas sienten por Damasco o Jerusalén.

El recuerdo de la última noche en San Francisco atenaceó a Camila sin querer saber por qué, porque bien sabía ella y su conciencia todo el misterio de esas lágrimas.

El *Colima*, cogido por una tempestad furiosa en aguas de Manzanillo, zozobró arrastrando a lo profundo del océano a centenares de víctimas. Treinta y dos personas se salvaron; entre ellas se contaba un niño, pero ninguna mujer. Cuando a



Mr. Smith le fue entregado un cofre que había devuelto el mar a los pocos días del naufragio, en vez del cuerpo de su mujer que el desgraciado había ido a buscar, creyó morir de emoción. Encerrose en su cuarto del hotel a buscar entre las prendas que habían pertenecido a su esposa objetos que le hablasen de ella, aunque avivaran el dolor. Dos primaveras habían pasado desde que no la veía.

Salieron del cofre la lencería inmaculada, las alhajas valiosas y aquellos vestidos elegantes por su sencillez que parecían túnicas de diosa; mas, ¡ay!, entre los paños holgados de un corpiño azul, que sentaba a Camila maravillosamente, pareciendo a su marido más bella que con cualquier otro traje, estaba un paquete de cartas amorosas de Mr. Johnson y un retrato del mismo, que denunciaban las criminales relaciones de ambos. Smith, el esposo bueno y su desgraciada hermana, la amiga íntima y consejera de Camila, habían sido traicionados.

Guardó Smith su amargura para sí. Jamás ha pensado en comunicar a la señora Johnson la villanía de su marido; aunque éste le inspirara un odio *nietzscheano*. Comprende Smith que su deber es perdonar, pero ni quiere ni puede. Sabe que Dios ha hecho al hombre frágil y lo ha colocado abajo de los ángeles.

## La tamalada del coronel<sup>122</sup>

—PERO ESA CRIATURA SE VA A SECAR DEL DOLOR —había dicho doña Bartola a la viuda de López Angulo aludiendo a su hija Elena, agraciada joven de dieciocho abriles, quien enlutada y con los ojos encarnecidos de llorar tejía a gancho un cuadro de hilaza sin tomar participación de la garrulería de sus hermanos menores—. No, no debe ser; déjeme usted, Juanita, llevarla a las tamaladas de mi primo el coronel, para que divague en pesadumbre. No se puede estar llorando al muerto eternamente; al fin los que se van entran en un descanso tan grato que ya lo quisiéramos los vivos. Si el novio de Elena se murió, otros le vendrán, que para eso hay otros hombres en el mundo.

—Lo quería tanto mi pobre hija, doña Bartola, que dudo que vuelva a poner los ojos en otro hombre. Para ella no hay más que un Felipe en el mundo. Y ya la ve usted, no hace más que llorar desde hace un año, allí sentada en la misma silla y detrás del mismo balcón, donde estaba en el instante en el que le trajeron la noticia del accidente. Desde entonces no quiere oír la palabra *tranvía*.

—Es de sentirse. Pero ya es tiempo de que esa criatura se consuele. Ya no tiene lágrimas que llorar. Convénzala usted de que lo que Dios dispone es siempre sabio y justo y que no debe entregarse así a la pena, y permítale usted ir conmigo a la tamalada de mañana. Estoy segura de que con la música y la concurrencia la pobre niña se divertirá.

<sup>122</sup> *El Imparcial*, t. XXVII, núm. 4778, 28 de octubre de 1909, p. 4.

La viuda asintió a lo que doña Bartola le pedía. Menos trabajo del que pensaba le costó persuadir a Elena de que fuese a la tamalada. Y era que el certero sanador de almas, el tiempo, con la llegada de nuevo de la estación dorada, había comenzado su obra pía en el corazón de la muchacha.

Corrían esos días de marzo, tibios y azules, en que las golondrinas se ciernen en el aire como cruces ligeras, el sol dora el ambiente hasta hacerlo visible a los ojos de la fantasía y los principios vitales se sienten renovados y llenos de energía. Elena, que había agotado la suya en la tristeza y el dolor, por un fenómeno de asociación de ideas despertó a los recuerdos de la dicha pasada, al presentarse de nuevo la primavera, sin esa excitación cerebral que desde el accidente en que su novio había sucumbido no la dejaba en paz.

La atmósfera saturada de perfume de nardos, amapolas y chícharos, abundantes en las casas para adorno de los altares durante la Cuaresma, de nuevo acariciaba los sentidos de la joven y de nuevo la emoción misteriosa y el anhelo de vida de aquellos días de discreteos amorosos se filtraron en su corazón.

Contra lo que la madre esperaba, Elena no se hizo rogar mucho para ir a la tamalada del coronel. La invitación de doña Bartola cayó en el ánimo de la niña como “diez aguaceros en el desierto”, que harían reventar de hierba el arenal. Modestamente vestida de negro, se preparó a seguir a la prima del coronel.

Doña Bartola, a quien sus parientes favorecían con dádivas insignificantes, pero que aun así ayudaban grandemente a la pobre mujer a conllevar la existencia del indigente, estimaba mucho a su primo el coronel, lo mismo que a la mujer de éste: una quintañona estéril, de facciones hombrunas. Para que lo varonil no le faltase, tenía brazos conejudos, cabello grueso

y bozo tan fragante que era la envidia de muchos pollos. Se llamaba Tonchita, vestía con elegancia y era muy amable y aficionada a las fiestas de sociedad. Cuando no daba tertulias, languidecía como un tísico.

Doña Bartola presentó a su acompañante, y dejándola muy recomendada con el coronel y Tonchita, en la sala, se dirigió ella a la cocina, donde acostumbraba ejercer las funciones de ama de llaves, por encargo de su primo, recibiendo en recompensa una pesetona, que le permitía asegurar un día de pitanza. Mientras inspeccionaba el servicio doméstico, de la cocina al comedor y de éste a la cocina, con inacabable actividad, esparcía su ánimo la buena mujer con el bullicio de las tertulias y los ecos de música de cuerda, dulce, discreta y graciosa.

Elena, al principio, fue solícitamente atendida por Tonchita y sus amistades; pero cuando el hervidero humano no permitía moverse en ninguna de las estancias de la pequeña vivienda la joven empezó a pasar inadvertida, por lo que fuese ella a sentar en el poyo de una ancha ventana que daba a un patio monísimo tornado en jardín. En vez de bailar, Elena se entretuvo en mirar a los arriales floridos y la infatigable tarea de una paloma que, empeñada en anidar en el hueco de una cornisa de un arco escazano donde faltaba una piedra, acarrea con el pico ramas y bodoques de tierra todavía blandos.

Elena, distraída con lo que en el patio veía, no puso atención en las parejas de bailarores que se movían voluptuosamente al compás de una danza habanera, ni reparó en la conversación, un poco peligrosa, de unas señoras muchachas que comentaban desfavorablemente las tamaladas del coronel, jurándose unas a las otras que no volverían a poner un pie en aquella casa de ignominia si Tonchita no les aclaraba la desaparición de los contertulios de polendas, quienes a poco de

comenzar la orquesta sus alegres bailables se iban escurriendo uno a uno del saloncito. ¿A dónde iban?, ¿en qué ocupaban las horas?, ¿por qué al finalizar la tertulia aparecían de nuevo con caras de pascua los unos a los otros, como si los mensajeros que trajeron al paciente Job, *in illo tempore*, las malas nuevas que probaron su virtud vinieran a anunciarles que sus ganados se habían extraviado, perecido sus siete hijos y sus siete hijas, y venido por tierra sus casas?

Entretanto, doña Bartola dirigía maestramente la faena de servidumbre entre el comedor y la cocina. Ríos de atole de leche, blanco, espeso, oloroso a canela o perfumado con hojas de naranjo, corrían de enormes jarras (las de los aguamaniles de la casa habilitadas de fuentes de ocasión) y llenaban, rebosando, pozuelos y tazas de varios tamaños y colores, como los vasos del festín con que el rey Asuero agasajó a los príncipes sus feudatarios, con la diferencia de que la vajilla del coronel no era de oro como la del monarca persa, ni le daban matices las piedras preciosas que la guarnecían; las de Tonchita eran platos, pozuelos, tazas de porcelana corriente, de los que de premio se reparten en las pulquerías a los parroquianos que acreditan su consumo presentando cierto número de billetes.

Los tamales dominantes, echando humo y abriendo el apetito a los más desganados, formaban pirámides en los platonos, ya despojados de su envoltura de hojas de maíz, separadamente colocados los blancos, los teñidos con grana y los colorados que mostraban las tres clases a que pertenecían: de manteca, de chile y de dulce.

Servida la mesa, los bailarines pasaron al comedor, dejando la sala en posesión de los cinco músicos, quienes, rasgueando en los bandolones y el bajo, echando soplidos a

la flauta y acariciando con lasitud el violín, respectivamente, amenizaban la engullidera de la merienda, mientras esperaban, haciéndoseles agua la boca, su turno de engullir también.

Preludiaron un nocturno nacional de moda entonces: “La caída de las hojas”. Los instrumentos gemían dulce y tristemente, llenando las almas de emoción. Elena, inadvertida, en el poyo de la ventana, ya no veía ni los pájaros, ni las campanillas azules, ni oía a la zura arrulladora a la vez que acomodaba ramitas en su nido. Elena había vuelto a la vida y renacido al amor. Palpitaba en su corazón el ritmo de la dicha juvenil, en su inocente nido asomaba la ilusión y la esperanza. ¡Qué dulce le parecía la existencia, la naturaleza, qué bella; las gentes todas, qué llenas de ternura y de bondad! Cerró los ojos para entregar su ánimo al hermoso nocturno de Planas, y echó la cabeza hacia atrás, quedando medio cubierto su cuerpo por los lienzos de la doble cortina que se abrió en dos gajos sobre su puerta.

De pronto, turbó la quietud de la soñadora el ruido de pisadas de dos personas que se encontraron y detuvieron al pie de la ventana. Hablaron.

Ella dijo: “Ya, ya”; respondió el interpelado: “¿Cuánto?”; prosiguió ella: “Trescientos pesos. Todo lo ganó el caballo. Dice Torices que vendrá a desquitarse el sábado, ¿estás?”.

El coronel y Tonchita, pues no eran otros los interlocutores, se alejaron del patio para reunirse con los tertulios.

Elena se quedó perpleja. Le chocó aquel diálogo, cuya significación entendió claramente. Regresaron ella y su acompañante al oscurecer.

El silencio obstinado descorazonó a doña Bartola. La pobre mujer, ignorante de que las tamaladas del coronel no eran sino un pretexto para que el muy bribón y la no menos

tunante de su mujer tuvieran unas encerronas en la propia alcoba, donde el coronel ponía el monte y pelaba, a los albuces, a unos cuantos viciosos, estaba desolada de no haber logrado distraer de sus tristezas a la hija de una de sus buenas amigas.

## CRÓNICAS DE VIAJE



Fotografía de Laura Méndez de Cuenca (*Biblos*, 1919-1926, 1.<sup>a</sup> época, t. I, núm. 33, 30 de agosto de 1919, México, UNAM, 1999).





## Actualidades europeas. Los ricos al alcance de los pobres<sup>123</sup>

Berlín, marzo de 1907

COSTUMBRE AÑEJA HA SIDO que las personas de mediano pasar hayan estado siempre apartadas del círculo social de la realeza, la nobleza y toda clase de señoríos; hasta en los países donde no existe la aristocracia, los ricos, por más subidos de la basura que sean, se alejan de los menos favorecidos por la suerte, y forman rancho aparte en compañía de otros *parvenues*, si pueden, o si no se resignan a pudrirse en aislamiento antes que dar su brazo a torcer, mezclándose con personas que ellos creen inferiores.

Tales cosas van pasando al desuso, en virtud de ley de evolución. Las vueltecitas que la Tierra da en el espacio no sólo alteran la corteza del planeta, sino que van transformando a los seres que en ella se mueven, y convirtiéndolos en otros que por dentro o por fuera son lo “mismo” pero “diferentes”, según la expresión favorita del popular payaso Belli.

El hecho es que la gente de abajo ya no se fija en los de arriba con admiración, sino con curiosidad, y los encopetados empiezan a reconocer que la riqueza es un accidente tan casual como la nobleza, cuando ambas cosas vienen de herencia; en cuanto al caudal que se gana a fuerza de puños, ése no hace al hombre ni avaro ni libertino, sino prudente y generoso. Por lo que toca al lustre de abolengo, ése es una farsa en la que ya ni los mismos condes y marqueses creen, mucho menos tienen

<sup>123</sup> *El Imparcial*, t. XXII, núm. 3848, 14 de abril de 1907, p. 6.

confianza en sus propios títulos. Desde que nadie puede hoy hacerse noble por sus hazañas, los títulos empiezan a oler a rancio, y es menester sacarlos al aire de la democracia a fin de que no hagan explosión.

En estos países que saben leer, la influencia del libro sano, impregnado de verdades científicas y de ideas de alto vuelo, el pobre y el rico, el noble y el plebeyo empiezan a acercarse con pretextos que parecen alarde vanidoso de parte del potentado, y otro de desdeñosa confianza de parte del no pudiente, pero que en suma no son sino el esfuerzo de ambos por unirse en el alivio del dolor humano, cooperando cada cual con los elementos que posee.

\* \* \*

Ya los ricos que llevan corona y escudo en la portezuela de sus carruajes, siguiendo el ejemplo de los audaces banqueros y de los comerciantes afortunados, habían empezado a asociarse para socorrer a los menesterosos, formando círculos de caridad, pero sacar del bolsillo mensualmente cuotas mínimas no era bastante para allegar la suma enorme que es necesaria, y varios medios más o menos ingeniosos se han inventado con ese fin. Uno de ellos es el de sacar dinero de la clase media, que es siempre numerosa, para ayudar a los pobres.

Cómo se verifica eso en Berlín, van ustedes a saberlo. Hace cien años que se organizó una sociedad de beneficencia, compuesta de hombres de raza y de religión diferentes y, a veces, de posición social. En lo que todos marchan iguales es en el bien obrar. Comprende la asociación varios artistas, industriales de artículos distintos y personas acaudaladas de reconocido buen gusto cuyas casas atesoran obras de arte

antiguo y moderno, coleccionadas durante largos viajes alrededor del mundo. Pues bien, una vez al año, desde que se inicia la primavera hasta que los ardores del verano anuncian la desbanda general, en Berlín, ponen en exhibición pública sus estudios los artistas, sus fábricas y talleres los industriales, sus mansiones los ricos.

El Estado contribuye permitiendo que en los museos, a horas desusadas, profesores expertos sirvan de guías, en tal o cual sección de arte, a aquellas personas que por módica cantidad han querido conocer a fondo los méritos de un cuadro o de una estatua, o a distinguir los caracteres peculiares de una escena artística.

Cada día hay algo que ver; siempre, mucho que admirar, y así el tenedor de billete de entrada a todos esos lugares, a la terminación de la temporada viene a descubrir que el desembolso de veinte marcos, hecho de un tirón, le abrió por veinticinco o treinta centavos puertas que muchos quisieran ver de par en par por el importe completo del billete, porque sólo viajando tendrían oportunidad de ver los primores que los ricos atesoran, si éstos no quisieran prestarlos para mostrarlos al público.

\* \* \*

En los estudios, los artistas muestran sus obras, trabajan en presencia de los visitantes y responden con amabilidad a cuantas preguntas se les hacen, muchas de ellas de sobra impertinentes. Los fabricantes ponen, al servicio del público, expertos empleados que explican minuciosamente la labor fabril; y el acomodado que exhibe su habitación, la pone en manos de la servidumbre, exponiéndose al riesgo del deterioro que ocasiona el ajetreo de la mucha gente, y se ausentan mientras dura

el visiteo, con bastante buen sentido y modestia; sería penoso para ellos que gozan de toda la comodidad y elegancia que da el dinero confrontar a quienes, muy lejos de disfrutar de igual privilegio, no dejan de sentirse algo rencorosos y comidos de envidia.

Pero unos despreciando y otros rabiando, todos contribuyen al bien común. Los de abajo han saciado su curiosidad y se creen desquitados de muchos sinsabores con haber visto la butaca en que se sentaba de ordinario el canciller Bismarck, el bufete en que escribía, el panorama que a sus ojos de mirada torva se le ofrecía por la ancha ventana de la estancia. Los de arriba, animados por el éxito de la empresa, cobran alas para volar por el mundo y adquirir en frecuentes y largas excursiones objetos raros, prendas singulares que convertir en pan para los pobres.

Y así se acortan las distancias entre los corazones que laten al mismo impulso; así es como las naciones que leen bien y piensan mejor muestran a las que apenas deletrean, si sólo se asocian para bailar, cómo se puede hacer por que los ricos contribuyan sin sacrificio al auxilio de la indigencia.

## Características de los pueblos<sup>124</sup>

*Desde Berlín*

Donde nosotros ponemos una pulquería,  
Alemania establece una librería.

ESTE DÍSTICO, QUE POR SU ELEGANCIA Y SONORIDAD parece brotado del cacumen de un poeta decadentista, se me acaba de ocurrir, mientras atravieso la ciudad, en sabroso mangoneo. Ando lentamente y me detengo en examinar los libros, expuestos en apretadas filas, en los escaparates de las librerías. Abundan éstas como en México las cantinas; es decir que hay una en cada esquina, otra, u otras, repartidas en las calles, un poco largas, y tinglados más o menos pequeños, donde se venden todos los libros nuevos, en cada estación del ferrocarril.

Las obras en venta no se distinguen por ser de importación extranjera, aun cuando todo lo que Europa produce de intelectual, y los Estados Unidos, está ampliamente representado en las vitrinas, bien en las lenguas originales, bien traducidas en la vernácula.

Sobresalen los tratados científicos, los de filosofía y los de artes bellas; siguen las novelas del día, siempre tendenciosas, resolviendo graves problemas, y concluye el surtido la literatura infantil, que contiene a la vez lo útil y lo agradable.

\* \* \*

<sup>124</sup> *El Imparcial*, t. XXII núm. 3897, 2 de junio de 1907, p. 11.

Cierto es que los precios de las obras son relativamente módicos, cuando los autores de ellas han muerto; pero no ocurre lo mismo con las de los vivos y que desean seguir viviendo de lo que los libros les producen: éstas son sumamente caras. Con todo, se venden como pan caliente.

No es menester, para atractivo del comprador, que los libros estén abiertos, de modo que luzcan estampas sugestivas, ni que el vendedor los haga antojadizos a las mentes enfermas de depravación, colocándolos en el lote marcado con el popular letrero de “Sólo para hombres”, “Sólo para mujeres”; sus títulos son breves y secos: “Filosofía por fulano”, “Literatura general por zutano”, “Arte por perengano”. Sin embargo, vuelan en el mercado, simple y llanamente porque la gente alemana no sólo gusta de comer, sino que también lee.

La novela barata, que suele causar la mayor parte de los suicidios en el mundo entero, aún más que las dificultades económicas, no falta, naturalmente, y aquí como allá ocasiona bastantes fechorías. Pero justo es decir que los lectores sanos no van a la zaga de los que buscan en el libro emociones reavivadas o flamantes. El periódico, naturalmente, contiene algún mamarracho para el vulgo, un tema de folletín, a la vez que la crítica detallada de las obras del día, que sirve como de aperitivo al lector.

\* \* \*

En el tranvía se lee mucho. Pero el periódico del momento, aunque abundoso en páginas, no da lectura para mucho rato, por contener noticias comerciales y anuncios; así, una vez enterados de lo poco que en los diarios hay de interés general y de aquella parte que individualmente le atañe, según la

ocupación a que se dedica, se arroja el papel y vuelve el libro a ser el favorecido del público. A ningún señor tieso y de bigotes almidonados le da vergüenza cargar con su gran cartapacio negro y feo repleto de libros y apuntes, para hacer agradable el tiempo pasado en el tranvía. Ya se sabe que aquellos lectores plegujoneados de la cara, o todavía con las heridas cubiertas con tela emplástica, son lo más selecto de la intelectualidad alemana, los salidos de las universidades, y éstos, por supuesto, leen lo mejor de lo mejor.

Por supuesto, no faltan lectores de mamarrachos, idónde han de faltar!, ni de libros hechos para pervertir, como se hacen en todas partes del mundo, y cuando no se hacen por material incapacidad intelectual, se traducen y se adaptan con comentarios y notas aclaratorias; pero la relajación de los que prefieren esa clase de lectura está equilibrada con el recto criterio de quienes gustan de adquirir conocimiento de obras nobles y sanas. Y así, meditando sobre “Los orígenes de la vida”, “Lo que es la existencia”, “Fin y objeto de la Creación”, cada hijo de vecino vive su vida misma sacándole al pícaro mundo cuanto puede dar de sí.

Pero, por supuesto, lo fundamental de esto es saber leer. ¡Y vaya usted a poner librerías donde no se tiene más que sed!



## La civilización en las grandes ciudades<sup>125</sup>

*Desde Berlín*

PARA LOS SOÑADORES, LA CIVILIZACIÓN DEL MUNDO ES un ideal que nunca esperan ver realizado; para unas cuantas almas escogidas ha sido un hecho; pero para la mayor parte de los vivientes no ha pasado de manía que nos sacan a bailar de palabra o por escrito siempre que se presenta la ocasión.

Por civilización entienden éstos viajar en ferrocarril, alumbrarse con luz eléctrica y comunicarse mediante el teléfono, por eso al advenimiento fatal de una de esas calamidades públicas que causan daño a los grandes grupos humanos, en pudiendo servirse de algún aparato científico para popularizar la noticia y aumentar el terror de la muchedumbre, ya creen haber dado muestras de civilización. Pongo por caso.

De los millares de europeos que jamás han sacado el pie del terruño, y saben, por minúsculos tratados de geografía, que en África, Asia, Oceanía y América viven negros, indios y otros ejemplares de razas inferiores revueltos con los emigrantes europeos, que son la gente más zafia e infeliz de estas comarcas; cuando los sismógrafos de los principales observatorios anunciaron que se estaba verificando un terremoto a diez mil kilómetros de distancia, la noticia solamente arrancó esta exclamación: “¡Qué buenos aparatos! ¡Cómo ha adelantado la ciencia!”.

\* \* \*

<sup>125</sup> *El Imparcial*, t. XXII, núm. 3904, 9 de junio de 1907, p. 9.

Pero aquella minoría emparentada con los largo tiempo emigrados del Viejo Continente, que por virtud de la susodicha parentela suelen recibir mensualmente libranzas que, aunque pagadas en América con montones de papel moneda, muy depreciado, se convierten, en manos de los tenedores de ellas, aquí en Europa, en muy buenos florines, marcos y libras esterlinas, pasada la admiración por los avances de la ciencia sintió una sensación de vacío en sus bolsillos viendo con terror la miseria del porvenir. Si hubiera sido a lo menos en África o en Filipinas, menos malo, pensaban los que temían por Valparaíso, por Kingston, por California, de donde les vinieron los últimos desastres mercantiles. La repetición de un terremoto por allá sería el golpe de gracia. En cambio, los especuladores en África, Asia y Oceanía levantaban taimadamente los ojos al cielo, clamando: “¡Qué lástima que el Nuevo Continente esté llamado a desaparecer! Porque de seguro que la calamidad ha de haber caído sobre América”. Y todos, con hipócrita resignación, al desear en el alma que la catástrofe no perjudicara los propios intereses, consolábanse los unos a los otros. Era la eterna repetición del viejo dicho popular: “¡Que se haga la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre!”.

Más tarde se pensó en los deudos ausentes. Ya los diarios habían hecho la luz sobre el lugar de la catástrofe; ya se sabía que en varios puntos de América había ciudades arrasadas y que el mar, después de tragarse buena porción de las costas del Pacífico, no tardaría en sorberse lo demás. ¿Qué había de extraño en ello? ¿No se había sumergido la Atlántida y arrojado al espacio un cacho de tierra, de donde resultó formada la Luna, que como luminoso remordimiento se reflejó en las aguas de ese pérfido océano que la arrojó de sí en un olímpico estornudo?

\* \* \*

¡Ay, qué será de mi anciano padre, de mi hijo tan fuerte y tan emprendedor, para quien las minas de sal ofrecían una riqueza! ¡Ay, el hermano que se ha curtido al sol tropical contando los borregos de su ganado; el cien veces capitalista que ya se preparaba a vender su negocio y retirarse a gozar en la vieja patria de lo poco de vida que no le consumió la fiebre de medrar! ¡Naturaleza cruel, naturaleza injusta, que así te cebas en el hombre que lucha y que trabaja!

Los cablegramas se sucedían más explícitos, más detallados; cada uno de los emparentados con los residentes del sitio del desastre, a los relacionados con sus empresas, saben ya claramente qué fue lo que sucedió en general, pero queda por saber la suerte que les cupo en la calamidad colectiva, y acuden ansiosos a los bancos y a los centros mercantiles muy importantes, en busca de pormenores, en tanto que les llegan por el cable mensajes de sus corresponsales y socios. ¡Ah, por fin!

Cablegrama de un inglés: “Gran terremoto anoche en sur México; ciudades destruidas; nuestros intereses a salvo; nuestros empleados europeos sin novedad”. Mensaje a un periódico alemán: “México grandemente destruido por terremoto de ayer. Vidas perdidas. Duración del fenómeno, cuatro minutos. Geólogos estudian volcanes. Ningún europeo se encuentra entre las víctimas”.

\* \* \*

A Estados Unidos la noticia llegó multiforme y circunstanciada en demasía. Había vistas y planos y descripciones de los lugares castigados; se medía el territorio, se analizaba su subsuelo, se

trataba de su fauna, de su flora científicamente y se ponderaba su riqueza natural; pero a la hora del recuento de los caídos, el tenor de las correspondencias oficiales y particulares era siempre el mismo, ya fuesen extensas misivas obviadas por el correo o bien breves mensajes telegráficos. Todos terminaban de esta guisa: “No era una región poblada por americanos”. “Por estar esos pueblos muy apartados de lugares comunicados, pocos americanos vivían por allí”.

Otro telegrama terminaba diciendo: “Entre los nombres de los muertos no figuran los de personas prominentes”.

¿No es esto consolador? Ya podemos respirar felices los que sabemos por los periódicos la magnitud del azote caído sobre la patria ausente. Que los aplastados se llamen Sánchez o Pérez, que sean el boticario o el sacristán, ¿qué importa? Si los intereses extranjeros están incólumes, si no han sucumbido americanos, ni europeos, ni personas prominentes, alcemos las manos al cielo. ¡Loados sean los dioses!

## Pequeña travesía<sup>126</sup>

LOS VIAJES QUE SE HACEN CON LA IMAGINACIÓN, teniendo a la vista un mapa extenso y a mano algún voluminoso ejemplar de geografía ilustrada, son, créanmelo ustedes, los más cómodos, los más pintorescos y los más baratos.

Esas navecitas trazadas con cuatro líneas que bogan dulcemente entre dos paralelos o dos meridianos distantes entre sí una pulgada, nos llevan de continente a continente por los océanos y por todos los mares que, ya estén sosegados y tersos como los que suelen inspirar a los poetas filarmónicos las danzas habaneras, ya se agiten en ondas encrespadas, siempre nos llevan a la orilla salvos y sobre todo secos. ¡Ah! El encanto del mar, la irresistible atracción del mar; cuánto he buscado todo esto en los ochenta minutos que duró la travesía de Calais a Douve, en vapor de la armada francesa.

El barómetro había descendido cuanto le había dado la gana, mientras que nuestro tren corría desolado, de París hacia la costa, por entre unos campos que acababan de rendir su última cosecha y descansaban, calvos y amarillentos, de la tarea cumplida con paternal precisión. El sol se había estado haciendo de papeles y se metió por fin detrás de gruesos nubarrones que, al término del viaje, dijeron agua, y agua viene sin compasión en el instante que, a campo raso, era menester a centenares de pasajeros traspordarse del ferrocarril al vapor y del vapor al ferrocarril.

<sup>126</sup> *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4009, 22 de septiembre de 1907, p. 10.

A cualquiera se le ocurriría hacer poner un cobertizo en punto de tráfico tan considerable, máxime cuando el movimiento de los viajeros representa otro movimiento de monedas que salen de los bancos de todo el mundo para entrar en los bolsillos de la compañía de vapores y ferrocarriles; pero la susodicha no se da por entendida y las cosas van así, tan primitivamente como en los felices tiempos de la Creación, digo mi cuento.

Profesionalmente armados, para nuestra defensa, de paraguas que pugnaba por llevarse el viento más suelto de madrina que en esos momentos soplabá, hicimos la distancia del andén al muelle, a cuyo extremo atracaba la embarcación. Por ser ésta de no muchas toneladas de desplazamiento, bastante raquítica. Para el gran tranco a que la destina, no alcanzaba a subir su cubierta el piso del muelle; era, pues, menester bajar, y para ello, ser algo así como aprendiz de acróbata, o tener a lo menos sus puntitas de peón de albañil. O pintor de ella, porque el puente de travesaños tendido entre barco y tierra, con destino al trasbordo, estaba sumamente empinado. Además, como llovía a cántaros, la tabla pintada con aceite convidaba a hacer resbaladillas.

El descenso fue como tantos heroísmos ignorados en el mundo. ¡Qué desgrane de llamamientos a los individuos de la corte celestial para que acudiesen en auxilio nuestro! Para mayor corona de ignominia, los marineros encargados de mostrar el camino, con el pretexto de animarnos a proseguir, hacían befa de nuestro justo miedo. “Vamos —decían—, no hay que temer, *allez, allez*”, y cachazudamente se preparaban a reír del primero que cayese. Nos miraban de un modo, vamos, como si fuera una vergüenza no saber encaramarse en el palo mayor. Entretanto la multitud empujaba hacia atrás, con brío,

deseosa de guarecerse del chubasco, y como que no sabía la que le esperaba a la punta del muelle; llegando allí, paraba, volvía los ojos a todos lados en busca de una mano amiga, pero sólo encontraba a los pies la tabla vertical y abajo la desdeñosa sonrisa de los que, sin novedad, habían pasado el trago del descenso. Ésos ni se acordaban del susto ni paraban mientes en que el agua los calaba, ante la grata satisfacción de ver a su prójimo zambullirse y dar un chapoteo en el mar, o romperse el bautismo contra la obra muerta del buque.

En cubierta era el diluvio. Bajo la toldilla destinada exclusivamente a señoras se habían albergado hombres y mujeres de los llegados primero, e invadido gran porción del lugar con equipajes de mano que la habrían pasado retemal al raso. Así, no quedaba sitio para algún alfiler. Los monos de a bordo, con todo empezaron a despejar, para dar cabida a las sillas largas que se les pedían, y entonces se vio que también allá se había colado el agua anegando el suelo. Fue delicioso el baño de pies. A mí se me ocurría que si a los pasajeros de primera nos cabía el placer de aquel remojón, los de segunda estarían probándose los salvavidas y los de tercera, si de tercera hubo, batallarían a más no poder por disputarse alguna copa de oro en un concurso de natación.

No acababan aún los marineros la faena de arropar en mangas de hule a quienes lo solicitaban, cuando zarpó el vapor que, según por allí se decía, era de buen andar y se llama *El Paso de Caláis*. Entonces empezó lo sabroso del viaje. Unos cuantos bullidos de la máquina y unos minutos de ver bailar las chimeneas y palos de las embarcaciones ancladas, y hétenos ya fuera de bahía arreados por un viento helado muy descortés que parecía tener prisa por echarnos fuera. Los pasajeros ya no se reían unos de otros, hasta los que se mostraron guasones,

a la hora del descendimiento, ponían caras de fe ante la grandeza de la mar encrespada. Y había por qué.

Salido *El Paso de Caláis* del área de abrigo del puerto, empezó a cabecear de lo lindo; cortaba el oleaje de través, y a cada nuevo golpe de viento levantábase de popa a proa, no con majestad ni elegancia cual suelen creerlo los espectadores que enderezan mar adentro su catalejo desde la playa, sino con poquísima gracia y ruda grosería. Las mujeres primero, menos jactanciosas de fortaleza y resistencia contra la furia de los elementos, luego que conocieron, por la mar gruesa, que tenían que habérselas con el viento arreciante, se echaron los velos a la cara, las que los tenían, y todas fueron tomando el sitio y la postura que acomodaba a su estado y circunstancias, saliendo a cubierta en busca de aire la mayoría, no obstante la menuda lluvia que aún quedaba del aguacero; repechándose otras contra la banca circular de la toldilla, como para recatar en el fondo así, nadie, estoy segura, se hubiera preocupado del posible riesgo de un naufragio. Por mi parte, me afligía más perder la dignidad enfrente de tan numeroso concurso que servir de cena a los tiburones.

Lo mejor era no ver; atrás, la costa se apartaba de prisa, como si quisiera huir del “pobrecito” *Paso de Caláis*, abandonándolo a su suerte; delante, nada de horizonte, el cielo encapotado y lagrimoso, y la masa gris del agua ondeando por los cuatro lados. Cerré los ojos, decidida a tomar aquello por su mejor lado, poniendo a prueba la eficacia dudosa del propio dominio por medio de la voluntad. Pues no me he de marear, me dije, y no he de marearme porque no quiero. Empecé un soliloquio así: “Vamos a ver qué canciones bonitas sé yo que traten cosas de la historia nacional”.



¿Del mar? Pues desde luego esa de “Dichoso aquel que tiene su casa a flote y que en el mar se mece su camarote...”. Francamente, no pareciéndome cosa mayor la dicha mía, en ese momento, abandoné la canción del contra maestre por otra danza en que se dice de cierta “piragua se mecía en la onda azul como los cisnes”, y como tampoco me pareció apropiada al caso, la dejé por la “del barco moro” en que se alejó cierta ingrata dejando en tierra a su amante, y por fin otra y otras muchas canciones me pasaron por la cabeza hasta que di con la que me venía a punto, la de “Mamá Carlota”. En efecto, en efecto: “La nave va en los mares, botando cual pelota...”. Eso sí que era verdad. De tan triste pensamiento me sacaron voces cercanas que confidencialmente dialogaban acerca de la travesía. Eran, respectivamente, la de una señora a tres cuartos de marearse y la de este buen sujeto que complacientemente respondía a sus preguntas. Hablaba la dama:

—¿Seguirá el mal tiempo?

—¿Mal tiempo? ¡Ca!, si no lo hemos tenido. El viento sopla poco y viene de atrás. Ayer sí que hicimos mala travesía.

—¿Peor que ahora?

—Y más larga. No quedó pasajero por marearse y llegamos a Douve con media hora de retraso.

—¿Cómo así!

—Seguro. Traíamos viento a babor y el barco venía clavado de costado. Además hubo niebla tan densa que no fue posible callar la sirena en toda la travesía. Ayer había peligro, hoy no.

La señora se reanimó con el discurso del marinero, que quizá a fuerza de experto lo había compuesto para consolarla, como si hubiera escuchado a Isaías. A mí me apenó de mis emociones y danzas habaneras dando rumbo diferente

a mi pensamiento. Abrí los ojos y vi que llovía; consulté el reloj y me dije tristemente: una hora apenas. ¿Cómo se podrá hacer una larga navegación con este baile? Sábelo Dios. Y sin embargo se hace.

Vuelta a cerrar los ojos y vuelta a pensar cosas gratas. ¿En qué ocuparé mi mente ahora? En primer lugar, en que es una niñería empeñarse en creer que es desagradable moverse de uno a otro lado como en hamaca, o de atrás a delante como butaca mecedora. ¿No me he complacido muchas veces en ese meneo sin que nadie me lo exija ni me lo mande? Pues ahora es lo mismo, tan grato es que yo dé impulso a la silla como que se lo dé el aire, o el agua, o los dos juntitos. Conque vamos a ver: una caravana a este lado y otra al opuesto; una, dos, una, dos, una, dos. Bien mirado, no puede haber vaivén más sabroso, más arrullador. No bien le hube encontrado el modo al cuneo, la voz quejumbrosa de la misma señora volvió a dejarse oír:

—¿Cuánto tiempo nos falta para llegar?

—Veinte minutos a lo sumo, porque tenemos diez de retraso.

Esta aseveración del marinero sí que me sacó de quicio. Me habían informado mal en la estación, asegurándome que el viaje era de tres horas y para tres horas había yo almacenado la suficiente resignación, así es que me sobraban casi dos terceras partes. Pues las echo como lastre al mar; buen plato de resignación almorzarán por mi cuenta los peces. Pero, ¡ay!, faltaban todavía veinte minutos y éstos se me hicieron más largos que la hora trascurrida.

Traté de leer un cartel fijo en el pilar frontero, en que se advertía algo importante a los pasajeros, pero las letras me bailaron. No llegué a enterarme de la lengua en que estaba escrito el susodicho cartel. ¿Veinte minutos? ¡Dios mío! Pues

sea: veinte minutos de “ciencia cristiana”, al fin y al cabo que está de moda en el mundo civilizado. ¿Mareo? Si no existe tal cosa, como no existen ni el dolor, ni el mal, ni el pecado. Es todo imaginación, enfermedad de la fantasía, aprehensión, quimera...

Ya atracamos, ya saltamos en tierra. Bendita sea ella, la talentosa mujer que inventó la “ciencia cristiana”.

## En la patria de los congresos internacionales<sup>127</sup>

EN LOS MISMOS DÍAS EN QUE SE ESTÁN CELEBRANDO en Bruselas los congresos de la Gota de Leche y el de Aerostación y en Malinas el de la Instrucción Libre, el presidente de una de estas importantes asambleas recuerda al público que Bélgica es abierta y hospitalaria para todos los hombres que deseen reunirse en paz y asociarse en el estudio de las ciencias que de un modo u otro procuren el progreso y bienestar del género humano.

Así es. En Bélgica tuvieron origen los congresos de Educación familiar, Mutualismo y otros, cuyo significado es el bien obrar a favor de otros, o en una palabra, el llevar a terreno de práctica fecunda el mandamiento del Antiguo Testamento, parafraseado en el Nuevo, por boca de Jesús: “Amaos los unos a los otros”.

\* \* \*

El rey Leopoldo II, quien conoce por experiencia los sinsabores de la vida y a lo que sabe malcasar a los hijos y ver extinguirse la juventud de una hermana en el caos de la demencia, se desquita como puede del dolor, acercando a los hombres entre sí, para que, conociéndose mejor, se protejan y compadezcan recíprocamente. Este señor rey es un rey ideal; pertenece a ésos que en otros tiempos, antes de que existiera el derecho divino, eran proclamados soberanos por el entusiasmo popular y apellidados con esos adjetivos sonoros que le llenan a

<sup>127</sup> *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4030, 13 de octubre de 1907, p. 10.

uno la boca y la dejan paladeando miel: el Magno, el Justo, el Grande, el Magnífico. Porque magnífico, grande, justo y magno es aquel que en vez de construirse palacios para su regalo mira por que se fabriquen habitaciones decentes para su pueblo; en lugar de apartar y hacer guardar los mejores arbolados del reino para sus cacerías de recreo, permite que los bosques, adornados con todas las galas de la naturaleza, sean sitios de esparcimiento general.

Pues bien, a la sombra de este señor rey de veras, que en 1905 invitó a los hombres preexcelso a convertir la nación belga en propileo del templo de la humanidad, mientras que un grupo de esos convidados arroja al debate mil proyectos para arrebatar la infancia de las uñas de la tuberculosis y otro busca los medios adecuados para difundir entre los niños, emancipados del raquitismo corporal, la luz de la instrucción que los prevenga de caer en el raquitismo de las almas, una reunión de luchadores, bien atrevidos y valientes, asociados con el nombre de la Federación Aeronáutica, adopta diferentes resoluciones sobre la cuestión de los globos dirigibles.

Eso de navegar por los aires es la manía universal dominante hoy en día; y muchos hay que soñándose tan bien equipados, como Mercurio, para atravesar graciosamente los espacios como el dios alado medía la distancia entre el Olimpo y la Tierra cuantas veces le daba la gana, se arrojan en aparatos de su invención, y, si bien es cierto que hacen con donaire el ascenso, en vez de coger el portante apetecido, entre las nubes voladoras, caen disparados cuando menos se lo figuraban y donde menos lo hubieran deseado. Ícaros con sus alas de pega, aplastados contra las rocas, o arrebatados por las olas encrespadas, los hay cada lunes y martes, cuando nada digamos de los que sólo ven las orejas al lobo y salen, por buena suerte,

ilesos de entre sus fauces. En días recientes tres de estos mal aventurados aeronautas dieron el zapotazo inesperado sobre la vía férrea, cinco minutos antes del paso de un tren expreso, y fueron apartados milagrosamente del peligro por transeúntes casuales que acudieron a la buena obra con diligencia. Antier o anteantier, los periódicos hablaron de otro que tuvo que abandonar su globo, bajando él a refugiarse sobre un témpano, que era el único punto sólido que se le ofrecía, y de ahí, cuando ya empezaba a pasar las penas del purgatorio, un buque pasajero a la sazón lo arrebató a la muerte.

\* \* \*

La conquista del aire es asunto palpitante. En Londres, el ejército inglés, con miras que tienen muy poco que ver con el estrechamiento de relaciones cordiales entre los pueblos y las razas, acaba de hacerse fabricar el primer globo dirigible, cuyo ensayo de prueba se verificó con resultado favorable. Tiene la forma de un cigarro. Cuando lo soltaron, hizo en el aire piruetas muy graciosas, o que a la vista lo parecían; ahora, lo que hayan sentido con el meneo los militares Cody, Capper y Cing, quienes tripularon el aerostato, averígüelo Vargas.

En alas de ese viento picante que los ingleses encuentran encantador, porque el adjetivo encantador es elástico y adaptable lo mismo a unos pies de mujer que a una sonata de Mendelson, el *Scilly Secundus* se remontó en veinte minutos y después de describir una curva de cuatro kilómetros, ochocientos metros, a voluntad del operador, bajó festejado por el aplauso general, aunque con la correa transmisora rota. Con todo, el constructor del aparato se frotó las manos de satisfacción.

\* \* \*

Los experimentos de máquinas aéreas continúan en Francia, Italia y Alemania con empeño laudable, y globos de varias formas y nombres adecuados trabajan por resolver el problema de la navegación astral, a expensas de sus tenaces inventores. En Issy-les-Moulineaux se hacen pruebas con el aeroplano, en Saint Cyr se ensaya el uniplano, con un viento deshecho.

Naturalmente, así como se persigue la perfección del aerostato, se busca a la vez la protección del aeronauta. Con tal motivo, las cuestiones propuestas en el congreso que viene celebrándose, bajo la presidencia del príncipe Rolando Bonaparte, tienden a establecer un curso normal de aerostación, fijando claramente muchos puntos dudosos. Quien propone la introducción del sistema métrico en la aeronáutica; quien pide que se haga el estudio matemático del aire y su aplicación a los globos dirigibles. Tal socio solicita que se constituya una serie de observatorios meteorológicos al servicio de los globos y los siervos volantes, y, finalmente, se da la palabra a expositores científicos, a quienes se desea ansiosamente oír disertar sobre puntos importantes: “La evolución de los globos dirigibles sobre un plano horizontal determinado y la preparación del hidrógeno por nuevos procedimientos”, con objeto de obtener este gas a menor precio. Pero de todos estos puntos a discutir, ninguno me parece tan trascendental, con serlo todos en sumo grado, como el que preocupa la atención del príncipe Rolando: la tendencia que nota en algunos de los que estudian el problema de la aerostación, de aplicar esta ciencia a facilitar a las naciones las maniobras de la guerra, en vez de servir de lazo para estrechar las relaciones fraternales de la humanidad.

\* \* \*

Otra proposición se refiere a que las naciones se unan para crear un pasaporte internacional que sirva para identidad y protección de los náufragos de los aires, en caso de que, por accidente, vayan a dar con sus huesos donde menos apetecían, y la invención de un sistema de señales que puedan usar los aeronautas, desde las alturas, para con el pueblo, ya sea pidiendo auxilio, si lo necesitaran, y nosotros, las hormigas de la tierra, estemos capacitados de darles otra cosa que miradas compasivas y suspiros, ya para comunicar sus impresiones aéreas a los mirones de aquí abajo, si pasan hendiendo con la soberbia majestad del cóndor.

Pues nada, que, con el tiempo, volaremos. Sin ir más lejos, esta misma tarde emprendieron una gira celestial treinta y cuatro pares de profesores en el arte, y aun cuando yo le pido a Dios que me los tenga al presente a buen recaudo, no lo tengo por muy seguro. Quién sabe si alguno de ellos se habrá dado el costalazo, o no pare en su vuelo todavía. Los susodichos pares salieron en sendos globos del parque que circunda el edificio de la Exposición.

\* \* \*

No fue escasa la concurrencia que acudió a presenciar el alegre acontecimiento; como que se trataba de un concurso internacional, en el que jugaban, además de premios en medallas, objetos artísticos y dinero contante y sonante, el amor propio nacional de siete países, de los cuales algunos son muy puntillosos. Así, había extranjeros a granel; en cuanto a los de casa, podía andarse sobre sus cabezas.



Se organizó la fiesta con el nombre de Concurso Internacional de Distancia y fue llevada a cabo por expertos aeronautas, en globos esféricos libres, sin motor, bajo auspicios del Congreso de Aerostación que se está verificando en Bruselas.

Aunque con música y todo, la operación preparatoria a la salida de los globos es lenta y tediosa. Dos o tres horas de ver que éste corre a la derecha, aquél a la izquierda o todos juntos de derecha a izquierda y de siniestra a diestra; luego confusión general, más tarde orden en las filas, y cada ayudante a su cuerda respectiva. El globo, ya muy esponjado, empieza a contonearse y a subir, mas como los sacos de arena le impiden arrancarse hacia el vacío, se tiene a flote, mientras se acomoda el lastre, donde debe, y los intrépidos que van a apostar su vida toman puesto en la canastilla. Entonces que se han ido acercando unos a otros hasta formar estrecho círculo, con los brazos tendidos al aro que recoge la boca de la red, se desprenden, a una, quitan los amarres al globo, desprenden las manoplas del pavimento y pun... Allá va el aparato muy gentilmente.

\* \* \*

Para cobrar ánimo ha dado una vuelta de rotación el globo, y los que van en él se despiden mentalmente de todos los aunados que dejan en el mundo, por si no los volvieran a ver. Y se alzan serenos al parecer y alegres, con profunda fe en las docenas de metros de tela, y la red de cuerda, y el apestoso hidrógeno y todo lo que se sigue. Pero por las muchas atenciones que los ayudantes dispensan a los guapos del viento, pues casi los miman, diríase que temen perderlos; que al ayudarlos a ponerse el sobretodo y la gorra de viaje creen estar ajustándoles la mortaja.

\* \* \*

Los treinta y cuatro globos que entran a competencia se marchan por fin uno tras otro, en el espacio de dos horas, izando cada cual el pabellón del país a que pertenece. Bélgica ve su bandera en diez aerostatos; Francia, en otros diez, sus colores nacionales; Alemania, nueve; Inglaterra, dos, y una vez, respectivamente, Italia, Suiza y Brasil. Se fueron. Aunque los seguimos tenazmente con la mirada por largo rato, al cabo los perdimos de vista: desaparecieron, deshaciéndose en el aire como las brujas de otra edad, dejándonos un tufo de hidrógeno mucho más desagradable que el tradicional olorcillo de azufre de los aquelarres del sábado.

Dios acompañe a los aeronautas intrépidos y les ilumine el entendimiento, para que sus futuras invenciones redunden en bien de los porteros. En cuanto al bien mío, muchas gracias: mientras haya buques y ferrocarriles, yo seré antigualla recalcitrante.

## La exposición de higiene en Berlín<sup>128</sup>

MIENTRAS LA INDUSTRIA Y EL ARTE exhiben sus obras de ingeniería y de belleza, al aire libre o en palacios suntuosos de construcción reciente, la profunda ciencia, señora del presente siglo, madre amorosa de las generaciones venideras, muestra sus aparatos e instrumentos portentosos con que se arma para apartar a la humanidad del sepulcro prematuro y decirle, en el borde de la tumba: “Lázaro, levántate y anda”.

Recorriendo los largos corredores del palacio de Reichstag, donde educadores, cirujanos, ingenieros y maestros de obras han expuesto, por manera objetiva, sus esfuerzos colectivos e individuales en beneficio de la salud, la energía y la prolongación de la vida del hombre, en suma, de su felicidad en lo que cabe, no suenan acordes de música cual suele en las demás exposiciones, ni la concurrencia que examina los objetos semeja a las multitudes casquivanas que asisten a todo espectáculo público, a loar el último figurín de París, o a envidiar a quien lo luce. Así, brillan por su ausencia mujeres colgadas de trapos, plumas y joyas y sus indispensables cortejadores: galanes callejeros vestidos de cuerpo, por los sastres de moda, y desnudos de ideas, de ideales y de corazón. Bien mirado, este concurso es triste. Nadie mira ni busca a nadie, mientras se desliza circunspecto y callado de un punto a otro, llevando en el rostro la expresión meditativa de quien se pasa en la mente un axioma cuyos porqués, como todos los porqués de las cosas serias de la vida, sólo pueden expresarse en una

<sup>128</sup> *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4044, 27 de octubre de 1907, p. 9.

interrogación seguida de puntos suspensivos. Las palabras que flotan y nos llegan al oído por casualidad no son las de cumplimenteras demostraciones de alegría, ni de requiebros impertinentes, ni de fórmulas sociales faltas de sinceridad; significan el asombro de los que se interesan por el bienestar de la humanidad porque nada saben de ciencias; significan la admiración honrada de los estudiosos ante los portentosos descubrimientos de los sabios.

Hay cosas, sin embargo, que están al alcance de todos, como por ejemplo ciertos cuadros hechos a brocha gorda, tres en número, cuyo conjunto lleva por nombre lo siguiente: "Medios de propagación de enfermedades infecciosas". El primer lienzo representa unos lavaderos públicos, donde las mujeres lavan en común ropa procedente de personas sanas y la manchada y pestilente de enfermos. El segundo cuadro pinta a una mujer arrojando agua sucia en un albañal abierto en medio de la calle, en cuyo arroyo juegan varios niños; y, finalmente, el tercero deja ver en primer término la puerta de un inodoro, a la cual se encamina trabajosamente, apoyado en su bastón, un hombre demacrado y consumido por alguna enfermedad de microbios en pleno desarrollo.

\* \* \*

A mi parecer, el autor de los cuadros se quedó corto, iniciando apenas la colección. Faltan la escuela donde el maestro está comido por la sífilis o la maestra se deshace en tuberculosis; la iglesia con su pila de agua bendita que provee a mucha gente de la única agua lavable que puede llevarse a la cara; el coche, el vagón y otros vehículos cuya desinfección, cuando la tienen, es sistemática periódicamente, de modo que si un carruaje,

pongo por caso, es limpiado perfectamente los martes, y media hora después de haber salido de las manos del Consejo de Salubridad, como flor de espuma, lo ocupan para trasladar a una persona en apariencia sana, aunque no sea en realidad sino un saco de bacilos, el mismo día y durante toda la semana puede hacer pródiga propagación de ellos, sin que en la conciencia del empresario de simones se levante ningún escrúpulo. Y faltan muchos otros medios de contagio que el mundo no ignora, pero finge no conocer por no verse obligado por no sostener batalla contra la preocupación social, la rutina, la conveniencia pecuniaria. De donde cada uno se previene si puede, o lo mejor que puede, y por lo que toca a los demás, como decía el rancho, cuando la epizootia daba cuenta del ganado del vecino: “Que se haga la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre”. A tales y cuales horas del día, los inventores de aparatos o los descubridores de nuevos remedios, o creadores de sistemas curativos, todavía flamantes, o en su defecto expositores competentes, dan conferencias al público sobre los objetos expuestos, para que nadie se quede a oscuras del significado de lo que ha visto. Claro que siendo tales conferencias muy técnicas y hechas con el noble fin de instruir y no demostrar elocuencia ni propia ni afectada, erudición legítima o de segunda mano, los oyentes forman grupos pequeños de personas que conocen los alcances de lo que van a aprender. A los curiosos no les sirve de nada lo que allí se dice o se enseña; queda para ellos lo que se ve, que no es ni poco ni falto de interés aunque nada grato a los ojos, con raras excepciones.

\* \* \*

Pasando por alto los planos y cortes seccionales de atarjeas, esclusas, caños, etc., sólo de la competencia de ingenieros y constructores, se nos presentan modelos en miniatura de casas de vecindad y de particulares, de sanitarios, hospitales, hospicios, asilos, cementerios y crematorios. En todos estos edificios se nota a las claras la importancia que sus autores han querido dar al sol y al aire como factores de vida; en todos se encuentra predominando el agua para verificar con ella el aseo completo de las casas y el cultivo de los jardines que indispensablemente las rodean. El dilema queda pues establecido así: o vivir con la naturaleza, por la naturaleza o para la naturaleza, o estacar la zalea de un momento a otro: “a escoger”.

Contra los siete pecados capitales, que llaman mortales, no hay siete hermosas criaturas vestidas a la griega con luengos ropajes de crespón de la China, simbolizando las siete virtudes preconizadas por el padre Ripalda, sino una vasta colección de miembros y vísceras humanas, conservadas con el auxilio de la química, o imitaciones perfectas de todo ello hechas en cera, donde se muestra al libertino, glotón y demás pecadores las consecuencias de sus vicios. Qué de pulmones tuberculosos, qué de hígados achiquitados por la cirrosis hepática, qué de glándulas y tejidos hechos cuevas de los bacilos de la sífilis. Riñones ulcerados, cerebros carcomidos, corazones degenerados en grasa, todo muy repugnante, todo muy siniestro, y más eficaz y elocuente que las empalagosas máximas de moral diseminadas en los libros escolares,

Contra los pecados veniales, o para mejor decir, sociales, también hay sus puntitos de ejemplos que suscitan al delincuente a la contrición. No quiero decir los pecados veniales del catolicismo cristiano, sino aquellos que la sociedad tiene por fundamento para estimular el espíritu de comunicación:

el trasnochar, el fumar, el ingerir en el organismo altas dosis de café o de té. Allí están las gargantas como campanas de chimenea, los paladares ahumados, los pulmones invadidos por la nicotina. Allí están los órganos raquíticos de los que se empobrecieron la sangre por andarse en bureos y dieron con la huesa en la flor de la edad; allí están todos los nervios desmadejados y prontos a aniquilarse; allí están los bacilos del tifo adquirido en una trasnochada, en un exceso, en una correría sensual.

Aun aquellos que no son culpables más que de descuido, los que no saben obligaciones que cumplir con el querido yo; los que no se lavan el cuerpo con frecuencia, de flojera o de frío, los que no se peinan sus cabellos más que con los dedos, los que no se cortan las uñas de los pies, ni se cepillan los dientes. Allí están varias muestras de pieles enfermas a causa del desaseo, cabezas tiñosas, dedos retorcidos y montados unos sobre otros en pies horrorosos, muelas nauseabundas socavadas por la caries.

En los ejemplares de excrementos de niños, se da una lección a los padres de familia sobre la alimentación propia e impropia de los niños de pecho. Éste es el mejor tratado práctico de enfermedades del estómago en que una mujer sensata que entra al matrimonio o forma familia debe aprender a criar niños sanos y convencerse de que los hijos no deben ser muñecos de carne que sustituyen a los de cartón, los cuales no ha menester más que de vestidos de encaje y gorras de seda, que los estorben, y niñeras ignorantes que pongan en su ternura los primeros gérmenes de la grosería y la superstición, como se acostumbra creer entre nosotros.

Naturalmente, una exposición de higiene no es estética ni atrae la fantasía popular. Es un código pelado de preceptos

de cultura moral, en aquellos de *alma sana en cuerpo sano* que desde hace mucho tiempo la humanidad se sabe de memoria y lo repite como el perico. Salvo los bacilos que en sus redomas de glicerina o de colodión, vistos con auxilio del microscopio, remedan la bóveda del cielo en noche despejada y serena, lo demás es sombrío, asqueroso, repugnante, ipero qué moralmente bello!

Esos hombres que se roban a las alegrías de la familia y al recreo social, por encerrarse a ensayar procedimientos científicos en los laboratorios, esos que pasan largas horas en el asilo, en la escuela, en la cárcel y en el hospital, limpios entre la porquería, incólumes entre todos los vicios, sabios entre la ignorancia, sanos de alma entre los enfermos de maldad y de crimen, son los que exhiben esta vez. Son los que nos han hecho el sacrificio de su juventud porque nos aman y quieren ahorrarnos el dolor de engendrar y concebir hijos queridos que por heredar nuestros vicios, convertidos en pústulas y llagas, o se acuestan prematuramente en la tumba o arrastran de por vida una existencia miserable. Gracias, señores sabios, muchas gracias en nombre de la humanidad.



## La patria formada de juguetes y la patria de juguete<sup>129</sup>

HE VIVIDO LO BASTANTE para ver la facilidad con que México cambia de costumbres y se transforma en lo que los extranjeros, que por mayoría lo ocupan, le van pidiendo. Es un verdadero Frégoli, cuya elasticidad muscular le permite todos los gestos y todas las posturas.

Yo he conocido a mi patria, todavía fumadora, de guitarra y de mantilla, pugnando por desespañolizarse de lo poco bueno que la conquista le había inculcado, para hacerse afrancesada de lo malo también. Pongo por caso: el niño de casa, aunque fuera hijo de gachupín tendero, y al trabajo de papá debiese la holgada hacienda, no debía degradarse hasta envolver garbanzos detrás del mostrador. El niño había de vivir del presupuesto, que para eso es el padre nacional. Vino Francia en son de guerra, y mientras los hombres de poco más o menos se batían en la montaña y en la llanura, dejando muchas veces el pellejo, los que amainaban con la invasión se hacían *monsieurs* a paso de carga.

No diga yo de las mujeres: corsé de sílfide, polvo de arroz para revolcarse la cara y muchas banderillas en el peinado. Del porte español no les quedó nada; de la persona moral, la ignorancia, el fanatismo y alguna que otra maña. La nueva mujer no se hizo económica, ni despabilada, ni industrial. El nuevo hombre tampoco fue luchador, ni estudioso, ni artista. Una y otro vestían a la francesa, comían a la francesa cuando

<sup>129</sup> *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4093, 15 de diciembre de 1907, pp. 11-12.

recibían amigos a comer y hablaban ni en francés ni en español, sino en una mezcla deliciosa de ambas lenguas.

Últimamente estamos sufriendo otra transformación. ¿He de decir cuál? El hombre no es madrugador, ni se fortalece en la gimnasia, ni es respetuoso con la mujer, ni discreto, ni comedido, ni emprendedor. Es el mismo devoto del “mañana”, el mismo desprovisto de ambición, derrochador, falto de energía, aunque juega al *football* y al *cricket*, entretenimientos que alterna con el boliche de los franceses y con los toros de la madre España.

Las muchachas van solas a la calle, o se acompañan de sus amigos; se llaman Fany, Ketty o Lulú; invaden los despachos, las tiendas, las oficinas, socavando los empleos a los hombres. Pero ¿saben guisar?, ¿conducir una casa?, ¿criar niños sanos y robustos?, ¿hacerse o siquiera reformarse sus vestidos? Que lo respondan ellas con la mano en el corazón.

Ahora, a lo que hablan en vez de idioma castellano, hombres y mujeres en esta época de transformación, póngale Dios nombre, si cabe en su infinita sabiduría.

Muchas veces, observando lo que acabo de decir, me preguntaba yo en qué consistirá que haya países tan sólidamente constituidos que hasta lo rematadamente malo que tienen es imposible arrancarlo. Cómo sería posible que fuese necesario de esas revoluciones gigantescas que inundan de sangre las naciones para descuajar errores, vicios y miserias de que los pueblos se han nutrido por centurias y centurias. Ahora he dado en el *quid*. Los pueblos consolidados son árboles robustos que se alimentan de la propia savia; perecen cuando el hacha del leñador los derriba, o cuando los abrasa la tea del incendio.

¿Somos nosotros un pueblo así? ¡Qué esperanza! Arbustos raquíuticos, continuamente trasplantados de heredad a heredad,

sembrados por la ruda mano de un indio y cuidados gradientes, todos se los lleva la trampa de una vez.

¿Por qué somos así? Repito que he dado en la madre del cordero. Somos así porque entre nosotros todo es y debe ser exótico, todo para que nos acomode y nos guste es de tener embalaje de extranjería. Lo que era propiamente nuestra idiosincrasia de trescientos años de ser apéndice de una nación europea lo hemos mandado a mala parte, y como la avutarda de la fábula, llenamos nuestros nidos de huevos de otros pájaros y también de pajarracos.

No más “marido y breña, en España”, que decían nuestras bisabuelas; hoy *foulard, gros, lousiane y violet* de cualquier parte; marido venga de donde viniere, con tal que venga al fin. Sin tradiciones, sin principios, sin ambiciones, vamos al porvenir como los topos, directamente a estrellarnos contra un canto cualquiera. Pero nos gusta mucho más lo de extranjería, eso no lo podemos remediar.

¿Queremos saber de nuestro país; el origen, las leyendas que nos legaron nuestros antepasados, las costumbres primitivas? ¿Queremos conocer la topografía, la extensión detallada de cada planicie, la altura de cada montaña, las riquezas del suelo, los recursos económicos de que disponemos, nuestra capacidad, nuestra fuerza, nuestra energía y nuestros lados flacos? Pues a buscar todo eso en los periódicos de los norteamericanos, quienes a diario nos estudian, nos miden, nos avaloran, y nos dicen luego a la cara nuestro precio. Y aunque sepamos dónde están las fuentes de información, nos inquietamos por ello y buscamos siquiera que una jícara de agua se nos lleve a los labios.

\* \* \*

En literatura, pasamos de las novenas a las novelas, que respectivamente representan a España y a Francia, para echarnos en brazos de las revistas de estilo americano, que nos ponen sin cesar en conocimiento de los malos pasos de nuestro vecino, nuestro amigo, nuestro pariente, quedándonos tan frescos como si nos hubieran sentado en el Parnaso; en arte, copiamos estatuas griegas, cuadros de asuntos extraños a nuestras costumbres, y nos regalamos el oído con música francesa, italiana y alemana. Porque no producimos ninguna. Nuestras amas de casa norman el régimen doméstico por el sultán de Turquía, y educan a sus hijos a todos los estilos malos que conocen, menos el del buen ejemplo y las costumbres sanas y sencillas. Nuestras amas de casa dan té de todos colores, *garden parties*, y amos y amas se entretienen en *charity balls*, tanto para desaburrirse del no hacer nada como para sentir menos congojoso el desembolso de una pequeña suma que va a dar pan al hambriento.

\* \* \*

Aquellos matrimonios modelo que piensan cuerdamente en emancipar a su prole de las malas mañas de nuestra sociedad, esas parejas que marchan más tarde por la mano extranjera que nos cabe en suerte, hemos llegado a no ser nada en conjunto; individualmente, plantas héticas de invernadero que, cuando les alcanza un soplo de aire puro, palidecen, tiemblan y se deshojan. Así no podemos constituir una raza, sino conformarnos con formar uno de los componentes de esa ensalada etnológica que llaman raza latina, la cual unas veces se agria por el fermento de la cebolla, otras porque se arranca el aceite; muchas envían a sus hijos a colegios de extranjería para darles

otra lengua, otras costumbres, otras tendencias y otros ideales. Así, cuando esos chicos ya crecidos y educados regresan a sus hogares, encuentran que, además de la incomodidad doméstica, o sea falta de *confort*, como ahora se dice, mamá es una mujerzota burda y sin gracia, papá un señor muy callejero, para quien la casa de la familia no es sino hotel, mesón o cosa así. Y él mismo, el hijo tantos años ausente, el que tuvo que sobreponerse a las tristezas de la nostalgia, el que encontró consuelo en su soledad, en la esperanza siempre nueva del regreso, ¿qué cosa es? Un huésped exigente y molesto, un recién venido intruso, que no halla en casa las ilusiones que lo arrullaron de niño. Decepcionado, huérfano enfrente de los autores de sus días, solo en medio de la familia, vuelve a batallar contra las agonías de la nostalgia, para amoldarse al medio social.

De ciudadanos franceses y americanos, de súbditos ingleses, alemanes y belgas, sólo puede formarse una sociedad mixta, híbrida, y de todo ello, una patria de juguete. ¿Y la patria hecha de juguetes? Aguárdese el lector.

## Casos y cosas<sup>130</sup>

PARA NUESTRO EJERCICIO Y MAYOR CORONA, el invierno pinta muy templado este año en Berlín, lo que en buen castellano significa que los que residimos en esta elegante capital europea nos las hemos de ver con el frío.

La perspectiva de tiritar seis meses no es muy grata, pero persistente y tenaz; el aire húmedo, el cielo nuboso y sombrío, el sol... vaya, el sol, causa de este desdichado invierno que nos aguarda, se deja adivinar a ratos, en algunos puntos del espacio, ya por una mancha iluminada, ya, como dice un caballero que ha vivido en México, mostrándose en la forma y apariencia de un queso de los que venden nuestros indios, allá por Toluca. Pues este quesito volador es causa de que los porteros de las casas modernas, a cuyo cargo corre el cuidado de las estufas de calefacción, declaren que mientras salga el sol no hace frío. Y el sol, a fuer de testarudo, sale a diario de una manera vergonzante, por hacernos rabiar, y que se salgan con la suya los porteros.

Que los porteros no tengan frío, se entiende; se agitan como husos, en constante limpiar diez tramos de escaleras de mármol o de madera encerada que es necesario pulir con frecuencia. El movimiento y el manejo del agua caliente de que se sirven pone en acción la sangre; los calienta, los ánima y les da aire de superioridad y de orgullo con que nos miran castañear los dientes despreciándonos por entecos y esmirriados.

<sup>130</sup> *El Imparcial*, t. XXIV, núm. 4123, 12 de enero de 1908, pp. 5 y 10.

Para cuando el aseo del interior de la casa termina con la limpieza minuciosa de las varias piezas de hierro y la hoja inmensa de cristal de que se componen las puertas zaguaneras, aguarda el baldeo exterior. Y eso no es nada comparado con lo que sigue: la conducción del ascensor. Eso sí que es canela.

Como el ascensor es un aparato de comodidad indispensable en las casas de habitación europeas, por tener éstas bien contaditos cuatro pisos, y para llegar al cuarto hay que echarse en el cuerpo cien o ciento y tantos escalones, los propietarios de fincas que han querido mejorar sus inmuebles hicieron lugar al susodicho sube y baja, donde se pudo y como se pudo. Pero no se pudo donde debía, empezando el ascenso por máquina desde el ras de la calle, sino después del primer tramo de la escalera, del principal, más ancho y tendido que los otros, del que da señorío a las casas y aire protector a sus rubicundos porteros. Allí, cada vez que un inquilino o una visita de éste vienen a la casa, quieras que no se echan a cuestras el tramo señorial, en cuyo rellano les sale al encuentro el ascensor. Llaman a su puerta oprimiendo un botón eléctrico, y asumen la actitud modesta del protegido en el instante de recibir el favor deseado. Entonces acude el *monsieur* Pipelet, repicando las de san Pedro, para desempeñar su obligación o prestar un servicio; y queriendo mostrarse fuerte, superior, infatigable, con mengua de los que jadeamos al tercer peldaño, él se echa en tres trancos la escalera toda. Luego con cierta songa nos dice ese rosario de cláusulas de Ollendorff, que los extranjeros aprendemos de obligación en las lenguas de los países que nos hospedan: “Hermoso tiempo, ¿no es verdad?”, “¡Qué sol tan brillante!”, “Hoy hace calor”.

—Sí —responden los entrantes. Sí, un sí tibio, a la manera del de los maridos que han cumplido tres años de matrimo-

nio cuando sus queridas mitades les preguntan: ¿me quieres mucho?

Y con este subir y bajar, con este ajeteo porteril, ¿quiero va a pensar en atizar la estufa, Dios mío? Si a lo menos estos cancerberos alemanes se ocuparan de sastres y remendones de zapatos o de tañedores de guitarra, para seducir con armonía a sus garbanceras de la vecindad, como los nuestros; si se alimentaran con verdolagas en vez de morcillas de hígado de ganso; si languidecieran de anemia en vez de estar a los bordes de la apoplejía, nos tendrían los cuartos convertidos en temascal: tal como lo apetecen los huesos que ya no se cuecen al primer hervor.

Las nevadas, en tanto, se chiquean; anunciáanse con rachas inclementes y caladoras, con ese tinte gris y amarillento de que suelen revestirse las nubes con ese melancólico ambiente que flota; pero a la mejor el viento se hace pesado, la atmósfera ennegrece y la lluvia monótona, el cernidillo lento gotea, tristemente. Pues a tiritar se ha dicho. Mientras el señor portero tan campante, con su vestimenta ligera, sigue endilgando a los que conduce en el ascensor la retahíla de marras: “Hermoso tiempo, ¿no es verdad?”, “¡Qué sol tan brillante!”, “Hoy hace calor”.

Los que no saben cómo se hilan las cosas en el imperio germánico se aventuran a decir, cuando el frío les aprieta: “¿No sería mejor mudarse a una casa a estilo de la pelea pasada donde la civilización no ha entrado con sus adesios de ascensor, calefacción central, artesonados con pujos artísticos y mármoles sepulcrales, dando de mano la apariencia vana, e instalarse en habitación con estufa de porcelana o chimenea antigua, a la usanza medieval, donde el portero no sea el regulador del frío de los vecinos?”. Allí nos las entenderíamos directamente con



el proveedor de leña, con el carbonero; graduáramos el combustible ajustándolo al cariz del tiempo. ¡Qué castillo en el aire! Pero la respuesta es triste.

En casas de esa guisa, el termómetro se acomoda a los gustos del inquilino, pero el combustible lo proporciona la patrona de casa, revendiéndolo a diez veces de su valor; y esto no tiene escapatoria. De la ganancia en la reventa de la leña y el carbón sacan estas arpías la renta de un año de las viviendas que toman en alquiler y cuenta con que a ellas se les cobran arrendamientos más altos, porque teniendo presente los propietarios de fincas que éstas se manoseaban con el continuo ajeteo de cambio de muebles de una estancia a otra, que es indispensable a un pupilaje, suben el precio del arriendo a las pupileras de oficio. Con todo este factor económico-social, este enemigo forzoso de la salud sale adelante en su negocio, y hasta enriquece.

\* \* \*

¿Que por qué no vive cada uno en su casa, preguntan ustedes? ¡Qué más quisieran! Pero las condiciones económicas de cada país son las que hacen el molde a que tienen éstos que acomodarse: ¿el molde viene holgado? ¿Pues cuñas, ajusta? Pues a rebajar el sobrante, duela donde doliere. Ya se ve que, en todos los pueblos de la tierra, existe la división de clases como una lacería, como existen aquí el tifo, allí la peste, acullá el cólera. De esas clases cuyo lindero es el odio, la aristócrata, porque desprecia de arriba abajo, y la baja, porque desprecia de abajo arriba, son las mejor jugadas. Una nada desea porque todo lo tiene; otra nada ambiciona porque no conoce el aguijón del deseo; ambas representan los extremos opuestos de la

sociedad, y están separadas por la clase media. Esto es el lazo, ésta es el eslabón de resistencia, la que no consiente la disolución social.

Por el burgués se entera el jornalero de que el potentado requiere de él; y de igual manera sabe el prócer las angustias del menesteroso. En la clase media germinan las hazañas, los hechos heroicos, las nobles empresas. Colocada a menor distancia de los pobres y ricos, los mira más distintamente, los comprende mejor y, naturalmente, los ama por igual. Más probada en la lucha de la vida, más consciente de su situación, y más inteligente porque a su desarrollo y cultivo intelectual concurren innumerables circunstancias de ambiente, a ella le toca ser caudillo en la rebeldía contra la preocupación.

\* \* \*

La clase media es ese grupo de hombres y mujeres desatisfechos con el destino, disgustados del reparto desigual de la loca suerte; la clase media es esa agrupación tumultuosa que husmea por igual en el espacio y en la cabaña; que envidia el bienestar de los magnates y la paz de los labriegos; y escrutando, averiguando e inquiriendo, jamás se está queda. A su constante ir y venir deben las compañías de ferrocarriles y vapores los pingües dividendos que se reparten; por sus derroches engordan los que viven de la propina; con sus sacrificios alientan el arte, estimulan la ciencia y dan empuje al general progreso del mundo.

Pues esos que no asientan en ninguna parte, que corren tras la brisa salubre del mar en el verano, que buscan gozar en el bosque de las delicias primaverales y se acogen en los grandes centros a invernar participando de las fiestas que alegran la estación sombría, esos vagabundos que transmiten de un sitio

a otro los dialectos, los cultos, las costumbres, son los pupilos de las casas de huéspedes, son los que ven con malos ojos este sol mezquino e importuno que ni da calor ni se retira discretamente para que un chiflón colado traiga unos buenos tabardillos a los porteros. Éstos son los enamorados del invierno crudo, lo celebran las estrofas, junto a la chimenea. ¡Oh, nieve, blanca nieve!...

## Los niños y sus libros<sup>131</sup>

LO MISMO EN OCASIÓN DE LOS AGUINALDOS que para regalos de Año Nuevo, las casas editoriales se preparan para hacer frente a la crecida demanda del público con abundantes tiradas de libros.

Aquí, en este viejo continente, donde el pensamiento no se enmohece por estancación, de libros se hacen cosechas regulares cada año, que compiten con nuestras producciones de piñas, de dátiles y de naranjas. Todo esto se debe, en gran parte, al trabajo del hombre y en parte al medio ambiente, a la influencia de las costumbres, al clima quizá. Así como los jirones de oro, vagabundos del cielo que llamamos celajes, nos convidan a tirarnos a la bartola y contemplar los colores del crepúsculo, soñando que somos reyes y dueños absolutos de cuanto la naturaleza crea, y si nos alargamos a empuñar un instrumento de trabajo es éste el hacha que desmonta o la piqueta que derriba, del mismo modo, bajo este cielo ceñudo donde el huracán está en su casa y las brisas saturadas de perfume son las turistas inconstantes de tal cual mayo o abril, la furia de los elementos impone al hombre la obligación de luchar. Y el pobrecito, ¿qué ha de hacer sino prestarse con su misión a la obediencia? Unos plantan árboles, otros germinan pensamientos.

Pensamientos, eso es, ideas profundas, expresiones de sentires muy dolorosos que nos van enseñando poco a poco el camino de la vida a sus más altos fines. Porque en el organismo colosal de la humanidad, extendido en uno y otro continente,

<sup>131</sup> *El Imparcial*, t. XXIV, núm. 4156, 16 de febrero de 1908, p. 10.

tocó al Viejo componer el cerebro que piensa y los miembros superiores que laboran, mientras que el Nuevo contiene las piernas que se esperezan y los pies bailarines.

\* \* \*

Del abundoso surtido de libros con que cada año se agrupan las bibliotecas del mundo, parte principalísima forman los de ciencias, artes, industrias, siempre en estudio, siempre camino adelante. Siguen a esta falange del saber los viejos amigos: filósofos, historiadores, poetas de otra edad, en cuyas obras impresas y reimpresas constantemente la novedad consiste en las acotaciones al margen que las esclarecen, las notas al final que nos los presentan vestidos al día, las láminas que nos ponen de bulto los sucesos, a la vez que nos muestran los adelantos en el grabado y la litografía. Hasta el primor de las pastas nos dice que la industria no duerme mientras la ciencia y el arte velan.

Por último, cierran la marcha intelectual los libros destinados a los niños. Este desfile no tiene término. Desde que los hermanos Grimm y Andersen, completando la obra de amor de Pestalozzi, hicieron libros para los niños, libros que mataran al aburrimiento de la lección de moral presentada en términos de púlpito, otros muchos escritores de ingenio lo han rendido al servicio de la infancia, haciendo cuentos, fábulas, historietas en que lo fantástico y lo maravilloso, encontrando fácil entrada en la percepción infantil, gana adeptos a la ímproba tarea de la adquisición de los primeros conocimientos y el amaestramiento de la lectura mecánica. Si se ha de aprender a leer —dicen—, que no sea bostezando sobre *Las obligaciones del hombre*, *El amigo de los niños* y el *Simón de Nantua*, cuyos asuntos, a veces teológicos, a veces insípidos y vanos, lejos de despertar

en los chicos interés o curiosidad siquiera, los empujan al lado de la risueña y bendita ignorancia, apartándose de la cansada y aburrida sabiduría.

*El amado Teótimo y El mercader forastero*, por más que echen por aquellas bocas discursos de páginas enteras, bien nutridas de reprimendas y consejos, jamás llegan al corazón del niño, quien, por sus cortas luces, no alcanza a asimilar las excelentes enseñanzas que se le quieren dar.

Por nuestra misma naturaleza egoísta y exclusiva, sólo aquello que comienza en nosotros mismos, que arranca de nuestro querido “yo”, nos atrae y llena el alma de emoción: ¡qué mucho, pues, que el niño no vea en los objetos distantes lo que por medio de abstracciones se le quiere hacer ver? Considerándose él mismo el centro en sus relaciones con los demás seres y cosas que lo rodean, tiende a buscar en ellos las manifestaciones de la vida que él posee, que él siente latir en sus arterias, circular en su sangre y palpar en su corazón.

Por lo mismo, no le repugna que el agua cante, el viento gima y los animales tengan pensamientos y conciencia a que sujetar sus actos y movimientos, ni que sus gritos y emociones de voz, para él ininteligibles, expresen ideas y juicios, como se le atribuyen también al niño que mama, el cual es más parco que los animales en emisión de sonidos.

El niño se preocupa seriamente de la suerte del gato, cuando éste falta por la noche a recogerse en el hogar, mientras que el porvenir de la humanidad le importa un serenísimo comino. El dragón de las siete cabezas, pintarrajeado a colores fuertes, en un librote tamaño como misal, le representa en la imaginación más propiamente el mal y la enemiga que cuantos discursos pomposos le hagan los moralistas.

Que no faltan pedagogos hueros que se pronuncien contra la fábula y el cuento maravilloso, aduciendo razones de verosimilitud y de negación de la verdad de que ellos mismos no están convencidos, ¿qué importa?; digan lo que dijeren, y aun cuando traten de sostener su parecer con citas de tratados de pedagogía teórica a falta de demostraciones resultantes de la experiencia, y a falta de un estudio psicológico serio de la infancia, *Cenicienta*, *Caperucita encarnada* y el *Gato con botas* tienen su reino asegurado en el alma infantil, por los siglos de los siglos.

\* \* \*

No soy yo solamente a pensarlo y a decirlo: Inglaterra, Alemania, Suiza, Dinamarca, Suecia, Noruega e Italia lo proclaman a grito herido, no dando reposo a sus prensas ni a sus artistas en impresiones y dibujos de perros, gatos y monos caballeros vestidos a la moderna, viajando en automóvil o paseando en trineo; marranos oradores, asnos músicos y zorras y águilas disputándose el gobierno de los pueblos. Monstruos hay más fieros que los que menciona san Juan en el Apocalipsis, y querubines y serafines alados, confraternizando con el reino animal y con los gnomos, encantadores, brujas y hadas. Sólo España no se apura mucho a producir este género de obras, porque tampoco se afana por la instrucción popular.

Anatole France, en su obra *Le livre de mon ami*, condena que se regale a los niños, de aguinaldo, libros áridos. “Fábulas —dice— han de ser para chicos y grandes, fábulas que transporten el ánimo a países encantados...”. Don Ramiro de Maeztu, un amigo de los niños en España, deplora que esta nación no tome a lo serio los libros de la infancia y grita a pulmón lleno: ¡Viva Pestalozzi! ¡Viva Grimm!

Que los encantamientos por arte de brujas, los animales que discurren y hablan, las transformaciones de la naturaleza en un abrir y cerrar de ojos desvían a los niños del camino de la verdad, ¡patraña! La historia de los pueblos en todas las edades está llena de sucesos maravillosos, e igualmente lo está el origen de todas las religiones. El libro de los libros, la Biblia, obra divina de poetas, o revelación divina, como quieren muchos, nos enseña que la serpiente del Paraíso dio malos consejos a Eva, que la burra de Balaam habló y una ballena guardó en su estómago por tres días al desobediente Jonás. ¿Y no vela todavía el sueño de los niños un “ángel de guarda”? ¿En qué quedamos, pues?



## ¿Quién era don Gumersindo Morlote? Cuando México era un caos. Recuerdos de antaño<sup>132</sup>

DE TLALMANALCO NO TENGO IDEA GEOGRÁFICA, ni histórica, ni social: un poco de todo, una impresión penosa de los tiempos en que México era un caos, una verdadera cena de negros.

Era el tiempo en que porque nos hacíamos pedazos con tranchete en las guerras civiles nos llamaban bárbaros otros bárbaros que inventaban y perfeccionaban aparatos de guerra, y los ponían a prueba inmediatamente, entre naciones vecinas, para que la experiencia señalara sus defectos o sus excelencias. Por nuestras costas desamparadas desembarcaban los rufianes que estaban de más en su propia tierra, y buscaban en la rica comarca americana pie para sus aventuras, olvido de sus fechorías y elementos de próspero y lisonjero porvenir.

No sé qué sería Tlalmanalco para los hombres de la Revolución. A menudo se oía decir en la plaza que ahí venían los pronunciados, y la gente, aterrada, apresurábase a poner en el hoyo preparado de antemano sus talegas y alhajas; las mujeres, llorando, se escondían con sus hijos en los graneros, en las milpas, o donde podían, mientras los hombres, a toda prisa, montaban a caballo y enderezaban hacia el monte. Arnese y guarniciones se hallaban siempre a mano; y junto a la silla vaquera y la manta para la caballería esperaban siempre listos las chaparreras, el jarano, la tilma y las espuelas. Las más veces, los pronunciados no venían, pero en el pueblo se los temía como a las legiones de Barbarroja, y nadie quería estar desapercibido en el posible caso de una invasión.

<sup>132</sup> *El Imparcial*, t. XXIV, núm. 4184, 15 de marzo de 1908, p. 10.

Frecuentemente, al dar la voz de alarma, se pronunciaban nombres que la gente que sabía de guerra oía poniéndosele la carne como de gallina. Anunciar la presencia de Cuéllar o de Degollado era tanto como decir que Satanás con cuernos y cola estaba tras de la pila del agua bendita; pero con ser tan temibles los demagogos que por tan abominables nombres se conocían, no inspiraban el terror que los reaccionarios Paulino Lamadrid y Marcelino Cobos, de quienes se decía que ultrajaban a las mujeres, colgaban a los hombres y se llevaban a los niños.

\* \* \*

Para mí Tlalmanalco era bien poca cosa entonces, y como desde aquella época no lo he vuelto a ver, lo describo tal cual vive en mis recuerdos: un pedazo de río corriendo, al sesgo, por una plazuela cerrada por casas de aspecto bien menguado; unos cuantos árboles de follaje oscuro y triste, y, como única alegría, la luna retratándose en la corriente límpida. El río se colaba por debajo de un paredón sombrío al ancho patio de mi casa, una gran fábrica de aguardiente y molino de trigo; allí ponía en movimiento a una gran rueda de cangilones colorados, que debe haber hecho en sus giros alguna cosa de provecho, aunque yo no supe jamás qué es lo que haría. Tenía yo cuatro años cumplidos; y como mi muñeca de hule tenía también colorado el vestido, la similitud de color con el de la rueda fue lo único que me hizo fijar en ella la atención. También cuando volteaba, contando sus chorros, aprendí las primeras nociones del número.

Más allá de la plaza con sus árboles y su río, y el molino y fábrica que componían mi casa, no había, para completar el concepto que de Tlalmanalco me había formado, más que

el cementerio, cuya memoria me hacía temblar, no porque fuera más pavoroso y triste que otros camposantos, sino por las narraciones que oía a las niñas de la escuela, en que siempre eran los muertos protagonistas. Lo mismo era que sonaran las ocho de la noche y me enviaran a acostar, que yo empezara a ver en mi imaginación deshacerse los montones de tierra que remataban las sepulturas y abrirse unos boquetes por donde salían esqueletos mondos o difuntos amortajados. El miedo no me dejaba dormir.

Pared de por medio, junto a mi alcoba, que por cierto era un tabique bien delgado, quedaba la sala de la casa, donde se reunían en tertulia algunos amigos de mis padres. Conversaban, jugaban a prendas o discutían los horrores de la Revolución, cuando la cosa pública apremiaba: una verdadera tertulia casera. Algunas noches, no pasaban de tres los circunstantes: mis progenitores y un caballero español que tocaba en la guitarra peteneras y las acompañaba con coplas de viva voz. Otras veces, en vez de música, hacía comedia, bien representando o bien leyendo. Entonces no me acordaba yo de los difuntos, me ponía a escuchar el canto o la lectura, con lo cual pronto me echaban beleño en los ojos. ¡Qué ricamente dormía yo en aquel tiempo!

El español, que se llamaba don Manuel Vidaurrázaga, pidió una vez permiso para presentar en la casa a un compatriota suyo, don Gumersindo Morlote, quien, por no tener familia, se estaba dejando consumir por la nostalgia. Mis padres lo acogieron con bondad, y bien pronto los lazos de franca y amistosa confianza estrecharon en mi casa al extranjero, disipando de su rostro el dejo de añoranza. En esos días, el país gozaba de breve tregua, en la aciaga lucha civil, estando las riendas del gobierno en manos de los puros.

Naturalmente, los jefes del partido conservador andaban a salto de mata para escapar sus cabezas, que habían sido puestas a precio.

\* \* \*

Don Gumersindo Morlote era más temprano en sus visitas; usualmente se presentaba a la caída del sol, para encontrar despiertas a las niñas, con quienes había hecho buenas migas. Más de lo que él nos quería le amábamos nosotras, porque nos hacía caballo en sus rodillas y se dejaba pellizcar las orejas y tirar de los cabellos, sin oponer a nuestras travesuras más que tiernas caricias y risotadas francas de niño.

Una tarde clara y plácida, la tertulia se formó en el patio, a la orilla del río, frente a la rueda del molino, que acababa de parar su volteo. Don Gumersindo me montó en sus rodillas, y mientras él refería a mi padre algún episodio de la vida española, yo le desaté la corbata, le desabotoné el chaleco y de un tirón le eché fuera la aletilla de la camisa, donde indiscretamente unas manos queridas habían bordado un nombre. Entretenido en el relato, el español no se fijó en mi travesura, hasta que, mostrando la marca, grité gozosa: “¡Mira, mamá! Aquí dice Marcelino Cobos”. Nadie sabía que ya podía yo leer, así que fue una sorpresa para todos.

El hombre se puso blanco como un muerto. Mi padre le estrechó la mano, diciéndole: “Usted no es sino don Gumersindo Morlote, y nosotros, sus amigos”. Mi madre le alargó de su canasta de costura las tijeras, con que cortó la marca delatora.

Cuando, algunos años después, leí de corrido los pormenores del fusilamiento o mutilación, o lo que fue del bandido Marcelino Cobos, lloré mis primeras lágrimas por algo que no

era la muñeca rota o el dulce no comido. Diga lo que quiera la historia, Marcelino Cobos, alias Gumersindo Morlote, fue un alma que dejó una grata emoción en la mía de niña.

## La neurastenia<sup>133</sup>

Viena, febrero de 1910

ÍBAMOS SIEMPRE DESCENDIENDO. Seguíamos una espiral alrededor de la montaña, que debía terminar en un hermoso valle; y allá en lo hondo, tan hondo que producía vértigo, se distinguía el pueblo pintoresco, Maltrata, con su iglesia y su torre y su blanco caserío. En las afueras, las labores, de trigo y de maíz, recortadas en caprichosas figuras, parecían el escarabajeo de una pizarra en que un chico hubiese ensayado sus conocimientos geométricos. Entre sementera y sementera, se extendían, indefinidas por la distancia, las paralelas de la vía férrea, sobre las que serpenteaba un tren envuelto en humo, que pronto debía emprender la subida a las cumbres. Nos esperaban. A mí, como a la poetisa de Mitilene, nos atraían el abismo y la muerte. Era yo decididamente un neurópata.

A los veinticuatro años de edad no se asiste a una boda como a un entierro, con el corazón pellizcado y las nublazones de la melancolía ennegreciendo la mente. Pues ése era mi estado habitual, mi modo de ser ordinario. La sangre ardiente de la juventud se me helaba al contacto del muerto que llevaba yo o sentía llevar dentro. Sin motivo se me llenaban los ojos de agua. Unas veces me atosigaba el dolor por las flores pisadas, por los animales sacrificados a la utilidad común, por la materia inconsciente de su existir; las hermosas flores que ignoran lo grato de su perfume, las fúlgidas estrellas que no saben que brillan. Otras ocasiones, se apoderaba de mi ser lo sombrío y me animaba espíritu destructor.

<sup>133</sup> *El Imparcial*, t. XXVIII, núm. 4939, 28 de marzo de 1910, p. 2.

Era yo entonces el Maquiavelo de la naturaleza. A estar en mi mano, apartaría el agua de la tierra, las plantas del sol y pondría en pugna entre sí los elementos cósmicos todos, para destruir las fuerzas de la vida. En esos días negros se enseñoreaban de mí pensamientos suicidas.

El del viaje a la hacienda, era más bien uno de éstos en que la sensiblería malsana y ridícula se me acentuaba. Iba yo doliéndome de la suerte de las tuzas que servían de blanco a los ociosos conductores, para ejercitarse en el manejo de sus revólveres, desde la plataforma de los vagones, cuando el tren marchaba con la lentitud que pedían los pasos difíciles del camino, y me desgarraba el pecho el recuerdo de los gusanos de maguey que nos habían sido ofrecidos en varias estaciones. Hormigueando y vivitos serían echados a la sartén de manteca hirviente, donde antes de morir sentían el tormento del fuego. ¡Oh, la crueldad humana!

Por largo tiempo la tristeza me había comido vivo, aumentando más y más desde el apartamiento de mi familia. Apegado a los míos, acostumbrado a la existencia sencilla de un hogar de hacienda, no podía yo con el ajeteo de la capital, ni con la estrechez de sus habitaciones, la exageración de las fórmulas sociales, faltas de sinceridad, las pesquisas impertinentes que a cada uno hace su vecino. Relajados los lazos de familia por la prolongada ausencia y la muerte de mi madre adoptiva, mi espíritu pusilánime sentíase doblegado como el árbol corpulento cuyas raíces sufren el hachazo del leñador.

El camino se me alargaba. De los días que tienen para el impaciente cuarenta horas, aquél había sido el más tedioso. Aunque nos acercábamos ya al pueblo, yo no me daba cuenta: caserío, iglesia, sementeras, rieles, todo veía mi impaciencia distante como las nubes.

De pronto, la locomotora, saliendo del terreno accidentado, entró en el valle suavemente. Paró. Al apearme del coche noté brazos abiertos que a poco me estrecharon con efusión, arrancando a mis ojos lágrimas. La sensiblería de la neurastenia me exprimía el corazón.

Mi padre adoptivo y mi hermano de adopción también, pues ambos éramos huérfanos de padre y madre, extraños de sangre el uno al otro, que habíamos sido recogidos en su hogar desde muy pequeños, me agobiaron a preguntas, inquiriendo el estado de mi salud, los progresos de mis estudios, las relaciones sociales que había yo adquirido en México, en fin, mi vida entera. Querían saberlo todo. Su cariño hacia mí, pagado con creces por mí, los autorizaba a sujetarme a aquel ansioso interrogatorio.

La boda debía celebrarse al siguiente día. Mi hermano, mi compañero de infancia, el amigo único de que podía yo envanecerme, iba a asociar su vida a una mujer virtuosa y rica, que era, además, hermosa. Mi padre, nuestro padre, para mejor decir, aprobaba aquella unión, y haría a la pareja un regalo que iba a causarnos sorpresa. Así lo había asegurado.

\* \* \*

La víspera de llegada a la hacienda había sido la ceremonia civil, a la cual un examen tardío me había privado de estar presente. A la religiosa, en la capilla de la hacienda, me preparaba yo a asistir con el recogimiento de un espíritu culto que las ideas modernas no han trastocado, ni desequilibrado, ni desquiciado.

El amor a los míos, la gratitud hacia el hombre generoso que había hecho de mi orfandad un derecho a la compasión y



al cariño, y llevándome a su hogar me había amparado y sacado a hombre de provecho, llenaban mi corazón y me compensaban de las desabridedeces que a menudo me hacían sentir el egoísmo y la crueldad humana.

El resto del día con su tarde y su noche lo pasamos mi hermano y yo en sabrosa plática, haciendo y deshaciendo planes para lo porvenir. De todos ellos sacábamos invariablemente el estrechamiento de nuestras relaciones de familia. La quieta vida del hogar me atraía. Jamás me habían parecido en la ciudad las noches tan gratas como aquellas de la casa solariega, donde las veladas, alrededor de tosca mesa que sustentaba un quinqué de petróleo, mi padre, mi hermano y yo, se nos pasaban sin sentir, charlando de los asuntos del día o leyendo cada cual acerca del asunto a que sus inclinaciones le tiraban. El recuerdo de ese pasado, todavía próximo, me llenaba de emoción.

Después de la cena, mi padre nos anunció que iba a darnos la sorpresa que nos tenía preparada. Se trataba del regalo de boda de mi hermano. Sacó del bolsillo unos papeles muy garrapateados, y mostrándonos nos dijo:

—Aquí está, en números redondos, la cantidad que representa mi fortuna: las dos haciendas, las fincas en el pueblo y el numerario en mi caja. Todo lo lego a Tiburcio como regalo de boda, imponiéndole la obligación de mantenerme hasta el último día de mi vida, y de proveer por ti con una mensualidad decente, hasta cinco años después de que hayas establecido tu bufete, Teodoro.

Al decir, dirigiéndose a mí, las últimas palabras, me estrechó la mano y agregó:

—En manos de un letrado, las haciendas se vuelven sal y agua en poco tiempo. Necesitarías de administradores que te robarían todo. Tú eres hombre de talento y tienes porvenir.

Poco más tarde mis almohadas recogieron las lágrimas que me arrancó el despecho. El odio innato y latente me reventaba el corazón, pugnando por desbordarse, habiendo encontrado hacia mi padre y mi hermano el cauce apetecido. Lo que yo había tenido por buenos sentimientos, piedad y amor, no eran sino efectos de la neurastenia, del mal de la edad. Era el sentimentalismo morboso de moda el que me había mojado los ojos, en presencia del dolor y la injusticia humanos.

De regreso a la ciudad, di un puntapié al cariñoso perro que salía a despedirme hasta las puertas de la hacienda, de donde salí escapado como un bandido. Jamás me pareció tan insufrible la greguería de los loros posados en los liquidámbaros.

¡Oh! ¡Qué recuerdo tan punzante!



## ENSAYOS



Fotografía de Laura Méndez de Cuenca (*Jueves de El Mundo*, 12 de junio de 1902, Hemeroteca Nacional, UNAM).



## Las necesidades de México: México necesita educación<sup>134</sup>

NO CON EL ÁNIMO RUIN DE APOCAR a mis compatriotas ni el mal intencionado propósito de convertir esta publicación que bondadosamente me da hospitalidad en periódico de escándalo, quiero hacer una minuciosa revista de las necesidades de nuestro país, tratando de probar con hechos de todo el mundo conocidos mis aseveraciones y quejas, a fin de interesar a las lectoras de *La Mujer Mexicana* en su remedio. Porque si nosotras, las mujeres, madres de la humanidad, inspiradoras del héroe y del artista y autoras de la sociedad, no ponemos el hasta aquí al descomedimiento y grosería de la generación presente, ¿a dónde irá el país por el camino que lleva?

Puede el hombre concebir ideas sublimes y convertirlas en realidad; puede poseer ingenio y dotes artísticas, vivir en el espacio de lo ideal y cantar en gallardas estrofas las conquistas de la ciencia, los primores del arte y las galas de la naturaleza, sin ser ni pulido en sus modales, ni decoroso en sus maneras, ni pulcro en su lenguaje, ni atildado y correcto en su persona. De ello nos dan prueba las biografías de personas notables de quienes se dice que fueron desarrapados, burdos, que nadie daba un centavo por ellos y sin embargo hicieron esto y lo otro de bueno.

Quien fue gran patriota, quien sublime cantor, quien artista delicado, pero su aire de bohemios y sus modales bruscos los privaron de la consideración social.

<sup>134</sup> *La Mujer Mexicana*, t. II, núm. 3, marzo de 1905, pp. 1-2.

En la época presente la educación es un ave rara que, como el pájaro azul del cuento, no se llega a ver sino tras de penalidades y trabajos inacabables: por todas partes nos rodean muestras de rudeza y grosería que desdicen de la cultura de que se jacta nuestro país.

Como no sea en piedras labradas, en calles tiradas a cordel, en parques y jardines, no veo el decantado progreso. Y allá va la prueba.

Viajen ustedes en un tranvía de primera clase o de segunda y notarán una docena de jayanes arrellanados en sus asientos, mientras que los ancianos achacosos, los niños y las mujeres tratan con inmensa dificultad de tenerse en un pie y guardar el equilibrio contra el balanceo del vehículo. La única diferencia entre los jayanes del coche de primera y los de segunda es que éstos no saben lo que hacen y aquéllos se apuran a leer periódicos o libros, no con la mira de instruirse, sino con la de hacerse disimulados; los peladitos no alardean de caballeros, y los decentes de bigotes almidonados enviarían un cartel de desafío a cualquiera que les echara en cara su mala crianza; los de huarache y calzón de manta apestan a mugre y los enlevitados a lilas, ilang-ilang y opoponax. En uno y otro coche se fuma al por mayor y se arroja el humo, sin miramiento, en la cara de las mujeres, ya sean viejas o jóvenes, sanas o enfermas. Momentos hay que siente uno ahogarse, y sin saber a dónde volver la cara, pues se lleva una chimenea a cada lado, cinco o seis detrás y otras tantas delante. Ignoran seguramente nuestros caballeros del día que en los países que de veras miran por su progreso la civilización aumentó así en las casas de habitación como en los edificios y vehículos públicos, que en francés se llama *Fumoir* y en inglés *Smoking room*.

Si el tranvía se para, ya sea por uno de esos accidentes posibles e inevitables, ya por los que suele ocasionar el mal servicio de la empresa, los peladitos de segunda aguardan resignados a que el vehículo eche de nuevo a andar, en tanto que los elegantes de cuellos tiesos patean a coro en son de protesta.

En materia de lenguaje, ricos y pobres, rotos o léperos, todos compiten: la palabrota callejera sale igualmente cruda de los labios remojados en cognac que de los aún saboreantes de hediondo pulque. Escúchase por donde quiera, sin que uno se lo proponga, la interjección ordinaria, la frase obscena, el discurso lascivo y provocante. Comer y arrojar en la calle cáscaras y sobras, de frecuente que es, ha llegado a peligroso, pues prescindiendo del aspecto de muladar que se da a plazas y avenidas, a menudo se contramata la gente que resbala por haber pisado en dichos despojos.

No sólo el hombre es rudo y mal educado, que también lo es la mujer, y ésta es doblemente culpable pues siendo por naturaleza la educadora de los hijos, la que tiene el privilegio de moldearlos desde la cuna, por desidia o por egoísmo se descuida de ellos, dejándolos crecer como patanes. Mujeres hay que reciben a sus amistades en ropas de levantar, con los cabellos despeinados y la cara sucia; otras mascan chicle creyéndolo gracioso y de buen tono; las más hablan a gritos y manotean en los teatros y otros lugares públicos, y no falta quien se suene en la mesa, ni que cometa faltas menores que no por serlo dejan de parecer asquerosas y repugnantes.

Bien sé que mis queridas lectoras, las que en torno de este periódico se han agrupado con el noble propósito de educarse a sí mismas y reformar la sociedad, nada podrán hacer en pro del mejoramiento de la actual generación: seguiremos, a costa de mil sacrificios, tolerando y disimulando las miles de



inconveniencias y porquerías del medio en que vivimos, pero que nuestro desagrado e incomodidad nos sirvan de aguijón para procurar el refinamiento y cultura de nuestra prole, así como la propia.

Hagamos algo mejor de lo que por nosotros hicieron nuestros antepasados, no por malicia sino por inadvertencia y descuidos propios de la edad del mundo. Un año más de existencia nos obliga a un año más de empeño y buena voluntad para moderarnos, refrenar nuestros ímpetus y adquirir la delicadeza de maneras a que nos obligan los adelantos materiales del país en que hemos visto la luz, y su buen nombre.

## Las necesidades de México: México necesita aseo<sup>135</sup>

HACE ALGUNOS DÍAS QUE LEÍ CON verdadera sorpresa en *El Imparcial* el siguiente suelto que paso a describir:

“Horror al agua. Un descuido de nuestro pueblo. Clausura de los baños de La Lagunilla.

”Hace algunos años, a iniciativa del señor doctor Eduardo Liceaga, se construyeron y abrieron al público unos baños, para que el pueblo pudiera asearse mediante una cuota mínima, dos centavos, si no recordamos mal.

”No sólo se proporcionaba baño, sino limpieza absoluta de ropa. El que entraba en el local podía dejar sus prendas y éstas, merced a procedimientos rápidos, le eran devueltas lavadas y planchadas.

”Se creía que el establecimiento prosperaría, pero no fue así, porque el horror que tiene nuestro pueblo bajo por el baño determinó la clausura de aquél.

”El hecho se presta a consideraciones bien tristes.

”En algunas ciudades del interior, como León y Aguascalientes, por ejemplo, los baños gratuitos se ven concurridísimos. En la segunda ciudad citada, la concurrencia media en los baños de hombres no baja de quinientos diariamente”.

Efectivamente, quien pasee la mirada por la Ciudad de México, de norte a sur y de oriente a poniente, al encontrar sólo desarrapados y haraposos, lo mismo al criado de servicio, al industrial y al obrero que al mendigo y al vagabundo, no podrá menos que quedarse atónito al enterarse de que ha

<sup>135</sup> *La Mujer Mexicana*, t. II, núm. 5, 1906, pp. 1-2.

habido en la capital, por espacio de algún tiempo, baños y lavaderos gratuitos.

El aseo personal no sólo es un signo de cultura y buena educación, sino un requerimiento de la higiene: para conservarse sano, el individuo debe procurar que su cuerpo esté extremadamente limpio, así como sus vestidos. La cerrazón de los poros, por la abundancia de polvo y grasa, impiden la transpiración, y la porquería en la ropa es manantial de microbios que cuando no acarrear la muerte cuando menos hunden a los desaseados en la enfermedad, la miseria y la degradación. Pero no parece comprenderlo así nuestro pueblo, apegado por costumbre inveterada al desaseo, como la tortuga a su concha. La ignorancia de prescripciones higiénicas es no sólo común en nuestra clase baja, sino también frecuente en la media y hasta en la que han dado en llamar alta los desheredados de la fortuna. El desaseo, para decirlo de una vez, es una de las peculiaridades características de gran parte del país y muy particularmente de nuestra gran capital.

Ni ricos ni pobres son capaces de echarse a la cara un dedal de agua como tengan catarro; sólo que los poseedores del rey Don Dinero se frangollan con agua florida, colonia o alcohol; los de mediana fortuna con vaselina, *cold-cream* u otra cosa no muy costosa; los propiamente llamados “rotos” apelan a la manteca lavada y sin lavar; pero el pueblo, es decir, la masa humana que constituye la entidad moral llamada México, ésa se regocija envolviéndose en su propia mugre y se cree honrada con ella.

Recuerdo que hace muchos años un hombre de pueblo, bueno a carta cabal y bastante inteligente, me decía con orgullosa satisfacción: “Pues lo que es yo, desde el día que entró

don Porfirio a la cabeza del ejército republicano no me he metido en una tina de agua”.

No es el único caso: hay señoras y señoritas de la clase media de las más currutacas y los más empingorotados adoradores de éstas, que no les van en zaga a la gente del pueblo.

¡Se encuentra uno por esas calles de Dios cada cara almidonada! Los polvos de mis pecados, ya sean de arroz y talco saturados de esencias, ya de vulgarote almidón, sólo encubren grasa de ocho días de rezago, sudor que no pudo correr con libertad. Al través de la capa blanquizca y del desleído colorete se asoman indiscretos y repugnantes puntos negros denunciando otras tantas espinillas, y por entre los cabellos de la nuca se deja ver una raya de color indeciso, limitando la parte sucia y enjalbegada y la parte sucia sin enjalbegar.

El sexo feo lo está mucho más cuando no se rasura, ni se pasa por las orejas un lienzo empapado en agua; pero para que el hombre de nuestra clase media entre en tratos con la navaja es menester que su patrón o su jefe de oficina lo convide a comer a manteles largos, o que vaya oficialmente a pedir la mano de su novia, o a desempeñar la representación de alguna sociedad ante otra que celebra con baile su aniversario.

Y lo que digo del desaseo de la persona puede hacerse extensivo a las prendas de vestir. Frecuentemente son el pantalón comido de los bajos, los codos del *jacket* raídos y el cuello lustroso, salpicado aquí y allí de asquerosa caspa.

Las jóvenes no tienen reparos en sujetarse la falda por detrás con alfileres de seguridad substituyendo broches o botones; se atan los cabellos con cintas de seda ajadas, deslucidas o mal lavadas; y ya usen chales, mantillas, sombreros o rebozos, éstos presentan un aspecto de deterioro y de vejez que seguramente no tienen y sólo es debido al descuido con

que se tratan dichas prendas. Los niños en las escuelas, con los zapatos desabrochados y sin lustre, las medias caídas, los cabellos enmarañados. Si es después de la hora de comer, llevan invariablemente manos y bocas embarradas de las sustancias con que fueron condimentados los manjares. Los chiquillos de clase más baja viven eternamente revolcados de pies a cabeza, sin causar horror a las personas de mejor condición.

Si consideramos las casas de oficinas, tenemos que convenir en que las telarañas y el polvo forman parte obligada de su decorado y ornamentación. Y no porque falten en ellas criados que tengan a su cargo el aseo, sino por estar los susodichos poco duchos en el manejo de plumero y escoba, y bien hallados con la porquería tradicional; los inquilinos y visitantes de esas oficinas, con la inmundicia contra la cual no saben protestar.

En las casas de habitación, la sala es el único sitio que recibe alguna atención, por ser el destinado a recibir a las visitas; fuera de allí, suele haber hasta adornos y piezas artísticas, pero nunca verdadera limpieza, a menos que llegue el santo del amo o ama de casa, días que por desgracia ocurren una vez al año. Entonces es de ordenanza dar a la habitación una mano de agua y escobeta.

Los mercados, antes y después de las horas de tráfico, semejan a verdaderos muladares; las calles, a instancias del guardián del orden y seguridad públicos, son arañadas con la escoba y rociadas con agua sucia una o dos veces al día; pero ni las aceras ni las casas de pobres, mediocres o ricos se lavan como se debían, jamás en la vida.

A las personas pudientes, a quienes no les duele gastar en elegantes trenes y vestir a sus criados de librea, se les hace muy cuesta arriba pagar el importe de una buena manguera que

colocada en un bitoque permitiría con comodidad a los criados asear las fachadas de las fincas, las escaleras, los patios, las aceras y hasta el arroyo. La clase media ve con suprema indiferencia la limpieza exterior de su propio domicilio, y el pueblo bajo se goza en aumentar la basura arrojando fuera de puestos cáscaras de frutas, hojas de tamales y toda clase de desperdicio.

No poco contribuyen a la falta de higiene quienes más deberían recomendarla: los médicos. Apenas se les llama para un caso cualquiera, encargan a los deudos del paciente que éste no se moje ni se enfríe, sin expresar de qué manera han de evitarse la humedad y el enfriamiento; o no ven la suciedad de las pocilgas donde están los enfermos, ni el color de las ropas que los cubren, o no se atreven a aconsejar la limpieza, de los suelos y muebles, por temor de no ser llamados de las mismas casas por segunda vez.

La disculpa de la porquería es siempre la pobreza; pero disculpa nomás, ya hemos visto cómo cuando la filantropía ha brindado con sus recursos a las clases menesterosas, invitándolas a hacer de sus cuerpos enclenques y enfermizos otros sanos que puedan albergar almas sanas también, aquéllas han corrido del agua como no lo harían de una epidemia.

Menester es buscar la manera de establecer leyes coercitivas: hallar el modo en que el gendarme, en cumplimiento de su deber, aprehenda al deshilachado, andrajoso y mugriento como aprehende al ladrón; y que asimismo, toda suerte de delinquentes, antes de ser consignados a cárceles o penitenciarías, sean consignados a baños forzados; que los pelen, los afeiten y hagan remendarse sus ropas, haciéndoles comprender que faltar a los preceptos de la higiene es sembrar la muerte en cada casa que pisan y cometer consigo mismos el delito del suicidio.

En cuanto a aquellas personas filantrópicas que sueñan en el progreso de los pueblos y el alivio de sus desdichas, creando escuelas, fundando hospitales, orfanatorios y asilos, menester es que se fijen que en nuestra época la obra más caritativa que puede hacerse en México es la propaganda del jabón, el peine, el plumero, la escobeta, el cepillo y la manguera. Añadan a las obras de misericordia las siguientes: “Bañar al mugriento, peinar al mechudo, limpiar la pocilga de los que viven hacinados como reptiles”.

## Las necesidades de México: México necesita alimentación<sup>136</sup>

RECORRIENDO LA CIUDAD CON OJOS DE TURISTA, lo primero que se nos viene a la observación es la cantidad de puestos de golosinas y de comedores públicos que hay esparcidos por todas partes. Cualquiera diría que en ninguna casa de la capital hay cocinas, ni cocineras, sino que todo bicho viviente está obligado a alimentarse o en fondas o a los cuatro vientos.

Y no quiere decir la abundancia de manjares de venta excelencia: porque si es verdad que en los puntos céntricos y pagados a precios de oro los hay succulentos y sabrosos, los que exudan cochambre y se requeman y tuestan en las pringosas charolas de las puertas causan náuseas y obligan a volver la cara a otro lado con horror. Sin embargo, de las carnitas indecentes, de los chilmoles y de las fritangas es de lo que más consumo hace nuestro pueblo, engullendo con voracidad tres veces al día, y no a las horas regulares de comer, siempre los mismos asquerosos potajes sin llegar a cansarse de ellos.

La gente de otra categoría frecuenta las cantinas donde se dan taquitos de aguacate, aceitunas y otras frioleras dizque a guisa de aperitivo, pero en realidad para provocar sed, obligando a satisfacerla indebidamente con licores de infinidad de nombres. El caso es que excepto los individuos de aquella clase social que abunda en dinero y por consecuencia tienen tan buena mesa que generalmente se pasan la madurez de la vida luchando entre la diabetes y la gota, todo México se malpasa

<sup>136</sup> *La Mujer Mexicana*, t. II, núm. 5, mayo de 1905, pp. 1-2.



apretándose el estómago de comida que halaga el paladar y llena el estómago pero jamás lo nutre.

¿Cuál puede ser la causa de comer tan a menudo y sin orden si no es la deficiencia de la alimentación que se prepara en el hogar?

Efectivamente, es costumbre que en las primeras horas de la mañana la clase media, cuando tiene necesidad de entrar en el taller, la tienda, el almacén o la oficina, haga una mezquina colación de taza de café o chocolate y algún panecillo o bizcocho que se despacha en tres bocados, y con este alimento insuficiente se le prepara a resistir cinco horas de labor monótona en muchos casos y ruda casi siempre.

Porque no hay trabajo más penoso que el que es menester desempeñar cuando se está falto de la fuerza física. Naturalmente, a lo primero que ocurren los malcomidos, a la hora de libertad, es a desquitar el hambre en la esquina inmediata, ya con el pastel, ya con el bizcocho o la empanada, o mejor entrando en la cantina a atracarse de lo que allí se da por sólo el precio de la copita. Al llegar a la mesa para la comida de medio día, llegan inapetentes, apartan la sopa y la carne que componen los puntales de la alimentación mexicana, y cuando más prueban tal o cual golosina o plato de antojos, preparado especialmente para ellos por las amas de casa; beben más de lo que comen, para aplacar la sed que la indigestión les ha causado y vuelven a la tarea del día con malestar, cansancio y repugnancia de toda clase de viandas. Mas al caer la tarde, cuando ya es hora de abandonar el trabajo por el descanso, con el estómago ya menguado y abierto al apetito, vuelven a repetir la escena de la mañana, y continúan en general esta costumbre irregular de alimentación que va estragando al individuo y ofreciéndolo en holocausto a la

consunción, a la tuberculosis, al raquitismo y, cuando bien librado, al tifo.

Entre la clase baja el desorden tiene por causa la miseria: cada cual enciende la lumbre a la hora que el señor o la señora de la casa consiguen; pero queda otro rabo por desollar, que si se consigue para el desayuno a las doce del día, para ahorro por una parte y por otra porque ya el estómago grita a rabiar, se prepara comida sólida que de una vez supla el desayuno también, pero se prepara de prisa, de medio mogate, y sale un mixto de carne sancochada, legumbres crudas y frutas verdes o podridas por ser las más baratas. Se bebe pulque, harto pulque, porque en el sentir de los adeptos a Baco el divino licor blanco reemplaza ventajosamente los huevos, la carne, el pan, la leche. Fuera de la ventaja de su enorme baratura, no le veo otra al pulque para ser preferido a alimentos nutritivos y sanos: pero hay que convenir en que los infelices luchan menos para obtener cuatro centavos, importe de un litro de pulque, que catorce que cuesta el de leche.

En la noticia oficial de las defunciones ocurridas en la ciudad durante el año de 1904, se atribuyen 9 071 casos a enfermedades o del estómago o de las vías respiratorias; y de todos modos la causa inmediata fue la deficiencia en la alimentación. Ya el Consejo Superior de Salubridad ha expresado, al rendir su informe ordinario, que las causas de la enteritis y de la diarrea son principalmente la mala calidad de los alimentos, la del agua y el beber pulque con exceso. Sobre todo, la muerte hace mayor cosecha entre inocentes menores de dos años que engullen lo que se les presenta sin tener discernimiento para rechazar los manjares que matan.

A la gente de sentido común corresponde poner coto a este mal: dedíquense las buenas esposas y las buenas madres,

por sí o por medio de sus criadas, al cuidado del sazonomiento y buena preparación de los alimentos de la familia, y den abundante ración y a horas fijas a sus esposos e hijos, aunque con ello las enchiladeras y los vendedores de carnitas y tortas compuestas tengan que cambiar de ocupación.

Es menester tener en cuenta que una taza de café o chocolate no es suficiente para tener el alma en el cuerpo cuatro o cinco horas, ni al niño que va a poner en ejercicio su mente apenas embrionaria, ni al adulto cuya fuerza física entra en actividad, sea cual fuere el trabajo de taller o de obrador a que se entregue. Hasta para aquellos que pasan ante la mesa o el bufete se hace preciso un buen almuerzo, antes que una comida especiosa y rociada con pulque.

# FEMINISMO



Fotografía de Laura Méndez de Cuenca (*La Mujer Mexicana*, febrero de 1905; Hemeroteca Nacional, UNAM, México).



## La mujer mexicana y su evolución<sup>137</sup>

TIEMPOS AQUELLOS EN QUE LAS MUJERES eran diosas, y musas, y ninfas del bosque. El hombre se inclinaba con reverencia delante de ellas, cantaba al compás de la lira sus hechizos y ponía ramilletes de flores a sus pies; para ellas inventó quemar incienso, tejer guirnaldas y arrancar del sistro o la flauta de cañas sonidos armoniosos que expresaran los deseos de los sentidos o los anhelos del corazón.

Más tarde, en la época brutal en que la mitología desapareció con sus mitos y leyendas, y en el Olimpo y el Himeteo ya no quedaban dioses ni abejas ni dulces panales, sino rebaños humildes pastoreados por groseros zagales, la mujer fue la ruda compañera del gañán, la que a golpe de piedra trituraba el grano para hacer el pan para la familia, ya despojada de la aureola de idealismo y poesía que le concedió la edad de los sueños.

La época patriarcal tuvo por causa la evidencia de la reproducción de la especie no sojuzgada aún por el criterio del hombre, todavía envuelto en la ignorancia como impenetrable capullo, de donde sólo el gran maestro, el tiempo, había de sacarle de una vez. Entonces la mujer, la que perpetuaba la vida dando a luz hijos que, aumentando la población, centuplicaban las energías y la fuerza de la tribu, fue tenida por algún tiempo como jefe y árbitro de la suerte de la familia, agrupada a su alrededor, donde los pequeñuelos recibían de ella calor y alimento; la mujer representaba el poder; el hombre, la fuerza.

<sup>137</sup> *El Mundo Ilustrado*, año XIII, t. I, núm. 1, México, 1 de enero de 1906.

En tanto que ella se multiplicaba y se daba a su prole, creando el hogar y los lazos de familia, su compañero, en lucha con la naturaleza y con las fieras de la selva o del desierto, batallaba por recoger el fruto de los árboles para añadir una ración más al alimento de los suyos, o bien una piel para cubrirlos del frío, o una rama seca de que servirse como combustible.

Pero al rodar de los siglos el hombre aprendió, observando los fenómenos de la naturaleza, el génesis de la vida; y lisonjeado de ser muy principal factor en la reproducción de la especie humana, arrebató el mando de su consorte, convirtiéndola en esclava: entonces surgió en el mundo la tiranía doméstica que dio al hombre autoridad sobre la familia y el derecho de vida sobre cada uno de sus vástagos. El vocablo *padre*, en su origen, no significa otra cosa que *tirano*. Con todo, la mujer, en quien parece innato el sufrimiento y congénita la abnegación, supo elaborar lentamente en el corazón del *tirano* del hogar la tendencia a nobles ideales de admiración y amor; y así, un día aparecieron en el mundo profetas que propagaran religiones de igualdad y de virtud, de caridad hacia el enfermo y desgraciado y el débil; ¿quién más débil y desgraciada que la mujer gimiendo en esclavitud?

Tras de lenta y azarosa lucha, se alzó la Edad Media como una redentora transformación social que aparejaba aspiraciones a costumbres más puras, y nociones más amplias de progreso y de justicia. Sin embargo, la mujer, que en la era del paganismo había llegado a adquirir conocimientos vastos en letras, artes y ciencias, vio cerrar ante sí el horizonte del saber, perdiéndose entre los oscuros vericuetos del claustro o detrás de los espesos muros de señorial castillo, sin otra compañía que la de siervas ignorantes y el fiel mastín que la guardaba en

ausencia de su señor. Éste fue el paso a otra esclavitud todavía más cruel: la esclavitud del ser consciente de sus cadenas.

Cuando la hembra del tirano era sacrificada por su verdugo-consorte, todavía su inteligencia se hallaba envuelta en las gasas de la total ignorancia de la humanidad infantil, en que no se discernían bien los linderos que separan la muerte de la vida; el dolor puramente físico no afectaba al espíritu, y mientras que la idea de existencia significaba solamente un fardo de leña o de piedras a la espalda y heridas de abrojos en los pies, la tumba representaba el mismo lecho de tierra húmedo y frío, pero quieto y tranquilo, alegrado por un manto de flores que nadie necesitaba cultivar. Mas en la Edad Media la vida del hogar, antes que sobria, era rica: se escanciaba el vino en copa de oro, se descansaba en almohadones de terciopelo, se cabalgaba en potros ricamente enjaezados; los peregrinos relataban historias de héroes que hacían proezas; los trovadores exaltaban la imaginación femenil y enternecían el corazón con sus cántigas de amor. Así, pues, la mujer, ya despierta al concierto de la existencia, anhelaba tomar parte de sus dulzuras y alegrías, siendo en cambio tratada a coces por su brutal señor. De pretendiente, la idolizaba y elevaba al idealismo, tomando como empresa un mote indicado por ella, vistiendo los colores por ella designados, y evocando su memoria para renovar el valor en el combate; de esposo, la relegaba al sombrío recinto de la mansión señorial, haciéndola vivir en ociosidad y aislamiento. Si le era infiel o se lo parecía, la mataba sin piedad. Diez siglos de Edad Media quieren decir diez siglos de víctimas inmoladas al egoísmo y la injusticia de la mitad más fuerte y más cruel de la especie humana.

En las postrimerías de esa edad surgió México a la historia del mundo; bregó entre los velos de todos los pueblos que



nacen a la luz; y tomando puesto más tarde entre el número de las naciones que tienen significación propia, ha empezado ya a vivir por sí y para sí, al rayar el presente siglo, en armonía con sus tendencias exclusivas y con su idiosincrasia.

Lo avanzado en edad, del mundo, no quiere decir que los países nuevos hayan de brotar florecientes, y de salir a competencia con los pueblos que peinan canas; por eso en los mismos días que Alemania se enseñorea con su pléyade de apóstoles de la ciencia, y son las artes bellas el patrimonio de muchos pueblos ya probados en la lucha por la civilización, en los dominios europeos en África, Asia y América existen tribus que aún se hallan en la época del baile, de la poligamia y de la desnudez; muchas de las cuales, si no todas, llegarán a ser naciones poderosas, o desaparecerán por ineptitud, absorbidas por razas superiores. Vivirá quien luche por vivir.

México lucha y sacrifica gran parte de sus ideales en este conflicto de selección y asimilación que le imponen los pueblos con que está en íntimo contacto. Pasados los años de irresponsabilidad y sujeción a una corona corroída por el orín del tiempo, ha tenido que acomodarse a las exigencias que demanda la evolución humana: la transformación del conjunto supone la de las partes; de donde se infiere que el adelanto del país, su avance y movimiento no es sino el indeclinable resultado de la propaganda de instrucción recién emprendida en México, que, llegando a la mujer, verificó en ella la germinación de la solidaridad humana y de la responsabilidad individual.

Todo conocimiento despierta en el alma la idea de un derecho adquirido y de un deber por cumplir. Por donde se deduce que la mujer mexicana, desde que fue enseñada a trabajar, sintió vergüenza de depender de sus deudos para alimentarse y vivir; con el deber de ganarse la subsistencia creyó

adquirir el derecho de ser respetada en sociedad, puesto que ya no es gravamen sino contribuyente de la comunidad de que forma parte.

Su transformación social se verifica a paso rápido y seguro, porque estriba en fundamentos legales de estricta justicia. Relegada en el hogar al desempeño de labores domésticas, apenas si el trabajo de sus manos podía representar otra cosa que la economía de dos a tres pesos, que constituían el salario de una criada, quedando obligada a matarse en el desempeño de toda una casa que necesitase para su orden y arreglo de media docena de servidores, para significar veinte duros de ahorro en la alcancía del jefe de la familia.

Esto era desalentador. La mujer vivía humillada en la esfera servil que se le tenía como jaula, donde sus alas se estropeaban al menor impulso de vuelo. Y allí la inteligencia degeneraba en imaginación mórbida: la energía tornábase en contorsiones de histerismo y la ternura y la bondad acababan por torcer la senda del bien, ya encaminándose a la inutilidad de la vida monástica, ya a las torpezas sáficas, ya a ambas cosas.

Entre nuestras clases bajas y *de medio pelo* había las criadas, que solían ser fieles porque pesaba sobre ellas el desamparo social, y asustábales lo precario de la vida de la gente que quería depender de sus propias fuerzas. Hubo la legendaria china poblana, muchacha de buen parecer siempre, lo que prueba que más a su palmito que a sus horchatas ha de haber debido la subsistencia. La maromera que paseaba gentilmente por una cuerda erizada de espadas puestas de filo, en tanto que el payaso cantaba coplas picantes mientras bailaba alrededor de una luminaria; la bailarina y la figuranta cuyas vidas se deslizaban quietamente por el cieno del foro ¿qué eran si no seres abyectos o temidos por tales, con razón o sin ella? Las

estanqueras o torcedoras de cigarros generalmente recibían tabaco y papel para elaborar el producto a domicilio; de modo que a la mezquina de la industria del país sólo prestaban servicio las goloneras y bordadoras de sombreros, las batiojeras que hacían libritos de oro volador de que se adornan aún los altares en Semana Santa y las ribeteadoras de zapatos. Pero todos estos oficios mal retribuidos y peor estimados, en vez de glorificar a los infelices que en ellos sacrificaban su dignidad y consumían la juventud, poníanles un estigma en la frente. Mucho más nobles e importantes eran las ocupaciones de curandera y matrona, aunque la única de verdadera respetabilidad era la de *bruja*, pues ni las monjas mismas rehusaban hacer exorcismos ni averiguar el paradero de las cosas robadas. A este gremio de trabajadoras perteneció la reverenda madre Matiana, a quien se deben montones de profecías, afortunadamente no cumplidas, por cuanto tenían de aciagas y tremendas.

Con las guerras civiles y extranjeras, tuvimos la guerrera a quien inspiraron los ideales de libertad: Florencia Villagrán, disparando su rifle por entre las rejas de su ventana sobre las columnas reaccionarias, y la Barragana, a caballo, de sombrero ancho y blusa roja, entrando al frente de una brigada de chinacos, la Noche Buena del año 1860, con espada al hombro y jurando como un granadero; no son sino dos ejemplares de este grupo anónimo de mujeres que soñaban con tener patria.

Con la paz de estos últimos treinta años sucumbió la incipiente guerrera, verificose muy radical transformación en la industria y surgieron millares de medios de subsistencia, no sólo para la mujer del pueblo sino aun para aquellas niñas de la clase media a quienes la clorosis había dado rostros de marfil. Ya no envidiarían al pájaro que iba a posarse en el barandal del balcón, sólo porque tiene alas. La escuela obligatoria para la

niña ensanchó de una vez para siempre el campo visual de la mujer, quien vio en los confines del mundo una misión que cumplir, de amor y de justicia.

El primer cambio se realizó en la vida monjil: la religiosa que para expiar sus culpas verdaderas o imaginarias se propinaba azotes y se martirizaba con ayunos que condena la higiene, encaminando su abnegación a obras más meritorias, se marchitó como una flor en búcaro para renacer convertida en hermana de la caridad; y de allí, en presencia de la lucha entre la vida y la muerte, mil veces advertida a la cabecera del enfermo, volvió a experimentar nueva transformación: del ser pasivo y secundario salió la intrépida doctora que disputa a las parcas su presa empuñando el escalpelo y el fórceps. Otra, apasionada locamente de la justicia, buscó en la ciencia del derecho la fuente donde beber sus aguas no ensuciadas por el soborno y la codicia. Una y otra han de seguir por sendas pedregosas y erizadas de espinas antes de que el mundo reconozca en la tímida y dulce compañera del hombre la grandeza de miras que la impulsa a la aridez del foro y los microbios del hospital.

En la azarosa transacción mercantil, la mujer es hoy en día personaje esencial: en el mostrador sonrío al marchante, ocultando con abnegación que puede servir de ejemplo al hombre pusilánime el cansancio que la rinde; con sus libros de contabilidad enfrente, asume grave actitud; y teclea en la máquina de escribir, y no da paz al contador automático, y chafarinea en su cuaderno de estenógrafa, y se empapa y satura en la ola comercial que pone en comunicación entre sí unos países con otros para empujarse mutuamente a la prosperidad.

Su aptitud podría ser más o menos discutida por los antagonistas del llamado *feminismo*; pero su honradez, la dignidad

con que sabe responder a la obligación contraída, su puntualidad en el servicio y su firmeza y constancia la elevan a muy alta estimación. Solicitan sus buenos servicios lo mismo que por trabajadora y útil la denigran y la desprecian en sociedad.

El amanecer la encuentra atareada, poniendo presentable la propia persona para marcharse a la oficina, el taller, la fábrica o la tienda, a la hora en que los miembros masculinos de su familia, trasijados y trasnochados por la juerga de la víspera, todavía se asfixian entre las mantas del lecho. Al medio día le dan una colación engullida de prisa; y al atardecer se la ve por esas calles de Dios, taconeando con paso menudito, sola, con su juventud y su responsabilidad auestas, rumbo al hogar, sintiéndose feliz porque a nadie le debe su pan, porque se basta a sí misma, y no será menester dejarse atrapar en la red del matrimonio por temor del desamparo, la orfandad y la miseria. Se casará como quiera, con quien quiera y cuando quiera; y si no le conviene, permanecerá soltera sin vestir santos ni criar sobrinos, pues ocupaciones que la enriquezcan no han de faltarle, mientras tenga en el cuerpo y en la mente energía vital.

Sucede sin remedio que cuando un miembro del organismo humano se ejercita, con perjuicio del resto, aquéllos se atrofian; lo propio acontece con el organismo social: la mujer arrojándose a la vida activa del trabajo pone fuera de la lucha al hombre, quien se abandona a la molicie y a la ociosidad a medida que siente la carga más ligera. ¿A dónde irá a parar esta obra mixta de evolución y degeneración, respectivamente, de las dos mitades del género humano? Averígüelo Vargas, que es el gran averiguador de todas las soluciones intrincadas. Mientras llega a descubrirse la incógnita, la mujer continuará invadiendo todos los dominios que por incuria y

egoísmo su compañero le abonará; ya existe la empresaria y la editora; la boticaria y hasta la *evangelista*. Como taquígrafa y escribiente, la mujer se entera de los negocios de la banca, lo mismo que de las peripecias de la política, llámanla a cooperar en la obra trascendentalísima de educación popular, y comparte con el hombre las tareas nobles y dignas a que éste la invita. Ella ayuda y aun sustituye al hombre en la vida pública: pero nadie la reemplaza en el hogar, de donde sigue siendo reina y diosa.

Por su inteligencia bien cultivada y amplitud de conocimientos que adquiere con el trato del mundo y la educación de la escuela, el hogar ha de transformarse también; la esposa ha de convertirse en consejera desinteresada del marido y una institutriz de los hijos, en guía y consuelo de ambos.

Entre la mujer de otros días, juguete de tocador, chuchería o mariposa de frágiles alas y colores sin firmeza, y la personalidad consciente de hoy, existe la diferencia biológica que distingue las manos del niño alzando en vilo un juguete de las del hombre que se elevan para imprecicar al cielo.

La evolución feminista en México se está realizando cabal: en su porte la mujer es más firme; en su conducta, menos débil; en sus resoluciones se gobierna por el buen sentido y las dicta y las sostiene con energía. No ha menester, como el hombre, tener un afecto o una simpatía muy individual e íntima, como punto de mira en su estandarte, para llevar a cabo una obra de bien y de justicia: puede ser Pericles sin Aspasia, Dante sin Beatriz, Rafael sin Fornarina. Su tendencia va por el bien mismo; su ideal está en la dicha de la humanidad. Sólo la mujer sabe amar sin esperanza de compensación, y sufrir sin aguardar premio ninguno.

La evolución del propósito de la vida de la mujer mexicana y la de los medios en que se verifica ha debido apartarla de la expresión de sus sentimientos y aun la de sus preces y plegarias: ya no pide a Dios diciendo: “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy...”, sino así: “el trabajo que dignifica y da pan, dánoslo todos los días de nuestra vida, y danos también la fuerza y la energía para desempeñarlo bien”.

## El temperamento latino<sup>138</sup>

EL CATARRO QUE HAN ARMADO LOS PERIÓDICOS de Francia, Italia y Alemania, en ocasión del arresto de Caruso en Nueva York ha sido tal, que antes ha servido de reclamo al tenor que de castigo al culpable. Especialmente los franceses se han soltado en dicterios y burlas contra lo que ellos llaman gazmoñería de los norteamericanos, y terminan aconsejando a los artistas célebres que desistan de surcar el océano en pos de laureles, pues éstos ni escasean en Europa ni el público del Viejo Mundo suele regatearlos a quienes merecidos se los tienen.

Con perdón de los señores periodistas, confesaré que el consejo me parece de difícil acogida. Los artistas notables, si bien es cierto que son festejados y laureados en este culto continente, no perciben salarios crecidos, sino por rara excepción. Podrá a muchos parecerles una cantidad en francos, florines, liras, coronas, marcos y pesetas, suma exorbitante, mientras el empresario que viene de América les ofrece doble salario, o como sucede frecuentemente cuando se trata de verdaderas estrellas de bastidores, una cantidad en dólares que multiplica por cuatro o cinco la de las monedas europeas. Además, van comprendidos los gastos del viaje y a veces los de la residencia y alimentación en hoteles y fondas de primera clase.

Una vez en América, los artistas se adueñan del corazón del público y de su entusiasmo, por lo que son objeto de sinceros aplausos y testimonios de admiración; más aún, en las repúblicas latinoamericanas hasta los artistas mediocres, que

<sup>138</sup> *El Imparcial*, t. XXII, núm. 3778, 3 de febrero de 1907, México, D.F., p. 7.



por cualquier cosa se dejan ver en los teatros de segunda categoría en Europa, reciben coronas y regalos valiosos, amén de abundantes remesas de monedas más o menos depreciadas que, aun así, sacarían de pobre a cualquier actor o actriz, si la carrera de las bambalinas no viniese ordinariamente aparejada por hábitos de desorden y disipación.

Todos sabemos que las “estrellas”, lo mismo que las mediantas y los partiquines de uno y otro sexo juegan sin freno, beben con demasía y jamás han conocido los linderos del amor libre. No al arte a que se dedican, sino a la vida licenciosa de los actores, debe el teatro el anatema con que se ha distinguido siempre entre las gentes del buen vivir. “Echarse al teatro”, se dice generalmente, y no recibirse de artista, ni elevarse a émulo del arte; el sentido común que tanto se niega a las multitudes ha puesto en la boca del pueblo eso de “echarse”, porque cada uno siente, si no piensa, que subir al foro es descender la escala social de un salto, y no porque la degradación y el envilecimiento del hombre sea factor siquiera minúsculo de inspiración para el artista, sino porque en la flaqueza humana está capitular sin reflexión, con toda suerte de pecados menores que a nada montan ni nada significan.

Uno de estos pecadillos de inadvertencia, seguramente, orilló a Caruso a excederse en sus irrespetuosas demasías hacia una mujer en Nueva York, cuando la ofendida, amparándose de la ley, pidió la aprehensión del culpable. ¿Se puede tildar a una mujer porque pide ser respetada? Contesten mis lectores, pero no sin meditar largamente en la respuesta.

Cuando en México el gobernador del Distrito, el año pasado, mandó a barrer con todos los haraganes que lagartijeaban a lo largo de toda la calle de Plateros y San Francisco, su determinación fue alabada de todos. ¿Y qué eran aquellos

delincuentes si no otros Caruso sin el privilegio de las gargantas de ruiseñor? Si algunos de los que en cuerda fueron conducidos por el gendarme a la comisaría hubiera resultado ser un famoso doctor, un ingeniero de nombre o abogado notable o émulo de cualquiera de las artes bellas, ¿le habrían dicho al comisario que sus habilidades le daban facultad de arrojar sus piropos sobre las mujeres que acertasen a cruzarse con él?

Es grato pasear a la puesta del sol por la arteria principal de la ciudad cuando los coches que han concurrido al paseo, aflojando el paso para que las bestias de tiro se enfríen, forman aquella doble fila de luces que engalana la estrecha avenida. Quizá por la espontaneidad con que fue poco a poco haciéndose hábito divagar por allí entre dos luces, la gente goza en su paseo, y esto se hacía ya imposible antes de la sabia medida del gobernador. Pues bien, sin la enérgica ley moral de Estados Unidos, que pide que se respete no sólo a la mujer buena, sino a la meretriz también, no sería posible adelantar a la calle un pie, cuando la población se compone mayormente de emigrantes y que éstos son la hez de todo el mundo. Frescos quedaríamos con que el oriental tuviese su serrallo a la luz pública y el negrito filipino robase de la calle a la mujer que deseara para compañera.

El pecado del tenor, a lo que parece, fue bastante venial: miró a su acusadora de manera insinuante y maliciosa, acostumbrado quizá a empezar sus conquistas amorosas por echar ojos. Por eso la pena fue leve también: diez dólares de multa, amén del disgusto de saber que no era inviolable cuando cuatro fornidos agentes de policía forcejearon con él, y la vergüenza de haber sido sacado ante un jurado popular. Y el mal rato en el calabozo de retención, hasta que el empresario Conried fue a caucionarlo, no ha de haber sido de los que se olvidan pronto.

Aunque dura, la lección que ha recibido el tenor italiano no sólo ha de aprovecharle a él, sino también, así lo espero, a algunos de sus compatriotas y compañeros de arte. Precisamente anda por América un famoso compositor italiano, quien durante el estreno reciente de una de sus óperas escandalizaba de tal modo en el comedor de un hotel de primera clase en Milán, con una corista rusa, que los pasajeros extranjeros se marchaban cuando podían, pues con motivo de la exposición internacional que allí se celebraba escaseaban los albergues. ¿Y creerán ustedes que el patrón del hotel le hacía mella? Pues ni tantita; para él era una especie de distinción que aquel genio musical, a quien sus cofrades censuraban justamente por haber malgastado su delicada armonía en uno de los mamarrachos dramáticos a que a veces salen de las mediantas de París, convirtiese el comedor en habitación de soltero, sin respeto ni a los pasajeros.

Nunca es tarde para el bien: compositor y cantante harán buen acopio de billetes de banco, cosecharán los lauros que ya se tienen merecidos y aprenderán el buen camino para la vida social. ¿Por qué no?

## El decantado feminismo<sup>139</sup>

EN EUROPA, LO MISMO QUE EN AMÉRICA, al hombre le hace horquillas el movimiento feminista como si le pasaran una pluma por las fosas nasales. Eso de que la parte del género humano a que los filósofos en la Antigüedad negaron la oportunidad de tener alma, y los de los tiempos modernos, inteligencia, raciocinio, etc., les dispute el puesto en la oficina, en el taller, en el laboratorio, no es cosa de poderse aguantar sin poner el grito en el cielo. Y vaya si lo ponen.

Para burlarse de la mujer que invadía las atribuciones masculinas, en España se escribió bastante tiempo ha una zarzuela, *La Isla de San Baladrán*. En ella se hace escarnio de la mujer guerrera, olvidando por completo el autor de la obra que hubo una Juana de Arco para enseñar al mundo que, cuando es menester, la compañera del hombre sabe defender su patria con la espada en la mano y morir por ella. Otro que tal en una comedia, *El guardián de la casa*, hizo mofa de la literata, quizá porque la supone embebecida con los libros y apartada de los deberes del hogar; mas ese autor desdichadísimo, por no alcanzarle su literatura para la amanezca, se unió en matrimonio a una actriz que le ayuda a hacer la vida. Y mientras ella representa *El guardián de la casa* haciendo parecer al público de risa, ¿a quién dejará de guardián en la suya? Ya me parece ver al poeta dando el biberón a la prole o aderezando la papilla.

Verdad es que pocos hombres son tan audaces como la mujer para arrojarle en brazos de lo desconocido, cuando

<sup>139</sup> *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4065, 17 de noviembre de 1907, México, D.F., pp. 10-11.

quieren llevar a empeño una cosa. La necesidad la empuja a hacer prodigios. Cuántas mujeres han sido criadas en el amable embrutecimiento que la rutina prescribe para su preparación de reinas del hogar y ángeles de la guarda de los hombres, y en un momento dado, viéndose en alguna dificultad doméstica, supieron sacar de sí mismas energías, buen juicio, acto: cualidades que nadie había tratado de descubrir en ellas, ni de desarrollar. Porque, téngase bien entendido que, en el concepto del hombre, el ángel del hogar de sus sueños ha de ser una bestia de reata, sin individualismo, ni responsabilidad ni nada. Su criterio ha de ser el del señor su padre, el señor su hermano, el señor su esposo o el señor su hijo; sus luces, cuando las luces le entren en la mente, deben ser reflejo de las del varón que hace para ella de jefe de familia; su misión en el mundo, de joven, ser el ideal del señor, el pretexto para que si el señor es artesano, no se emborrache más que los domingos; si estudiante, pinte venado con menos frecuencia; si militar, falte menos al cumplimiento de su deber. En suma, que como el hombre se confiesa apocado y sin aspiraciones si no ve una “ella” en un punto cualquiera de su horizonte, ha sido menester inventar ese ángel del hogar.

Pero he aquí que el ángel del hogar se ha cansado de cargar con esas alas estorbosas que le han pegado, como las de Yeau, y se ha cansado también de ser adorada e incensada a costa de la ignorancia que es rebajación del espíritu y la inacción que es la muerte del cuerpo. Parte de la especie humana, quiere tener derecho a la verdadera vida, a la intelectual que es la luz y no a la del topo a que se le ha condenado. Quien ha dicho que su verdadero puesto es el hogar, ha dicho muy bien; pero quien supone que para ocupar dignamente ese “verdadero puesto” no ha menester sino tintura de los conocimientos humanos

no tiene ni siquiera noción del significado moral de la familia. La mujer, formada por la naturaleza para vivir en sociedad con el hombre, necesita compartir con él el sentimiento y la virtud lo mismo que la ciencia y el arte. Si el hombre fuera justo y honrado consigo mismo o ante sí mismo, y la mujer ilustrada, educada no sólo en el dominio de las pasiones, sino en el ensanche de la inteligencia, los matrimonios “a tres” serían menos frecuentes; porque ni el marido iría a buscar fuera del hogar quien le distrajese del idiotismo de su consorte, ni la esposa exasperada del egoísmo de su cara mitad se forjaría en la mente otro marido ideal. Y menos mal cuando sólo lo haya en la mente.

Porque la mujer es de suyo honrada y generosa, anhela su manumisión legal, desdeñando aprovecharse del abandono en que se la ha tenido siempre, incapaz de darse cuenta de su condición social. Pide en nombre de la justicia que se la dote convenientemente para la lucha por la vida; que se la respete de día y de noche y en todo lugar; que se la remunere por su trabajo al igual que al hombre, cuando la labor es buena, y no se le acorte la paga desestimando su obra por ser de mujer. Nacida para la maternidad, la mujer al lado de la cuna de sus hijos es cuando más ha sentido la insignificancia de su cultura, el descuido de su educación. Poseída de inmenso dolor ante el hijo enfermo, no sabe sino retorcerse las manos, en vez de darle asistencia; en presencia del hijo descarriado, precipitándose en las pendientes del vicio, no sabe sino acudir a los santos, con triduos, novenas y piadosos ejercicios. Ella comprende que podría ser la nodriza inteligente, la enfermera adecuada, la aya capaz, la consejera juiciosa; y que todas esas cualidades, lejos de apartarla de la maternidad, la harían una madre a derechas.

Esto que hoy llaman feminismo y que ha llenado de alarma al sexo masculino, no es, en realidad, nuevo más que como impulso de solidaridad. Como fermento, ha existido desde que el hombre apareció sobre la tierra. Lo mismo en la Antigüedad que en nuestros días, la mujer ha tenido participación en todas las luchas sociales y contra las fuerzas portentosas de la naturaleza que han castigado al género humano. La mujer es veterana en los trabajos y angustias de la vida; lado a lado del hombre ha labrado la tierra, combatido, con armas, al enemigo, y empuñado el remo para conducir la frágil embarcación sobre las aguas. La industria, al nacer, encontró las parejas dispuestas para todo servicio; y no fue sino cuando el hombre egoísta, notándose en estatura unas cuantas pulgadas más grande que su compañera, y más fornido y más robusto, declaró bajo su dictamen que la desproporción exterior debía corresponder a otra interior. Desde entonces quedaron repartidos los papeles, ajustándose el hombre en el reparto a la ley del embudo; el hombre adelantó y la mujer con él, aunque a despecho de él, encontrándose los dos frente a frente.

Ahora lo que motiva el griterío del sexo feo es que la rebelión femenil no parte del pueblo bajo sino de la clase media. Las muchachas en las fábricas y los talleres, las viejas en el surco, manejando el azadón o la podadora, las mujeres de media edad, mayormente en el mostrador de las casas de comercio, aunque lo pasan muy amargo, no chistan boca, resignadas con su suerte. Se conforman, como en Francia, con que la ley dé al marido el derecho de cobrar al patrón el salario de la mujer y gastarlo como le parezca. Pero las mujeres de la clase media, cultivadas como flor de estufa, mimadas y en perpetua ociosidad, son las que han gritado: rebelémonos. Y se rebelaron. Éstas son las que quieren ser médicos,

abogados, literatos, legisladores y cuanto hay, en vez de muñecas de tocador. Vaya que quieren ganarse el pan con el sudor de su rostro en vez de agradecerlo.

¿Que lo harán mal? Puede ser, pero por lo malo se empieza siempre. No es de presumirse que los hombres allá en el tiempo del caldo lo hicieron muy bien, cuando, después de siglos de práctica de un doctor Koch o Pasteur, hay tantos cuyos nombres se fundieron en la fosa con sus dueños. Las lumbreras de la humanidad aparecen allá cada cuando, con centurias de por medio. Entre tanto griego desaparecido en el no ser, ¿cuántos dejaron a la posteridad su nombre? ¿Y la lista de los romanos de quienes tenemos noticias no abunda en asesinos y bribones, y escasea en hombres de ciencia?

No hemos de creer que las Aspasia, las Safos, las Teresas de Jesús, las Roas de Bonheur y las Madames Curie se han de producir a millares, como los Solones, Sócrates, los Dantes, los Spinoza, los Velásquez, etc., nos han dejado su sello en nuestros laboriosos artistas, legisladores, filósofos y poetas de todos los días. Pero andando el tiempo, con una buena escuela y una educación esmerada, la mujer se transformará de lo que es a lo que anhela ser. *Time will bring roses*, ha dicho Carlyle: esperémoslas.

Por ahora a los señores no les queda sino el derecho del pataleo. Lo siento mucho, pero que rabien: hartos nos hacen ellos rabiar. Me acuerdo, y con gusto, de una señorita a quien un impertinente quiso molestar en una reunión. Al presentarle al individuo descomedido, la persona que tenía a su cargo esa ceremonia hizo mil elogios del talento y la ilustración de la joven, a lo que él comento: “Una mujer inteligente es adorno exquisito en la sociedad pero inadecuada para el hogar. A la verdad, yo no me casaría con una mujer inteligente”.



La aludida respondió con viveza: “No tenga usted temor de que eso le suceda, pues ninguna mujer inteligente se casaría con usted”.

No parecía sino que Madame de Staël o Hipatia estaban allí pidiéndole su blanca mano.

## La mujer progresa<sup>140</sup>

EN NUESTROS DÍAS, LA MUJER CONTINÚA haciéndose independiente. No es que se aparte de la influencia del hombre, en cuanto es moral y justa y benéfica, ni que pretenda llevar a cabo una transformación social derivada de la disgregación de sus miembros ni de la destrucción de la familia, no; quiere sólo emanciparse de la humillante dependencia masculina en que ha vivido siglos, porque la han nulificado intelectualmente, la han empequeñecido a sus propios ojos para darse el placer de compadecerla. Pero esto se acabó.

El tutor y el curador, esos dos instrumentos creados por la Ley para la protección de los niños y los insanos, no existen ya para la mujer, declarada niña desde la cuna hasta que en su regazo arrulla a los bisnietos, tenida como loca siempre en jaula de oro o de hierro, con cadena de flores o de eslabones al rojo; la mujer es hoy en día un alma libre, una voluntad que se impone, un guarismo que cuenta por sí solo, sin ayuda de ceros ni a derecha ni a izquierda.

Donde no se le ayuda, lucha ella por educarse, por instruirse, por formarse a sí misma, a fin de abrirse paso a fuerza de puños por entre el egoísmo y la tiranía del padre, del hermano, del esposo y del hijo; donde se le abren las puertas del saber y todo campo de acción se le ofrece sin envidias, ni escrúpulos, ni ruindades, sabe ella pasar dignamente sobre las preocupaciones y sobre las pequeñeces sociales. Una más, en París, ha seguido la carrera del foro. Con el sólo propósito

<sup>140</sup> *Jalisco Libre*, 14 de febrero de 1908, p. 1.

de amparar a las criaturas de su sexo, cuando culpables o cuando infortunadas.

La nueva abogada es la señorita Miropolsky, hija de un médico polaco, residente en Francia; es joven, es hermosa y tiene medios suficientes para vivir sin trabajar. En la ociosidad de la existencia de rica, la joven licenciada se dio a pensar que ella podría ser útil a sus semejantes y no darse a enmohecer y destruir en la inacción y la ignorancia. Su padre la alentó y la ayudó en su empresa y bien pronto la que había pasado gran parte de su infancia en el Liceo Sevigné volvió a abandonar el hogar, a lo menos por muchas horas, para ir a sentarse, con su manual de derecho administrativo en la mano, frente a un profesor grave y circunspecto. Ella, que estaba en los floridos quince, cuando según se cree todas las mujeres piensan en agradar, en bailar, en revolotearse por el mundo cual mariposas ebrias de sol.

Algún amigo de la familia se atrevió a intentar disuadir a la señorita Miropolsky de su propósito de seguir la carrera forense; pero en vano. Ella respondió: ¿Abogada? Sí. ¿Y por qué no? Sé que hay algo de escepticismo en esa sonrisa que veo en todos los labios cuando se sabe mi determinación. Es natural: se cree que quiero usurpar una función masculina y, como a todas las que me han precedido en sacudirse de la dependencia del hombre, me compadecen y me miran con lástima. Sin embargo, no cejo. Creo firmemente ser útil a mi sexo. La mujer, como abogada de la mujer, sabrá abrir el corazón cuya llave le es familiar y rasgar los velos que el hombre busca a tientas y deja muchas veces de encontrar. De una mujer a otra irán naturalmente las confidencias femeninas como de un cauce a otro las aguas de un río: la mujer ofendida desahogará su corazón henchido de tristeza en otro que la comprende, la

criminal sentirá menos penosa su confesión porque cuenta ya con la indulgencia de quien comprenda la pasión que conduce al pecado.

La abogada tiene razón: los hombres saben mucho de todo, excepto lo que piensa y siente una mujer, aunque ellos no se dan cuenta de su ignorancia. Muy al contrario: desde los tiempos más remotos los sabios, y los que por tales han querido pasar, han discutido sobre la mujer. Pusieron en duda que tuviera alma, o la cosa que ellos llaman alma; pero por meterse en honduras no tuvieron tiempo de prever que con alma y sin ella la mujer llegaría a ponérseles frente a frente, a reclamar el puesto humano, no social, a que la existencia les da derecho.

## Algunas sugerencias al Congreso de Madres<sup>141</sup>

SI AL FRENTE DE ESTA IMPORTANTE INSTITUCIÓN, nueva en México, no hubiera señoras de valimiento, que pueden convertir en hechos sus deseos, pues cuentan con la simpatía y ayuda pecuniaria del público, las sugerencias que me propongo hacer serían, más que inoportunas, inútiles. Gracias a Dios que el curso de los siglos ha traído otro sentir respecto de los niños, a quienes nos hemos ido acostumbrando a honrar y respetar como a muchos futuros árbitros, los que han de dar apoyo a nuestra senectud, cerrarnos los ojos y acostarnos en el último lecho. Ya no vemos a la chiquillería que no nos atañe ni por parentesco ni por amistad como enojoso hormiguero de que es preciso desembarazarse por cualquier medio: la escuela metida en un subterráneo antihigiénico, el hospicio lúgubre y silencioso como un claustro. La ciencia, para bien general, ha levantado ya muchos velos. No hay razón ya para preferir la oscuridad de las mazmorras que para habitación del hombre construyeron nuestros arquitectos abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, como viviendas apacibles y sosegadas donde sus moradores con el transcurso del tiempo se iban amojonando y adquiriendo el tono amarillento del marfil; ya nadie cree, aunque lo amenacen con lincharlo, que el aire es enemigo acérrimo de la humanidad. Y como a favor de los medios fáciles de comunicación va y viene y tropieza con sus idas y venidas con usanzas, modos y costumbres que antes le fueron ignorados, va soltando el pelo de la dehesa, y amañándose para conocer

<sup>141</sup> *El Imparcial*, t. XXVII, núm. 4742, 12 de septiembre de 1909, p. 8.

mejor a su prójimo y ver cómo el uno y el otro se tienden y estrechan la mano. Hay, necesariamente, excepciones; pero, en general, se notan impulsos de confraternidad y amor humanos, aunque no siempre sean bien definidos ni encaminados por la senda adecuada.

Dejando vagar libremente la mirada por aquí y por allí, pronto echa de ver el observador que los niños muestran siempre tendencia a vivir en armonía con la naturaleza, siendo el hombre muchacho trasgresor de sus leyes sapientísimas. Ama el niño el aire puro, la luz brillante, el agua cristalina, dejando ver en la alegría de su rostro el bienestar que el contacto con los preciosos elementos le produce.

Por instinto elige lo que le conviene a su sistema orgánico, si se le da la ocasión de elegir; pero ante la total abstinencia del aire, la luz y toda la energía de que es capaz se subleva, antes de que el empobrecimiento de la sangre y la raquitis lo conviertan en ente apático e indiferente a las galas del mundo.

Otro signo de anhelo infantil por las cosas naturales es el insaciable deseo que manifiesta el niño por crear y transformar.

Póngasele en las manos alguna materia, y él procurará darle las nuevas formas, llegando su impaciencia a los límites de la desesperación si la materia que se le ha dado ofrece resistencia al manipuleo. El niño que consigue alcanzar un objeto cualquiera se apodera de él con ansiedad, y para examinarlo pone en ejercicio sus instintos sin que nadie lo incite a ello. Lo mira fijamente por todos lados, lo palpa, lo huele, se lo acerca al oído y a los labios, y cuando de primer examen no ha podido averiguar la naturaleza del objeto en cuestión procede a medios secundarios. Entonces la ciencia y la industria, apoyadas en algunas virtudes teologales y cardinales, y de paso también sus opuestos, los vicios capitales, surgen

echando las simientes de la civilización en el terreno fecundo de la curiosidad humana. ¡Quién sabe cuánto capullo arrancado a la planta lozana y despedazado por deditos de rosa, y cuánto pobre insecto abierto en canal por verdugos incipientes, habrán sugerido al hombre las posibilidades de la ciencia y reveládole sus secretos!

Se sabe que un niño descubrió la fuerza del vapor y otro la potencia visual de la lente; pero de otros muchos chiquillos que indudablemente habrán iniciado en el saber a sus mayores, o contribuido a lo menos al ensanche del silabario mundial, no se tienen noticias, porque hasta el siglo pasado poco se cuidaron los grandes de los chiquillos. Contados son los padres de familia de quienes se sepa que pusieron empeño en educar a sus hijos por hacer de ellos individuos mejor acondicionados que sus progenitores para la lucha en la vida y por la vida, sin tener por mira la perpetuación de una casa y un nombre ilustre.

En esta recién nacida centuria, en que todos los anhelos y los esfuerzos del hombre tienden a proteger y educar a los niños, las distinguidas personas que han formado y alimentan el Congreso de Madres, en México, tengo para mí que han de estimar estas sugerencias.

Las madres mexicanas, nuestras madres de familia, amorosas y con voluntad inmensa de velar por sus hijos, no suelen abandonarlos; pero sí, desgraciadamente, los conducen a sitios indecorosos: la pulquería, la casa de la celestina o de la buscona. Todo ello sucede sin malicia ni perversidad de las madres, sino porque sí, para pagar tributo a la rutina hereditaria. Pues bien, las protectoras, las amigas de las madres mexicanas, harían mucho por la niñez cuando procuraran la multiplicación de sitios de recreo para la niñez, donde las madres pudieran dejarlos con entera confianza.

En Estados Unidos y en Alemania es donde he visto mejor atendida a la infancia, tratándose de diversiones y recreos; existen bibliotecas para niños, donde hay libros apropiados para todas las edades, que recorren hasta la adolescencia, colecciones de estampas para quienes todavía no saben leer. En las bibliotecas americanas, algunas veces, hay también una señorita expresamente destinada a contar cuentos a los chicos y responder a todas sus preguntas, a resolver todas sus dudas.

En Alemania, las bibliotecas infantiles están relacionadas con las escuelas públicas; pero hay algo más: el teatro infantil, para el que contribuyen artistas y literatos que comprenden y aman a los niños.

En cada parque, en cada paseo, hay siempre un lugar destinado a los chicos: estanques de agua donde echar a bogar sus embarcaciones de juguete; montones de arena en que se revuelquen y brinquen, o con la que fabriquen cordilleras, cavernas y planicies; laberintos bien diseñados, en pequeñas plazuelas, por donde los niños corren unos tras otros recorriendo grandes distancias en terreno muy reducido, sin atropellarse. Cuando no hay ni parque ni jardín, no falta a lo menos una plaza con árboles que ofrecen buena sombra y, por supuesto, el montón de arena consabida.

¡Imagínense las señoras que patrocinan el Congreso de Madres, y por este medio a la niñez, lo que ganaría México con que sus chiquillos contasen con sitios de recreo donde, a salvo de todo riesgo, jugaran y se desarrollaran física y mentalmente, a las caricias del aire puro y del agua limpia, y en presencia de la hermosa naturaleza!



## La mujer mexicana moderna en el nuevo hogar<sup>142</sup>

HAY UN ASPECTO EN EL HOGAR, que empieza a formar la mujer mexicana que ha plasmado la Revolución, concorde con sus ideales, que de pronto destantea a los timoratos; pero que observándolo a la luz del buen sentido, muestra sólo un paso adelante en la ruta social. Me refiero a la libertad que se está concediendo a la mujer, sobre todo a la niña casadera, para obrar libremente según sus inclinaciones, para no depender de nadie económicamente, para encarnar una personalidad moralmente responsable de todas sus acciones.

La mujer moderna trabaja, la mujer moderna va sola a la calle, gestiona sus asuntos propios y aun aquellos que atañen a sus mayores, todavía tímidos y en muchos casos incapacitados para confrontar las dificultades cada día más complejas de la lucha por la existencia.

Los nuevos hábitos a que se acomoda con tal fin están desnudos de malicia, aunque ante algunos ojos no lo parezca, y es que con la transformación de las ideas, efecto de los impulsos del tiempo hacia la evolución, se ha operado y se sigue operando una crisis en las costumbres.

En el hogar de antaño, las dogmáticas malicias del catecismo católico ni aún siquiera alcanzaban a desbistar el femenino intelecto atiborrado de sandeces y de mentiras, en el cual regía pontificalmente la sagacidad de un confesor. Ni el marido ni la mujer que encabezaba la familia osaban enderezar los pasos de la prole hacia ningún punto cardinal en el que no se

<sup>142</sup> *El Pueblo*, t. I, núm. 673, 14 de septiembre de 1916, p. 3.

avistara un ángel o un santo con la cabeza ceñida de un halo cruciforme.

El ambiente del hogar era de silencio y de tristeza. Por su recinto se deslizaban figuras dolorosamente pálidas con los ojos bajos. Eran los miembros femeninos de la casa. A menudo llevaban la frente maculada invisiblemente por los impuros pensamientos provocados en la penumbra del confesionario.

Pecado lo era todo: amar, vivir, respirar a pulmón lleno el aire saturado de aromas, ebrio de sol, radiante de alegría vivificadora. Transcurría la existencia en la sombra irresponsable desesperanzada en las cosas terrenas, sin otra claridad que la tenue de la fe intermitente, heredada de generación en generación como se hereda un cáncer.

Así dejaba una sociedad a su sucesora todas las dolencias físicas y todas las lacras morales que en cambio la ignorancia y la hipocresía engendraban y concebían para mal de la infeliz mujer.

Ella fue en ese medio malsano víctima, a la vez que agente de mil crímenes sin nombre a que la llevó su ceguedad.

Ella fue víctima y causa de mil males a que la impulsó la pasión turbulenta. Por inconsecuencia sirvió de instrumento del crimen y de atenuante al criminal que supo manejarla.

Hoy el estado de cosas es muy otro, merced a la piqueta revolucionaria que viene demoliendo errores y merced al cincel revolucionario que viene labrando almas para luz del progreso.

La mujer mexicana no es ya sombra evanescente de un mito arcaico, no es la corruptora irresponsable de la familia, porque ha dejado de formar parte de la herramienta destructora del cura.

La mujer moderna, iluminada por la antorcha de la Revolución y enaltecida con sus nobles ideales, reclama ante todos los privilegios a que tiene derecho, el inestimable de la libertad.

Conoce que para que el bien que se hace sea virtud, y el mal vergüenza, es menester que uno y otro se hagan libremente y no obedeciendo a sugerencias extrañas. Comprende que la moral no es código de acciones mecánicas, puesto que su esencia no es sino la libertad.

La costumbre es el molde en que la moral toma forma robusta, y por eso, a establecer nuevos moldes, en el hogar, va determinada la mujer de hoy.

A esta sustancia quedan reducidas las influencias de la Revolución en el hogar moderno.

No más disgregaciones de elementos ni de valores. Lo que fue ayer desgranar rosarios estériles, hoy se llama acumular energías fecundas. Lo que fue ayer mutilarse en la vida ociosa de la contemplación es hoy reconstruirse, reforzarse por el trabajo y en un ambiente higiénico.

Ya la mujer no es carga para los padres cargados de hijos, enfermizos o débilísimos, porque sabe y quiere trabajar, porque se siente orgullosa de contribuir con sus incipientes esfuerzos a acrecer el pan de la familia.

Ya la mujer no necesita de rodrigón ni de dueños ni de escuderos que le sigan los pasos. Se acabaron para siempre en las casas solariegas los mercenarios asalariados que orillaron al arroyo a mujeres bien inclinadas en vez de detenerlas en su caída.

Va la mujer sola en su destino, responsable, consciente. ¿Que no todas salen incólumes de la prueba? Es verdad; pero no hay que culpar de eso sino a la cruel naturaleza, que se complace en producir seres moral y físicamente incalificados para la formidable lucha de vivir. Suya es la culpa de ese lamentable fracaso social. Si no todas las mujeres tienen el poder de reprimir sus instintos, si no todas saben luchar con la balumba de falacias del mundo, allá ellas.

Ya cuentan para defenderse con un don inestimable: la libertad espiritual que irá socavando las raíces de las preocupaciones y prejuicios ancestrales, lo que en conjunto con la ciencia que se imparte en la escuela higienizará la vida doméstica extirpando los elementos morbosos que en otros días, idos por fortuna para siempre, fueron la base de sustentación sobre la cual crecía y se desarrollaba la familia mexicana.

## La mujer como revolucionaria<sup>143</sup>

DECLARAR QUE LA MUJER ES un factor social importante en la vida de los pueblos no es sino la exteriorización de un hecho que por viejo es de todos conocido, aunque por prejuicio, por presión del hombre, no de todos confesado. Suprimir a la mujer de las luchas políticas es falsear o destruir la historia del mundo.

No es, por consiguiente, honrado ni atinado descontar la influencia de la mujer en el ánimo del hombre, así sea el hombre un héroe, un mártir, un tirano o un libertador, un degenerado o un filósofo. Detrás de cada obra resonante o callada, detrás de cada acontecimiento trascendente o perdido en la oscuridad de su propia insignificancia, a poco que se ahonde en la escrutación de su origen, se ven los trazos de una silueta femenina.

La mujer, ya lo he dicho otras veces, es no sólo la compañera y la madre del hombre, sino también la autora del caballero y la autora del porvenir de la humanidad. Ella plasma en su regazo al adalid y al cobarde, al profeta, al artista y hasta al incalificado y al cretino, por manera tan significativa que para conocer íntimamente las cualidades de un individuo, sean cualesquiera su origen, condiciones de medio y posición social, no hay más que ir derechamente a averiguarlo todo en la autora de sus días. Mostrándose ella, revelará la idiosincrasia del hijo y su valor en el concepto de los valores nacionales y aun racionales.

<sup>143</sup> *El Pueblo*, 15 de septiembre de 1916.

La importancia que puede tener para nosotros la aceptación de tales manifestaciones, para sentarlas como premisa de subsecuentes juicios, es bien patente. Queremos rastrear, en las actuales condiciones de México, las huellas de la mujer mexicana, para deducir conclusiones sobre qué planear al futuro de la patria.

La cooperación activa y eficaz de la mujer en la lucha épica a que ha dado cima la Revolución es incuestionable. Nadie, sin consentir en que se le llamase ingrato, la negaría.

Cuando los estadistas y los estrategas, que han nivelado con el suelo a los tiranos, apuntaban apenas como brotes de regeneración, sobre sus humildes hogares, sobre sus opulentas casas solariegas, por cima del aplastante tejado de un taller, o traspasando la techumbre alicatada de un banco o de una gran negociación, la mujer mexicana, tímida por naturaleza, modesta y recatada por abolengo, poniéndose al refugio de la buena causa, despreció toda suerte de peligros y se asoció a la Revolución.

Ella fue la que transmitió muchos acuerdos entre jefes y subalternos, burlando la vigilancia del enemigo; ella franqueó bizarramente las puertas peligrosas para advertir de posibles riesgos a los luchadores que jugaban en las trincheras de la vida.

¡Cuántas veces una mujer llevó parque donde hacía falta, cuántas veces colmó de provisiones los campamentos castigados por el hambre y sació la sed de los caídos en la refriega y restañó sus heridas y recibió sus últimas palabras antes de cerrarles los ojos para siempre!

En plena guerra, no ha de presumirse que la heroica compañera del hombre permaneciera ociosa a sabiendas del peligro de una derrota, que podría ser definitiva. Y entonces, arriesgándolo todo, la mujer mexicana se apartó en más de

una ocasión de las dulzuras del hogar para ceñirse las armas y colaborar de modo más resuelto y efectivo en la defensa de la causa revolucionaria.

Muchas cayeron en la sombra entre esa multitud anónima que suele pavimentar con huesos de héroes el suelo de las patrias victoriosas; muchas cayeron y se levantaron con heridas cerradas por la piedad o por la suerte. Y mutiladas o deformes van por ahí bregando por el pan de la familia, sin presumir de heroínas, sin siquiera acordarse de las penalidades pasadas para tener en qué fundar la solicitud de amplias y justas recompensas.

Empero, el gobierno triunfante por fortuna del grueso de sus implacables enemigos no ha desestimado la importante labor femenil y sin cesar acude con el premio merecido, apenas se percata de que una mujer revolucionaria ha podido pasar inadvertida entre las tumultuosas mayorías.

Pero al mismo tiempo que la Administración mira por un reparto equitativo de galardones, así entre sus soldados héroes como entre sus abnegadas heroínas, cuando ha llegado ya el momento de la reconstrucción de la patria sobre ideales nuevos, y de prepararla para un siglo nuevo, se preocupa mayormente por el enaltecimiento de la mujer, cultivando su intelecto, suavizando sus costumbres, puliendo sus maneras sociales y poniendo en su sensible corazón la simiente de la virtud severa, que es la sola que hace matronas de las mujeres para que reinen en el hogar.

¿Qué medios han de servir para la transformación de la mujer hasta hoy criada con mimo en un ambiente de sentimentalismo malsano, de ignorancia y de superstición? Indudablemente el primero y más eficaz es la escuela. La escuela, que nos dará tópico para borrar otras cuartillas, es la fuente lustral

en que la ciencia purifica los espíritus maculados y donde germina el árbol prolífico y frondoso del progreso mundial.

Detengámonos por ahora en el dintel de las puertas de la escuela y llamemos.



## La mujer como factor social<sup>144</sup>

LA MUJER HA PASADO POR LARGA SERIE DE FASES de muy complejo significado durante el periodo histórico de la vida del mundo. Fue tierna en la etapa matriarcal, cuando se la veía con mudo asombro, por su compañero, considerándola como autora única o autora preeminente de la familia, y, por consiguiente, de la vida del hombre; ya fue la doncella que apacentaba el ganado y ordeñaba las vacas en la época de la vida vagabunda de los patriarcas, y sucesivamente ha sido, en los varios países del globo, esclava y matrona.

Al cristianismo debió su regeneración social, con la libertad espiritual, pero más tarde tuvo que renunciar oprimida por la aplastante superstición de la Edad Media. Ha sido en el orden intelectual y moral discutida por sabios moralistas y filósofos, de cuyas categóricas declaraciones salió siempre cubierta de vejamen.

A veces ha sido adulada hasta lo increíble, por el hombre, y a veces escarnecida, con igual injusticia y con igual desconocimiento de su idiosincrasia, para lo uno que para lo otro.

Más erecta y eréctil, por el pleno conocimiento de sí misma, o abatida y resignada con la porción social que le tocó en suerte, en presencia de la crueldad masculina que tan mal ha calificado al sexo débil, la mujer no se desvía, aunque haga continuamente paradas forzosas, del camino del adelanto material y cultural del mundo, y marcha hombro a hombro con el hombre que asciende.

<sup>144</sup> *El Pueblo*, t. III, año I, núm. 675, 16 de septiembre de 1916, p. 5.

Así la mujer mexicana, desde que se midió con su compañero en los campos de batalla, desafiando y despreciando los peligros de la guerra, sube rápidamente por la cuesta arriba que le fue vedada por los siglos de los siglos. Va disparada y resuelta a la conquista de los derechos sociales que son los suyos, como copartícipe del hombre en el bregar por la existencia.

Lucha principalmente por su independencia económica y por su libertad social. Emanciparse de la humillante tutela masculina ha sido el primer paso, entrando en el taller, en la fábrica, en la oficina, en los negocios activos de la banca y del comercio. Se ha cansado de ser compadecida y ha dicho: esto se acabó.

El tutor y el curador, esos dos instrumentos creados por la Ley para la protección de los niños y de los insanos, ya no tienen que ver con la mujer de hoy. En la hora de ahora, aquel ente encerrado en la jaula del hogar al igual que un animal doméstico, desde que abría los ojos a la luz de la existencia hasta que arrullando bisnietos se quedaba dormida para siempre, es una alma libre, una voluntad que se impone, un guarismo que cuenta por sí solo, sin ceros ni a la derecha ni a la izquierda.

Cuando no recibe ayuda, se abre paso a fuerza de puños por entre el egoísmo secular de padres, esposos, hermanos e hijos, y sabe sacudirse de toda tiranía con los esfuerzos nunca domados por su voluntad. Donde se le abren las puertas del saber y se le ofrece sin escrúpulos ni envidias un vasto campo de acción, sabe ella pasar dignamente sobre las preocupaciones y las pequeñeces sociales.

En los ociosos recreos de las aulas, la mujer mexicana ha meditado mucho en la finalidad de su misión social, ya que la del hogar, toda abnegación y sacrificios, ha sabido cumplirla

bizarramente. Y de estos pensares graves y lentos ha llegado a brotar, como flor delicada del corazón y de la inteligencia, la conciencia del deber moral que todos adquirimos con la existencia, de ayudar a los otros, de renunciar un poco a nosotros mismos en servicio de los demás.

De ahí que la mujer mexicana haya querido dar a la cultura alguna dirección científica a la vez que utilitaria. De ahí que haya querido compartir con el hombre las dos carreras profesionales que más se prestan para servir a los necesitados de salud y de justicia: la carrera de médico y la de jurisconsulto.

Usurpando la función masculina a la cabecera de las enfermas, puede prestar a la mujer consuelo de que es incapaz el hombre.

Sólo una mujer capacitada para la maternidad se hará cargo de los cuidados que la maternidad reclama, interpretará fielmente en el semblante dolorosamente pálido del niño sus sufrimientos y dolencias.

En la curia, la mujer sabrá abrir el corazón cuya llave le es familiar y rasgar los velos que el hombre busca a tientas y deja muchas veces de encontrar.

De una mujer a otra irán naturalmente las confidencias femeninas, como de un cauce a otro cauce las aguas de un río. La mujer dolorida desahogará su corazón henchido de tristeza en otro que la comprende; la mujer criminal sentirá menos penosa su confesión, porque cuenta ya con la indulgencia de quien está bien familiarizada con la pasión que conduce al pecado.

El hombre sabe mucho de todo, excepto lo que piensa y siente la mujer. Ha llegado a poner en duda hasta que ese pobre ser tan abajado en el concepto moral tuviese alma.

Sin rencores ni empeño en hacer al hombre competencia científica ni económica, la mujer mexicana de nuestros días va

modestamente hacia los ideales nobles y altruistas de la Revolución que la sacaron del hogar, fascinándola, para ir a luchar por ellos en las trincheras.

No hace más que seguir por el indeclinable anabapsis del progreso.



## FUENTES CONSULTADAS



## FUENTES PRIMARIAS

AHUNAM, Colecciones Mexicanas. Españoles en México

AHUNAM, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

AHCOLMEX, Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Ramón Beteta

## FUENTES SECUNDARIAS

Abel, Lauren, "The California Plan", en Mílada Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mexican Feminist, 1853-1928*, Tucson, The University of Arizona Press, 2018.

Acuña, Manuel, *Cumbres de la poesía mexicana, siglos XIX y XX*, vol. 1, México, D.F., 1977.

Bazant, Mílada (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. I, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, Siglo XXI Editores, 2011.

Bazant, Mílada, *Laura Méndez de Cuenca. Mexican Feminist, 1853-1928*, Tucson, The University of Arizona Press, 2018.

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 2003.

Cáceres Carenzo, Raúl, Estudio introductorio "Con versar sobre prosas", en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. II, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011.

Escaja, Tina, "Guardad la lira y deshojad violetas: La estética disidente de Laura Méndez de Cuenca", en Tina Escaja, *Delmira Agustini y el Modernismo. Nuevas propuestas de género*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000.



- Esteva, Adalberto, *Antología nacional*, París, Librería de la Vda. de Charles Bouret, 1910.
- Felski, Rita, "Afterword", en Ann L. Ardis and Leslie W. Lewis, *Women's Experience of Modernity, 1875-1945*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 2003.
- Gutiérrez de Joseph, Guadalupe, "Mujeres de México, Laura Méndez de Cuenca: alma infatigable trabajadora del ideal", *Nuestra Ciudad*, mayo de 1930.
- Granillo, Lilia, Estudio introductorio "Laura, la mujer más culta del país: la mejor escritora, el mejor cuento", en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. II, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011.
- Granillo, Lilia y Esther Hernández Palacios, "De reinas del hogar y de la patria a escritoras profesionales. La edad de oro de las poetisas mexicanas", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Lewis, Leslie W., "Towards a New Colored Consciousness", Ann L. Ardis and Leslie W. Lewis, *Women's Experience of Modernity, 1875-1945*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 2003.
- Llach, Leonor, "Tres escritoras mexicanas", *El Libro y el Pueblo*, 4 de abril de 1934.
- Mata, Óscar, "Laura Méndez de Cuenca, novelista de fin del siglo XIX", en Manuel F. Medina et al., *Jornadas Metropolitanas de Estudios Culturales*, México/Estados Unidos, Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad de Kentucky-Universidad de Arizona, 2003.

- \_\_\_\_\_, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2003.
- \_\_\_\_\_, “Laura Méndez de Cuenca, novelista de fin de siglo XIX”, en Manuel F. Medina *et al.*, *Jornadas Metropolitanas de Estudios Culturales*, México/Estados Unidos, Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad de Kentucky-Universidad de Arizona, 2003.
- Matto de Turner, Clorinda, “Las obreras del pensamiento”, en *Boreales, miniaturas y porcelanas*. Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1902.
- Méndez de Cuenca, Laura, “La abuelita sueña”, *La pasión a solas*, selección, prólogo y notas de Raúl Cáceres Careño, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 2003.
- Mora, Pablo, Estudio introductorio “Laura Méndez de Cuenca: pasión y destino en la poesía mexicana”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. II, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011.
- \_\_\_\_\_, “Laura Méndez de Cuenca: Escritura y destino entre siglos (XIX-XX)”, en *Laura Méndez de Cuenca, Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*, selección y estudio preliminar de Pablo Mora, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica-Fundación para las Letras Mexicanas (Biblioteca Americana: Viajes al Siglo XIX), 2006, pp. 15-68.
- Romero Chumacero, Leticia, Estudio introductorio “El hogar mexicano según una escritora cosmopolita”, en Mílada Bazant (coord.), *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*, t. III, México, Gobierno del Estado de México, SEIEM, Fundación UAEMéx, A. C., Siglo XXI Editores, 2011.

#### FUENTES CONSULTADAS

Sawaya, Francesca, "The Authority of Experience. Jane Addams and Hull-House", Ann L. Ardis and Leslie W. Lewis, *Women's Experience of Modernity, 1875-1945*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 2003.

Sesto, Julio, *El México de Porfirio Díaz. Hombres y cosas*, Valencia, Sempere y Compañía, 1909.

Vargas Llosa, Mario, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011.

#### HEMEROGRAFÍA

*El Imparcial*, 1896-1914.

*El Pueblo*, 1915-1918.

*Jalisco Libre*, 14 de febrero de 1908.

*Revista Azul*, 1894-1895.

*La Mujer Mexicana*, 1905-1906.

*El Diario del Hogar*, 1886-1904.

*Nuestra Ciudad*, mayo de 1930.

*Segundo Almanaque de Arte y Letras*, febrero de 1896.

*Poesías líricas mejicanas*, Madrid, 1919.

*Jueves de El Mundo*, 12 de junio de 1902.

*El Tiempo Ilustrado*, 1 de mayo de 1904.

# ÍNDICE



Introducción	9
POESÍA	49
Cineraria	51
A *****	54
Esperanza	58
Bañada en lágrimas	59
Infortunio	63
¡Oh, corazón...!	68
¡Ayer!	71
Cuarto menguante	72
Los cavadores	76
Pasa un poeta	77
La abuelita sueña	79
CUENTOS	83
La confesión de Alma	85
La Venta del Chivo Prieto	109
La tanda	131
El cuico	136
Heroína de miedo	149
El cerdo de engorda	156
El pantalón claro	163
El baile de cuelga	179
La curva	185
El corpiño azul	196
La tamalada del coronel	201
CRÓNICAS DE VIAJE	207
Actualidades europeas. Los ricos al alcance de los pobres	209
Características de los pueblos	213
La civilización en las grandes ciudades	216
Pequeña travesía	220
En la patria de los congresos internacionales	227

La exposición de higiene en Berlín	234
La patria formada de juguetes y la patria de juguete	240
Casos y cosas	245
Los niños y sus libros	251
¿Quién era don Gumersindo Morlote? Cuando México era un caos. Recuerdos de antaño	256
La neurastenia	261
ENSAYOS	267
Las necesidades de México: México necesita educación	269
Las necesidades de México: México necesita aseo	273
Las necesidades de México: México necesita alimentación	279
FEMINISMO	283
La mujer mexicana y su evolución	285
El temperamento latino	295
El decantado feminismo	299
La mujer progresista	305
Algunas sugerencias al Congreso de Madres	308
La mujer mexicana moderna en el nuevo hogar	312
La mujer como revolucionaria	316
La mujer como factor social	320
FUENTES CONSULTADAS	325





## Laura Méndez de Cuenca

### Antología general

se terminó de imprimir en septiembre de 2021, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Aries, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación y portada: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: José C. Núñez Fernández y la antologadora. Supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Editor responsable: Félix Suárez.